



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
POSGRADO EN DESARROLLO RURAL
NIVEL DOCTORADO

**ALIMENTACIÓN, POLÍTICAS PÚBLICAS Y
DESIGUALDADES DE GÉNERO Y GENERACIONES,
DESDE LA COMUNIDAD EMILIANO ZAPATA,
OCOZOCOAUTLA, CHIAPAS**

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTORA EN DESARROLLO RURAL
PRESENTA

GERDA URSULA SEIDL

DIRECTORA DE TESIS: DRA. GISELA ESPINOSA DAMIAN

CIUDAD DE MÉXICO, FEBRERO DE 2020

Agradecimientos

El proceso y resultado de esta investigación no hubiera sido posible sin el aporte de muchas personas. Entre ellas quiero agradecer de manera especial a la familia de Don Alex Pérez y Doña Juliana Díaz, a sus hijos, nuera, yernos y nietos. Gracias por acogerme en su familia y por haberme enseñado tantas cosas.

A Benjamín, por haberme introducido a la comunidad, por ser un interlocutor constante y un ejemplo de compromiso, reflexión y esperanza.

A Angélica, Blanca, Sergio, Aurelia y Benja por haberme explicado muchos procesos, relaciones y conexiones que yo desconocía, por llevar a cabo las encuestas y algunas entrevistas y por discutir diferentes puntos de vista e interpretaciones con migo.

Al grupo de mujeres que elaboran chiles. Gracias por la confianza y la amistad.

A todas las personas del ejido Emiliano Zapata que me invitaron a sus casas, sus solares y parcelas, y por todos los alimentos recibidos y a Román Pérez por su valioso tiempo y su sinceridad.

Mi reconocimiento y agradecimiento especial a Gisela Espinosa Damián, asesora y guía de este trabajo, por su calidez humana, su generosidad en compartir casa, comida y conocimientos, además de libros, recursos y reflexiones.

Muchas gracias también a Miguel Meza, Elsa Guzmán, Ivonne Vizcarra, Araceli Calderón y Yolanda Massieu por sus valiosos aportes y acompañamiento en distintas fases de la elaboración de esta tesis.

Gracias a los compañeros y compañeras de generación, con quienes compartimos aprendizajes, alegrías y frustraciones, huelgas, viajes y grupos de estudio. Mi cariño especial para Claudia, David, Moni, Ronny y Sofía. Sin ustedes no hubiera tenido los mismos aprendizajes y gozos en la formación académica.

La memoria de Rosy Govea quien falleció durante el 3er año de nuestro doctorado sigue muy viva. Rosy fue interlocutora para varias reflexiones contenidas en esta tesis. De ella aprendí muchas cosas, algunas de las cuales difícilmente se pueden expresar en palabras. Rosy con su compromiso con la gente del campo, especialmente las mujeres y con su vida de lucha por la justicia y por una enseñanza transformadora, seguirá siendo un ejemplo de entrega y de amor a la vida.

Gracias especiales a mi familia que aguantó mis largas horas en el escritorio, tuvo paciencia con mi ausencia física y mental y siempre me animó a seguir. Gracias Oscar, Elena y Lucía.

Gracias a las compañeras de la RedPAR, especialmente a Adriana Welsh y Rosaurora Espinosa quienes no sólo me brindaron cama y comida en el D.F., sino también la posibilidad de desahogarme y de discutir.

Gracias a mis maestras de Yoga quienes me ayudaron a estar física y mentalmente en forma durante la elaboración de la tesis, y muchas gracias a Doña Meche por ayudar a mantener la casa limpia y en orden.

Mi gratitud al Posgrado en Desarrollo Rural de la UAM-Xochimilco y a todas las personas que laboran allí por cuatro años buenos de crecimiento y aprendizajes.

Gracias también a Marianne Braig, Ingrid Simson y Teresa Orozco del Instituto de Estudios Latinoamericanos (LAI) de la Universidad Libre de Berlín por haber hecho posible una estancia académica en Berlín.

Al mismo tiempo, expreso mi agradecimiento al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) y a la rectoría de la Universidad Autónoma Metropolitana por el apoyo económico otorgado, ya que sin ello no hubiera logrado terminar esta investigación.

Contenido

Lista de Abreviaciones.....	5
Introducción	6
Capítulo 1: Planteamiento teórico-metodológico	19
1.1 Conceptualizando la problemática agroalimentaria	19
1.1.1 Autosuficiencia alimentaria.....	20
1.1.2 Seguridad alimentaria	21
1.1.3 Soberanía alimentaria	22
1.2 Economía campesina, género y generaciones en un contexto rural	28
1.2.1 Reproducción de la vida en la economía campesina	28
1.2.2 La relevancia del género en el contexto rural-campesino y de la alimentación.....	31
1.2.1 Jóvenes rurales y la perspectiva de generaciones	37
1.3 Políticas Públicas agroalimentarias y de conservación	41
1.3.1 Los tres aspectos de lo político	41
1.3.2 Hacia una definición de políticas públicas	42
1.3.3 ¿Políticas públicas o programas y proyectos de gobierno?	48
1.4 Reflexiones epistemológicas y metodológicas.....	49
1.4.1 “El campo” de la investigación, papel de la investigadora y relaciones con los sujetos..	49
1.4.2 Investigación en colabor o investigación participativa	53
1.4.3 Preguntas de investigación y los conceptos centrales entretejidos	54
1.4.4 Metodología y herramientas de la investigación	59
Capítulo 2: Sistema alimentario y políticas agroalimentarias	61
2.1 Régimen alimentario hegemonizado por Estados Unidos	62
2.2 Política agroalimentaria mexicana en tiempos de mercado protegido	66
2.2.1 Agricultura campesina desde la Revolución hasta la década de 1970.....	67
2.2.2 El Sistema Alimentario Mexicano.....	72
2.3 Régimen corporativo global	74
2.4 Política agrícola y agraria para el campo en México en tiempos del neoliberalismo	75
2.4.1 ¿Reforma agraria terminada?	78
2.4.2 Procampo/PROAGRO Productivo.....	81
2.5 TLCAN como régimen alimentario regional	83
2.6 Alza de precios de 2008 como crisis del régimen corporativo global y como crisis sistémica	86

2.7 Políticas sociales para el campo en tiempos de neoliberalismo	90
2.7.1 Políticas alimentarias	91
2.7.2 Progresá/Oportunidades/Prospera.....	93
2.9 Conclusiones.....	97
Capítulo 3: Crisis ambiental global, agricultura y conservación.....	99
3.1 La conexión entre crisis ambiental y crisis agrícola-alimentaria.....	99
3.2 El discurso del desarrollo sustentable y de la conservación	102
3.2.1 Desarrollo sustentable	103
3.2.2 Conservación	105
3.3 Políticas ambientales y de conservación en México	107
3.3.1 Áreas naturales protegidas	109
3.3.2 Participación y exclusión en las reservas	112
3.4 Resumiendo.....	115
Capítulo 4: Contexto histórico regional y presentación de la comunidad Emiliano Zapata I	117
4.1 El ejido desde su fundación hasta el presente	117
4.2 No todos por igual: la asamblea ejidal	124
4.3 Ubicación dentro de la Reserva de la Biosfera Selva El Ocote	127
4.4 El acceso a la tierra.....	130
4.5 En síntesis	137
Capítulo 5. Estrategias de producción y reproducción campesina en Zapata	139
5.1 Trabajos a lo largo del año en Zapata	139
5.2 Ingresos de programas de transferencias	147
5.3 Producción agrícola: autosuficiencia o dependencia alimentaria	150
5.3.1 Importancia del maíz para la autosuficiencia alimentaria	152
5.3.2 Frijol: A pesar de la plaga, alcanza hasta para vender	162
5.3.3 De chile, chayote y otras verduras para el mercado	166
5.3.4 Café, al principio importante, ahora marginal	169
5.3.5 La expansión paulatina de la ganadería	173
5.3.6 Biodiversidad aprovechada y manejada –producción y recolección del solar, milpa, cafetal y de la selva	180
5.4 Problemas ambientales y productivos: plagas, enfermedades y cambios del clima	188
5.5 Programas y proyectos productivos: ¿éxito o fracaso?	193
5.5.1 Proyectos ejecutados en Zapata	194

5.5.2 Interfaces, simulación y apropiación selectiva de proyectos y programas.....	197
5.5.3 Sesgo de género y de generaciones en los proyectos.....	200
5.5.4 Causas del fracaso de los proyectos.....	202
5.6 Tendencias, resistencias y amenazas para la producción alimentaria buena y diversa en Zapata.....	205
5.6.1 Factores de la producción buena y diversa en Zapata	206
5.6.2 Amenazas y tensiones para la buena producción alimentaria	209
Capítulo 6. Comida y alimentación en el ejido Zapata.....	215
6.1 Tecnología y cultura alimentaria	215
6.2 Alimentación tradicional: los primeros años en Zapata.....	220
6.3 Alimentación actual en Zapata: de 2000 hasta la fecha	222
6.3.1 Alimentos locales	224
6.3.2 Alimentos comprados fuera	227
6.3.3 Alimentos donados por programas.....	233
6.4 Preocupaciones y pesares acerca de la alimentación	246
6.5 La transición alimentaria incipiente	248
6.6 Papel de mujeres y hombres y de jóvenes en la alimentación y el cambio alimentario	253
6.7 Tendencias, resistencias y amenazas para el consumo alimentario.....	257
6.7.1 Factores de la alimentación buena y saludable	258
6.7.2 Amenazas, riesgos y tensiones para el buen comer	259
Capítulo 7. ¿Hacia donde puede ir Zapata? Escenarios posibles	261
7.1 Pérdida de la autosuficiencia alimentaria y conflictividad creciente.....	262
7.2 Crecientes grados de autonomía hacia la soberanía alimentaria, inclusión de todas y todos, unión y paz en la comunidad	265
Conclusiones, recomendaciones y reflexiones finales	270
Conclusiones generales de la investigación	270
Lecciones en cuanto al papel de políticas públicas.....	271
Lecciones para otras comunidades y para organizaciones campesinas	274
Recomendaciones para (quienes trabajan con) mujeres rurales	277
Lecciones para (quienes trabajan con) jóvenes rurales	279
Reflexiones finales.....	280
Fuentes consultadas.....	283
Anexos	295
Anexo 1: Personas que colaboraron en la investigación	295

Anexo 2: Guion de entrevista.....	297
Anexo 3: Formato de encuesta sobre producción y consumo de maíz y frijol	300

Indice de cuadros e ilustraciones

Cuadro 1. Dimensiones de la soberanía alimentaria a observar	27
Cuadro 2. Dimensiones del enfoque de género y sus contenidos/indicadores.....	36
Cuadro 3. Dimensiones del enfoque de generaciones y sus contenidos/indicadores.....	40
Cuadro 4. Síntesis de conceptos centrales, sus dimensiones y contenidos para la investigación en campo.....	56
Cuadro 5. Actividades de las familias campesinas en Zapata a lo largo del año	143
Cuadro 6. Actividades llevadas a cabo por algunas familias en Zapata durante el año	145
Cuadro 7. Programas de transferencia monetaria en Zapata entre 2015-2018.....	149
Cuadro 8. Especies comestibles y su procedencia	184
Cuadro 9. Proyectos ejecutados en Zapata.....	195
Cuadro 10. Alimentos producidos, colectados e intercambiados localmente	226
Cuadro 11. Alimentos comprados en tiendas y mercados	232
Cuadro 12. Alimentos recibidos en donación de programas	235
Figura 1. Mapa de ubicación de la comunidad de estudio	119
Figura 2. Vista desde Zapata hacia la Zona Núcleo de la reserva en el fondo	120
Figura 3. Imagen de la casa ejidal	125
Figura 4. Mapa de la subzonificación de la REBISO.....	129
Figura 5. Localización de los polígonos de Zapata en la REBISO	131
Figura 6. Uso de suelo en la Zona Núcleo I de la REBISO	133
Figura 7. Distribución de tierras para uso agropecuario de Emiliano Zapata	134
Figura 8. Producción, venta y autoconsumo de maíz en Zapata, ciclo 2016/2017.....	153
Figura 9. Consumo total de maíz por año en Zapata	154
Figura 10. Milpa en tiempo de elotes	156
Figura 11. Maíz Tacsá recién cosechado en una casa	159
Figura 12: Producción, venta y autoconsumo de frijol 2016/2017.....	164
Figura 13. Huerto de chayote con plátanos y acahual.....	167
Figura 14. Becerras - Ganadería vacuna en los alrededores de Zapata	176
Figura 15. Solar biodiverso.....	187
Figura 16. Un desayuno típico.....	217
Figura 17: Comiendo en día de fiesta.....	219
Figura 18. Mesa al terminar la comida de un domingo	223
Figura 19. Desayunos escolares del DIF: preescolares con su maestra	239
Figura 20. Alimentos del DIF	241
Figura 21: Mujeres sirviendo atol agrio en la fiesta de la comunidad	254

Lista de Abreviaciones

ANP	Área Natural Protegida
CBM	Corredor Biológico Mesoamericano
CDI	Comisión Nacional de Desarrollo de los Pueblos Indígenas
CONANP	Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas
CONEVAL	Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social
DIF	Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia
EFV	Estrategias Familiares de Vida
ENSANUT	Encuesta Nacional de Salud y Nutrición
GATT	Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio
LGEEPA	Ley General de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente
ONG	Organización No Gubernamental
PEC	Programa Especial Concurrente
PESA	Programa Especial para la Seguridad Alimentaria
PROCEDE	Programa de Certificación de los Derechos Ejidales y Titulación de Solares Urbanos
PROCODES	Programa de Conservación para el Desarrollo Sostenible
PROCAMPO	Programa de Apoyos directos al Campo
PROGAN	Programa de Producción Pecuaria Sustentable y Ordenamiento Ganadero y Apícola
PROSPERA	Programa de Inclusión Social PROSPERA
PSA	Pago por Servicios Ambientales
RAN	Registro Agrario Nacional
REBI	Reserva de la Biósfera
REBISO	Reserva de la Biósfera Selva El Ocote
REDD	Reducción de Emisiones por Deforestación y Degradación
SAGARPA	Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación
SEDESOL	Secretaría de Desarrollo Social
SEMARNAT	Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales
TLCAN	Tratado de Libre Comercio de América del Norte

Introducción

Se estima que 70% de los alimentos consumidos en el mundo viene de la agricultura campesina o de la pequeña producción y recolección y de la pesca artesanal (ETC Group, 2017); en México, 40% de los alimentos que se consumen, así como 80% de su diversidad, es fruto del esfuerzo de hombres y mujeres que trabajan en la agricultura campesina (o pequeña agricultura¹), la cual genera aproximadamente 60% del empleo agropecuario, tanto el familiar como el contratado, y es además altamente productiva, pues dispone de sólo 17% de la superficie cultivable (Valor al Campesino, 2015).

Aun así, en el campo se registra una alta proporción de personas con hambre, desnutrición y pobreza: según los últimos datos de CONEVAL, a 24.5% de la gente del campo se le dificulta el acceso a la alimentación (18.7% en las ciudades); los índices de desnutrición, si bien han bajado en todo el país, siguen siendo más altos en el sector rural. Además de la desnutrición, coexisten fenómenos como el sobrepeso y la obesidad —un poco menos que en las ciudades—, lo que configura la llamada doble y preocupante carga de la malnutrición: “...entre 2012 y 2016, se dio un incremento considerable en la prevalencia de sobrepeso y obesidad entre adultos de localidades rurales, al pasar de 65.6 a 71.5%, mientras que el ámbito urbano permaneció prácticamente sin cambios (de 72.8 a 72.9%)” (CONEVAL, 2018, 93).

Desde los primeros años de la década de 1980, un factor clave de la problemática alimentaria en las comunidades rurales campesinas se asocia con un cambio en las condiciones de producción agrícola, que responde, por lo menos parcialmente, a políticas agrarias, agrícolas y alimentarias impuestas por los gobiernos, debido al giro neoliberal operado en la política agrícola del país, con una clara intención de priorizar la agricultura en gran escala, industrializada y orientada al mercado de exportación y, en algunos casos, al mercado nacional; mientras que la producción que combinaba el autoconsumo y la venta en mercados locales y regionales fue marginada de las políticas de fomento productivo, pese a ser la que más contribuye a una alimentación adecuada. Para los pequeños agricultores y agricultoras,

¹ Este término hace referencia a las unidades de producción agrícola que tienen cinco o menos hectáreas.

el acceso a los recursos para producir y comercializar sus cosechas se da en condiciones difíciles, de modo que, para la mayoría, la agricultura campesina ha dejado de ser la fuente principal de recursos para la subsistencia familiar.

La orientación hacia la agroexportación y a mercados distantes de los centros de producción resulta fatal para las economías locales, para la alimentación, y resulta contraproducente en la lucha contra el hambre y la pobreza.

Si lo que los campesinos producen, es exportado, con precios de mercado internacional (precios bajos), y si la mayor parte de lo que compran es importado (a precios altos), todas las ganancias del sistema son extraídas de la economía local y contribuyen sólo al desarrollo de economías lejanas. Por lo tanto, la soberanía alimentaria con su énfasis en los mercados y economías locales, es esencial para luchar contra el hambre y la pobreza (Rosset y Martínez, 2014).

Los efectos de la desatención estatal a la pequeña y mediana agricultura se expresan en una creciente dependencia alimentaria del país², en el abandono (parcial) de la agricultura campesina, en la alarmante pobreza y el éxodo rural e indígena: 55.3% de las personas en el campo y 75% de las indígenas están en situación de pobreza (37.6% en las zonas urbanas y 39.4% entre la población no indígena).³

A finales de los ochenta, a la par del retiro tanto de recursos para la producción como de créditos y apoyos a la comercialización campesina se ha puesto en marcha una política social asistencialista caracterizada por transferencias monetarias, muchas veces condicionadas a la utilización de servicios de salud y educación por parte de la población beneficiaria, especialmente mujeres rurales, que son las receptoras principales de programas sociales dirigidos a las familias. Estos programas no han logrado disminuir los altos índices de pobreza y hay señales de que más bien están contribuyendo a la transición alimentaria hacia productos industrializados y de dudoso valor nutricional.

² México compra en el extranjero alrededor de 57% de los alimentos, entre ellos muchos básicos (CEDRSSA, 2019)

³ Cifras según CONEVAL (2018).

Sin embargo, aun en las difíciles condiciones actuales, hay comunidades rurales, mestizas e indígenas que siguen apostando por una forma de vida campesina, por la agricultura parcelaria y por una alimentación tradicional que no se basa en los productos de la industria alimentaria y de los programas gubernamentales. En ello resulta determinante el aporte de las mujeres rurales, que son, casi siempre, las responsables de la alimentación y la nutrición familiar. En su papel de productoras tienden a utilizar menos agroquímicos; como proveedoras, aprovechan lo cosechado en mayor proporción para mejorar la alimentación familiar; y en su función de cocineras, cultivan el gusto y los hábitos de consumo familiar con una gran diversidad de sabores e ingredientes de su propia producción y de la producción regional. Sin embargo, este importante aporte es poco valorado; por ejemplo, las mujeres tienen menos acceso a la tenencia de la tierra, al crédito o a la tecnología, y reciben un ingreso inferior al de los hombres por el trabajo que realizan (FAO, 2011).

Yo soy oriunda de una pequeña aldea del sur de Alemania donde todavía durante mi infancia predominaba la agricultura familiar.⁴ Cuando llegué a Chiapas, por primera vez en 1999, y después ya para trabajar y fundar mi familia, en 2002, pude constatar cambios productivos, ambientales y alimentarios, así como en políticas para el campo que empeoraban una situación de por sí preocupante de injusticia, marginación y dependencia, fruto de la explotación, del colonialismo, del racismo y de otras dinámicas históricas complejas. Sabía que los dos mundos (Alemania y México, Baviera y Chiapas) eran casi incomparables, pero extrañamente algunos aspectos de lo que logré observar y conocer aquí gracias a mi trabajo en dos ONG chiapanecas me hacía recordar el ocaso de la pequeña agricultura en mi región de origen.

⁴ En aquel pequeño pueblo y en mi familia había un fuerte arraigo en la cultura agrícola de la Alta Bavaria, cerca de los Alpes. Desde mi niñez pude observar cómo en mi región iba decayendo la agricultura familiar por causa de dinámicas económicas y políticas hostiles a la agricultura campesina, que la consideran un remanente innecesario y estorboso al desarrollo. Con la desaparición lenta de las granjas tradicionales que había a nuestro alrededor y el cambio de ocupación de la gente que trabajaba en ellas se fueron perdiendo conocimientos de una cultura agrícola y ganadera milenaria, de provisión de buenos alimentos locales, y una forma de relacionarse con el ambiente que era más respetuosa y cuidadosa de la naturaleza que la agricultura industrializada, altamente mecanizada, que llegó a desplazar las pequeñas unidades de producción familiar que había aún en 1970 y 1980.

Discusiones e investigaciones que emprendimos como Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales (RedPAR⁵), entre 2008 y 2012, sobre los impactos de las políticas públicas y los efectos de la crisis alimentaria en la vida de familias campesinas y de mujeres rurales, así como reflexiones con estudiantes rurales,⁶ robustecieron mi inquietud de comprender la problemática alimentaria y productiva junto con personas de comunidades campesinas chiapanecas. Quise entender qué estaba pasando con la producción de alimentos y cómo las personas del campo enfrentan los problemas alimentarios. Me pareció imprescindible tomar en cuenta las relaciones políticas y económicas que se expresan, entre otras, en políticas para la producción y el consumo de alimentos. Además, tenía la sospecha –y muchos estudios me confirmaron que era relevante– de que las políticas dirigidas al campo no sólo tenían repercusiones en la producción y la alimentación, sino también en las relaciones de género, de por sí sumamente desiguales, y que no necesariamente iban a contribuir a una mayor igualdad y justicia para las mujeres.

Con ese interés decidí llevar a cabo mi investigación en Emiliano Zapata I,⁷ un ejido, como muchos otros en Chiapas, integrado por migrantes indígenas, pensando que en ese microuniverso serían evidentes los estragos que en tantos otros pueblos y comunidades rurales se viven como crisis alimentaria, socioeconómica, demográfica y de seguridad. Pronto descubriría que, a diferencia de tantos otros lugares, Emiliano Zapata I, ubicada en un Área Natural Protegida (ANP), es una comunidad con un relativo “buen comer”, con escaso consumo de alimentos industrializados, con una dieta variada, arraigada en la producción local, y saberes culinarios ancestrales. Es además una comunidad unida, sin conflictos internos fuertes, donde no se observan los terribles efectos de la violencia, el narcotráfico, la migración masiva o las amenazas de megaproyectos. Así que mi intención inicial de analizar los impactos devastadores de las políticas estatales y la crisis multidimensional en ese pequeño

⁵ Una red que reúne a mujeres (activistas y académicas) que trabajan con mujeres rurales en diferentes estados de México.

⁶ Desde 2012 estoy impartiendo clases en la Licenciatura en Planeación para el Desarrollo Rural del Centro de Estudios para el Desarrollo Rural (CESDER), sede Moxviquil, San Cristóbal. Los y las estudiantes pertenecen en su gran mayoría a familias campesinas de Chiapas y Oaxaca.

⁷ Zapata pertenece al municipio de Ocozacoautla, Chiapas. Entré en contacto con gente de esa localidad por medio de Benjamín Pérez, exalumno mío de Moxviquil.

poblado dio un giro importante. Empecé a preguntarme bajo qué condiciones una comunidad puede resistir esa inercia y, más allá de sus problemas, cuáles son sus aciertos y los desafíos que enfrentan en el consumo y la producción de alimentos y cómo influyen las políticas agroalimentarias en este contexto campesino que conserva cierta bonanza en sus hábitos, con especial atención en el tema de las desigualdades de género.

De hecho, en la primera fase del trabajo de campo se perfilaron elementos imprevistos que redefinieron mis supuestos y enfoques iniciales:

Primero: advertí una especie de “buen comer”, situación casi excepcional en un marco nacional de transición alimentaria negativa para la nutrición y la salud. En una fase temprana de la investigación, cuando realicé más entrevistas y talleres y conviví más con la gente de Zapata, observé que –como dije antes–, a pesar de aquel contexto adverso, muchas de las tendencias devastadoras presentes en otras regiones rurales mexicanas no habían llegado allí, o al menos no con la fuerza con que aparecieron en otras demarcaciones. Por ejemplo, no hay tantas enfermedades relacionadas con la alimentación, nadie se levanta tomando Coca-Cola –beben café o pozol–. No se venden o rentan las tierras a empresas transnacionales del *agro-business* para producción de alimentos de lujo que luego se exportan. La gente trabaja su milpa, cuida su ganado, sus cafetales y sus solares, come de ello y vende los excedentes. De esta manera, Zapata se perfiló no como una comunidad representativa de la ruina del campo, sino como una comunidad que puede mostrar condiciones y estrategias para una alimentación y una producción relativamente sana y equilibrada. Empecé a ver en esta comunidad un pequeño ejemplo de resistencia a la devastación alimentaria y al abandono del campo.

Segundo: quedó de manifiesto que el hecho de que la comunidad se encontrara en un Área Natural Protegida: la Reserva de la Biosfera Selva el Ocote (REBISO), no era un elemento circunstancial, sino que determinaba en gran medida el manejo del territorio e implicaba retos y oportunidades especiales. En muchas de las comunidades campesinas ubicadas dentro de un ANP el tema agrario se vuelve complicado, puesto que la legislación agraria y la legislación ambiental se contradicen; además, las instancias encargadas de la conservación

imponen decretos sobre el uso y manejo del suelo ajenos a las estrategias de vida campesinas. Aunado a eso, en el caso de Zapata, la llegada de un sinnúmero de proyectos productivos se asocia con su ubicación en la zona de amortiguamiento, cerca de la zona núcleo. Entonces, en mi análisis de las políticas públicas también había que incluir las de conservación.

Tercero: en el trabajo de campo me di cuenta de que las políticas públicas tratan de manera desigual y excluyente no solamente a las mujeres sino también a la población joven, y que las exclusiones también se dan al interior de la comunidad hacia ambos grupos. Había que complementar entonces la perspectiva de género con una perspectiva generacional, pues las personas jóvenes tampoco tienen acceso a la mayor parte de programas y recursos para la producción, ni gozan de voz ni voto en la asamblea de la comunidad, lo cual afecta de manera sustancial sus estrategias productivas y su participación ciudadana con igualdad de derechos.

La soberanía alimentaria, los enfoques de género y generacionales, así como las políticas públicas de agricultura, conservación y alimentación se fueron colocando como ejes centrales del estudio.

Con todas estas consideraciones fui definiendo la pregunta central de mi investigación: **¿Cuál es la relación entre políticas públicas, problemática alimentaria, desigualdad de género y generacional, en una comunidad campesina-indígena ubicada en un área natural protegida?** También me formulé interrogantes particulares: ¿Cuáles son los problemas de producción y consumo alimentario para la población, especialmente mujeres y jóvenes del ejido Emiliano Zapata I?, ¿qué papel juegan las políticas públicas de alimentación y de conservación en el marco de esta problemática?, ¿qué uso hacen las personas de los programas gubernamentales y qué efectos tienen éstos en la alimentación y en la desigualdad de género y generacional?, ¿qué estrategias y vías organizativas emplean las personas para resolver el tema de la alimentación?, ¿bajo qué condiciones puede una comunidad como Emiliano Zapata I encaminarse hacia la soberanía alimentaria local?, y ¿qué lecciones pueden extraerse de esta experiencia para otras comunidades?

El objeto de estudio son las vivencias alimentarias y productivas desde y con la comunidad. Tengo que aclarar que no es un trabajo antropológico (aunque tiene elementos de la etnografía), sino que traté de entender vivencias, experiencias, sentires, conocimientos relacionados con la producción y el consumo alimentario, junto con algunas personas de la comunidad, pero también ubicar éstas en un contexto más grande, el de las políticas agroalimentarias mexicanas en los últimos 30 años.

La estrategia metodológica para responder las preguntas y relacionar los ejes conceptuales con instrumentos de indagación y análisis también incluyó una intención colaborativa y de coinvestigación: algunos jóvenes de la comunidad habían expresado su inquietud ante los cambios productivos y alimentarios y, con la idea de que la construcción de los datos y la interpretación conjunta es mucho más rica si participan personas de la comunidad junto con la investigadora, decidimos intentar una investigación colaborativa en los momentos en que fuera posible. Por ello, Benjamín Pérez, Angélica Pérez, Blanca González, y ocasionalmente Sergio González y Aurelia González, apoyaron e intervinieron de diferentes maneras en esta investigación. Sin embargo, con el paso del tiempo varios de ellos y ellas cambiaron de ocupación o de lugar de residencia, por lo cual se fue dificultando la conciliación de tiempos y actividades. La idea inicial del trabajo colaborativo se transformó y se ajustó a las circunstancias, a veces en conjunto, a veces en parejas, siempre en mi presencia. Facilitamos algunos talleres y funciones de cine-debate, y nos turnamos para realizar entrevistas y encuestas, que después analizamos e interpretamos tratando de comprender por qué las personas se expresaron de tal o cual manera.

En esta tesis se plasma, por ende, no solo mi visión, sino en parte también la de Benja, Angélica y Blanca. Sin embargo, debido a que la escritura corre por mi cuenta, predomina mi voz, mi interpretación y mi responsabilidad de los hallazgos. Cuando es posible cito fielmente las opiniones y aseveraciones de los jóvenes coinvestigadores.

Aunque realicé varias etapas de trabajo de campo entre 2015 y 2018, el periodo de estudio respecto de la situación productiva y de consumo alimentario toma en cuenta desde la fundación de la comunidad, a finales de la década de 1980, hasta 2018, aproximadamente 30

años. Debido al tipo de preguntas de investigación y a los enfoques que adopté, la escala de análisis privilegia la comunidad y las unidades domésticas, pero, por supuesto, consideré que los sistemas productivos y los hábitos de alimentación de la comunidad están entretejados y en interacción con la región y el país, así que lo regional y lo nacional también han sido unidades de análisis. Y para entender la orientación general de las políticas públicas agroalimentarias, las abordé a nivel global.

En Chiapas hay muchos trabajos sobre las estrategias, aspiraciones, demandas y el caminar de grupos en resistencia, especialmente de los y las zapatistas, cuya posición de autonomía con respecto al Estado ha implicado no recibir ningún programa de gobierno. Estos estudios y la experiencia misma de los zapatistas me parecen importantes e ilustrativos. Sin embargo, la mayoría de las comunidades y familias campesinas chiapanecas tienen una relación diferente con el Estado. En el caso del ejido Emiliano Zapata I, la resistencia no es visible, beligerante ni armada o con un discurso político elaborado; es más silenciosa y tal vez sin conciencia de estar resistiendo, pero con estrategias de sobrevivencia y mejoramiento de la vida igualmente interesantes y diversas, resistencias importantes para la subsistencia y para la permanencia de la comunidad y del modo de vida campesino.

Zapata no es una isla, y pese al relativo buen comer y buen vivir, en un contexto de crisis alimentaria prolongada, tendencias globales como agotamiento de suelos, caída de rendimientos, cambio climático, ganaderización e incremento de la demanda por alimentos debido al crecimiento poblacional (efectos descritos por Armando Bartra [2014, 22] en su ponencia sobre los “Campesinos del tercer milenio”) también se empiezan a notar en Zapata, pero con “retraso” y lentitud, debido a las condiciones especiales y a la resistencia o tenacidad ya mencionadas.

Con ayuda del ojo conocedor de la gente misma de Zapata pudimos ver síntomas incipientes de esta crisis múltiple, pero en su fase inicial y sin una tendencia clara hacia la industrialización de la agricultura, el consumo de alimentos industriales o la dependencia del exterior.

La transición alimentaria todavía no se nota tan avanzada en Zapata, ya que la gente mantiene su cultivo de milpa y de otros productos y la práctica de recolección de frutas, verduras, hongos y hierbas. El hecho de que la transición alimentaria y productiva no haya avanzado tanto puede arrojar luz sobre lo bueno que tiene el ejido de Zapata, pero también sobre lo que se puede perder si se extienden las prácticas que están produciendo el desequilibrio. Esta preocupación también es el interés y mandato de una joven coinvestigadora de Zapata en cuanto al estudio: “Mostrarle a la gente lo bueno que todavía tenemos, y que si no lo cuidamos, podemos perderlo para siempre” (Angélica Anahí Pérez, entrevista, diciembre de 2017).

En Emiliano Zapata podemos descubrir elementos, estrategias y condiciones importantes para recuperar la autosuficiencia alimentaria y las posibilidades para encaminarse hacia la soberanía en ese renglón. Si asumimos, con Armando Bartra, que ante la crisis sistémica y multifacética es necesario un cambio radical del modelo de producir y consumir, podemos encontrar en este tipo de comunidades elementos para una transformación positiva en la producción y el consumo. El cambio de modelo, aunque necesita ser radical (que alude a la raíz), no va a ser por asalto y revolución, supongo, sino haciendo crecer y multiplicando diversas pequeñas experiencias, al lado de la presión de movimientos sociales, y estableciendo alianzas campo-ciudad y cambios políticos.

Al idear este proyecto de investigación hace más de cuatro años (en 2015), México tenía un gobierno que daba continuidad a las políticas neoliberales que desde principios de la década de 1980 habían afectado gravemente al campo mexicano, a la agricultura campesina, a la salud alimentaria, a las organizaciones productivas rurales, a los mercados locales e internos, al medio ambiente y a la soberanía nacional en varios aspectos. Con estas políticas se reconfiguraron y cambiaron (pero no se resolvieron) viejas desigualdades entre hombres y mujeres, niñas, niños/jóvenes, adultos y ancianos, población del campo y de la ciudad, indígena y mestiza.

Prácticamente al concluir el trabajo de campo, en diciembre de 2018, el proceso electoral se expresó en un cambio de gobierno. La izquierda moderada que representa el nuevo presidente Andrés Manuel López Obrador llegó con un amplio apoyo de la población, incluidas organizaciones campesinas y algunos movimientos sociales rurales. La victoria electoral despertó muchas esperanzas y expectativas en ese sector, en parte por las propuestas y los compromisos claros y contundentes para el campo mexicano, para los pueblos originarios y para la soberanía del país, incluida la alimentaria.

Sin embargo, a un año de la toma de posesión del nuevo gobierno está claro que el poder enorme de las empresas multinacionales del agro y de los alimentos, así como la destrucción ambiental y del tejido social ocasionada por 36 años de neoliberalismo no pueden ser revertidos tan fácilmente. Además, ganar el gobierno no significa tener un poder absoluto y monolítico, ya que dentro del nuevo gobierno hay luchas por la hegemonía y visiones contrastantes sobre el rol de la agricultura y el desarrollo del campo en general, todo eso en un contexto internacional adverso que ata a la política mexicana en muchos aspectos. Además, persiste una “tradición” de corrupción, clientelismo, paternalismo en todo el país que no será tan fácil de erradicar, independientemente de los cambios en el gobierno y de la orientación “oficial” de la política agroalimentaria.

En el nuevo escenario, el análisis de las políticas públicas del presente estudio puede ser relevante frente a algunos nuevos propósitos en política alimentaria, ante los profundos problemas y desigualdades del campo mexicano, que no desaparecen de un momento a otro, como tampoco se han esfumado los saberes y esperanzas de cambio hacia un campo más humano y justo. Ojalá que la investigación sobre la problemática alimentaria y productiva de una pequeña comunidad en Chiapas permita visualizar errores y consecuencias de políticas agroalimentarias recientes y valorar el potencial de las comunidades y las agriculturas campesinas indígenas.

A pesar de mis dudas y mi escepticismo, creo que con un esfuerzo conjunto y mucha crítica propositiva podríamos estar ante un escenario nuevo y prometedor con respecto a la posi-

bilidad de caminar hacia la recuperación o la conquista de la seguridad y la soberanía alimentarias, hacia un campo con más justicia y mejor calidad de vida para las mujeres, los y las jóvenes y para los hombres que allí habitan. Creo que también es posible la transición hacia una agricultura sustentable, agroecológica, en armonía con la naturaleza; hacia una política de conservación con y no contra la gente. Ojalá podamos dar pasos hacia el fin de la extracción y contaminación brutal de los recursos naturales. En todo ello, la comunidad y la participación activa de la gente resultan decisivas, pero se necesitan muchos esfuerzos y luchas de diferente índole y desde diferentes trincheras. Desde esta perspectiva, políticas públicas comprometidas con la soberanía alimentaria pueden ser una señal y un apoyo importante.

Esta tesis consta de siete capítulos: en el primero, “Planteamiento teórico-metodológico”, se exponen y discuten los referentes conceptuales y metodológicos que adopté para acercarme a la problemática alimentaria (autosuficiencia, seguridad y soberanía alimentaria) y se explica por qué el último de estos tres conceptos es el que elegí para el presente estudio. El segundo apartado de este capítulo trata de la economía campesina y de las desigualdades de género y de generacionales en un contexto rural, poniendo especial énfasis en el tema de género y alimentación, en vista del rol crucial y muchas veces subvalorado de las mujeres en ese renglón. En el tercer apartado se expone el concepto de políticas públicas agroalimentarias, central en este trabajo.

Concluyo el primer capítulo con algunas reflexiones epistemológicas y metodológicas en las que presento brevemente la comunidad de estudio y la investigación en colabor.

Con el fin de entender en qué marco “macro” de la problemática alimentaria se sitúa el proceso comunitario, en el segundo capítulo: “Sistema alimentario y políticas agroalimentarias: contexto global y nacional”, se abre el panorama de las políticas agroalimentarias mexicanas en los últimos 30 años y la teoría de los regímenes alimentarios, alternando la descripción de los acontecimientos a nivel global con aquellos que ocurrieron en México. Se analiza la crisis alimentaria como crisis sistémica y se incluye un análisis de las políticas

sociales mexicanas, ya que llegaron a reemplazar, sobre todo en el sur del país, la política de fomento a la producción agropecuaria.

De manera parecida, el tercer capítulo, “Crisis ambiental global, agricultura y conservación”, traza el devenir de las políticas actuales de conservación, ya que éstas afectan la producción de alimentos y el manejo del territorio en las comunidades campesinas que se encuentran en ANP. Ahí se examinan los vínculos de estas políticas con el discurso del desarrollo sustentable y se muestra la participación limitada y la exclusión de las personas en las reservas naturales.

Con el cuarto capítulo, “Contexto histórico regional y presentación de la comunidad Emiliano Zapata”, nos acercamos finalmente a la comunidad en cuestión: se describe su ubicación en una reserva de la biosfera y se relata la historia de la comunidad, desde su fundación hasta el presente, señalando mecanismos internos de decisión y desigualdades presentes actuales.

En “Estrategias de producción y reproducción campesina en Zapata”, quinto capítulo de la tesis, abordamos las estrategias productivas y reproductivas del ejido Emiliano Zapata. Aquí se describen los diferentes trabajos, ingresos y la producción agrícola, ya que ésta es la base de la alimentación en Zapata. También se incluye un apartado sobre problemas ambientales y productivos, así como una sección sobre los programas y proyectos que han llegado a la comunidad. En este nivel concreto interesa ver cómo estas políticas refuerzan o modifican desigualdades existentes y cómo han transformado o no las estrategias productivas y de alimentación. Este capítulo termina con una síntesis sobre las resistencias y amenazas a, resaltando lo positivo del cultivo alimentario en Zapata, pero también tendencias posiblemente negativas, si lo vemos desde un lente de soberanía alimentaria local.

El capítulo seis trata de la “Comida y alimentación en Zapata”. Con base en una propuesta de la antropología de la alimentación, se hace una descripción detallada de la cultura alimentaria, se distingue entre la alimentación tradicional y la actual, y se detectan indicios de una transición alimentaria. Se mencionan las preocupaciones que tiene la gente con la alimentación actual y se resalta el papel diferenciado que tienen hombres y mujeres, jóvenes

y grandes en este renglón de la vida cotidiana. También este capítulo termina con un recuento de las resistencias y amenazas al buen comer relativo que se tiene en Zapata.

El séptimo capítulo, delinea escenarios diferentes para el futuro de la comunidad, uno positivo y uno negativo, dependiendo de las decisiones que se tomen y de circunstancias ajenas. Estos escenarios se hallan en dos extremos y son necesariamente “exagerados”, pero pueden demostrar posibles caminos y disyuntivas que puede tomar la comunidad en la búsqueda de una buena alimentación y de equidad e inclusión de todos los integrantes.

El último apartado es de “Conclusiones, recomendaciones y reflexiones finales”. Ahí encontramos conclusiones generales de la tesis, tratando de responder de manera resumida las preguntas iniciales. Además se dibujan lecciones que deja la experiencia del ejido Emiliano Zapata I en diferentes niveles y para distintos actores e instituciones: para otras comunidades, para mujeres rurales y para jóvenes rurales; así como para tomadores de decisiones en políticas públicas⁸.

⁸ Debo advertir que las propuestas para la comunidad que se anuncian en las conclusiones, así como los escenarios que se pintan son la voz de la autora y no han sido co-elaborados con los jóvenes co-investigadores ni con la gente de la comunidad. Esto implica una segunda fase de trabajo de campo y de devolución, que pienso realizar entre marzo y junio del presente año, o sea después de haber concluido la escritura y entrega de esta tesis.

Capítulo 1: Planteamiento teórico-metodológico

1.1 Conceptualizando la problemática agroalimentaria

Múltiples estudios e informes dan cuenta de la complejidad de la problemática alimentaria mexicana resaltando la falta de acceso a los alimentos en la población pobre, su deficiente calidad, los cambios en la alimentación, especialmente la pérdida de la dieta tradicional mexicana, los problemas de desnutrición y sobrepeso/obesidad y las enfermedades resultantes de los problemas anteriores, así como la desigualdad extrema en cuanto al ejercicio del derecho a la alimentación (véase ENSANUT MC, 2016; FAO, 2013; De Schutter, 2012; Oxfam México, 2013; Vizcarra, 2012).

Hay una pobreza alimentaria preocupante, que no ha cambiado sustancialmente en los últimos años. En el caso de Chiapas, en 2008, 26.2% de la población carecía de acceso a la alimentación; en el 2010, cuando todavía se sentían los efectos de la crisis alimentaria de 2008, el porcentaje aumentó a 30.3% y las cifras más actuales, de 2018, descendieron a 22.3% (CONEVAL, 2012, 2018). También la distribución rural-urbano cuenta: 22.9% de las personas en municipios urbanos sufren carencia de acceso a la alimentación, contra 33.5% en municipios rurales. En municipios indígenas el porcentaje es aún más alto: 36.5%, comparado con 18.6% en aquellos sin población indígena (FAO 2013, 84).

Los datos de la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición del 2016 son aun más inquietantes: 69.5% de los hogares tiene algún nivel de inseguridad alimentaria.⁹ Los más afectados son los hogares más pobres (85.8%) y los de áreas rurales (78%). Al mismo tiempo, Mexico presenta niveles de obesidad adulta (alrededor de 70%) e infantil (alrededor de 30%) alarmantes que desencadenan una epidemia de enfermedades graves y costosas (ENSANUT MC, 2016)

A eso se suman los efectos ecológicos devastadores de la agricultura convencional: pérdida de suelos, desertificación, deforestación, contaminación de suelos y aguas (CONABIO,

⁹ De estos índices de inseguridad alimentaria, 40.1% se calificó como población con inseguridad alimentaria leve; 18.4%, moderada y 11.1%, severa. En total estas cifras representan 21 615 500 hogares.

2006), enfermedades de animales, plantas y humanos como efecto de nuestra manera de producir y consumir los alimentos que deberían ser “medios de vida” y no “medios de muerte”.

En el marco de problemática alimentaria y agrícola se alzan voces que demandan una reorientación radical de la forma de producir y consumir, así como de las políticas correspondientes; la propuesta que ha recibido una atención grande por parte de la academia y movimientos sociales, es desde hace un par de lustros la “soberanía alimentaria” que es una respuesta directa a la crisis del modelo agroalimentario dominante¹⁰.

Dada la confusión común entre seguridad, autosuficiencia y soberanía alimentarias, vale la pena diferenciar la última de las anteriores, ya que se siguen utilizando por diferentes corrientes y diferentes actores y se solapan en algunos aspectos.

1.1.1 Autosuficiencia alimentaria

Una producción suficiente para satisfacer la demanda nacional ha sido una de las principales exigencias de organizaciones campesinas del país en las últimas décadas del siglo pasado y vuelve a ser importante, dada la creciente dependencia de alimentos externos. El tema fue promovido por el gobierno mexicano en varios periodos (con excepción de los gobiernos neoliberales), y ha sido retomado, aunque con matices diferentes, por el gobierno de López Obrador que entró en funciones en 2018. Según Castañeda y Massieu,

desde la década de los treinta hasta la de los ochenta del siglo pasado, la autosuficiencia alimentaria era vista como una función del Estado y las políticas se orientaban a tener un abasto suficiente de alimentos en las ciudades en crecimiento e industrialización (2015, 13).

Sin embargo, a mediados de la década de 1970, México perdió su autosuficiencia alimentaria y se transformó en importador de alimentos (Castañeda y Massieu 2015, 14). Los esfuerzos se reactivaron al ponerse en marcha el Sistema Alimentario Mexicano (SAM) 1980-1982.

¹⁰ Si bien hay otras propuestas interesantes para contrarrestar la crisis alimentaria como por ejemplo “democracia alimentaria” o “autonomía alimentaria”, me parece que no son tan completos y no han tendido tanta repercusión en América Latina como el de la Soberanía Alimentaria.

Se trató de un programa multisectorial que quiso estimular la producción de básicos (facilitando entre otros el acceso a créditos y mejorando los precios de garantía) para alcanzar la autosuficiencia y mejorar la distribución de alimentos. Con la entrada del sexenio de Miguel de la Madrid, estos esfuerzos se cancelaron en forma abrupta (para un recuento de la política agrícola mexicana, véase cap. 2).

Actualmente se habla de la autosuficiencia alimentaria (o su falta) en el marco de la producción suficiente o deficiente, sobre todo para los cultivos básicos como granos, leche, carne para determinado ámbito, sea regional, estatal o nacional. A causa de la pugna acerca del libre comercio y de los aranceles que inició en fechas recientes Donald Trump, presidente actual de los Estados Unidos, otrora un gran beneficiado del comercio libre y desregularizado, la discusión de la autosuficiencia alimentaria nacional vuelve a tener importancia.

Podemos hablar de autosuficiencia (parcial) a nivel comunitario o familiar cuando se produce lo suficiente de algunos cultivos para el autoconsumo de este grupo. En este sentido la autosuficiencia (parcial) puede ser una parte importante de la Soberanía Alimentaria, aunque ésta última no se limita a la autosuficiencia, como veremos más adelante.

1.1.2 Seguridad alimentaria

La “seguridad alimentaria” es un concepto que fue presentado por la FAO en la década de 1970. Así, luego de varias modificaciones, hoy es base de las mediciones de la pobreza alimentaria. Desde la Cumbre Mundial de Alimentación en 1996 queda definida de la siguiente manera:

Existe seguridad alimentaria cuando todas las personas tienen en todo momento acceso físico y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades alimenticias y sus preferencias en cuanto a los alimentos a fin de llevar una vida activa y sana (FAO 2013, XIV).

El concepto incluye cuatro dimensiones:

- disponibilidad de alimentos (producción, comercio);
- acceso (poder de compra, mercados, estrategias de sobrevivencia);
- utilización (de los alimentos por el organismo) y calidad; y

- estabilidad (variabilidad en producción, precios, ingresos) en el tiempo de los puntos anteriores.

El concepto es ampliamente utilizado y es fundamento de las políticas alimentarias en muchos países. Sin embargo, se critica este concepto por varias razones, entre otras porque no incluye el aspecto cultural y ecológico de la alimentación, ni la consideración de quién produce y bajo qué circunstancias. Es ampliamente conocido que el aspecto cultural juega un rol central en la alimentación, ya que no se trata sólo de llenar la panza e ingerir los nutrientes óptimos, sino de comer lo que es culturalmente adecuado, lo que gusta, lo que se puede cosechar o recolectar localmente. La seguridad alimentaria se refiere a garantizar el aprovisionamiento de alimentos, generalmente sin importar dónde y cómo fueron producidos, es el abasto oportuno, suficiente e incluyente de alimentos a la población.

Guzmán (2014) señala por eso que

[este concepto] en la actual concepción de la Organización Mundial del Comercio y la FAO, al estar construido en términos de las divisas y las posibilidades de los países de acceder al mercado de alimentos, marca en realidad inseguridad y vulnerabilidad a los países que no pueden cubrir los consumos de alimentos básicos a partir de sus producciones nacionales (Guzmán 2014, 219).

Dependen de la fluctuación de precios internacionales de *commodities*, de las cosechas en otros países, de negociaciones políticas y demás. Estoy de acuerdo con esta autora cuando cuestiona si se puede hablar de seguridad sin autosuficiencia alimentaria, y retoma el concepto de la soberanía alimentaria.

1.1.3 Soberanía alimentaria

El concepto de soberanía alimentaria, presentado en Roma, por Vía Campesina, en la Cumbre Mundial sobre Alimentación, en 1996. Es un concepto en contraposición explícita al actual modelo agroalimentario dominante; con las crisis de este modelo, la propuesta ha

ido ganando peso e importancia y fue adoptada rápidamente por muchas organizaciones y retomada por la academia.

Tiene varias dimensiones y entraña tres derechos: el derecho del acceso a alimentos apropiados, el derecho a determinar las políticas de producción agrícolas y el derecho a modos de producción autóctonos, es decir, a las formas de producción campesinas, indígenas, de pescadores, agricultores familiares etcétera (Quintana, 2011). En la declaración de Nyéléni que fue elaborada por una amplia representación de movimientos campesinos y de agricultura familiar, pueblos indígenas, trabajadores rurales y muchos grupos más, la soberanía alimentaria quedó definida de la siguiente manera:

La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica, y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo. Esto pone a aquellos que producen, distribuyen y consumen alimentos en el corazón de los sistemas y políticas alimentarias, por encima de las exigencias de los mercados y de las empresas. Defiende los intereses de, e incluye a, las futuras generaciones. Nos ofrece una estrategia para resistir y dismantelar el comercio libre y corporativo y el régimen alimentario actual, y para encauzar los sistemas alimentarios, agrícolas, pastoriles y de pesca para que pasen a estar gestionados por los productores y productoras locales. La soberanía alimentaria da prioridad a las economías locales y a los mercados locales y nacionales, y otorga el poder a los campesinos y a la agricultura familiar, la pesca artesanal y el pastoreo tradicional, y coloca la producción alimentaria, la distribución y el consumo sobre la base de la sostenibilidad medioambiental, social y económica. La soberanía alimentaria promueve el comercio transparente, que garantiza ingresos dignos para todos los pueblos, y los derechos de los consumidores para controlar su propia alimentación y nutrición. Garantiza que los derechos de acceso y a la gestión de nuestra tierra, de nuestros territorios, nuestras aguas, nuestras semillas, nuestro ganado y la biodiversidad, estén en manos de aquellos que producimos los alimentos. La soberanía alimentaria supone nuevas relaciones sociales libres de opresión y desigualdades entre los hombres y mujeres, pueblos, grupos raciales, clases sociales y generaciones (Declaración de Nyéléni, 2007).

Este concepto me parece sugerente para mi estudio, ya que vincula las dimensiones productiva y política con la de consumo alimenticio (mientras que la autosuficiencia alimentaria pone el énfasis en la producción nacional y la seguridad alimentaria se enfoca exclusiva-

mente en el lado del consumo). También está presente el aspecto cultural y de salud alimentaria, aspectos que son de suma importancia en los cambios alimentarios que se están observando en México, y que se empiezan a notar también en las comunidades rurales chiapanecas. Importante para la soberanía alimentaria, a diferencia de la seguridad, es la cuestión de quién produce los alimentos y dónde. Entonces se vuelve de suma importancia la pregunta sobre lo qué queremos comer y qué hacemos para lograrlo.

Gustavo Gordillo enfatiza que soberanía alimentaria parte de constatar la asimetría en los distintos mercados y espacios de poder involucrados y aclara que la “opción por el concepto de soberanía alimentaria es, claramente, una opción a favor – sobre todo – de la agricultura familiar” (Gordillo, 2013). En este sentido no es neutral en términos de relación de fuerzas.¹¹

A su vez, McMichael aclara que el punto de vista actual de la soberanía alimentaria y el movimiento que aboga por ella vienen determinados por la naturaleza del régimen alimentario al que se enfrentan. Este régimen, que promete seguridad y soberanía a través del libre comercio ha perdido legitimidad, con más claridad desde la reciente y continuada crisis alimentaria global de finales de la década de 2000¹² (una discusión más a fondo sobre el régimen alimentario viene en el Cap. 2), que dejó a millones de personas hambrientas y aceleró procesos de despojo, de acaparamiento de tierras y de financierización de la agricultura (McMichael, 2017).

La pugna por la soberanía alimentaria es entonces no sólo un concepto diferente desde el cual mirar y comprender la realidad productiva y alimentaria, sino un movimiento de lucha con alianzas internacionales que trata de reterritorializar la producción y devolverle poder a campesinos, campesinas, pescadores, pastoras y a quienes consumen. Por esto mismo,

¹¹ Aun así, el estudioso campesinista se pronuncia por no contraponer los conceptos: no verlos como antagónicos ni como alternativas, sino como complementarios. Según él, sería deseable una convergencia entre seguridad, soberanía y derecho a la alimentación (Gordillo, 2013). Yo no comparto esta visión debido a la génesis y carga política actual diferente, sobre todo de los conceptos de seguridad y soberanía alimentaria. Más bien, pienso que es importante distinguirlas claramente.

¹² El modelo alimentario ha sido cuestionado ya desde los años ochenta cuando muchos países se volvieron dependientes alimentarios por el ajuste estructural y la obligación de producir para la exportación (para poder pagar las deudas acumuladas) (McMichael, 2017).

las formas reales de la soberanía alimentaria son muy diversas y su significado ha evolucionado con una flexibilidad asombrosa, y comprende grupos y practicas más allá de lo rural (McMichael, 2017).

Algunas identifican la soberanía como una construcción, un proceso, un camino y, al mismo tiempo, como una condición (Guzmán, 2014, 221) para este proceso:

Si bien la soberanía es una construcción al mismo tiempo que una condición para el sostenimiento del modelo de país que se quiera, los términos específicos de la soberanía estarán definidos por el proceso de construcción particular de cada país, de acuerdo al sabor de su propia historia, cultura y alimentación (Guzmán, 2014, 221).

Yo entiendo la soberanía alimentaria como una contrapropuesta conceptual, un movimiento contrahegemónico y como una realidad que está en permanente construcción (y sufre sus reveses) o como un horizonte hacia donde encaminarse, no algo terminado o algo que hubo alguna vez en su forma pura.

Si bien se le da importancia y un lugar importante a la agricultura familiar, a las economías y mercados locales, se discute la soberanía alimentaria más a nivel de países o regiones desde una visión nacional, y no tanto a nivel de comunidades o de familias. Pero hay acepciones recientes que la entienden como la capacidad de las familias campesinas de producir sus propios alimentos y excedentes para el mercado (Martínez y Rosset, 2014, cit. en Massieu, 2016), una idea muy parecida a la autosuficiencia familiar o comunitaria.

Chapela, Menéndez y Robles (2015) proponen vincular la soberanía alimentaria a la agricultura campesina o de pequeña escala:

Al entender la soberanía como la búsqueda de grados crecientes de autonomía en el ámbito nacional, lo mismo que en la escala regional, comunitaria y familiar, liga necesariamente la soberanía alimentaria con la agricultura familiar y no solo a la gran producción mercantil y el mercado internacional (Chapela, Menéndez y Robles, 2015, 254)

Ninguna soberanía alimentaria a nivel de comunidades o regiones puede ser plena en el marco de políticas que imponen patrones de producción y de consumo ajenos a las comunidades locales, y que sirven el interés de unas minorías dominantes; pero aún así el bastión de resistencia familiar y local es clave en la defensa de este tipo de soberanía, pues en estas escalas se construye una soberanía relativa (aunque siempre en riesgo por las tendencias y condiciones estructurales y generales). A nivel de localidades o comunidades se pueden dar procesos que contribuyen a la búsqueda de la soberanía alimentaria a nivel nacional. Sin estos procesos locales, ninguna soberanía tiene sentido, pues si una familia o comunidad no puede tomar decisiones sobre qué producir y qué comer ¿de quién es la soberanía?

En este sentido, conciente de la tensión entre el nivel macro y el micro, propongo aplicar el concepto “Soberanía Alimentaria” a nivel de comunidades campesinas, no como algo que se pueda lograr completamente y en forma pura, sino como una búsqueda constante y necesaria para lograr la Soberanía Alimentaria nacional.

Retomando literatura sobre el concepto (Declaración de Nyéléni, 2007; Quintana, 2011; Meza y Acuña, 2010; Guzmán, 2014; Espinosa, 2015) y adecuándola para la realidad y los fines del presente estudio, llego a la siguiente definición propia:

Soberanía alimentaria es la capacidad de los pueblos para decidir sobre la producción y comercialización de los alimentos adecuados a su población, y es el derecho de las personas a acceder a alimentos culturalmente adecuados y saludables, con el ejercicio del derecho de los pueblos a determinar sus propios modelos de producción y de definir sus propias políticas agrícolas y alimentarias.

Me parece que las tres primeras dimensiones son observables en una escala de comunidad: el derecho a producir y vender los alimentos, el derecho a la alimentación (acceso y consumo) y los modelos de producción autodeterminados. El cuarto aspecto, el derecho a determinar las políticas de producción, comercialización, abasto y consumo de alimentos naturalmente es muy difícil y aun imposible de averiguar a nivel de la comunidad, ya que aluden a la escala macro, son procesos y decisiones que se toman en niveles más “arriba”, es

decir las políticas nacionales, internacionales, acuerdos comerciales, poder de empresas et-
cétera. Para este aspecto me limito a averiguar aspectos de la organización social comuni-
taria y de la participación en la toma de decisiones que afectan la producción y el consumo.

En este sentido quiero remarcar que las dimensiones de la soberanía alimentaria propues-
tas son las que yo considero claves y observables para el estudio presente, no que sean las
únicas válidas en todos lados y para todo tipo de niveles o lugares, así como enfatizar que
entiendo la soberanía alimentaria como una búsqueda, un horizonte hacia donde encami-
narse o una realidad en construcción, no algo que se pueda “cumplir” de manera pura.

Si bien el concepto de “soberanía alimentaria” forma parte del lenguaje de algunos de los
jóvenes coinvestigadores y a éstos les interesa que la comunidad pueda lograr moverse en
esta dirección, es preciso aclarar que la acepción del concepto no es necesariamente com-
partida por las personas de la comunidad de estudio, sino que corresponde a la perspectiva
de quienes realizamos la investigación.

Para facilitar la operacionalización en campo, desgloso en un primer paso el multicitado
concepto en sus varias dimensiones y contenidos, según puede verse en el cuadro 1. Como
la investigación tiene un enfoque de género, de generaciones y de políticas públicas, estas
dimensiones y contenidos se agregarán en un segundo cuadro, para posteriormente entre-
lazarlos.

Cuadro 1. Dimensiones de la soberanía alimentaria a observar

Dimensión de la soberanía alimentaria	Contenidos/indicadores
Derecho a producir y vender los alimen- tos	Autoabastecimiento de alimentos básicos, acceso a tierra, bosques, animales, agua, semillas, insumos, he- rramientas y tecnología, servicios financieros, infraes- trutura (camino, comunicación), acceso a mercados.
Derecho a la alimentación: acceso y consumo alimentario	Consumo de alimentos accesibles, suficientes, saluda- bles, nutritivos, culturalmente apropiados-valorados
Modelos de producción autodetermina- dos	Control sobre la producción, la tenencia y el uso de la tierra. Biodiversidad, calidad o degradación de suelos y otros recursos, producción sustentable/ agroecoló- gica/diversificada, conocimientos tradicionales

Derecho a determinar las políticas de producción, comercialización, abasto y consumo de alimentos	Organización social campesina, participación de pequeños productores y consumidores en toma de decisiones sobre proyectos y programas que afectan la producción y el consumo alimenticio.

Fuente: Elaboración propia

Más abajo se explicará cómo pretendo explorar y revisar estas dimensiones y sus contenidos en el trabajo de campo.

1.2 Economía campesina, género y generaciones en un contexto rural

1.2.1 Reproducción de la vida en la economía campesina

En la economía campesina, la finalidad de la producción no es la acumulación del capital, sino la satisfacción de las necesidades de consumo, o el bienestar y la reproducción de la vida de la unidad doméstica campesina (UDC), incluida la alimentación, pero no solamente ésta. Se produce para consumir y vivir, y para algunos productos hay intermediación del mercado, aunque no dirigida a la generación de ganancia y acumulación de capital.

Para llevar a cabo exitosamente esta reproducción de la vida se requieren tanto trabajos productivos como reproductivos; paralelamente, se necesitan los conocimientos, las habilidades, las destrezas y la experiencia de todos los integrantes de la familia, cuyos miembros son al mismo tiempo agentes de producción y de consumo. El trabajo productivo que llevan a cabo genera bienes de consumo, para el autoconsumo y/o para la venta en los diferentes mercados, e ingresos monetarios directos, los cuales a su vez se utilizan para comprar los bienes necesarios para el consumo, ya sea productivo o final.

Para el caso de la comunidad que nos ocupa aquí, los trabajos productivos son las labores agropecuarias, de producción de artesanía, de construcción, así como los servicios de transporte y comercio. La mayor responsabilidad para el trabajo productivo recae en los hombres, aunque, como veremos más adelante, hay una alta participación femenina en varias de las actividades productivas.

De acuerdo con Marcela Lagarde (1997, 17, cit. en Papuccio de Vidal, 2014, 222), todo aquello necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo incluye, por un lado, la manutención (comida, leña, agua, vestido, limpieza, vivienda, salud, bienestar emocional) de los integrantes de la familia, y por otro lado la reposición del trabajo propiamente para dar paso a nuevas generaciones de trabajadores (procreación, dar a luz, amamantar, cuidados de bebés y niños). Además incluye las actividades para la reproducción social, que consisten en la educación y la transmisión de valores y tradiciones, y las actividades comunitarias y de las instituciones que garantizan esta reproducción social. Sobra decir que son sobre todo las mujeres las que llevan a cabo las diferentes actividades creativas y de cuidados relacionados con la reproducción, sin las cuales el trabajo productivo sería absolutamente imposible. Estas actividades, sin embargo, no están reconocidas ni contabilizadas como trabajo; se consideran “naturalmente” femeninas y vinculadas a los afectos. Es mérito de las académicas feministas de diferentes disciplinas haber hecho visible la importancia del trabajo reproductivo y criticado el punto ciego de muchos estudiosos de los procesos de producción (por ej. Federicci, 2013; Lagarde, 1997).

Los trabajos, productivos y reproductivos, y demás comportamientos en conjunto forman parte de las estrategias familiares de vida, concepto propuesto por Susana Torrado en 1983. Las EFV se refieren al “conjunto de comportamientos a través de los cuales las unidades familiares o domésticas tratan de optimizar sus condiciones de vida, dadas ciertas determinaciones estructurales (condición socioeconómica) y coyunturales (políticas públicas)” (Torrado, 1983, cit. en Massa, 2010, 117).

Desde este punto de vista, “las Unidades Domésticas o Unidades Familiares se transforman en categorías de análisis que relacionan lo estructural con las decisiones y relaciones de los sujetos que las componen a nivel microsocioal” (Torrado, 1983, cit. en Massa, 2010, 117).

Varios estudiosos y estudiosas del campo han mostrado la centralidad de la unidad doméstica para la economía campesina, ya que alrededor de ella se organizan los trabajos y el consumo, se distribuyen los recursos y la mano de obra disponible (Salles, 1984; Torrado,

1985). Al poner énfasis en las unidades domésticas es “posible visibilizar una serie de cuestiones que están opacadas. Al enfocar la familia como unidad de recursos, se revalora la producción y el trabajo doméstico llevado a cabo en su mayoría por mujeres” (Feijoo y Ramos, 1982, cit. en Massa, 2010), así como la diversidad enorme de trabajos productivos y reproductivos que son llevados a cabo, y que normalmente escapan de la valoración, ya que no se ponderan con un criterio económico-monetario. Además se hace explícita la desigualdad de género; por ejemplo, en cuanto a la toma de decisiones sobre los cultivos, la fecundidad, el acceso a alimentos para niñas y niños o la salud.

Aunque puede parecer innecesario, quiero enfatizar que las unidades domésticas campesinas no son entes aislados o autónomos, sino se encuentran en múltiples interacciones y vínculos, ya que están inmersas en un contexto de condicionantes sociales y naturales. Una parte de este contexto está descrito en los capítulos 2 y 3, donde se describe la situación de la agricultura campesina mexicana con sus políticas agroalimentarias y sociales, así como las políticas ambientales y de conservación; otra parte de este contexto está descrito en el capítulo 4, en que se ahonda sobre las condiciones naturales y económicas del lugar.

Siguiendo la idea de Vania Salles (1984), el contexto de la reproducción campesina corresponde a un ámbito más amplio que abarca relaciones entre grupos y fuerzas sociales diversas, ya que las unidades domésticas campesinas están:

- a) en interacción con las demás familias campesinas de la misma comunidad y con las condiciones naturales/físicas dadas (aquí se toman en cuenta cuestiones como: el acceso a la tierra, la calidad de los suelos, el microclima, etcétera);
- b) en vinculación con el entorno regional/mercado local, organizaciones, iglesias, instituciones cercanas (aquí entraría por ejemplo el acceso a los mercados locales, la relación con agencias del estado); y
- c) inmersas en el entorno macroeconómico y político que determina en gran parte los precios para los productos agrícolas y los programas de apoyo productivo o social que llegan a la comunidad, entre otros.

Todos esos vínculos y niveles de interacción de las unidades domésticas campesinas influyen en las maneras de producir y consumir, de organizar el trabajo y de destinar los ingresos. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que las estructuras sociales y los vínculos son elementos condicionantes, mas no determinantes. En un contexto de lucha por la existencia campesina, las estrategias que emprenden las familias para garantizar su reproducción moderan, pero no superan las crisis (Massa, 1985, 121).

1.2.2 La relevancia del género en el contexto rural-campesino y de la alimentación

En los hogares, la reproducción de la vida no ocurre en un terreno neutral al género; son sobre todo las mujeres (grandes, adultas y jóvenes) quienes se encargan de los trabajos domésticos, de la crianza y educación de los pequeños, del cuidado de los enfermos y asumiendo muchas veces parte de la producción para el autoconsumo, especialmente en cuanto a la producción de traspatio o cercana al hogar.

Se estima que a nivel mundial las mujeres rurales representan un promedio de 43% de la fuerza de trabajo agrícola en los países en desarrollo (20% en América Latina hasta 50% en Asia oriental y África subsahariana),¹³ y producen mundialmente alrededor de 40% de los alimentos, a pesar de las precarias condiciones en las que desarrollan sus actividades, ya que la alta participación no corresponde a un acceso proporcional a la tenencia de la tierra y a otros medios de producción, ni a crédito o políticas públicas adecuadas (Rosas y Rico, 2017). Las condiciones en las cuales hombres y mujeres realizan los respectivos trabajos relacionados con la agricultura y la producción y preparación de alimentos varían considerablemente.

Partiendo de que el género es una categoría que lo estructura todo, quiero aclarar primero, antes de ahondar más en las relaciones de género y alimentación, algunas cuestiones básicas de la teoría de género:

¹³ Es posible que estas estadísticas subestimen la contribución de las mujeres, ya que muchas veces las mujeres identifican los espacios productivos alrededor de la casa como extensión de su hogar y declaran sus actividades ahí como trabajo doméstico.

Las desigualdades de género son procesos históricos complejos. Se basan en la creencia de que las diferencias sexuales justifican y legitiman relaciones de dominación de unos sobre otras en todos los referentes y aspectos sociales, por ejemplo, jurídicos, simbólicos y materiales.

Mientras que el “sexo” designa las diferencias físicas entre las hembras y los machos de una especie (en este caso, el *homo sapiens*), “género” se refiere a la construcción social de la diferencia entre mujeres y hombres. El “género” se manifiesta en los papeles, roles, valores, trabajos y comportamientos de hombres y mujeres, los cuales se forman por la ideología, la historia, la religión, la economía y la cultura. Varían a lo largo del tiempo y en las distintas sociedades, pueblos y grupos, y son cambiables (Lagarde, 1996), mientras que el “sexo” por lo general no se puede transformar (con excepciones).¹⁴

Las diferencias entre hombres y mujeres se vuelven desigualdades, ya que implican una desventaja y una posición de subordinación para las mujeres, por ejemplo, en cargas de trabajo, espacios público-privados, acceso a recursos, reconocimiento, el riesgo de sufrir violencia, participación social y política y otros más. Importante para la noción de *género*, término que apareció como categoría teórica en la década de 1980 y empezó a cobrar importancia en la década de 1990, es el tema del **poder**, que se basa en la construcción de un orden social que lo distribuye en forma inequitativa. Las diferencias arriba mencionadas llevan implícita una desventaja de las personas de género femenino en términos de poder y de estatus, comparado con las del género masculino. Esto no significa que las mujeres no puedan ser poderosas también, o que no ejerzan poder; pero implica que por lo general a lo masculino, así como las realidades materiales de los hombres, se le asocie un poder mayor que el de las mujeres.

¹⁴ Hay corrientes feministas que cuestionan la distinción entre sexo y género, aduciendo que también el sexo y los cuerpos son socialmente contruidos o pueden ser modificados. Además se ha comprobado que el “sexo biológico” no es una variable de dos (machos versus hembras), sino que hay un continuo de variantes entres los dos extremos por factores hormonales, fisiológicos, genéticos, fenotípicos, etcétera. Sin negar estos cuestionamientos, para fines de esta investigación señalo solamente que me parece que en la realidad rural mexicana, la distinción entre sexo versus género, donde se construye una desigualdad social sobre una distinción biológica, cobra sentido y es esta distinción y diferenciación social la que rige primordialmente la vida de la mayoría de las personas.

Otra característica del concepto de género es que se miran las **relaciones** entre hombres y mujeres, así como también las relaciones que hay entre hombres y hombres, y entre mujeres y mujeres en la construcción y reproducción social de la desigualdad; aunque en muchas investigaciones y en muchas acciones prácticas con enfoque de género se trabaja con mujeres, la perspectiva no solamente está en las mujeres, sino en las relaciones y estructuras de poder que corresponden al sistema sexo-género.¹⁵

Por último, pero no menos importante, hay que mencionar que se entiende el “género” como una variable en una intersección con otras relaciones de discriminación y desigualdad como clase, etnia, edad, orientación sexual, entre otras. Esto significa en la práctica que no todas las mujeres ni todos los hombres viven las mismas formas de exclusión o inclusión, sino que depende también de su pertenencia social, el lugar de origen, el color de la piel, la educación formal y otros criterios. El género se construye como inherentemente interseccional, ya que concurren condiciones interconectadas de subordinación que son experimentadas de manera diferente, dependiendo de la raza y la etnia, la cultura y la religión, y el nivel educativo y ocupacional de las mujeres (La Barbera, 2010). Esto nos dice que el género no se vive aislado, sino en un contexto concreto y en interrelación con otras formas de dominación o subordinación.

Personalmente, me parece importante recalcar que tanto hombres como mujeres reproducimos (y podemos reflexionar y superar) las desigualdades existentes, y que es importante el aporte de todas y de todos para superar estas desigualdades.¹⁶

En todo el planeta, las mujeres se responsabilizan mayoritariamente (o les es asignada esta tarea) por la alimentación. Esta situación se vuelve especialmente relevante en el caso de

¹⁵ Aunque en la acepción popular del término en México, así como en documentos de políticas públicas y programas, no hay un sentido unívoco del término “género”, muchas veces significa todo lo que tiene que ver con mujeres y sus derechos (Tepichin et al. 2010, 35).

¹⁶ También creo que las limitaciones que impone a los varones el sistema sexo-género los limita para llevar una vida plena, y digna y que es un sistema sumamente violento, pero sin duda más para las mujeres y las personas que no corresponden al ideal dominante de las respectivas sociedades.

las mujeres rurales, por la cercanía con los recursos naturales, por la exclusión y discriminación que de por sí sufren y porque muchas veces son también productoras. Además, ellas tienen una situación más difícil por la lejanía de centros de servicios, falta de oportunidades dignas de empleo y porque las actividades productivas y reproductivas que realizan suceden muchas veces en el mismo ámbito (la casa y alrededores, el solar o traspatio, la parcela). El hecho de que suceda en el mismo ámbito y a veces (casi) al mismo tiempo contribuye a la invisibilización de su condición de productora agropecuaria y las excluye del acceso a bienes, servicios y beneficios económicos (Papuccio de Vidal, 2014).

Hay una relación del tema alimentación y producción con las mujeres rurales por lo menos en las siguientes dimensiones:

- a) **Producción de alimentos:** las mujeres campesinas realizan actividades productivas, muchas veces ligadas al traspatio, a la recolección de plantas silvestres y algunas también a las tareas en la parcela –muchas veces no remuneradas o con una remuneración muy baja (Solis-Becerra y Estrada-Lugo, 2014). Se ha demostrado que las mujeres son frecuentemente las guardianas de la biodiversidad en los campos y huertos, y tienen una fuerte influencia sobre la decisión del tipo de plantas y variedades a sembrar (Mier y Terán et al., 2019). A escala mundial se puede constatar que las mujeres producen comida más diversa, y más para el consumo doméstico. Sin embargo, tienden a tener menos control sobre los medios de producción, ya que la tenencia de la tierra está mayoritariamente en manos de los hombres y el acceso a la tecnología, los créditos e insumos se dificulta para ellas. Si hay un “jefe de familia” masculino, el trabajo femenino en la actividad agropecuaria es considerado como “ayuda”, no como trabajo; ellas no reciben remuneración, o, en caso de ser jornaleras, reciben un pago inferior al de los hombres. Esta visión de “ayuda” productiva está siendo reproducida en muchas políticas públicas: “La mayoría de iniciativas de generación propuestas a las mujeres del campo, las siguen conduciendo a

actividades marginales, poco remuneradas o en el mejor de los casos, a emprender pequeños emprendimientos” con pocas ganancias (Papuccio de Vidal, 2014, 224).

- b) **Preparación de alimentos y nutrición de la familia:** por su rol social, las mujeres son las encargadas de preparar los alimentos, de nutrir y alimentar a la familia, y de asegurar que esto ocurra. Son las depositarias de una cultura milenaria de alimentación, de sabiduría, de gustos y sabores, diferentes en cada región del mundo. En la mayoría de los casos este aporte de trabajo, de conocimiento y de cultura no es valorado, visibilizado o remunerado, o sólo recibe un reconocimiento simbólico y un ensalzamiento de las cualidades supuestamente altruistas de las mujeres. Y como tienen a su cargo la salud, la alimentación, la educación y el cuidado de los integrantes del hogar, las mujeres de todo el mundo sufren más intensamente los impactos de cambios económicos y ambientales globales, así como las consecuencias locales por la pérdida de recursos y servicios. Además, tienen menor movilidad y mayor escasez de tiempo (por estas responsabilidades) que los varones (Papuccio de Vidal, 2014).
- c) **Consumo de alimentos:** en muchas sociedades rurales, las mujeres comen al último; en tiempos de escasez, comen menos o “menos bueno”, es decir, dejan los alimentos con más aporte calórico o de proteínas a los hombres¹⁷ y a niños y niñas en crecimiento. Lo que aparece como una paradoja es el hecho de la creciente obesidad en mujeres pobres; es un indicador que ellas comen menos bueno, que dejan las proteínas, verduras y frutas a otros familiares, y en vez de eso consumen más calorías vacías y grasas que están perjudicando gravemente su estado de salud (Vizcarra Bordi, 2012).
- d) **Transmisión de saberes** de producción y consumo y de la cultura alimentaria. En muchas partes del mundo, las mujeres son quienes guardan las semillas y los conocimientos sobre la siembra y recolección de los alimentos y los pasan de generación en generación (Shiva, 2013). Además, transmiten a las siguientes generaciones los

¹⁷ Debido a la creencia de que los hombres son la fuerza de trabajo que da sustento a la familia y su labor se considera productiva, se tiende a alimentarlos en primera instancia para que sigan proveyendo el sustento.

saberes culinarios, la gastronomía local, las maneras de preparar, conservar y consumir cada alimento y los cuidados de salud relacionados con los alimentos; por ejemplo, el conocimiento sobre alimentos para ciertas etapas de la vida, los cuidados de enfermos a través de la alimentación, la herbolaria, el uso de especias y plantas medicinales y alimenticias, etcétera.

- e) **Contribución política a favor del derecho a la alimentación.** Es notorio el involucramiento creciente de las mujeres en luchas a favor de la soberanía alimentaria (Red Mundial por el Derecho a la Alimentación y a la Nutrición, 2019). Este involucramiento permite tender puentes entre los espacios privados a los que las mujeres tradicionalmente han sido confinadas –hogar y cocina– y el espacio público. La defensa de un derecho humano básico como la alimentación ha permitido la articulación de las organizaciones y las agendas de mujeres con otros movimientos como ecologistas, campesinos o movimientos de antiglobalización (Papuccio de Vidal, 2014). Ejemplo de esta vinculación y del lugar protagónico de mujeres son el MST, la Vía Campesina y la Marcha Mundial de las Mujeres, así como el creciente movimiento de mujeres en la agroecología (Mier y Terán et al., 2019).

Partiendo de los conceptos básicos del enfoque de género y de la relación especial entre mujeres y alimentación, en el cuadro que sigue se desglosan aquellas dimensiones de género que me parecen relevantes para la presente investigación.

Cuadro 2. Dimensiones del enfoque de género y sus contenidos/indicadores

Dimensión de género	Contenido/indicadores
División y carga de trabajo	¿Quién hace qué? Horas trabajadas, tiempo, multiactividad, pesadez del trabajo
División de espacios público-privado	¿Cómo está la división? ¿Quién está en dónde?
Espacios donde se lleva a cabo (p. ej., la producción, la toma de decisiones)	¿Son espacios femeninos o masculinos o mixtos?
Ingresos; acceso y decisión sobre el dinero.	¿Quién tiene qué ingreso? ¿De dónde viene? ¿Quién decide cómo gastar el dinero?
Acceso y decisión sobre los recursos no monetarios	¿A cuáles se tienen acceso, y quienes? (p. ej., tierras, agua, bosques, alimentos silvestres, semillas, herramientas)

Reconocimiento y visibilidad de los saberes y los conocimientos	¿Qué conocimientos y de quiénes se reconocen y visibilizan?
Dominación, exclusión, subordinación, violencia	¿Quién ejerce dominación o violencia sobre quién? ¿Quién está subordinado o excluido y en qué aspectos?
Tensiones y relaciones de poder	Toma de decisiones explícitas e implícitas (dentro de las familias, en grupos comunitarios, asamblea ejidal, organizaciones campesinas y otros espacios)
Salud y alimentación	Cuidado de la alimentación y salud de las personas. Efectos de desigualdades y de la alimentación en los cuerpos y la salud
Movilidad y decisión sobre la movilidad	¿Quién puede moverse y hacia dónde? (p. ej., quién sale al campo, a recolectar, a comprar y vender, quién llega a reuniones)
Participación social o política	¿En dónde se lleva a cabo esta participación social, por quiénes y cómo? ¿Quién habla y quien es escuchado?
Preocupaciones y deseos centrales	¿Cuáles son las preocupaciones y los deseos principales de hombres y mujeres en relación con la producción y el consumo de alimentos?
Diferencias por edad, clase, etnia, estatus social, capacidad-discapacidad, etcétera.	¿Cómo las diferencias están atravesadas por estas otras categorías de múltiples identidades? (en la comunidad de estudio, sobre todo: edad y tenencia o no de la tierra)

Fuente: Elaboración propia

Estos aspectos se verán entrelazados con las dimensiones de la soberanía alimentaria expuestas en el cuadro 1.

1.2.1 Jóvenes rurales y la perspectiva de generaciones

La situación de los y las jóvenes rurales es poco discutida y visibilizada. A nivel de América Latina, empiezan a registrarse datos y literatura a partir de 1990 (Durstun, 1997). Los investigadores que estudian a este grupo de edad se ocupan más bien de jóvenes urbanos, mientras que la mayoría de “rurólogos/as” se ocupan de asuntos relacionados con la producción y comercialización o con la tenencia de la tierra, por lo que se enfocan a los agricultores hombres y, en menor medida, a las mujeres rurales.

Hay datos de encuestas acerca de las actividades de los jóvenes en general: sus ocupaciones, el inicio de la vida sexual activa, el uso de redes sociales, entre otros aspectos; aunque se levanten datos de jóvenes urbanos y rurales, estas encuestas parecen más bien diseñadas para un ámbito urbano; por ejemplo, la última Encuesta Nacional de Juventud (IMJUVE, 2010). Muy pocos toman a los jóvenes rurales como objeto de estudio específico y también son escasas las discusiones de asuntos relevantes para esa capa de la población, por ejemplo, su acceso a la tierra (una excepción de esto, para el caso colombiano es Jaramillo, sin año). Hacen falta estudios para conocer más la situación de los jóvenes en comunidades agrarias, su acceso a los medios de producción en el ámbito rural, su participación en la toma de decisiones intracomunitarias, etcétera.

Aparte de deplorar la invisibilidad de los y las jóvenes rurales para las ciencias sociales, varios estudiosos coinciden en que la “juventud rural es [...] uno de los sectores socio-demográficos más excluidos de la sociedad civil latinoamericana” debido a sus pocos o nulos derechos de voz en la toma de decisiones familiares y comunitarias y de control sobre los recursos, y por carecer de espacios propiamente juveniles en el campo (Durstun, 1997; Pacheco, 2003).

En México se estima que actualmente aproximadamente 31 millones de personas tienen entre 15 y 29 años, o sea, una cuarta parte de la población total. De estos jóvenes, 22% viven en localidades rurales con menos de 2500 habitantes, lo que significa alrededor de 6.9 millones de hombres y mujeres jóvenes. De ellos se sabe que 43% se dedica a actividades primarias, sobre todo a la agricultura campesina.

También hay datos estadísticos según los cuales en México, 53.3% de los jóvenes tienen ingresos debajo de la línea de bienestar. Es conocida la brecha urbana-rural en cuanto a niveles de pobreza; la población rural vive en condiciones de mayor precariedad y tiene menos posibilidades de salir de ella; para los jóvenes del campo el panorama es aún más grave, ya que en general tienen pocos o nulos ingresos ni opciones productivas.

¿De quiénes estamos hablando si escribimos o hablamos de “jóvenes” en el caso de las comunidades rurales indígenas chiapanecas? Hay afirmaciones en el sentido de que la “juventud rural” es una invención del capitalismo (Bevilaqua, 2009); otras aseveran que las fases distintas del tiempo entre infancia y adultez pueden ampliarse o reducirse (o dejar de existir), según las circunstancias de vida reales de los individuos, además de que hay diferencias notorias entre el campo y la ciudad, así que no se puede hablar necesariamente de una “juventud rural” en el mismo sentido que de una “juventud urbana”.

Pacheco señala que en las comunidades indígenas, la etapa de la juventud prácticamente no existe. “Se pasa de ser niño, perteneciente a una familia y dependiente de ella directamente, a ser adulto, responsable de una familia, ya sea de la propia o de la familia de sus padres” (1997, 101). Efectivamente, en muchas lenguas indígenas no existe una palabra específica que designe la etapa juvenil. En el caso de la lengua tsotsil, existen las palabras *kerem* ‘niño’ o ‘joven masculino’, y *tseb* ‘niña’ o ‘joven femenina’; mientras que *vinik* y *ants* significan ‘hombre’ y ‘mujer’, respectivamente. No existe en las lenguas mayas la distinción entre la infancia y la juventud o adolescencia, solo el equivalente a niño/niña y hombre o mujer con responsabilidades y derechos plenos.

Sin embargo, si bien es cierto que la “juventud en sociedades campesinas no integraba una fase distinta y definida del ciclo de vida de los individuos” (Bevilaqua, 2009, 622), y que anteriormente había un pase directo de la infancia a la adultez, también es verdad que actualmente existe una fase “inter” y un trato diferenciado que reciben las personas jóvenes por parte de adultos, autoridades e instituciones.

Para definir lo que se entiende por “juventud rural” de manera más teórica, Durston (1997) propone cuatro fases:

1. Adolescencia y fase escolar y de ayudante de padre o madre
2. Fase juvenil plena, de parcial independización y desarrollo de capacidades propias
3. Fase de joven semi-adulto, incluida la condición de recién casado
4. Fase de paternidad/maternidad, pero sin independizarse en un hogar propio.

Coincido con este autor en que

no es tan importante definir los límites de la juventud rural en años cronológicos, sino de tener presentes estas fases para poder ver los procesos que son más relevantes para cualquier tema específico de investigación o acción (Durstun, 1997, 6).

Parecido al tema género, en el tema de las generaciones se vuelven relevantes las siguientes dimensiones y contenidos/indicadores para el tema de la producción y alimentación en el contexto campesino.

Cuadro 3. Dimensiones del enfoque de generaciones y sus contenidos/indicadores

Dimensión de generaciones	Contenido/indicadores
División y carga de trabajo	¿Quién hace qué? Horas trabajadas, tiempo, multi-actividad, pesadez del trabajo, migración
Ingresos; acceso y decisión sobre el dinero	¿Quién tiene qué ingreso? ¿De dónde viene? ¿Quién decide cómo gastar el dinero?
Acceso y decisión sobre los recursos nomo- netarios	¿A cuales se tienen acceso y quienes? (p. ej., tierra, agua, bosques, alimentos silvestres, semillas, he- rramientas, mercados)
Reconocimiento y visibilidad de los saberes y los conocimientos	¿Qué conocimientos y de quienes se reconocen y visibilizan? ¿Cuáles nuevos conocimientos y rela- ciones surgen?
Dominación, exclusión, subordinación, vio- lencia	¿Quien ejerce dominación o violencia sobre quién? ¿Quién está subordinado o excluido y en qué as- pectos?
Tensiones y relaciones de poder	Toma de decisiones explícitas e implícitas (dentro de las familias, en grupos comunitarios, la asam- blea ejidal, las organizaciones campesinas y otros espacios)
Movilidad y decisión sobre la movilidad	¿Quién puede moverse y hacia dónde? (p. ej., mi- gración, estudios; quien llega a reuniones)
Participación social o política	¿En dónde se lleva a cabo esta participación social, por quiénes y cómo? ¿Quién habla y quién es escu- chado?
Preocupaciones y deseos centrales	¿Cuáles son las preocupaciones y los deseos princi- pales jóvenes y grandes en relación con la produc- ción y el consumo de alimentos?

Fuente: Elaboración propia

1.3 Políticas Públicas agroalimentarias y de conservación

Para el presente estudio interesan las políticas que tienen injerencia en la producción agrícola y la alimentación, ya que de ellas proviene la orientación general de las acciones gubernamentales hacia el campo en México en los últimos 30 años, así como los programas y proyectos concretos. Tomando en cuenta¹⁸ políticas agrarias, agrícolas, sociales, de género y de conservación ambiental, llego a lo que nombro, en los siguientes apartados, “políticas agroalimentarias”.

Primero trataré de definir política pública, ya que se ha vuelto común escuchar y hablar de “políticas públicas” sin que haya mucha claridad en lo que se significa. Se aclaran los tres aspectos de lo político, se procede a una definición del concepto, se discute el término de “políticas gubernamentales” y la diferencia entre programas y políticas, para retomar al final la reflexión sobre las políticas agroalimentarias mexicanas de las últimas tres décadas.

1.3.1 Los tres aspectos de lo político

La diferenciación entre “espacio político”, “política” y “políticas” es algo confuso. En el ámbito anglosajón se usan los tres conceptos *polity*, *politics* y *policies* para diferenciar lo que en español parece ser una y la misma palabra.

Polity se refiere al espacio público, la *polis*, las instituciones, el Estado, el sistema de gobierno, las jurisdicciones, los tratados internacionales, etcétera. Se puede equiparar con la forma en que se lleva a cabo la política. *Politics* se refiere al proceso de toma de decisiones, la definición de temas, debates, la lucha por lograr determinados intereses (que a veces puede incluir coerción, amenazas y corrupción, o puede ocurrir de formas totalmente legítimas); es el juego político en el que entran las relaciones de poder; en español es “la política”, o también de manera peyorativa, “la politiquería”. *Policy* (pl. *policies*) se refiere a programas políticos, principios de gestión, planes de acción del gobierno. En la *polity* (la forma,

¹⁸ Pero no abarcando todas las políticas en estos campos.

el espacio de lo público-político) se definen y ejecutan contenidos (las políticas), y esto ocurre mediante un proceso que incluye disputas por el poder, por lograr determinadas decisiones; el conflicto es inherente a las políticas públicas, ya que para definir problemas públicos, objetivos, acciones concretas, reglas, leyes, y presupuestos siempre hay intereses diferentes y contrarios.

Los estudios de las políticas públicas que surgieron en Estados Unidos en la década de 1950, con Harold Lasswell, para entender cómo se toman las (mejores) decisiones a nivel de los gobiernos (Arellano y Blanco, 2013) le han dado un lugar prominente al contenido, a las políticas. Sin embargo, es importante no considerar las políticas (*policies*) por sí solas, ya que ocurren en un determinado espacio institucional: la *polity* en México, por ejemplo, es una democracia representativa,¹⁹ legalmente atada a tratados, convenciones e instituciones multilaterales. Además, se definen en el marco de relaciones de poder (*politics*) tanto de sociedad civil, movimientos sociales, grupos en el poder, sector empresarial y actores globales.

1.3.2 Hacia una definición de políticas públicas

No todas las acciones de un gobierno son políticas públicas, sino un subconjunto específico y sobresaliente de la acción pública. Canto Chac señala que las políticas públicas son “cursos de acción tendientes a la solución de problemas públicos acotados, definidos a partir de un proceso de discusión entre actores sociales diversos y con mecanismos de participación de la sociedad” (2002, 62).

Las políticas públicas incluyen o pueden tomar la forma de planes gubernamentales (como en el Plan Nacional de Desarrollo), leyes, órdenes ejecutivas, decisiones administrativas, asignación de presupuestos o retiro de financiamientos y hasta acuerdos no escritos

¹⁹ Esta democracia representativa (como muchas otras) tiene problemas de representatividad, de corrupción, de corporativismo y clientelismo, entre otros vicios. Víctor Suárez (2011, 27) habla en este contexto de “rasgos autocráticos de [un] sistema político que implican el bloqueo sistemático a la conformación del interés ciudadano”.

acerca de lo que se debe o no hacer. Aguilar (1992, 24) señala: “Por política suele entenderse un conjunto o secuencia de decisiones más que una decisión singular acerca de una acción de gobierno particular”.

Los estudiosos están de acuerdo (con ligeras variantes) en que existe un ciclo de la política pública, empezando con la agenda, pasando por el diseño, la decisión, la ejecución, el monitoreo y la evaluación, donde debería empezar el ciclo de nuevo (DECA/Equipo Pueblo, 2010; Canto, 2002; Arellano y Blanco, 2013). En su estado ideal, las políticas públicas implican la participación de la ciudadanía en varias fases de este ciclo, desde información hasta toma de decisiones y participación en la ejecución (Canto, 2002). Si bien hay políticas públicas con un nivel alto de participación ciudadana, no podemos presumir que esto ocurra en todos los casos por las razones que se expondrán a continuación.

Los ciudadanos y ciudadanas tenemos diferentes situaciones e intereses que a menudo pueden entrar en contradicción; en la idea de construir una agenda pública hay que dilucidar un interés público.

El posicionar una situación en la agenda pública, y luego en la gubernamental, es una condición necesaria para la existencia de cualquier política pública, en la medida en que implica que ésta se reconoce como un problema: y no cualquiera, sino uno que amerita la atención del gobierno (Arellano y Blanco, 2013, 40).

Es interesante observar que muchos temas que anteriormente se consideraron privados se han vuelto públicos, por ejemplo, cuestiones de salud, alimentación, derechos sexuales, discriminación laboral o acoso escolar. El feminismo y los movimientos de mujeres con su lema “lo personal es político” han contribuido a colocar en la agenda pública y a elaborar políticas públicas sobre algunos temas antes considerados personales y privados.

Hay un debate teórico interesante sobre cuáles situaciones insatisfactorias llegan a ser consideradas problemas públicos (cfr. Aguilar, 1992; Arellano y Blanco, 2013). Aquí solamente refiero al hecho de que, en la concepción liberal, todos los ciudadanos son libres, tienen los mismos derechos ante el Estado y tienen la capacidad de razonamiento y de asociarse con los demás miembros de la sociedad en búsqueda de su propio interés, argumentando y

negociando para lograr lo que les interese. Sin embargo, esta concepción racional fue puesta en cuestión cuando

se reconoció el hecho sociológico de la desigualdad social. Resulta entonces que, aun teniendo los mismos derechos, no todos poseen las mismas condiciones para ejercerlos realmente, algunos tendrán mayores posibilidades de obtener información, recursos, influencia, con lo cual estamos en una situación en que la desigualdad real contradice a la igualdad formal y el acuerdo, más que ser producto de una discusión racional, viene a ser resultado de relaciones de dominación (Canto, 2002, 65).

En su ideal, la formulación de políticas públicas presupone un estado democrático y una amplia posibilidad de participación de la ciudadanía en condiciones iguales para encontrar la mejor solución a problemas públicos. Sin embargo, sabemos que, por ejemplo, mujeres, jóvenes, ancianos, gente del campo, indígenas y personas en situaciones de marginalización tienen menos posibilidades para hacer escuchar y realizar sus intereses, “por lo que lo público expresa a la vez la desigualdad social” (Canto 2002, 66). Sobra decir que esta exclusión no sólo ocurre en cuanto a la agenda (¿cuál es un problema de interés público que amerita ser resuelto?), también ocurre en el diseño y la ejecución de las políticas públicas. El hecho de la desigualdad, más aún con una desigualdad económica y social tan grande como que existe en México, hace casi imposible llegar a formular una política realmente “pública” en el sentido de la profunda participación de amplios y diversos sectores de la sociedad. Además hay que tomar en cuenta las prácticas clientelares y la violencia política que tergiversan o inhiben a participación ciudadana. Entre la población rural e indígena tenemos que considerar además que existen formas y mecanismos de toma de decisiones en torno a asuntos de interés común que se salen del esquema propuesto por las democracias contemporáneas y que no están tomados en cuenta en el proceso de formulación, ejecución y monitoreo ciudadano de las políticas públicas.

Voces críticas señalan que en México el Estado “no sólo no modera suficientemente la desigualdad social, sino que es uno de los actores que más contribuye a generarla.” (Lego-rreta y Márquez, 2012, 276). Hay un déficit de ciudadanía forjado en una larga historia de

autoritarismo, lo que ha impedido la consolidación de un Estado democrático de derecho (ibid.).

En este sentido, me parece importante la aclaración de Ulrich Brand de que el Estado “condensa materialmente en sus estructuras y mediante las políticas públicas las contradicciones presentes en la sociedad”. El Estado también es entendido como un conjunto de aparatos que pueden reproducir las desigualdades existentes (Brand, 2011, 152), por ejemplo, entre personas pobres y ricas, entre hombres y mujeres, y eso se refleja en las políticas públicas.

En la definición de los problemas que se consideran públicos y que merecen una acción de gobierno, al decidir a quiénes beneficiarán o perjudicarán tales acciones, o cuánto dinero se destinará a ellas, hay procesos de debate, intereses, luchas por la hegemonía que reflejan las relaciones desiguales de poder entre los diferentes actores de la sociedad. Otros actores, como señalamos arriba no están siendo escuchados, o sólo cuando se hacen audibles mediante protestas masivas. Algunas políticas se elaboran o se modifican por presión, *lobbying*, influencia de movilizaciones sociales,²⁰ pero hay otros que se hacen por recomendación de científicos, por compromisos internacionales, y algunos más por demandas de pequeños grupos, sean locales o sean pequeños en cuanto a número de personas que representan, pero suficientemente poderosos para imponer sus intereses, por ejemplo, el sector empresarial. Muchas políticas se hacen en contra de la resistencia de grupos organizados, informados y de representación amplia.

En el caso de la agricultura y la alimentación, este tipo de políticas “públicas” que operan a pesar de la resistencia organizada y de contrapropuestas fundamentadas expresan la hegemonía de un poderoso grupo articulado a intereses y capitales nacionales y transnacionales, tanto en el plano financiero (la financierización de la economía) como en el productivo y el mercantil. La escasa o nula participación de amplios sectores sociales en la definición de los

²⁰ Por ejemplo, en 2003, la coalición amplia de organizaciones de pequeños productores “El campo no aguanta más” logró 282 acuerdos para el campo, entre otros programas importantes como PSA, COUSSA, Progan y programa de reconversión productiva (Chapela, Menéndez y Robles, 2015; Suárez, 2011).

problemas públicos y la agenda pública y política ha dado lugar a que se afirme que la llamada política pública es en verdad **política gubernamental**, por no incorporar las voces ni los intereses de amplios sectores sociales, en nuestro caso, el campesinado y los consumidores organizados, en relación con las políticas agroalimentarias: “No se puede hablar de políticas públicas en un contexto en el que sistemáticamente se bloquea la generación de los genuinos intereses del público ciudadano” (Suárez, 2011, 27)

Por lo tanto, las políticas no sólo pueden ponerse el atributo de “públicas” cuando resultan de un proceso de consulta o de influencia de ONG, movimientos sociales y posiciones académicas de izquierda, sino también cuando responden a intereses y demandas del sector empresarial, de financiadores internacionales, de consorcios de conservación ambiental, de grupos de las iglesias o de otros grupos con intereses particulares o comunes, pues todos estos actores intervienen en la definición de problemas y de la agenda pública. Pero NO se pueden llamar “públicas” (o no son realmente públicas) si sólo corresponden a intereses concentrados de un lado o de un solo actor o grupo de actores. En este caso, la generación de políticas públicas (o el gobierno o instituciones importantes del Estado) está secuestrada por parte de grupos hegemónicos que convierten lo público en una expresión de intereses particulares de un sector minoritario y, dado que no se escucha a los otros, o sólo excepcionalmente, este secuestro de lo público se prolonga y se profundiza.

Como se ahondará más adelante (Cap. 2), las políticas mexicanas agroalimentarias han tenido una fuerte influencia de instituciones y empresas multinacionales, así como de personas poderosas que han favorecido la empresa privada, el apoyo a la agroindustria y la agricultura a gran escala, así como esquemas de manejo basados en el mercado, eclipsando el papel del Estado como regulador y redistribuidor en los procesos de producción y distribución de los alimentos y asignación de los recursos.

En este sentido, las políticas públicas agroalimentarias durante el tiempo del estudio (década de 1980 hasta 2018) se pueden entender parcialmente como una expresión no monolítica del discurso neoliberal y de conservación ambiental, de grandes corporaciones y organizaciones financieras, con una continuidad de sesgos de género y generacionales.

Sin embargo, no todas las políticas se gestaron desde el neoliberalismo. Algunas corresponden a visiones anteriores o paralelas a este, por ejemplo, la preocupación por la alimentación y nutrición de la gente pobre, o proyectos productivos colectivos, problemas atendidos por gobiernos anteriores a los neoliberales y por una serie de ONG y organismos internacionales. El problema ambiental y la declaración de áreas naturales protegidas entran en esta categoría; si bien durante el periodo neoliberal ha tenido auge y se le ha dado un matiz especial. La visión del rol de las mujeres por parte de políticas sociales y en los procesos productivos es otro de los ejemplos en los que hay una cierta continuidad de ideologías.

Es común encontrar políticas contradictorias, por ejemplo, las sociales y productivas, o las de conservación y agrícolas o agrarias, ya que el Estado y sus aparatos son un conjunto heterogéneo que expresa diferentes relaciones de fuerza.

La falta de cierta coherencia que a menudo ocurre en las políticas públicas no es un problema político en el sentido que los actores fundamentales no son capaces de ponerse de acuerdo. La falta de coherencia es un indicador de falta de hegemonía, es decir, la incapacidad de un bloque en el poder para liderar las pautas dominantes de la organización de la sociedad (Brand, 2011, 155).

Otro aspecto que resalta, cuando de políticas públicas se trata, es el de la eficiencia y racionalidad: se demanda y se supone que las políticas públicas sean eficientes/racionales: “Se supone que una decisión o una elección es racional cuando opera el cálculo de los medios necesarios para alcanzar los fines deseados” (Canto, 2002, 67); cuando las acciones acordadas son la mejor vía para lograr los objetivos. Ya desde el diseño se aprovecha la información y el conocimiento que existe en una sociedad para seleccionar las acciones y las formas de organización (Aguilar, 2010). No obstante, no siempre es así; muchas políticas

han resultado contraproducentes o produjeron resultados distintos de los deseados; hay traslape; muchas veces no llegan a la población necesitada; se despilfarran recursos y se repiten los mismos errores una y otra vez.

Tomando en cuenta la complejidad de la realidad social, con sus contradicciones, luchas de poder, insuficiencia democrática y desigualdad social, comparto la definición de Manuel Canto Chac, más compleja que la presentada al inicio del capítulo:

Las políticas públicas son cursos de acción tendentes a la solución de problemas públicos, definidos a partir de la interacción de diversos sujetos sociales, en medio de una situación de complejidad social y de relaciones de poder, que pretenden utilizar de manera más eficiente los recursos públicos y tomar decisiones a través de mecanismos democráticos, con la participación de la sociedad”. (Canto, 2002, 70).

1.3.3 ¿Políticas públicas o programas y proyectos de gobierno?

Si bien en un Estado con déficit democrático y una lacerante desigualdad, no es excepción que las políticas se impongan desde arriba, y que representen más el interés de algunos grupos que de otros, menos poderosos; hay algunas políticas y ciertos programas que sí fueron elaborados con participación de ciudadanos organizados y están siendo ejecutados y evaluados con ellos y ellas, aun con dificultades y roces.²¹

En el análisis práctico es difícil y llega a ser imposible dilucidar cuáles realmente cumplen con todos los aspectos de una política pública ideal (democrática, participativa, eficiente, transparente), cuáles parcialmente y cuáles no. Más complejo aún es dilucidar si las políticas resuelven una problemática de interés público, si son realmente eficientes y transparentes y si cuentan con una participación lo más amplia posible de la ciudadanía. Abandonar el concepto de “política pública” y llamarlo todo “política gubernamental” no me parece una vía adecuada.²²

²¹ Pienso, por ejemplo, en la Alerta de Violencia de Género (AVG), que es una política expresamente a demanda de las organizaciones feministas, y ejecutada junto con ellas. Además, está la reciente legislación a favor del etiquetado de alimentos como política de salud y nutrición que se logró a pesar del fuerte cabildeo de la industria alimentaria, entre otros.

²² En eso difiero de la visión de Víctor Suárez, quien, cuando era parte de una organización campesina, propuso una clara distinción entre políticas públicas y gubernamentales (Suárez, 2011, 25-28). Sería interesante saber si ahora, siendo funcionario del gobierno, mantiene esta distinción.

Sin embargo, cuando se trata de programas o proyectos específicos, en ocasiones comparto el uso de la expresión “programa gubernamental” o “proyecto de gobierno”, ya que por un lado la gente en la comunidad de estudio lo percibe y lo denomina así y por otro porque, aunque la política es pública, la acción específica muchas veces es ejecutada solamente por agentes y dependencias del gobierno y no por la sociedad en general.

Las políticas públicas y los programas están en estrecha relación, como aclara Luis Aguilar:

[L]os programas son acciones concretas que los gobiernos llevan a cabo para realizar sus funciones y atender los problemas públicos, en razón de que los programas son las acciones gubernamentales que disponen de recursos públicos. En este contexto, **la política pública puede ser entendida como un programa específico**, que atiende a una población objetiva determinada, aborda un problema particular o singular, presta un servicio concreto[...] **o bien puede ser entendida como el conjunto estructurado de programas.** [...] **Los programas son acciones específicas y particulares, que siguen los lineamientos generales de la política y contribuyen a alcanzar sus objetivos integrales**, pero se enfocan a atacar problemas, componentes o hechos particulares de la situación social que calificamos como problema público (Aguilar, 1992, 15, [negritas mías]).

Los programas y proyectos (en el sentido de acciones específicas con una duración delimitada) son una expresión concreta de la política pública, y muchas veces es lo que ve, vive y percibe la gente “de a pie”. No hay que olvidar que la política pública es el resultado de procesos de disputa por el poder (*politics*) y por la forma (*polity*) en la cual es posible formular y ejecutar determinado tipo de programas.

1.4 Reflexiones epistemológicas y metodológicas

1.4.1 “El campo” de la investigación, papel de la investigadora y relaciones con los sujetos
Para reflexionar sobre la metodología y los roles y las relaciones que hay entre las personas participantes en la investigación, me parece importante ubicar primero los espacios del trabajo de campo a grandes rasgos (para una descripción más detallada, véase cap. 3).

La investigación se realizó en una pequeña comunidad campesina, el ejido Emiliano Zapata I, municipio de Ocozocoautla, Chiapas. Se trata de una pequeña comunidad campesina con

condiciones relativamente libre de conflictos intracomunitarios, drogadicción, presencia del crimen organizado, etcétera, con una fuerte cohesión comunitaria y una cultura indígena de arraigo a la tierra y organización comunitaria. Se puede observar ahí cómo está ocurriendo un cambio productivo y alimentario incipiente. Es probable que la lejanía de grandes centros poblacionales esté contribuyendo a que esta transición no se haya dado todavía en la magnitud y velocidad que en otras regiones o comunidades. Las personas de la comunidad apuestan a la agricultura campesina y siguen con una diversidad de cultivos, sobre todo maíz, frijol, café y ganado. Además, por su ubicación en una reserva natural, la gran diversidad biológica en sus bosques, campos y solares, así como las condiciones relativamente buenas en cuanto a microclima, la comunidad cuenta con una variedad de cultivos y alimentos recolectados que todavía forman parte de su alimentación, pero estos ya no están siendo valorados igual que antes. Es una comunidad de migrantes indígenas que, como muchos otros, han tenido que dejar sus tierras de origen al ir en busca de tierras y mejores condiciones de vida. Empezaron así una lucha agraria tardía que todavía está muy presente en el imaginario colectivo en la comunidad. La ubicación dentro de la reserva constituye para ellos, por un lado, una limitación por no poder extenderse más hacia lo que anteriormente se consideraban “tierras baldías”, pero por otro lado, por esa misma ubicación, reciben especial atención por parte de agencias gubernamentales en cuanto a proyectos productivos y programas.

Creo que mi lugar de enunciación cuenta en esta investigación (como probablemente en cualquiera). No soy objetiva ni neutral, sino presente con mi propia subjetividad y mis valores e intereses. Mi presencia influye tanto en la elección del objeto de estudio, en la “construcción del dato”, como en su interpretación y análisis. Asumo la postura construccionista de que la realidad es una construcción social, mediada por nuestra subjetividad; entonces, se puede “observar” la realidad desde diferentes ángulos, viendo diferentes cosas. En este sentido, no existe una objetividad, por lo menos cuando se trata de fenómenos sociales, sino miradas intersubjetivas. Pero, siguiendo la perspectiva del conocimiento situado (Haraway, 1991), dicha construcción se ubica en un lugar específico, una temporalidad concreta

y un espacio particular, lo que limita (y determina) nuestra comprensión y nuestro accionar.²³ ¿Por qué me interesa este tema?, ¿acaso porque me interesan las personas de Zapata?; ¿porque veo lo que veo, busco lo que busco?; ¿desde dónde estoy mirando? Como dice Valenzuela, la descripción que realicemos de la realidad “será siempre localizada, circunscrita por nuestras reflexiones, limitada por nosotros.” (Valenzuela, 2008).

A pesar de que el proceso mismo de la investigación y las relaciones con la gente nos mueven y nos hacen ser diferentes, hay algunas identidades que creo que sí cuentan en este caso y que se pueden describir: soy mujer; me asumo como feminista;²⁴ soy madre; crecí en el campo, en el sur de Alemania, con padres de origen campesino y estoy desde hace mucho tiempo comprometida con las cuestiones de agricultura y alimentación. Me preocupa la degradación ambiental, la pérdida de las culturas campesinas, el envenenamiento paulatino de nuestras tierras a causa de la producción, y de nuestros cuerpos a través de la comida. A pesar de querer abrirme al conocimiento y a las acciones de “los otros, las otras”, aprender de la comunidad, asumir al otro como igual, no dejo de ser quien llega de fuera, con mi propio bagaje y postura política, juicios, prejuicios y contradicciones, productos de mi propia historia y el intento –con roces y contradicciones– de dejar de ser “hija del capitalismo, del patriarcado y del colonialismo”.²⁵

Considero a las personas con las que colaboro como sujetos en permanente construcción, ya que no existen los sujetos sociales ideales que nos propone la teoría. Como plantean Zemelman y Valencia (1990), las personas son al mismo tiempo producto de la realidad sociohistórica y productoras de realidad. En este sentido, las mujeres y los hombres de Zapata

²³ Donna Haraway (1991) propone el concepto de “conocimiento situado” en su libro *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Éste nace de una crítica a la epistemología feminista del punto de vista feminista. Haraway enfatiza que ningún conocimiento está desligado de su contexto ni de la subjetividad de quien lo emite, pero hay que hacer transparente y obvia esta subjetividad llegando así a una “objetividad fuerte”.

²⁴ Mi feminismo lo formé en Europa en la década de los noventa; desde hace varios años me ubico como feminista en proceso de deconstrucción, hacia un feminismo diferente, rural e incluyendo las perspectivas del sur, aunque todavía no sé cómo llamarlo...

²⁵ Les debo esta reflexión a las compañeras de generación Estefanía Baquerizo, Rosi Gavela y Sofía Blanco.

son capaces de transformar su realidad a partir de sus sueños y utopías individuales y colectivas que aportan a la transformación social.

En la comunidad tuve, a lo largo de la investigación de campo, varios papeles: maestra,²⁶ acompañante/ promotora (apoyo a un grupo de mujeres que elaboran y comercializan chiles en escabeche y empiezan una panadería colectiva a escala pequeña) y por fin el de investigadora, que asumí haciendo entrevistas o platicando con la gente, tomando notas de campo o grabando conversaciones.

Con el ideal de buscar relaciones más horizontales con la gente de la comunidad, me sentí al principio incómoda con el papel de la investigadora que resalta las diferencias que hay entre ellos/ellas y yo. Pero me di cuenta de que es preferible tomar conciencia de estas diferencias y no pretender omitirlas ni obviarlas. En el proceso con las personas de la comunidad estaban siempre presentes las jerarquías intrínsecas que llevan consigo nuestras desigualdades y estructuras de poder, por ejemplo, mis privilegios, que son innegables y saltan a la vista. Pero aun siendo de fuera y “diferente”, cada vez me sentí más cercana a las personas y me fui apropiando de su realidad. En el estar allí, cocinar con las señoras, asistir a las asambleas, mostrar videos que nos parecían interesantes, platicar y caminar con los señores, ayudar a preparar la verdura en las fiestas, jugar con los niños y en el acompañamiento al colectivo de mujeres tal vez no me hice más igual, pero sí más cercana y “más útil” para ellas y ellos. Me gusta la idea de utilizar mis privilegios y nuestras diferencias para “echar la mano”, por ejemplo, al compartir información relevante, impulsar procesos de reflexión, conectar con otras organizaciones y personas, apoyar en cuestiones prácticas, en fin, al ayudar a transformar su realidad. Le toca a la gente de Zapata valorar si se logró eso, aunque sea un poco.

²⁶ Fui maestra de Licenciatura de Benjamín Pérez y Blanca González, quienes me introdujeron y presentaron a la comunidad.

1.4.2 Investigación en colabor o investigación participativa

Para que el proceso de investigación mismo sea útil, no sólo para mí o para los espacios académicos, emprendimos una investigación participativa y en colabor junto con Benjamín Pérez y Angélica Anahí Pérez, Blanca Luz González y, en menor medida, con Sergio González y Aurelia González, con la que se intentaba contribuir a la toma de conciencia sobre la alimentación y la producción, y sobre las desigualdades de género y generacionales. Me interesó además formar capacidades desde una perspectiva ética y de la praxis, por ejemplo, en Benjamín, en la investigación participativa, o en el apoyo para que las mujeres del grupito se capacitaran para autorganizarse fuera de espacios masculinos y con autonomía de proyectos o programas gubernamentales o de ONG, de decidir sus propias formas de participación y de generación de ingresos, entre otros.

La idea de la coinvestigación se ha ido transformando. Si partí del anhelo de poder hacer todo en conjunto con dos de mis exestudiantes, poco a poco nos dimos cuenta de que tenemos roles, expectativas e intereses diferentes cada quien. Lo que teníamos en común era el interés de conocer más sobre la problemática alimentaria y productiva en la comunidad y poder “dejar algo que le sirva a la gente”. Había limitaciones de tiempos, capacidades y prioridades de los jóvenes que no se pueden dedicarse sólo a un proceso de investigación, sino que tienen que tratar de ganarse la vida con otras actividades. En el transcurso del proyecto los jóvenes cambiaron de lugar de residencia o de ocupación, así que su participación se vio más limitada.

El proceso de investigación con algunos elementos de colabor, además, nos sirvió para la formación de todas y todos los participantes. Tratamos de hacer en conjunto algunos momentos de la construcción de los datos (encuestas, entrevistas, talleres) y parte del análisis de la información, ya que en mucho se aclara y enriquece la interpretación de los “datos del campo” al hacerlo entre varias personas. Eso retoma la idea de Rappaport (2007, 203): “...mucho más que la recolección de datos, en el espacio del campo se está desplegando un proceso de interpretación colectiva”.

Otra reflexión es que una investigación colaborativa “pura” requiere una relación horizontal prolongada, factor que no estaba dado, ya que a la fecha (finales de 2019) hace apenas

cinco años que voy con regularidad a la comunidad. En este sentido, la investigación se salió de los formatos estrictos de colaboración, pero se intentó ahí donde fue posible y factible. Si bien el trabajo no se pudo llevar a cabo de manera colaborativa en todos los aspectos, la colaboración tampoco se restringió a la investigación, ya que pudimos emprender otras actividades en conjunto, especialmente con el grupo de mujeres y con algunas familias con las que tuve más cercanía. Como la relación con la comunidad sigue, pretendo ahora en una segunda fase socializar los resultados de la tesis con los diferentes grupos (jóvenes, mujeres, ejidatarios) y poner a discusión especialmente las propuestas de acción que emanaron de la tesis. Dependiendo de la respuesta y los intereses de las personas de la comunidad, así como de tiempos y recursos disponibles, definiremos una colaboración futura entre mi persona, los jóvenes co-investigadores y algunas familias o grupos de Zapata.

1.4.3 Preguntas de investigación y los conceptos centrales entretnejidos

Las problemáticas “observadas” por mí en la realidad, del modo en que mis preconceptos me permiten aprehenderla, se convirtieron, a través de un trabajo teórico y en diálogo con la academia, en problemas de investigación. Por medio de mis preguntas de investigación hago ciertos cuestionamientos a estos problemas, trato de captarlos, comprenderlos y analizarlos con base en conceptos o ejes centrales.

Vuelvo a exponer aquí las preguntas de investigación:

Pregunta general:Cuál es la relación entre políticas públicas, problemática alimentaria, desigualdad de género y generacional, en una comunidad campesina-indígena ubicada en un área natural protegida?

Preguntas específicas: ¿Cuáles son los problemas de producción y consumo alimentario para la población, especialmente mujeres y jóvenes del ejido Emiliano Zapata I?, ¿qué papel juegan las políticas públicas de alimentación y de conservación en el marco de esta problemática?, ¿qué uso hacen las personas de los programas gubernamentales y qué efectos tienen éstos en la alimentación y en la desigualdad de género y generacional?, ¿qué estrategias y vías organizativas emplean las personas para resolver el tema de la alimentación?,

¿bajo qué condiciones puede una comunidad como Emiliano Zapata I encaminarse hacia la soberanía alimentaria local?, y ¿qué lecciones pueden extraerse de esta experiencia para otras comunidades?

Como expuse arriba, un concepto medular es el de la “soberanía alimentaria”. Además, traté de transversalizar un enfoque de género y generaciones, y tener en la mira la influencia que ejercen las políticas públicas agroalimentarias y de conservación.

En el siguiente cuadro sintetice la integración de los conceptos y enfoques centrales, sus dimensiones y contenidos observables, que me guiaron en el trabajo de campo.

Cuadro 4. Síntesis de conceptos centrales, sus dimensiones y contenidos para la investigación en campo

Soberanía alimentaria		Perspectiva de género y generaciones		Políticas públicas agroalimentarias	
Especificaciones/dimensiones de la soberanía alimentaria	Contenido/indicadores	Dimensión de género y generaciones	Contenido/indicadores, aplicada a las dimensiones de soberanía alimentaria	Aspectos de programas y proyectos que llegan a la comunidad	Conceptos aplicados a la alimentación
Producción y comercialización de alimentos (derecho a y capacidad de producir y vender)	Autoabastecimiento de alimentos básicos, acceso a tierra, bosques, animales, agua, semillas, insumos, servicios financieros, infraestructura (caminos, comunicación), acceso a mercados.	Trabajo	Formas de producción de hombres, formas de prod. de mujeres, distribución del trabajo, preocupaciones en cuanto a qué, tenencia de tierra y acceso a tierra y otros recursos, ¿por quién? Movilidad, distribución del ingreso por venta, toma de decisiones sobre tierras y sobre la producción.	Objetivos	¿Cuál es el propósito de la producción?
		Acceso a recursos		Destinatarios	¿Cómo se relaciona la producción con la comunidad?
		Ingresos		Recursos	¿Cómo se relaciona la producción con la economía?
				Implementación	¿Cómo se relaciona la producción con la cultura?
				Participación ciudadana	¿Cómo se relaciona la producción con la política?
				Contradicciones, conflictos	¿Cómo se relaciona la producción con la tecnología?
Alimentación: acceso y consumo alimentario	Alimentos accesibles, suficientes, saludables, nutritivos culturalmente apropiados-valorados, gustos, cultura	Trabajo	Trabajo: recolección, compra y preparación de alimentos, manutención y nutrición familiar, trabajos reproductivos relacionados con la alimentación	Objetivos	¿Cuál es el propósito de la alimentación?
		Ingreso y acceso a recursos		Destinatarios, acceso	¿Cómo se relaciona la alimentación con la comunidad?
		Toma de decisiones		Recursos	¿Cómo se relaciona la alimentación con la economía?
		Espacios		Implementación	¿Cómo se relaciona la alimentación con la cultura?

	alimentaria (aquí ver posible transición alimentaria)	Conocimientos	tación, ¿por quién? ¿Ingreso de dónde y de quién? Toma de decisiones sobre alimentación; espacios donde se lleva a cabo. ¿Comida suficiente para todos? ¿Quién come primero y qué? Efectos en la salud	Participación ciudadana Contradicciones y conflictos	cult con ¿(C alim la re gran ¿Có sigu
		Salud y cuerpos			
Modelos de producción autodeterminados	Control sobre la producción y el uso de la tierra. Acceso a la tierra y a otros recursos, conocimientos tradicionales y nuevos, biodiversidad, calidad o degradación de suelos, semillas, variedades animales y vegetales, maneras de producir (sustentable/agroecológica/diversificada)	Toma de decisiones, participación social	Toma de decisiones sobre la producción, quién tiene relación con agentes de fuera (gobiernos, ONG), tenencia de tierra y acceso a tierra, conocimientos de hombres y mujeres en recolección, siembra, cría de animales.	Objetivos	¿No rece tierr ¿Efe de la ¿Có sigu desi rati ¿Qu yect duc ¿Qu sos sida mas ¿Par prog
		Acceso a recursos		Destinatarios, acceso	
		Conocimientos		Recursos	
				Implementación	
				Participación ciudadana Conflictos y contradicciones	
Derecho y capacidad de determinar	Organización social campesina,	Espacios		-----	

Fuente: Elaboración propia

las políticas de producción, comercialización, abasto y consumo de alimentos	participación de pequeños productores y consumidores en toma de decisiones sobre proyectos y programas que afectan la producción y el consumo de alimentos.	Participación	¿Presencia y voz en espacios públicos de mujeres y hombres?, ¿Participación social o política de mujeres, hombres, jóvenes? ¿Agenda diferenciada por género y generaciones?		
		Preocupaciones o agenda principal			

1.4.4 Metodología y herramientas de la investigación

Del el cuadro arriba expuesto, donde se entretajan los conceptos centrales y sus dimensiones y contenidos o indicadores, enfocados en el estudio concreto, se desprendieron guiones de temarios-cuestionarios, para los diferentes sujetos con los que trabajamos, hombres y mujeres de la comunidad y funcionarios gubernamentales, así como para guías de observación y talleres.

El trabajo de campo en Zapata se llevó a cabo entre 2015 y junio del 2018. En 19 visitas de dos a tres días a la comunidad se desarrollaron las siguientes herramientas:

1. 20 entrevistas semiestructuradas con hombres y mujeres de la comunidad más cinco entrevistas a funcionarios y maestras. En las entrevistas se preguntó por ejemplo sobre hábitos alimentarios, gustos y preferencias, producción agrícola, ingresos, trabajos de hombres y mujeres, acceso a programas y proyectos por parte de los diferentes grupos (guion de entrevistas, véase anexo 2).
2. Muchas pláticas informales con la gente de Zapata; algunos de ellos se pudieron grabar, las demás se apuntaron.
3. 26 encuestas sobre la situación productiva, enfocada en maíz y frijol (formato de encuestas, véase anexo 3).
4. Tres proyecciones de películas sobre temas relacionados con la alimentación o la producción en la casa ejidal, abiertas para toda la comunidad, más un taller de devolución de resultados de las encuestas.
5. Tres talleres prácticos y sobre alimentación (por ej., reconocimiento de alimentos tradicionales, construcción de horno ahorrador de leña), según la necesidad y las peticiones del grupo. Se hicieron exclusivamente con las mujeres.
6. “Observación participante”: estar allí. Esta ha sido una herramienta clave; más que “observación”, prefiero llamarla de **convivencia**, ya que platicábamos, trabajábamos juntos, comíamos, íbamos al campo, pude estar en las asambleas, en la iglesia, en las fiestas de la comunidad. Es la posibilidad por excelencia de aprender de la comunidad y llegar a una construcción colectiva del conocimiento a través del diálogo.

Las entrevistas, pláticas informales y talleres se transcribieron, la mayoría por mí, algunos por Benjamín, Blanca y Angélica; juntos analizamos algunas de las entrevistas. Además, llevé un diario de campo del cual transcribí los hallazgos más importantes. Las encuestas se procesaron mediante un programa de cálculo. Para el ordenamiento y análisis de los datos cualitativos me apoyé en un *software* (Atlas.ti), a través de la construcción de códigos para identificar y clasificar la información.

Capítulo 2: Sistema alimentario y políticas agroalimentarias

Para ubicar la problemática y las estrategias de la comunidad en un marco más amplio, en el siguiente capítulo haré un esbozo general de las políticas (en el sentido amplio de *policies*, *politics* y *polities*, como expliqué en 1.3) que han afectado la situación agroalimentaria del campo mexicano y su conservación en las últimas tres décadas. Este necesariamente será una delineación general, generalizante y desde cierta distancia.²⁷

No se puede entender la pérdida de la autosuficiencia alimentaria de México, y el cambiante rol de la economía campesina mexicana sin enfocar el contexto económico global de la producción y distribución de los alimentos, y las relaciones de poder que las influenciaron o dominaron. Vale la pena mirar más detenidamente para después enfocarnos en la historia agrícola y agraria mexicana y sus correspondientes políticas, incluida la alimentaria.

Muchos autores están de acuerdo en que el rol de los Estados Unidos en la economía agroalimentaria mundial, sobre todo en el periodo de la posguerra, ha sido clave. Este país logró imponer un control mundial sobre la producción, el comercio y hasta el consumo de los alimentos después de la segunda guerra mundial.

Philip McMichael (2015) periodiza la producción y distribución de alimentos a nivel mundial en tres momentos y regímenes alimentarios:

- 1.) El primer régimen colonial de 1870-1930, que tuvo a Gran Bretaña como centro, se basó en la importación de productos tropicales, granos básicos y ganado desde sus colonias hacia Europa, para apoyar la industrialización y manufactura allí, muchas veces a costa de hambrunas y sufrimiento en los países colonizados.
- 2.) El segundo régimen, entre 1950-1970, se centró en Estados Unidos.

²⁷ En el cap. 3, sin embargo, el acercamiento de las políticas públicas que han influido en la comunidad Emiliano Zapata será mayor, enfocado a programas y proyectos de estas políticas.

3.) El tercer régimen, a partir de la década de 1980, se basa en el poder de las corporaciones transnacionales, por lo que se denomina “régimen alimentario corporativo”.

Siguiendo la teoría de McMichael, en los siguientes apartados nos enfocaremos en el segundo y tercer regímenes, alternando con una descripción y análisis breve de las políticas agroalimentarias mexicanas en los periodos correspondientes, para terminar con la política social mexicana.

2.1 Régimen alimentario hegemonizado por Estados Unidos

Este régimen empieza en el periodo de la posguerra. La segunda guerra mundial había dejado una Europa gravemente herida, con pérdidas humanas inmensas y economías destruidas. Además, el sistema del colonialismo estaba en plena disolución, ya que los viejos poderes coloniales europeos se enfrentaron a movimientos de independencia en sus excolonias en Asia y África. Los Estados Unidos, no sufrieron el desastre de la guerra en su propia tierra (y tuvieron relativamente poca pérdida humana, en contraste, por ejemplo, con la Unión Soviética); al contrario, su industria se vio fortalecida por la producción bélica. Como potencia victoriosa y con infraestructura y economía intactas, tuvieron ventajas en la carrera por la hegemonía económica mundial.

Así, se llevó a cabo un proceso de agroindustrialización basado en la especialización, sobre todo de granos, junto con una venta barata o “donaciones” de excedentes a otros países, creando así una dependencia alimentaria de éstos hacia Estados Unidos y garantizando un mercado seguro para este país. La agricultura intensiva y los crecientes rendimientos fueron posibles, entre otros factores, por una mecanización masiva de la agricultura, así como por el nitrógeno que durante la guerra sirvió para construir bombas y que después encontró su utilidad como fertilizante sintético en la agricultura. Todo ello inscrito en la revolución agrícola contemporánea que, especialmente en el caso de los países en vías de desarrollo, se llegó a conocer como revolución verde. Dicha estrategia creó excedentes, y los Estados Unidos se fueron fortaleciendo como granero del mundo. Así, brindaron ayuda alimentaria,

primero a la Europa destruida de la segunda guerra mundial²⁸ y después a los países del sur, a la vez que esa “ayuda” era pieza clave para contener “el peligro del comunismo” (*containment policies*).

De esta manera los Estados Unidos fortalecieron su rol hegemónico y lograron promover y diseminar el uso de la tecnología de la revolución verde en (casi) todo el mundo, consolidando el poder de grandes agricultores capitalistas en el sur y estableciendo lazos comerciales entre empresas estadounidenses y agricultores en muchas partes del mundo. La revolución verde, además de fertilizantes sintéticos y mecanización de la agricultura incluía paquetes tecnológicos con semillas híbridas, altamente dependientes de fertilización, irrigación y pesticidas.

Ahora se sabe de las consecuencias ambientales desastrosas de la agricultura industrial, fruto de dicha revolución: salinización y agotamiento de suelos, envenenamiento de agua, tierra, alimentos, disturbios en los agroecosistemas, daños en la salud de animales de granja y en humanos, pérdida de variedades de semillas y de la biodiversidad en general (entre otros la casi desaparición y extinción de muchos anfibios e insectos), pero se hace poco o nada para cambiar de modelo de producción.

Importante para el tema que aquí nos ocupa es además la dependencia de granjeros/as y campesinos/as de insumos externos, muchas veces comprados por empresas grandes o “regalados” por el gobierno, así como el hecho que la revolución verde implica(ba) una discriminación de los alimentos campesinos; plantas que crecen en los campos de cultivo como los quelites, tomatillos silvestres, hierba mora y otras plantas comestibles fueron redefinidas como hierbas malas y destruidas por herbicidas. Si bien los rendimientos en los monocultivos a gran escala subieron considerablemente, sobre todo entre 1950 y 2000, hay que

²⁸ En Alemania se cuenta que poco tiempo después de la guerra, el presidente Truman de Estados Unidos había preguntado a Konrad Adenauer, primer canciller de la República Federal Alemana, qué necesitaban los alemanes hambrientos para comer, a lo cual Adenauer había respondido “Korn” (palabra común en alemán para referirse al centeno, grano básico para el pan oscuro alemán), pero que los americanos después mandaron “corn”, o sea maíz, del cual los alemanes empezaron a comer como papilla, ya que no se puede hacer pan con maíz.

ver que este aumento duró poco tiempo, ya que en el mediano plazo cayeron los rendimientos,²⁹ junto con la salud del ecosistema y de las personas (Altieri y Nicholls, 2012; Bartra, 2010).

La activista y científica Vandana Shiva hace énfasis en las consecuencias de la industrialización de la agricultura y la revolución verde en el aspecto ecológico y de distribución. Explica que el aumento en rendimientos de cultivos industriales se basa en el robo de la comida a otras especies y a las personas pobres rurales del Tercer Mundo:

Por eso, a medida que se produce y se comercializa más grano a escala mundial, hay más gente que pasa hambre en el Tercer Mundo. Los mercados globales tienen más artículos con los que comercializar porque se les han robado alimentos a la naturaleza y a las personas pobres (Shiva, 2000, 24).

En estas condiciones, siguen siendo los campesinos y las campesinas quienes alimentan mayoritariamente al mundo. Se estima que a pesar de las circunstancias difíciles y el poder enorme de la agroindustria, cerca de 70% de los alimentos a nivel mundial está siendo producido por manos campesinas (ETC Group, 2017). Además, hay un aporte muy considerable de la mano de obra femenina en esta producción. Casi la mitad de mano de obra agrícola en el mundo está formado por mujeres, son ellas las responsables de la mitad de la producción alimentaria global (Rosas y Rico, 2017.)

Hay que recalcar que aparte de la diseminación de la Revolución Verde, los Estados Unidos protegieron permanentemente a su propia agricultura con programas de estabilización de la producción, subsidiando a sus *farmers* (y después a las empresas) y manejando la oferta doméstica vía precios fijos y compras masivas de productos excedentes. Además se limita-

²⁹ Altieri y Nicholls (2012) describen la ley de los rendimientos decrecientes: en la agricultura industrial, a lo largo de las décadas, más insumos sólo producen menos rendimientos.

ban las importaciones con una fuerte protección arancelaria. Este modelo fue también seguido por la Comunidad Económica Europea con su Política Agraria Común desde finales de la década de 1950 (Fritscher, 2000).

Ya en los años setenta y ochenta se había llegado a una creciente especialización mundial con un enfoque productivista agroindustrial, basado en la ideología de las ventajas comparativas, que consiste en que cada país debe especializarse en la producción y exportación de aquellos bienes que puede producir con costos relativamente menores, o sea, producir lo que les es más fácil y donde es fuerte, para poder generar divisas e importar lo que no produce.

Sin embargo, había ciertos impedimentos para el libre comercio con los alimentos, ya que los acuerdos del GATT³⁰ los excluyeron desde 1947, y permitieron a los países la protección y los subsidios a los alimentos por considerarlos estratégicos y especialmente sensibles (Fritscher, 2000), y el sistema de Bretton Woods limitaba el libre cambio de divisas.

La agricultura fue tratada durante mucho tiempo de manera diferente que otras ramas de la economía; por un lado, por la importancia estratégica y política de los alimentos, y por el otro, por la renta diferencial de la tierra, que se origina en la diferente ubicación de las parcelas con respecto al mercado, las distintas calidades de los suelos y tipos de clima que inciden en la productividad, independientemente del trabajo humano. Bajo esas condiciones naturales y logísticas, las mejoras tecnológicas producen distintos resultados y no se puede ampliar la producción, los rendimientos y las ganancias de la misma manera como en la industria, pues hay un límite natural. Las variables de suelos, clima y ubicación pueden ser manipuladas solamente hasta cierto grado. En este sentido, y con ciertas condiciones (suelos magros, regiones alejadas, con mucha inestabilidad climática, etcétera) es posible que la agricultura NO deje ganancia, ya que los costos de producción son iguales o más altos

³⁰ *General Agreement on Trade and Tariffs* (por sus siglas en inglés). México no formaba parte de este acuerdo hasta 1986.

que el valor del producto en el mercado. Estas cualidades de la producción agrícola frenaron la competencia libre, pues los precios del mercado no pueden fijarse simplemente por las leyes de la oferta y la demanda, debido a que aquellos productores de más bajos rendimientos y más altos costos ubicados en las peores tierras, climas o peor ubicación con respecto al mercado, quebrarían ante los bajos costos y altos rendimientos de quienes están en mejores condiciones. Así, pese a los vientos librecambistas, durante décadas el GATT no incluyó bienes agrícolas en el libre comercio. De esta manera, el mercado agrícola estuvo protegido con aranceles, permisos y acuerdos de cuotas de importación y exportación entre países.

Para tronar este esquema de mercado protegido, Estados Unidos y, más tarde también la Unión Europea, interesados en vender sus excedentes, aplicaron una política de *dumping*³¹ consistente en subsidiar a sus agricultores para vender sus bienes agrícolas por debajo del costo de producción, especialmente a los países menos industrializados, y de ese modo provocaron la quiebra de millones de agricultores (de altos costos y bajos rendimientos) y generaron una dependencia alimentaria en los países que compraban los alimentos baratos. La mayoría de los países menos desarrollados y de aquellos en vías de desarrollo fueron exportadores netos de productos alimentarios hasta la década de 1980, cuando se convirtieron en importadores (The Development Fund, 2011; McMichael, 2015).

2.2 Política agroalimentaria mexicana en tiempos de mercado protegido

El caso mexicano es en varios aspectos diferentes al plano mundial, aun si se compara con otros países menos desarrollados.

La Revolución mexicana (1910-1917), en la cual participaron activamente grandes segmentos de la población rural con demandas de tierra y libertad, resultó en una importante reforma agraria que implicó la redistribución de grandes cantidades de tierras y el desarrollo de un sector amplio campesino al cual el Estado tuvo que integrar y apoyar de diferentes maneras. En total se repartieron, entre 1917 y 1992, 103 millones de hectáreas a 29,983

³¹ Por *dumping* se entiende la venta de un producto a precios más bajos en el país que lo importa que en el que lo produce.

ejidos y comunidades agrarias, beneficiando a un total de 3.1 millones de sujetos agrarios (ejidatarios y comuneros). La superficie otorgada corresponde a un impresionante 53 % de la superficie del país y a dos tercios de la propiedad rústica (INEGI, 1999, cit. por Warman, 2003; Nuñez, Gómez y Concheiro, 2013). La tierra era considerada patrimonio familiar y fue distribuida casi exclusivamente entre hombres mayores de edad o quienes tuvieran a su cargo a familiares, y se dejó fuera a las mujeres campesinas.

No fue hasta 1971 que se reformó la ley agraria y las mujeres empezaron a tener derecho a ser consideradas en nuevas dotaciones, así como a asumir cargos en la representación formal del ejido o de la comunidad agraria. El número de mujeres consideradas sujetos agrarios está aumentando lentamente. Cuando en 1979, 1.3% del total de sujetos con derechos agrarios eran mujeres, esta cifra se ha elevado en 30 años a 20%. Muchas de ellas son mujeres mayores, sobre todo viudas, que ejercen la tenencia formal de la tierra mientras que sus hijos accedan a ella (Almeida, 2012).

Hay que resaltar que la reforma agraria no se llevó a cabo de la misma manera en todas las regiones. Por ejemplo, en Chiapas un reparto agrario importante apenas empezó en la década de 1980 y después del levantamiento zapatista (Nuñez, Gómez y Concheiro, 2013). Se otorgaban tierras marginales, de temporal, de condiciones orográficas accidentadas y de difícil acceso, también en su gran mayoría a los varones. Aquí,

la mayor parte de la tierra entregada a los campesinos solicitantes, se había realizado por medio de la colonización, en particular en la selva. Este último acontecimiento, desgarrador y dramático para los primeros habitantes de la selva (quienes llegaron a colonizar territorios inhóspitos), permitió no afectar a las propiedades del estado con tierras prósperas para el cultivo, y dar salida a la creciente demanda agraria (Nuñez, Gómez y Concheiro, 2013, 40).

2.2.1 Agricultura campesina desde la Revolución hasta la década de 1970

La recampesinización en México después de reparto agrario contribuyó sustancialmente a la industrialización en los años de la posguerra, al aportar alimentos y materias primas para el mercado interno y excedentes para la exportación (lo que generaba divisas) y al reproducir una parte importante de la fuerza de trabajo para la emigración a las ciudades o retenerla

en tiempos de crisis (Appendini y De Luca, 2006; Espinosa, 2014). Se transfería plusvalor del trabajo rural para la acumulación de capital en el sector industrial a través de un crecimiento desigual de precios; o sea, que los precios agrícolas crecieron menos que los industriales y los salarios y ganancias agrícolas menos que los salarios industriales.

Según Espinosa (2014), el “milagro mexicano” de industrialización y el crecimiento rápido de las ciudades no habría sido posible sin la explotación extrema del campesinado. La dinámica subyacente se basaba en una distribución desigual de los recursos productivos (minifundio de temporal vs. latifundio en tierras de riego), en una división social del trabajo (agricultura vs. industria; producción alimentaria vs. agroexportación) y en una división sexual del trabajo al interior de las comunidades y familias campesinas. Mientras que los hombres eran los principales responsables de la agricultura en la parcela, realizaban trabajos asalariados, eran los titulares de la tierra y asumían la representación social y política de la familia y de la comunidad rural, las mujeres eran las responsables del hogar, de la producción en el traspatio, de la producción artesanal, y asumían labores secundarias en la parcela, así como trabajo extradoméstico, considerado complementario, como comerciantes, empleadas domésticas y jornaleras.

El rol de las mujeres en el campo fue muy poco visible desde tiempos del cardenismo hasta finales de la década de 1960, lo cual se refleja no sólo en el imaginario general de la mujer campesina como un ser subyugado y callado, sino también en los nulos apoyos que había para ellas en los programas para el campo y en la legislación agraria.³²

Entre 1940 y 1970, el mayor apoyo del Estado fue canalizado a la agricultura empresarial de exportación (de propietarios medianos y grandes que producían, entre otros, algodón, azúcar y hortalizas), mientras que la agricultura campesina, que generaba la mayor parte de los alimentos para el mercado nacional, obtuvo sólo recursos marginales para su desarrollo y quedó excluida de muchos beneficios como créditos, riego, etcétera. Estos pocos recursos se otorgaban a los varones en su calidad de productores visibles y reconocidos como tales,

³² Appendini y De Luca (2006) también señalan la ausencia de estudios que examinaran los roles de género en el campo, en este tiempo, a pesar de muchos estudios rurales.

y no a las mujeres. Se trata de una constante en las políticas públicas, ya que hasta hoy en día se puede diagnosticar la falta de un enfoque productivo para las mujeres del campo.

Ya en los años de 1960 hubo una creciente polarización entre regiones (norte vs. centro y sur), vocación (agricultura de exportación vs. producción de alimentos internos), condiciones (riego vs. temporal) y tamaños de las unidades productivas. El sector agroempresarial (con unidades de producción medianas y grandes) consolidó una agricultura de alta productividad, mientras que en las tierras ejidales y comunales, así como en la pequeña propiedad, se consolidó una agricultura familiar y de subsistencia (Appendini y De Luca, 2006; Chapela, Menéndez y Robles, 2015).

México seguía una política proteccionista (se requerían permisos para la importación de alimentos) y de cierto apoyo al campo “campesino” como herencia de la Revolución y como estrategia para garantizar el abasto alimentario de la población. El elemento más importante en este sentido era la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO), fundada en 1961. El sistema CONASUPO consistió en varias empresas paraestatales; además de la mencionada Compañía Nacional de Subsistencias Populares, se agregaron en años posteriores el Programa de Abasto de Leche Industrializada (transformado en LICONSA), la empresa Maíz Industrializado Conasupo (MICONSA), y más tarde la Distribuidora Conasupo (DICONSA) que permaneció durante muchos años, aun después de la desaparición de CONASUPO en 1999³³, como la cara visible de lo que antes era el abasto popular, al ofrecer productos básicos a través de tiendas propias y concesionadas.

CONASUPO manejaba los precios de productos agrícolas básicos por medio de subsidios y de la construcción de infraestructura que garantizaba su compra, almacenamiento y comer-

³³ El desmantelamiento de CONASUPO en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari (1994-2000) se puede leer como una política neoliberal en contra del rol activo del Estado en el aprovisionamiento de alimentos; pero también como una historia de favoritismos y corrupción, ya que fueron personas cercanas al presidente quienes se beneficiaron por este desmantelamiento (y otros parecidos), y pudieron hacerse de empresas propias monopolísticas a un costo ínfimo o nulo.

cialización. Los precios de garantía se fijaron inicialmente para maíz y frijol y luego se agregaron subsidios al trigo, la leche, los aceites comestibles, el huevo, la carne, así como a la harina de maíz para la industria de la tortilla.

Aunado a eso se subsidiaron los fertilizantes y las semillas y se produjeron en empresas paraestatales e instituciones públicas; la banca rural ofreció créditos agrícolas accesibles, así como el seguro agrícola. Se desarrollaron distritos de riego y el extensionismo rural acercó a los agricultores a métodos modernos y “científicos” de producción, en aras de aumentar la productividad. No obstante, la modernización de la agricultura mexicana que tuvo lugar entre 1940 y 1970, en el marco de la Revolución Verde, llegó sólo a una pequeña franja de todas las tierras laborables e intensivas en capital (Hewitt de Alcántara, 1988), ya que “se siguió excluyendo a aquellos campesinos que se hallaban en las tierras más pobres y practicaban una agricultura marginal” (Appendini y De Luca, 2006, 3). En el caso de Chiapas esa pequeña franja “beneficiada” por la modernización era una parte de los Valles Centrales y el distrito de riego en la zona fronteriza. Todo el resto del estado permaneció en la “agricultura marginal”, así como las comunidades de Soyaló (en los Altos de Chiapas), de donde posteriormente migrarían los colonos que fundaron a finales de la década de 1980 el ejido Emiliano Zapata.

Para inicios de la década de 1970, el panorama del campo mexicano ya había cambiado. Debido a la expansión demográfica, la creciente producción para agroexportaciones (por ejemplo, azúcar y algodón en zonas de riego) y un proceso de ganaderización, era cada vez más difícil lograr o recuperar la autosuficiencia alimentaria. A partir de la década de 1960 ya se había dado una fuerte ganaderización en los estados del trópico, incluido Chiapas, principalmente sobre las tierras nacionales. La ganadería siguió creciendo a partir de 1970; recibió distintos apoyos estatales; ocasionó conflictos entre campesinos y ganaderos (Tarrío y Concheiro, 2006) y llegó a desplazar a áreas tradicionalmente destinadas al cultivo de granos básicos para cultivar, en cambio, forraje o pastizales.

En la década de 1970, en el país hubo diferentes intentos por recuperar la autosuficiencia alimentaria y satisfacer la demanda de alimentos para el campo y las ciudades, las cuales,

en el marco de la industrialización, habían crecido rápidamente. Dependiendo de las orientaciones e ideologías de los gobiernos en turno se optaba algunas veces por la empresa privada, otras por la corporativización de campesinos y por un estatismo (por ejemplo, la colectivización del ejido, la CONASUPO), y en otras ocasiones por una fuerte injerencia en el mercado.

Además, en los años setenta resurgió de modo beligerante la lucha por la tierra de un sector amplio de campesinos en varios estados y regiones del país donde el crecimiento demográfico pulverizó la tenencia de la tierra o donde las nuevas generaciones ya no tuvieron acceso al reparto agrario. Según Bartra (1979, 180), “el movimiento campesino se despliega durante los 70 con una amplitud y profundidad sorprendentes y la lucha de clases rural se coloca en un primer plano dentro del panorama político”.

A pesar de la participación de las mujeres en la lucha agraria (Espinosa y Hernández, 2013), el campo seguía siendo considerado masculino: los créditos, apoyos a cooperativas, el extensionismo agrícola, etcétera, se dirigían sobre todo a los productores varones, dejando fuera casi por completo a las mujeres del campo.

Moguel, Fritscher y Azpeitia (1990) en su análisis de las políticas para el campo desde 1970 hasta 1982, señalan las contradicciones y vaivenes de la política agrícola entre el coqueteo con la política de ventajas comparativas para generar divisas por agroexportaciones y los intentos de lograr autosuficiencia alimentaria. A pesar de la importancia de las divisas, se preveía que si no se lograba garantizar la producción de básicos, el país iba a estar en franca indefensión frente a las grandes potencias y los altibajos de los mercados internacionales. El chantaje político de las potencias mundiales con respecto a los alimentos (el llamado *foodpower* al que nos referimos en el apartado arriba), había surtido efecto (Moguel, Fritscher y Azpeitia, 1990).

Con esta lógica en la década de 1970 los gobiernos hicieron grandes esfuerzos por estimular la producción de granos por medio del aumento de los precios de garantía (eso iba a asegurar la permanencia de los campesinos en el campo y una alta productividad), pero también a través de un reforzamiento del sistema CONASUPO y el incremento del crédito a

campesinos, así como la reorganización de productores ejidales, cooperativas y colectivos (Moguel, Fritscher y Azpeitia, 1990, 143). Hubo periodos en que se alcanzó el autoabasto de algunos productos, pero en otros años se tuvieron que importar millones de toneladas de básicos para el mercado interno (Barkin y Suarez, 1985, 18).

2.2.2 El Sistema Alimentario Mexicano

En medio de enunciados contradictorios por parte del gobierno de López Portillo, el serio retorno a la conquista de la autosuficiencia llegó en la propuesta del Sistema Alimentario Mexicano (SAM), un programa multiinstitucional que tuvo como objetivo “independizar al país del chantaje de *foodpower*”, o sea, lograr un crecimiento de la producción de alimentos básicos superior a la expansión demográfica, que permitiera evitar las crecientes importaciones de Estados Unidos, así como elevar las condiciones nutrimentales del pueblo mexicano (Moguel, Fritscher y Azpeitia, 1990), ya que se habían empezado a detectar serios problemas no sólo de desnutrición, sino relacionados con un cambio incipiente en patrones de consumo. Ya en 1980, un equipo conjunto del Instituto Nacional de Nutrición y el SAM advirtió del consumo elevado de azúcares y harinas refinadas en los grupos de más bajos ingresos, y que había que neutralizar “el efecto de la publicidad comercial que ha impuesto distorsiones empobrecedoras a los hábitos alimentarios nacionales, a los que no escapa la población de escasos recursos” (Moguel, Fritscher y Azpeitia, 1990, 165, nota al pie).

Entre los instrumentos con los que contaba el SAM estaba, de nuevo, el aumento del precio de garantía, el reforzamiento del sistema CONASUPO y la expansión de sus tiendas, un fuerte aumento en la producción de insumos como semillas y fertilizantes, pero también mecanismos para distribuir los insumos necesarios para elevar la productividad en zonas de temporal (donde predominan los campesinos), así como financiamiento con créditos baratos. Para combatir el problema nutricional se implantó un sistema de comercialización descentralizado y el subsidio gubernamental a través de precios bajos de los productos de la llamada Canasta Básica Recomendable.

El SAM contó con muchos recursos y, en efecto, logró cubrir transitoriamente las necesidades de granos básicos a tal grado que en 1980, junto con buenas lluvias, se habían obtenido las cosechas más altas en la historia del país (Barkin y Suarez, 1985; Moguel, Fritscher y Azpeitia, 1990).

El SAM con su ideología de corte “campesinista” propuso alternativas de desarrollo que iban a modificar algunas de las concepciones tradicionales de la política hacia el campo. Se le apostó a la recuperación de la economía campesina para atacar las desigualdades del ingreso y evitar que ésta siguiera sometida a los sistemas de explotación; se valoró la lógica de subsistencia de la economía campesina *versus* la lógica capitalista que sólo busca maximizar ganancias; e incluso se reconoció como “más conveniente para los productores campesinos de temporal el usar la tecnología de producción tradicional”, conservando sus semillas y usando sus técnicas de cultivo (Moguel, Fritscher y Azpeitia, 1990).

Gisela Espinosa analiza el SAM también como un

medio para establecer pactos sociales y políticos con un campesinado golpeado por casi quince años de crisis, cuyo impacto se había expresado en un beligerante movimiento campesino fuera del control estatal. El Estado no estaba dispuesto a otorgar tierra, pero intentó calmar al movimiento con recursos para la producción. (Espinosa s/f)

El SAM fue la última gran política pública diseñada para enfrentar el problema alimentario y nutrimental del país, desde la producción hasta el consumo, con las ideas de una soberanía nacional a través de la autosuficiencia y un reconocimiento de la importancia de la agricultura campesina. Se podría considerar cercano a lo que posteriormente se llegó a conocer como la pugna por la soberanía alimentaria a nivel de país (aunque esta última también incluye, dependiendo de sus vertientes, otros aspectos como producción agroecológica, igualdad de género, resistencia al modelo agroindustrial, entre otros).

Cuando tomó posesión como presidente Miguel de la Madrid (1982-1988), tanto los logros como la “ideología” del SAM fueron desechados rápidamente por el nuevo gobierno, ya que

en el contexto de la crisis de la deuda³⁴ se aplicaron políticas de ajuste estructural cuyo propósito era orientar los sectores económicos y las políticas públicas hacia el mercado y disminuir la regulación interna. Eso implicó una reducción de la intervención del Estado, la liberalización comercial y cambios en las políticas públicas existentes; entre otros, una reorientación de los subsidios y apoyos al campo.

Regresemos ahora por un momento al plano internacional, para ver después cómo siguió la política mexicana para el campo después de 1982.

2.3 Régimen corporativo global

Según McMichael (2015), en el plano mundial, el segundo régimen alimentario, centrado en los Estados Unidos, entró en aprietos con la crisis económica mundial de 1973. Esta crisis alimentaria temprana abrió una brecha entre la cooperación de los alimentos humanitarios y las ventas comerciales. Así se empezó a pensar en la seguridad alimentaria a través de los mercados. Desde la hegemonía estadounidense, la libertad de empresa se hizo meta de las agriculturas y las economías nacionales en muchos países, y se abrió el camino a un régimen privado de comercio global administrado por corporaciones transnacionales.

En el contexto de la crisis de la deuda se impusieron a los países deudores del “Tercer Mundo”, como México, políticas de ajuste estructural, y se obligó al “adelgazamiento del Estado” y al desmantelamiento de funciones importantes de protección como la regulación de la producción, las restricciones al mercado de tierras y la distribución de alimentos básicos, entre otras.

³⁴ La crisis de la deuda empezó en 1982, cuando México se declaró incapaz de pagar los préstamos multimillonarios con intereses crecientes que había adquirido durante los sesenta y setenta. Debido a la contracción del comercio mundial en 1981 que ocasionó una caída de los precios de las materias primas (la mayor exportación de América Latina), y aunado al deterioro del tipo de cambio con el dólar, la economía se estancó, mientras que los intereses y préstamos subieron, lo que resultó en una falta de liquidez para pagar los préstamos vigentes. Para evitar un pánico financiero y reestructurar la deuda, se tuvieron que aceptar nuevos préstamos con condiciones muy estrictas, impuestas, entre otros, por el FMI.

Por medio del ajuste estructural, la remoción de barreras comerciales,³⁵ la desregulación del mercado y el establecimiento de acuerdos de libre comercio en varias partes del mundo, en la década de 1980 se transitó hacia un tercer régimen alimentario, que duró aproximadamente hasta 2010, basado en el poder de las corporaciones transnacionales y ya no en un Estado en particular. Las corporaciones privadas crean, organizan e imponen cadenas de suministro para el abastecimiento global de alimentos. Especialmente importante es que, bajo el principio del dominio del mercado, “la seguridad alimentaria fue encomendada al ‘buen funcionamiento’ del mercado mundial” (Hernández Pérez, 2016, 552), lo cual, como sabemos, no funciona, pero sigue siendo la doctrina dominante de muchas políticas alimentarias.

La globalización de la “lógica de mercado” expuso a los y las campesinas de todo el orbe a un mercado mundial, en condiciones totalmente desiguales, sobre todo porque las agriculturas estaban/están en diferentes fases de desarrollo, y porque los países industrializados siguieron subsidiando fuertemente a sus agricultores locales, como se ve, por ejemplo, en el caso del intercambio entre México, Estados Unidos y Canadá, donde hay un “significativo grado de asimetría” (Fritscher, 2000, 27).

El resultado del intercambio totalmente desigual es la ruina para la producción campesina en grandes partes de los países del sur.

2.4 Política agrícola y agraria para el campo en México en tiempos del neoliberalismo

A partir de 1982, en el contexto de la crisis de la deuda y a raíz de la firma de un convenio con el FMI, México inició un programa de ajuste estructural con el cual se desplomó el gasto público para el campo. Entre 1982 y 1989 éste se redujo en 67%. La pronta consecuencia fue una baja de la producción agropecuaria y del PIB agropecuario (Appendini y De Luca, 2006). Aunado a eso, se inició abruptamente el giro neoliberal hasta culminar con la firma

³⁵ Por ejemplo, la eliminación gradual de aranceles y de precios de garantía y la remoción de prohibiciones contra la inversión extranjera.

del TLCAN, el desahucio de la agricultura campesina, la reforma del Artículo 27 y, finalmente, a poco más de un cuarto de siglo de iniciado el giro, las reformas estructurales del sexenio de Enrique Peña Nieto (2012-2018).

Después de la “muerte” del Sistema Alimentario Mexicano, una vez entrada la administración de Miguel de la Madrid (1982-1988), se aplicaron las políticas de ajuste estructural y se fueron liquidando paulatinamente las instituciones y funciones del Estado en apoyo a la agricultura. Para combatir el problema de la falta de alimentos continuaron algunos programas de corto plazo y recursos para el Programa Nacional de Alimentos (Pronal, a partir de 1983) y el Programa Nacional de Desarrollo Rural Integral (a partir de 1985), pero la producción nacional de alimentos era insuficiente y las importaciones agrícolas continuaron creciendo, en estricto cumplimiento de los objetivos de la estrategia corporativa estadounidense, lo cual aumentaba el déficit en la balanza comercial agropecuaria. Barkin y Suárez (1985) subrayan que el diagnóstico de los programas reconoció y destacó toda gama de problemas y limitantes; sin embargo, no lograron dar solución a la creciente brecha que se abría entre las necesidades sociales y la incapacidad del aparato productivo para satisfacerlas. La desnutrición, el desempleo, los bajos ingresos y la pobreza se volvieron característicos y persistentes en el campo mexicano y han permanecido así hasta nuestros días.

Un paso importante en el camino hacia la llamada “integración de mercados” se dio en 1986, cuando México firmó el GATT y se ajustó a las reglas del comercio internacional eliminando aranceles, protección a ciertos sectores, subsidios, etcétera. En el camino entre la firma del GATT y la firma del TLCAN (en 1994) se liquidaron las agroindustrias del Estado, se abandonó la producción estatal de fertilizantes y semillas, se eliminó la extensión agrícola estatal, se desregularon los precios agrícolas y se abolió el control de las importaciones y los créditos de la banca de desarrollo.

Se pasó de un modelo de sustitución de importaciones orientado al mercado interno con ciertos rasgos de Estado de bienestar (por lo menos para algunos sectores de la población

en algunas regiones) a una economía de libre competencia en el mercado global (Chapela, Menéndez y Robles, 2015).

En el sexenio de Salinas de Gortari (1988- 1994) se privatizan importantes sectores estatales y se prepara y negocia la entrada al libre comercio con América del Norte. En vez de apoyar la producción de manera organizada desde las instituciones del Estado, se empezó con el otorgamiento de subsidios monetarios individualizados como Procampo, Progan y otros. Fue en esta etapa crítica, poco favorable al minifundio y a la propiedad ejidal, a la producción campesina de alimentos y a tecnologías tradicionales, cuando se constituyó la comunidad que nos ocupará en los siguientes capítulos: Emiliano Zapata.

En un contexto de gran desigualdad social, como ha sido y es el estado de Chiapas, esta comunidad, fundada a finales de los años de 1980³⁶ por familias de escasos recursos, todavía conservaba la lógica agrarista y de búsqueda de la autosuficiencia alimentaria, pese a que en el plano nacional e internacional esta lógica ya había sido “superada”.

En esta época de cambios se dio asimismo una modificación en el rol de las mujeres campesinas para las instituciones. La quiebra de la economía campesina ocasionada por las políticas neoliberales llevaba consigo la pérdida del poder masculino basado en la parcela, porque a los hombres se les dificultaba o les resultaba imposible seguir siendo proveedores. En este contexto de crisis, escasez y marginalización, los organismos multilaterales y los gobiernos nacionales vuelven la vista a las mujeres, pues en tiempos de pobreza se considera que ellas son el mejor vehículo para que los recursos sociales lleguen a la familia. Desde la década de 1980, las propuestas de Naciones Unidas y Banco Mundial para combatir la pobreza impulsaron programas con perspectiva de género, basándose en experiencias exitosas de la incorporación de las mujeres a microfinanciamientos, proyectos productivos y cajas de ahorro (Tepichin et al., 2010).

Por un lado, estos programas quieren proveer ciertas capacidades a las mujeres; por otro lado, tienen el propósito de mejorar la salud y la nutrición familiar. Lo paradójico es que las

³⁶ Las primeras familias llegaron entre 1986 y 1988; la constitución legal como ejido se logró en 1994.

mujeres pobres, en los discursos multinacionales, son consideradas técnicamente como sujetos, porque se difunde su agencia de cambio; pero a la vez son vistas como objetos (“población-objetivo”), ya que reciben ayuda alimentaria y medidas de control demográfico y porque de ninguna manera están incluidas en el diseño, la ejecución o el control de los programas y proyectos (Vizcarra, 2008).

2.4.1 ¿Reforma agraria terminada?

Un preparativo “necesario” para la firma del Tratado de Libre Comercio era que se hicieran modificaciones al Artículo 27 de la Constitución mexicana, y de ese modo, en 1992 se hicieron las enmiendas que marcarían el final del reparto agrario y permitirían la privatización de tierras de propiedad social, o sea, de ejidos y comunidades agrarias, supuestamente para atraer inversión privada. La nueva Ley agraria de 1992 permite vender o rentar la tierra y elimina el derecho a la tierra de nuevos solicitantes. La herencia ya no es automática a la esposa o hijos/hijas del ejidatario, sino a la persona que éste designe. También es posible vender o perder por deudas la parcela ejidal sin que haya algún mecanismo de protección para los familiares, corriendo el riesgo de dejar desprotegidas a las mujeres y a los hijos y las hijas.

Para llevar a cabo esta contrarreforma agraria, en 1993 se arranca el Programa de Certificación de los Derechos Ejidales y Titulación de Solares Urbanos PROCEDE,³⁷ muchas veces mediante chantajes y amenazas. Se conminó a las comunidades a entrar al programa so pena de perder los pocos apoyos que les quedaban. El objetivo fundamental oficial del programa era otorgar certeza y seguridad jurídica en la tenencia de la tierra a los ejidos y comunidades agrarias del país. Sin embargo, voces críticas señalaban desde el inicio que la certificación era el primer paso para la privatización y la desaparición de la propiedad social.

La contrarreforma agraria, así como los cambios en las funciones del Estado, no ocurrieron sin resistencias. En la entrada en vigor del TLCAN el 1 de enero de 1994, el país despertó

³⁷ Y el programa correspondiente para comunidades agrarias, PROCECOM.

con el levantamiento zapatista. Los rebeldes armados habían tomado por sorpresa seis cabeceras municipales en Chiapas y tenían entre sus demandas: “Trabajo, Tierra, Techo, Alimentación” (EZLN, Declaración de la Selva Lacandona, 1993). Es revelador que la mayor resistencia a la cancelación del derecho a la tierra y a la privatización de la propiedad social viniera justamente de Chiapas, estado al que no había llegado la revolución y que tenía el mayor rezago en muchos aspectos (de educación, salud, infraestructura, bienestar) y que tenía cantidades grandes de solicitudes agrarias pendientes. Además, que el movimiento tuviera un fuerte matiz indígena con reivindicaciones como el respeto a las lenguas y culturas y el alto a la discriminación lacerante y racista que habían sufrido los pueblos originarios de México. Según Nuñez, Gómez y Concheiro (2013), el levantamiento zapatista fue el punto de partida que trajo cambios locales y nacionales radicales, entre éstos, un cuestionamiento radical a la contrarreforma agraria de 1992.

El levantamiento neozapatista en Chiapas realizó una reforma agraria de hecho. En los primeros meses de 1994 se habían invadido muchos terrenos por parte de grupos campesinos sin tierra, lo cual obligó al Estado a negociar con los demandantes de tierra y con los propietarios anteriores. Para evitar un mayor conflicto social y que la chispa del levantamiento armado encendiera otras regiones se inició un proceso formal, aunque precipitado (en comparación con la lentitud anterior) de reparto agrario. Hasta el año 2000, contra los vientos privatizadores que trajo la reforma al artículo 27 de 1992, se entregaron casi 196 000 hectáreas en propiedad social y se formaron 752 nuevos núcleos agrarios³⁸ (Nuñez, Gómez y Concheiro, 2013). Algunos correspondían a solicitudes viejas, como en el caso de Emiliano Zapata I, que había solicitado la dotación de tierras a finales de los años ochenta. También en esta nueva ola de reparto agrario no hubo una distribución equitativa entre hombres y mujeres; otra vez las mujeres fueron excluidas en la mayoría de los casos. En el ejido que nos ocupa, únicamente los hombres habían solicitado y logrado tener derechos ejidales y poseer parcelas. Muchos de ellos eran jóvenes de alrededor de 20-25 años, y otros mayores, de alrededor de 45-50 años.

³⁸ Aparte están las tierras zapatistas “recuperadas”, que no entran en este conteo.

Para muchas familias campesinas chiapanecas, la anhelada posesión de parcela y el cultivo de granos básicos y otros alimentos llegaron cuando la agricultura campesina ya se encontraba fuertemente golpeada por los efectos del neoliberalismo y las políticas públicas correspondientes, lo cual explica en parte las condiciones sumamente difíciles y el rezago tecnológico y comercial que enfrentarían estas comunidades.

Con la entrada al TLCAN los productores agrícolas se vieron obligados a afrontar los riesgos de la liberalización comercial. Era imposible competir favorablemente en el nuevo marco económico, porque las condiciones mexicanas, en contraste con las de los vecinos del norte, son extremadamente asimétricas en cuanto a calidad de suelos y orografía, clima, sistemas de riego, tecnología y extensión de parcelas,³⁹ y además los granos estadounidenses están fuertemente subsidiados y reciben apoyos estatales significativos.⁴⁰

De esta manera, la mayoría de los granos mexicanos se producen en condiciones de desventajas comparativas. Una excepción de esta regla es el auge de la producción de maíz que ocurrió en Sinaloa a mitad de los años noventa. Este estado se logró posicionar como el primer productor de maíz blanco híbrido en México, con un alto uso de insumos y tecnología. El milagro del maíz sinaloense se debe, entre otros factores, al subsidio inicial y a los apoyos logísticos otorgados en el periodo del Salinismo, cuando todos los demás productos ya habían caído en desgracia y ya no contaban con precios de garantía (Fritscher, 1995).

Para el maíz y el frijol, productos especialmente sensibles, en el TLCAN se acordaba un periodo de transición de 15 años hasta su total liberalización, con una reducción arancelaria paulatina y cuotas de importación. Sin embargo, en octubre de 1993 se anunció el PRO-CAMPO y con éste el retiro de los subsidios al precio del maíz y su sustitución por un apoyo al productor por superficie. Esto en los hechos significó una apertura repentina y brusca para el grano básico, ya que la disminución paulatina de los aranceles pactada debía haber

³⁹ Por ejemplo, las unidades de producción en Estados Unidos son en promedio 21 veces mayores que las mexicanas (Chapela y Menéndez, 2015).

⁴⁰ Según McMichael (2015), en 2002, en los Estados Unidos el precio medio por debajo del costo de producción fue de 43 % para el trigo, 13% para el maíz, 25 % para la soya y 35 % para el arroz.

correspondido a una disminución gradual del precio subsidiado del maíz. Al caer dicho subsidio, el mercado quedó prácticamente abierto, ya que los maiceros mexicanos no podían competir con los vecinos del norte, con la ya mencionada excepción de los productores sinaloenses.

2.4.2 Procampo/PROAGRO Productivo

El Programa de Apoyos Directos al Campo (Procampo) se inició en 1994, como un apoyo compensatorio, con el cual se intentaba aminorar el duro golpe de una competencia desigual y del cese de cualquier programa de subsidio productivo. Tuvo entre sus objetivos el de brindar apoyos directos, fomentar la reconversión productiva y modernizar la agricultura, de los cuales sólo el primero se ha logrado (CEDRSSA, 2019). El apoyo fue otorgado para superficies sembrados con maíz, frijol, algodón, arroz, cártamo, cebada, sorgo y trigo (después se modificó para cualquier cultivo lícito). Al principio se apoyó con 100 dólares/ha/ciclo productivo, y después se fueron estableciendo montos diferenciados. Entre 2013 y 2018, el apoyo consistía en 1500 pesos/ha (para productores de hasta tres hectáreas), 1300 pesos/ha (entre tres y cinco ha) y 1000 pesos o menos (dependiendo del año en curso y del área exacta) por hectárea para productores de entre cinco y 20 hectáreas.

Appendini y De Luca (2006) muestran cómo ya en 1999, cinco años después de su inicio, la mayor parte del gasto para el agro vino de dos programas: PROCAMPO y Alianza para el campo (iniciado en 1995). Después de la cancelación de Alianza para el campo, quedó como único programa realmente difundido el de PROCAMPO. Este programa duró hasta 2012, cuando cambió de nombre y ligeramente de objetivos y herramientas, para llamarse PROAGRO Productivo (2012-2018), con montos de apoyo parecidos a los de PROCAMPO. Desde el punto de vista presupuestal y de cobertura, PROCAMPO/PROAGRO Productivo fue el programa más importante de la política pública agrícola de ese periodo. Llegó a cubrir aproximadamente la mitad de la superficie sembrada (CEDRSSA, 2019), aunque tuvo varios problemas en su ejecución, por ejemplo, un padrón con muchos errores, la entrega tardía de los recursos –por lo general después de la siembra–, y la exclusión de los productores más pobres (Fox y Haight, 2010). Entre los excluidos y excluidas también se encuentran mujeres

y jóvenes que trabajan la parcela en ausencia del titular masculino de la tierra (por migración, separación, enfermedad u otras razones), pero, al no ser titulares de la tierra, no pueden recibir el subsidio.

Comparado con los precios de garantía y otros apoyos que hubo antes, este programa significaba una severa pérdida de ingresos para productores con mayores rendimientos y funcionaba así como un castigo a la productividad, mientras que, como Fritscher predijo en 1995, los productores de subsistencia iban a verse beneficiados, pues recibirían PROCAMPO aun cuando su producción no ingresara al mercado, e incluso si no producían. “PROCAMPO es así claramente un programa que busca aliviar la pobreza” (Fritscher, 1995, 56), pero incapaz de detener o reducir el éxodo y el desempleo rural causados por el TLCAN, mucho menos la creciente dependencia del maíz extranjero, la cual era en parte consecuencia del Tratado.

En el mismo año, Villafuerte y García (1995) analizaban los efectos de la liberalización comercial y del PROCAMPO en Chiapas e identificaban a grandes rasgos tres tipos de productores en Chiapas:

- a) Aquellos que realizan producción para el autoconsumo y la venta de pequeños excedentes para acceder a otros bienes (es el caso de la mayoría de productores del ejido Emiliano Zapata).
- b) Aquellos que tienen producción insuficiente para el autoconsumo y tienen que comprar maíz que obtienen del trabajo asalariado o de otras actividades (es el caso de algunos productores de Zapata)
- c) Aquellos que se especializan en la producción del maíz para el mercado.

Según los investigadores chiapanecos, la reestructuración y la desregulación económica afectaron la producción y la productividad, y golpearon más fuertemente al último grupo. Para los productores comerciales, el PROCAMPO no sirvió como apoyo productivo, mientras que para los primeros dos grupos fue y es una especie de “seguro” alimentario. Si bien no

constituye un estímulo para incrementar la productividad, sirve para mantener en cultivo la tierra que siempre ha sido dedicada al maíz (o, en caso de la comunidad estudiada, para recibir un pequeño subsidio, sin importar si el área declarada como cultivo de maíz se utilice para tal fin o no). Desde 2014, en el Proagro Productivo existe oficialmente la obligación de comprobar el destino del recurso recibido (compra de insumos, maquinaria, pago de jornales, etcétera), pero al parecer ésta no se cumple ni se exige con tanta rigurosidad.

Como en la mayoría de los programas productivos, hay que constatar la asignación desigual de recursos a hombres y mujeres, así como la ausencia de jóvenes en los programas: solo 23.3% de beneficiarios de Proagro Productivo son mujeres (SAGARPA, 2013, 8), debido a la titularidad mayoritariamente masculina de la tenencia de la tierra. En Zapata, solamente dos ejidatarias viudas (y todos los ejidatarios hombres) reciben PROCAMPO. Los jóvenes, si bien trabajan en el cultivo de granos, no pueden darse de alta en el padrón de PROCAMPO por no tener la tenencia de la tierra, y están de esta manera excluidos del programa.

2.5 TLCAN como régimen alimentario regional

En general, el TLCAN trajo efectos significativamente negativos para México en el sector agrícola, sobre todo para la agricultura de granos, a pesar de que, en el caso del maíz y del frijol, se acordara un plazo de 15 años para dejarlos en el esquema de cuotas y aranceles. Además, estas cuotas y aranceles ya no fueron cumplidos (Fritscher, 2000). Sólo un pequeño sector de productores rurales especializados en productos de alto valor para exportación como bayas, aguacate, cerveza, tequila y otros se ha beneficiado del acuerdo comercial (Gordillo, 2018).

En comparación con el país vecino del norte, en México hay más personas que dependen directamente de empleos e ingresos de la agricultura y que quedaron al margen por no poder competir contra las mercancías del extranjero. Además, los Estados Unidos mantuvieron los altos subsidios a sus agricultores, lo cual les permitió “ganar” la competencia a los agricultores campesinos mexicanos, al tiempo que propiciaron una mayor vulnerabilidad

alimentaria de la población de México. Hay una literatura exhaustiva sobre los efectos negativos del TLCAN para la estructura de la agricultura mexicana, sobre todo la de pequeñas y medianas unidades (por ej., Fritscher, 2000; Fox y Haight, 2010; Gordillo, 2018). Chapela, Menéndez y Robles (2015) lo resumen de la siguiente manera:

A 20 años del TLCAN, agro negocios y grandes corporaciones orientadas a exportación a los Estados Unidos, dominan el panorama rural de México y son determinantes en las políticas públicas que las favorecen frente a las agriculturas familiares (Chapela, Menéndez y Robles, 2015, 239).

El TLCAN no sólo trajo cambios significativos en la estructura agraria, en las políticas agrícolas y agrarias y en la producción del campo, sino también en el tipo de consumo. México experimentó el mayor crecimiento en su ingesta alimentaria antes de unirse al TLCAN. A finales de los años setenta y a principios de los ochenta, la ingesta per cápita de México sobrepasaba la de Canadá y casi alcanzaba a la de Estados Unidos. Después del giro neoliberal en México, el consumo declinó o se estancó en el país, mientras que los vecinos lo incrementaron (Otero y Pechlaner, 2014).

A partir de la entrada en vigor del TLCAN, el comercio entre los países miembros se ha multiplicado por cinco o seis. Sin embargo, en México, en el mismo tiempo se dio un aumento de personas en pobreza y mayor desigualdad. Mientras que México exporta frutas, verduras, carne de res, ternera, café, cacao y otros productos de lujo, importa granos y aceites vegetales en gran escala, que son productos básicos. Las importaciones constituyen más de 40% de la ingesta calórica de la gente en México, mientras que las exportaciones mexicanas solo representan 2% de la ingesta calórica de los vecinos del norte (Otero y Pechlaner, 2014). La dependencia de las importaciones alimentarias, sobre todo en productos básicos, significa también la dependencia y la vulnerabilidad ante los vaivenes de los precios mundiales de la mercancía. Esto lo vimos en la crisis alimentaria de 2007-2008, cuando se elevaron abruptamente los precios, sobre todo del maíz, con consecuencias graves, especialmente para las personas de ingresos más bajos, entre ellos los y las campesinas.

Siguiendo la teoría de los regímenes alimentarios de McMichael, expuesta más arriba, Gerardo Otero y Gabriela Pechlaner (2014) identifican el TLCAN como un régimen alimentario regional. Según estos autores, paralelo a este régimen alimentario regional se ha establecido un régimen nutrimental corporativo que llaman “la dieta neoliberal”. En México esta se expresa en un cambio sin precedentes hacia alimentos industrializados, de bajo valor nutricional, el surgimiento de aceites vegetales baratos, y hacia más consumo de pollo de granja. Es la expansión global de la dieta estadounidense, y un dramático cambio cualitativo en la experiencia de comer, con los consiguientes resultados de sanidad. El cambio dietético ha sido tan relevante que los años noventa del siglo XX se consideran de “transición nutricional”.

Otro aspecto que Otero y Pechlaner enfatizan es que no hay que subestimar el rol de los Estados en la implementación de una política agroalimentaria neoliberal. El Estado es un facilitador de la consolidación de los mercados y de las corporaciones ya que estas últimas tienen una fuerte injerencia en la política. De esta manera, como se explicó en el capítulo 1, las políticas públicas son el reflejo de las desigualdades existentes en la sociedad y constantemente resultan influidas por el “juego político”, el cabildeo, las presiones y la corrupción, por mencionar algunos.

La política pública agroalimentaria, en el proceso de liberalización de mercados y de apertura comercial, no sólo se enfocó en una desregularización, como comúnmente se enfatiza, sino en una neorregularización a favor de las empresas nacionales y de las compañías transnacionales (Otero y Pechlaner, 2014). Fueron las empresas estadounidenses y las agroempresas multinacionales las mayores promotoras y al mismo tiempo ganadores de la liberalización comercial, mediante la cual no sólo podían vender tecnología agrícola, semillas, agroquímicos y biotecnología, sino diseminar sus patrones dietéticos.

¿Cuál es entonces el rol del Estado y de las políticas públicas en la liberalización del comercio? A través de su intervención, la mano invisible del mercado ha sido remplazada por la mano “visible” de grandes grupos empresariales que operan como monopolios (Meza y

Acuña, 2010, 71). Al mismo tiempo que se apoyó a diferentes multinacionales del sector agroalimentario y a grupos empresariales mexicanos,⁴¹ se ha abandonado a los productores campesinos y desmantelado las agencias estatales que apoyaban el financiamiento y la comercialización agrícola y los precios al consumidor.

Lo que es especialmente indignante es que estas empresas no únicamente acaparan mercados y controlan la comercialización de semillas, insumos, granos y otros alimentos, “sino también se apropian de una buena parte de los subsidios que el Estado paga con dinero de los contribuyentes mexicanos”; así, por ejemplo, entre 2005 y 2009 se pagaron 600 millones de pesos en subsidios otorgados por ASERCA a la transnacional Cargill (Quintana, 2012, 8).

2.6 Alza de precios de 2008 como crisis del régimen corporativo global y como crisis sistémica

En esta situación de vulnerabilidad y de dependencia, agudizada por las políticas agroalimentarias neoliberales, en 2007-2008, durante la crisis financiera mundial, ocurrió un alza sin precedentes en los precios de los alimentos, al grado de desencadenar una crisis alimentaria mundial, lo cual para algunos analistas es signo de crisis del régimen corporativo global y el inicio de una nueva fase de régimen alimentario. McMichael interpreta la crisis de finales de la primera década de 2000 como “el nacimiento del régimen alimentario/combustible” que ha transformado el contenido y las coordenadas del régimen corporativista (McMichael, 2017).

Durante la crisis financiera, provocada por la explosión de la burbuja especulativa del mercado inmobiliario estadounidense, los capitales especulativos se refugiaron en granos básicos y petróleo, y eso fue la causa mayor del alza en los precios de los granos básicos. Esta financierización fue posible gracias al modelo neoliberal, en particular por la desregularización del mercado financiero de la década de 1990 y de 2000. Miguel Meza argumenta que, en un intento de atraer capital financiero, los Estados Unidos liberalizaron sus reglas para

⁴¹ Con favoritismos políticos, no cobrando aranceles, dando permisos de exportación, no controlando monopolios, etcétera.

los mercados financieros (Meza, 2013). McMichael (2014) además enfatiza el rol importante de la tierra como bien especulativo, como se observa en el creciente fenómeno de *land-grabbing* (acaparamiento de tierras) por compañías, pero también por países enteros. La mayor acumulación de capital y la mayor generación de “riqueza” ya no ocurre a partir del proceso productivo (y la explotación de la mano de obra que genera la plusvalía), como ocurría todavía en gran parte de la década de los ochenta y de los noventa, sino de la especulación con capital ficticio y trabajo improductivo. En la “aceleración de la economía ficticia especulativa en desmedro de una economía real, en la mayor parte del hemisferio norte” (Estermann, 2012, 152) ocurre que capital genera más capital, sin la intermediación de algún proceso “real” productivo y sin que se generen servicios o bienes reales.

En el caso de la crisis alimentaria de finales de la primera década del nuevo milenio, el trágico efecto de esta locura era el aumento del número de personas con hambre por 150 millones (entre 2007-2009), ya que “la especulación financiera se ha convertido, en los últimos años, en una de las causas más importantes del incremento de los precios de los alimentos y de su volatilidad” (Meza, 2013, 43).

En México aumentó el número de personas en pobreza alimentaria entre 2006 y 2010 de 14.7 a 21.2 millones. La dependencia alimentaria de nuestro país, especialmente hacia los Estados Unidos, que ha ido aumentando en cada periodo de los gobiernos neoliberales, quedó expuesta: entre los sexenios de Vicente Fox (2000-2006) y Calderón (2006-2012) hubo un incremento de 64% en el volumen de importación de alimentos; los productos que mostraron mayor crecimiento fueron los cereales (y no alimentos de lujo), lo cual significa que los productos básicos se encarecen, y llegan a ser inalcanzables para muchos (Meza, 2013). Se calcula que entre junio de 2006 y junio de 2008, en México el promedio de aumento en precios de los alimentos fue de 17%, es decir, cerca del doble, con alzas mayores en precios de aceites (64 %), huevo (40%), pan y pollo (ambos alrededor de 25%), tortillas y leche (alrededor de 18%) (cifras según Gómez Oliver, 2008, cit. en Rubio, 2009).

Un estudio de la Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales, llevado a cabo en 2008, muestra los efectos de esta crisis en las familias campesinas, especialmente en las mujeres

rurales. Las señoras entrevistadas comentaron que los aumentos en precios de venta de sus productos agrícolas (si es que los hubo) fueron mínimos,⁴² pero considerables en los precios al consumo, y los afectaron en sus alimentación y su calidad de vida: “La situación ha empeorado: aumentó el trabajo, comemos menos y menos bueno”, es el testimonio de una mujer entrevistada (RedPAR, 2009).

Interesantemente es también en esta época, a finales de la década de 2000, que hay un reconocimiento de la agricultura a pequeña escala, por lo menos en el discurso. Al parecer, algunas instituciones han entendido que la alimentación no puede ser resuelta a través de las grandes corporaciones y el mercado. La FAO declaró 2014 el año de la agricultura familiar y hay algunos indicios de cambio en las políticas de fomento productivo, por lo menos en ciertos países y organismos multilaterales,⁴³ sin que esto signifique un revés en el poder enorme que tienen las corporaciones sobre nuestra producción y consumo.

Varios autores, entre ellos Bartra (2010), Estermann (2012) y McMichael (2014), plantean la crisis alimentaria en el marco de una profunda crisis generalizada: “The food regime crisis embodies the entwined energy, climate and financial crises” (McMichael, 2014). La crisis alimentaria es una manifestación perversa de la crisis civilizatoria global y no se puede entender aislada de las crisis económica-productiva, financiera, de migración, energética, política y ecológica: “Cada una de las facetas de la crisis es alarmante por sí misma, pero todas juntas conforman una catástrofe civilizatoria inédita” (Bartra, 2010, 6).

Desde esta perspectiva, sería un error equiparar esta crisis con una crisis coyuntural del capitalismo como tantos otros, o reducir sus causas al funcionamiento de los mercados financieros o al poder de las empresas transnacionales del *agro-business*.

Contra los intentos de encontrar las causas últimas de la crisis alimentaria en el “infame monopolio agroalimentario” o en las “nefastas estrategias financieras” de Estados Unidos

⁴² Y contrarrestados por el aumento en precios de fertilizantes y combustibles.

⁴³ Entre estos cuentan los mecanismos de participación de la sociedad civil que aboga por la soberanía alimentaria en el seno de la FAO, a partir de 2013 (McMichael, 2014).

(que no las niega y las denuncia rotundamente), el académico “campesinista” Armando Bartra mantiene su postura de que “el sistema ha pervertido las fuerzas productivas que se volvieron destructivas” y enfatiza la necesidad de cambiar radicalmente nuestra manera de producir y consumir. En sus palabras:

a mi juicio la clave del asunto no se ubica en la distribución de las cosechas y la circulación del capital que lucra con ellas, sino en la naturaleza capitalista de la producción y el consumo alimentarios. Lo que incluye la predadora racionalidad empresarial del sector dominante de los agricultores, pero también [...] el modelo tecnológico con el que se cultiva la tierra y las perversas dinámicas del consumo, tanto el final como el productivo (Bartra, 2010, 25).

Bartra incluye las fases previas a la crisis alimentaria en la explicación de la miseria, y subraya sobre todo el aspecto ecológico faltante en otras explicaciones, haciendo hincapié en el “espejismo de la revolución verde” y en la crisis ecológica global, causada por el modelo de agroindustrialización, la escasez de tierras fértiles y el cambio climático que amenaza al planeta. Esta crisis sistémica no se solucionaría de fondo con una distribución más justa (por ejemplo, un acceso igual a los alimentos para todas las personas) o con cambiar las relaciones de producción (por ejemplo, a través del estatismo, o de cooperativas de trabajadores de las empresas y granjas), sino que hay que cambiar desde la raíz los “insostenibles paradigmas de producción y consumo propios de la modernidad capitalista” (Bartra, 2014, 25); hay que cambiar de modelo.

Josef Estermann argumenta algo parecido cuando escribe que

todas las crisis mencionadas [financiera, económica, de deuda estatal, ecológica, alimentaria, energética, militar, espiritual y de valores] se fundamentan en un solo tipo de racionalidad y valores que se remontan a la civilización occidental dominante de los últimos trescientos o cuatrocientos años. Esta racionalidad está plagada de una serie de “falacias” y presupuestos incompatibles con la vida en general, y la vida humana en particular (Estermann, 2012, 152).

En este sentido, es necesario que se cambie radicalmente el modelo. Este análisis se vuelve relevador aquí si miramos las oportunidades y el potencial contenidos en la economía campesina: producción de alimentos inocuos, diversidad cultural y biológica, cuidado del medio

ambiente, preservación de la agrobiodiversidad, enfoque en el cuidado de la vida y de la reproducción social en vez del enfoque en la acumulación, etcétera. En Emiliano Zapata, la comunidad que nos ocupa en esta investigación, son visibles y palpables algunas de estas cualidades que posibilitan un cambio radical de nuestra manera de producir y consumir; en el capítulo final se discutirán las perspectivas para el futuro de este ejido, así como las lecciones que nos deja esta experiencia para un cambio de modelo.

2.7 Políticas sociales para el campo en tiempos de neoliberalismo

El desmantelamiento y la desaparición de instituciones estatales de apoyo a la producción, ocurridos en México a partir de 1982 como parte de las reformas neoliberales y de ajuste estructural, van de la mano con un viraje de la política destinada al “campo campesino” hacia un enfoque social. Bajo la premisa de reducir el papel del Estado en la financiación, provisión y regulación de los servicios,

el ajuste incluyó el desmantelamiento de los instrumentos, instituciones y recursos diseñados para la inclusión de la producción familiar y un claro cambio de interlocución que probablemente ha tenido su manifestación más clara en la clasificación, en 1988, de productores empresariales con potencial productivo y el resto, que fueron desenganchados de las políticas productivas para destinarlos al régimen de subsidios no productivos mediante transferencias directas (Chapela, Menéndez y Robles, 2015, 238).

A finales de los ochenta se empieza a diferenciar entre subsidios productivos y los de asistencia social, y surgen nuevos programas para ambos tipos de “ayuda”. De esta manera, los productores “pobres” del campo quedan ahora más como sujetos de la política social en vez de sujetos de la política de fomento productivo.

En los noventa, según Appendini, ya queda de manifiesto que para este sector, las políticas de desarrollo de épocas anteriores fueron remplazados gradualmente por políticas de asistencia social, consistentes en programas de lucha contra la pobreza, “y se pasó así de otorgar fondos para subvencionar la producción a la concesión de fondos destinados a subvencionar el consumo” (Appendini y De Luca, 2006, 9).

Aunque se siguió apoyando la producción con algunos subsidios, dada la naturaleza y cantidad monetaria de estos subsidios, programas como Procampo o Progan fungen más como alicientes de la pobreza que como apoyos reales a la producción y productividad (Fox y Haight, 2010). Hay un presupuesto enorme para el campo (304 751 millones del presupuesto federal 2017) del cual más de la mitad se gasta en programas sociales. La “Iniciativa Valor al Campesino” comenta que en el PEC 2017 “6 de cada 10 Pesos invertidos corresponden a rubros sociales, mientras que sólo 3.6 pesos se aplicarán en apoyo a la producción” (Valor al Campesino, 2015).

Otro dato interesante es la división de México en regiones atendidas principalmente por SAGARPA que son los municipios del norte, y regiones atendidas principalmente por SEDESOL, que son los municipios del centro y sur, donde se ubican más ejidos y comunidades y donde predomina la agricultura a pequeña escala.⁴⁴ Los autores del reporte final de la Iniciativa Valor al Campesino llegan a la conclusión de que “En el sector rural, se pretende combatir la pobreza sobre la base de programas asistenciales y no generando mejores ingresos y empleo a partir del estímulo a las actividades productivas locales.” (Valor al Campesino, 2015, 26).

Tenemos entonces como panorama que para enfrentar la pobreza y la inseguridad alimentaria de las regiones rurales del país, sobre todo en caso del sur y el centro, se aplican más políticas sociales que políticas agrícolas o de fomento productivo.

2.7.1 Políticas alimentarias

Una parte importante de la política social siempre ha sido la política alimentaria (también en tiempos anteriores al neoliberalismo). Es en muchos casos difícil distinguir exactamente cuáles programas pertenecen a la política alimentaria y cuáles a otros aspectos de la política

⁴⁴ En las entidades del norte del país los subsidios de la vertiente de competitividad (SAGARPA) representaron más de 52% del presupuesto ejercido; mientras, en el centro y sur del país los apoyos de la vertiente social (SEDESOL) representaron 58% o más del presupuesto ejecutado. Este desbalance es aún más fuerte en los municipios indígenas, donde se destinó 68.3% del presupuesto de la vertiente social (SEDESOL) y sólo 23.8% de la vertiente de competitividad (SAGARPA).

social, ya que varios programas tienen múltiples objetivos (por ejemplo, educación y alimentación o salud y nutrición).

Hay una larga lista de programas y proyectos para mejorar la alimentación que se diseñan en México desde 1940, pero que cambian radicalmente o se modifican según la estrategia política de los gobiernos en turno (Hernández Alarcón et al., 2011), por lo cual no tiene mucho sentido desmenuzar la larga lista de los programas y proyectos, ya que son programas que aparecen y desaparecen rápidamente.

La volatilidad y dispersión no sólo aplica para “proyectitos” o programas regionales de ciertos estados como la “Canasta Básica de Corazón a Corazón” que existió durante el gobierno de Manuel Velasco Coello en Chiapas (2012-2018), sino también para programas y grandes estrategias multisectoriales, como la Cruzada Nacional Contra el Hambre que fue anunciada pomposamente en 2012 y desapareció en muchas regiones un par de años después, en medio de un escándalo de corrupción, ineficiencia y desvió de fondos, y cuya operación oscura y fraudulenta forma parte lo que ahora se conoce como la “Estafa maestra”.⁴⁵

En la política alimentaria-social podemos distinguir básicamente entre programas de entrega de alimentos (como los desayunos del DIF, los complementos alimenticios para infantes, o la entrega de despensas o comedores comunitarios que eran componentes de la Cruzada contra el Hambre), infraestructura para la alimentación (como las tiendas DICONSA) y programas de transferencias monetarias (como Prospera o la pensión para adultos mayores).

En los casos de programas de entrega de alimentos y de las tiendas de DICONSA (estas últimas originalmente diseñadas para un abasto de alimentos básicos subsidiados) se ha visto que, en aras de proporcionar alimentos no perecederos, en muchos casos se proporcionan alimentos industrializados y hasta comida chatarra.

⁴⁵ Ya en 2015 la ASF había descubierto un fraude masivo en la Cruzada contra el Hambre (revista *Proceso*, febrero 2002, www.proceso.com.mx/?p=396327), pero no es hasta 2019, después del cambio de gobierno, que una investigación a fondo saca a luz un fraude de enormes dimensiones que causó un daño multimillonario al erario público.

Pero no todo presenta un panorama sombrío: si miramos los programas de nutrición que se enfocan a combatir deficiencias y desnutrición específicas, por ejemplo, en niños, embarazadas y población en situaciones de riesgo o de emergencias, podemos constatar que son relativamente exitosas. Según la ENSANUT, la desnutrición aguda en preescolares en México ha bajado de 6% a 1.6% entre 1988 y 2006, y en el último informe (ENSANUT MC, 2016) se habla de que la desnutrición aguda ya no es un reto de salud pública. Se atribuye eso, entre otras razones, a los programas de atención a este sector de la población. Sin embargo, la prevalencia de desnutrición crónica (baja talla) sigue siendo relativamente alta: 13.6% en menores de cinco años, sobre todo en los hogares del sureste (ENSANUT MC, 2016).

Pero sobre todo, las políticas alimentarias fallan en mejorar el estado nutricional general de la población, ya que hay una epidemia de obesidad y otros problemas de salud relacionados con la alimentación, también en la población objetivo de los programas sociales con componente alimenticio (Vizcarra, 2012; INSP, 2018). Ahora tres de cada 10 niños y siete de cada 10 adultos padecen de sobrepeso y obesidad; en estas cifras se incluyen todos los grupos socioeconómicos en México, incluyendo los hogares que se encuentran en situación de inseguridad alimentaria (ENSANUT MC, 2016).

Es probable que los programas de transferencias monetarias contribuyan al cambio alimentario y a la epidemia de la obesidad. Hay muchos testimonios de tianguis con diversos productos alimenticios que acompañan la entrega de recursos con la obligación de comprar comida industrializada en las tiendas y que está aumentando el consumo de comida chatarra en cuanto llega el dinero del apoyo.

2.7.2 Progresas/Oportunidades/Prospera

Veamos más de cerca uno de los programas, el Progresas/Oportunidades/Prospera, por ser el de mayor cobertura a nivel nacional, ya que uno de cada cinco hogares en México (más de 20%) son beneficiarios. En el medio rural, alrededor de la mitad de los hogares recibe

Oportunidades (FAO, 2013). En el caso de Chiapas esta cifra llega a 71% de los hogares, lo que corresponde a aprox. 700 000 familias beneficiadas.⁴⁶

El Progreso se planteó en el año 1997 como medida compensatoria a los impactos económicos del ajuste neoliberal, pero con el tiempo se institucionalizó como política de lucha contra la pobreza y se centró en los grupos de población definidos como “pobres”, para después perfilarse como una política de “integración social”. También cambiaron los nombres: de Progreso (1997) a Oportunidades (2002) y a Prospera (2014). Como otros programas dirigidos a mujeres, supuestamente tiene “enfoque de género”.

El programa, ejecutado por SEDESOL, en colaboración con la Secretaría de Salud y la SEP es la principal estrategia del Gobierno de la República para contrarrestar la pobreza del país; atendiendo actualmente a 6.8 millones de familias beneficiarias, que reciben apoyos de educación, salud y alimentación; cuyo objetivo es que las familias mejoren sus condiciones de vida (www.gob.mx/PROSPERA).

Prospera se dirige a hogares con ingresos por debajo de la línea de bienestar mínimo y que entre sus integrantes haya menores de 22 años o mujeres en edad reproductiva, ya que el programa se dirige a las mujeres adultas (el padre puede ser el beneficiario sólo en ausencia de la madre). Al darles a las mujeres el dinero de Oportunidades se intenta el empoderamiento de éstas y la garantía de que los fondos serán bien empleados, ya que la evidencia internacional ha demostrado que las mujeres son mejores administradoras del recurso económico que los hombres (Tepichin et al., 2010). Las mujeres son las beneficiarias operativas, no las destinatarias finales y se espera de ellas que utilicen este dinero estrictamente para el bien de su familia. El recibir el apoyo no es un derecho de ellas como personas, sino que es un derecho derivado de su relación de parentesco con los verdaderos portadores de este derecho: niños, niñas y adolescentes.

⁴⁶ Cálculo propio con datos del INEGI y de SEDESOL/Prospera.

El programa consiste en la entrega de apoyos monetarios bimestrales,⁴⁷ cierta atención de salud y entrega de suplementos alimenticios en caso de menores de tres años con bajo peso. Hay un elemento de “corresponsabilidad” muy importante en este programa, por el cual ha sido elogiado y ha recibido premios internacionales. Este consiste en la obligación de las beneficiarias de realizarse chequeos de salud y general, incluyendo prevención de cáncer cérvico-uterino, así como pláticas sobre métodos anticonceptivos, asistir con regularidad a reuniones y pláticas por parte de las enfermeras, y finalmente asegurarse de que los hijos y las hijas asistan a la escuela.⁴⁸ El elemento de corresponsabilidad se vuelve en la práctica un elemento punitivo y de coerción: es común que se utilice como medida de presión para que las mujeres utilicen métodos anticonceptivos temporales o definitivos, así como para obligarlas a votar por un cierto partido o candidata.

Desde hace mucho tiempo se ha criticado el condicionamiento, los mecanismos de control, la finalidad y el modo de operar del programa (RedPAR, 2000; Molyneux, 2007), entre otros motivos por ser discriminatorio y por crear dependencia.

Desde la década de los noventa, muchas políticas sociales se ejecutan como políticas que atienden a las mujeres pobres, y posteriormente como políticas con enfoque de género (por lo menos en el discurso), pretendiendo cumplir de esta manera el mandato de la transversalidad de género. Pero, como señalan Vizcarra (2012), Tepichin et al. (2010) y Suárez San Román et al. (2011), no tocan a fondo las relaciones desiguales de género, al contrario, muchas veces las refuerzan. Para empoderar a las mujeres no basta con proveerles algo de dinero, si no se cuestionan y transforman otros aspectos de dominación y exclusión, por

⁴⁷ Los montos para 2015: 475 pesos en apoyo alimentario, 120 pesos de apoyo para menores de cinco años y 370 pesos para adultos mayores. Becas educativas para niños y niñas que asistan regularmente a la escuela: entre \$175 (a partir de segundo grado de primaria) y 1 120 pesos (para una estudiante de tercero de preparatoria), hasta un máximo total de 2 470 pesos en becas educativas. Sumando el apoyo monetario y el apoyo en becas educativas, el monto máximo a recibir cada dos meses es de 3 065 pesos, o sea, aproximadamente 1 500 pesos mensuales.

⁴⁸ Además, las mujeres tienen que realizar trabajos colectivos no remunerados (como limpiar la clínica, levantar la basura), turnarse para asumir tareas de representación del grupo (ser vocal, recoger papeles, reunir a las señoras para trabajos, ayudar en el llenado de formatos), asistir en eventos políticos como la llegada de algún funcionario, hacer cola para recibir el apoyo monetario y en algunas localidades hasta hacer deporte so pena de ser excluidas del programa si hay tres o más inasistencias. Todo lo anterior varía mucho entre una localidad y otra, entre un año y otro y depende de la voluntad, habilidad y actitud de las y los funcionarios en turno.

ejemplo, en relación con sus maridos, con la comunidad o con la organización en la que participan. A veces estos programas pueden incluso resultar contraproducentes, por ejemplo, porque “los maridos ya no quieren trabajar ni dar dinero, porque dicen, ya tienen su dinero las mujeres” (información del campo de la autora).

Al adjudicarse a las mujeres adultas en el nombre de la corresponsabilidad más trabajo reproductivo no pagado y hacerlas responsables de la salud, la educación y la alimentación de los hijos e hijas, y de la planificación familiar de la pareja, sin que estas tareas se distribuyan de manera más equitativa en la familia y sin que el recibir el apoyo cambie su situación de subordinación y discriminación, se aumentan las brechas y las desigualdades de género. Los hombres, al contrario, para recibir programas de ayuda, como el Proagro o Progan, no tienen que realizar trabajos asignados por los programas, ni encargarse del cuidado de sus hijos o de su salud reproductiva y fertilidad.

Otro punto preocupante de los programas de transferencia es que crean dependencia y fomentan la percepción de ser eternamente pobres y necesitados de ayuda, en vez de fortalecer la independencia y autosuficiencia. El programa en los hechos frena la participación económica y social de las mujeres, les impide tener un trabajo pagado de tiempo completo o dedicarse más a la producción y comercialización; además, dificulta la organización política y social tan necesaria para cambiar la realidad de las mujeres.

Estudios de campo muestran que se normalizó la recepción de este programa. Mientras que en entrevistas del año 2000 sobre Prospera algunas mujeres hablaron del “dinero del diablo” (RedPAR, 2000), ahora el programa es, a pesar de los descontentos y quejas, ampliamente aceptado y “pareciera que recibir apoyo del gobierno en forma de transferencias monetarias condicionadas ya se volvió una parte normal de la vida de la familia rural y se considera necesario para lograr su sustento” (RedPAR, ILSB, 2015).

Ni las políticas estrictamente alimentarias como entregas de despensas, ni Programas integrales como Prospera han podido mejorar sustancialmente la situación alimentaria o sacar a las personas de la pobreza. No se advierte una disminución de la pobreza en el medio

rural, y en cambio, aumentan también en el campo las enfermedades relacionadas con la alimentación como obesidad, diabetes mellitus y cardio-vasculares (CONEVAL, 2018; ENSA-NUT MC, 2016). Hay indicios de que niñas y niños que reciben Prospera se encuentran en peores condiciones de nutrición que los que no lo reciben y que están en iguales condiciones sociales (Isitame, s/f), aunque estudios hechos por el propio programa Prospera y el Instituto Nacional de Salud más bien indican que no hay una diferencia estadísticamente relevante, o sea que no ha habido mejoras por los programas (INSP, 2018).

2.9 Conclusiones

La política agroalimentaria mexicana no se puede entender sin el contexto internacional. En los años de la posguerra se estableció un régimen alimentario vinculado a los Estados Unidos que logró imponer formas de hacer agricultura y reglas económicas que beneficiaron a las empresas de ese país, en detrimento de las agriculturas en países en desarrollo que se hicieron más y más dependientes en cuanto a su alimentación. El caso mexicano es en ciertos aspectos diferente al plano mundial, ya que se pudo mantener una autosuficiencia alimentaria en los productos más importantes y una protección de la economía hasta finales de los años de 1970. Aunque en condiciones desiguales, se apoyó la agricultura campesina y se le consideró importante para el desarrollo del país. A principios de los ochenta, en un periodo más o menos paralelo a la transición mundial del régimen alimentario dependiente de Estados Unidos hacia uno basado en las corporaciones (ya no en un país en particular), este apoyo a la agricultura campesina se acabó, ya que México, por las políticas de ajuste estructural impuestas por el FMI, tuvo que recortar importantes apoyos al campo (si bien mantuvo apoyos multimillonarios para agricultores de grandes extensiones y empresas de la industria agroalimentaria). Gobiernos posteriores siguieron la línea de desmantelamiento de funciones importantes del Estado, de desgravación y liberalización comercial, hasta culminar en la firma del TLCAN y en las reformas estructurales del nuevo milenio. El resultado es una devastación de la agricultura campesina, niveles de pobreza alarmantes y un cambio alimentario a nivel de continente, que se ha llegado a conocer como la transición

alimentaria hacia productos industrializados y de poco valor nutritivo. En la crisis alimentaria del 2007/2008 se hizo patente la insostenibilidad del régimen alimentario corporativo que se volvió más y más especulativo y rentista. Por el alza de precios de los alimentos básicos millones de personas en el mundo cayeron en la pobreza alimentaria; también para los y las mexicanas, los precios de los alimentos básicos subieron, con sus consecuencias fatales en el bienestar. La crisis alimentaria prolongada, ya que en ciertos aspectos continua hasta el presente, se puede entender como un síntoma de una crisis sistémica, no sólo como una crisis cíclica de la economía capitalista, ya que deja al descubierto los insostenibles paradigmas de la producción, la distribución y el consumo, junto con una crisis ecológica sin precedentes que ya está empezando a afectar nuestro pan de cada día.

Hay una ausencia total de políticas destinadas a los y las jóvenes rurales, que están excluidos por la mayoría de los programas productivos (por no tener la tenencia de la tierra) y por muchos programas sociales. Las desigualdades añejas entre hombres y mujeres no se han resuelto en el transcurso de las décadas, pero han cambiado. Las mujeres siguen no siendo atendidas (o sólo muy marginalmente) por las políticas agrícolas, pero las políticas sociales que han sustituido políticas de fomento productivo han “descubierto” el papel primordial que juegan las mujeres para el sostenimiento familiar. Esto las ha convertido en población objetivo o “beneficiarias” a las que se dirigen la mayoría de los programas sociales, que asignan a las mujeres, en nombre de la corresponsabilidad, más tareas y responsabilidades y no promueven una repartición más igualitaria de los trabajos de cuidados entre hombres y mujeres. Además, no se reconoce a las mujeres campesinas en su calidad de productoras, sino como amas de casa y madres.

El cambio en la orientación de la política para el campo, de una política de fomento productivo (años de 1940 a 1980) a una política social para apaciguar al número grande de pobres del país (a partir de la década de 1980 y, más claramente 1990), ha resultado en una creciente dependencia alimentaria, un cambio en los patrones de alimentación y la aparición de problemas nuevos relacionados con la alimentación, como la obesidad y las enfermedades metabólicas.

Capítulo 3: Crisis ambiental global, agricultura y conservación

En las últimas décadas es cada vez más evidente que el modelo industrial-capitalista de producción y consumo está causando una crisis ecológica global sin precedentes, que está llevando a un agotamiento, deterioro o contaminación de recursos naturales y a la desaparición de muchas especies, lo cual podría llevar a la extinción del *homo sapiens* si no se modifica este modelo, que actualmente está causando costos económicos enormes, deterioro de la calidad de vida y pérdida de vidas humanas. La crisis de la relación de los seres humanos con su medio ambiente está provocando y acrecentando desigualdades y conflictos de diferente índole. La crisis ambiental se da en un marco de crisis sistémica con varias dimensiones: la económica, financiera, social y alimentaria, todas conectadas, que ponen a la humanidad y al planeta mismo en una situación de grave riesgo. Es urgente cambiar de rumbo si no queremos propiciar y presenciar el fin de la especie y del planeta como morada de vida.

Si bien la crisis ambiental global nos afecta a todos y todas, no todas las personas contribuyen por igual a las causas de la debacle ni sufren las mismas consecuencias. Hay grandes diferencias entre ricos, ricos y pobres, personas del norte o del sur, gente de la ciudad y gente del campo; la agricultura industrial y la agricultura tradicional, campesina o ecológica, contribuyen de diferente modo.

3.1 La conexión entre crisis ambiental y crisis agrícola-alimentaria

El consumo de alimentos es indispensable para la vida humana. Por ello es una actividad estratégica en todas las sociedades. Pero la forma en que se desarrolla dista de un lugar a otro. Puede satisfacer una necesidad humana y simultáneamente contribuir a la crisis ambiental o satisfacer la necesidad de alimentos y a la vez cuidar el entorno ambiental.

Desde la invención de la agricultura, hace aproximadamente 10 000 años, las personas campesinas, agricultoras y granjeras pusieron como fin primero la producción de alimentos y el sostenimiento de la vida. De esta manera se alimentó la población mundial, a veces con

escasez y hambrunas,⁴⁹ otras veces con una producción abundante y suficiente, siempre con un altísimo porcentaje de la población trabajando en el cultivo de la tierra, la cría de ganado, la caza, la recolección y la pesca. Todavía hoy se estima que 70% de la población mundial accede a la producción campesina para alimentarse entera o parcialmente, mientras que la “cadena agroindustrial”⁵⁰ sólo alimenta a 30% de la población mundial, pero utiliza una cantidad desproporcionada de recursos.

La agricultura industrial que empezó a difundirse a partir de la segunda mitad del siglo XX logró, inicialmente, un aumento considerable de la productividad agrícola, especialmente de granos y de animales de granja; disminuyó los requerimientos de mano de obra de la agricultura tradicional y arrojó altos rendimientos por hectárea en monocultivos en los que se usó intensivamente la energía (fertilizantes y combustibles) y la tecnología. Pero, además del daño ecológico que esta forma de producir trajo consigo, no ha logrado acabar con el hambre y la malnutrición en nuestro planeta, entre otras razones por la gran desigualdad social y la distribución del ingreso que favorece o dificulta el acceso a los alimentos; por la gran cantidad de alimentos destinados a nutrir al ganado; por pérdidas poscosecha y durante el procesamiento, la distribución y el consumo; y por la destrucción de economías de subsistencia y locales, lo cual impide a una gran parte de la población mundial el acceso a alimentos sanos: se estima que aproximadamente 10% de las personas en el mundo sufren hambre crónica y 42% están desnutridas o malnutridas, incluyendo las personas con suficiente acceso a calorías pero con severa falta de micronutrientes, vitaminas o proteínas, o quienes sufren de enfermedades por consumo excesivo (ETC group, 2017).

El papel de la agricultura en el drama ecológico es complejo. Por un lado, sufre por las condiciones ambientales adversas (por ej., el cambio climático); por otro, la agricultura industrial convencional contribuye en gran medida a la destrucción ambiental en general y al cambio climático y a la disminución de la biodiversidad en específico. El Programa de Medio

⁴⁹ Muchas de las hambrunas se debían a conflictos políticos o al lucro, y a la introducción de monocultivos, como en el caso de Irlanda en 1840, que padeció hambruna por la pérdida de la papa, que era el único alimento básico (ETC group, 2017).

⁵⁰ Entendiéndose por ello la agricultura industrial, y las industrias de semillas, agroquímicos, tecnología agrícola, así como el procesamiento y la distribución de alimentos industrializados (ETC group, 2017, 10).

Ambiente de Naciones Unidas advierte que la producción de alimentos se podría reducir severamente en un futuro mediano como resultado de los impactos ambientales negativos, a la vez que podrían aumentar las hambrunas y la pobreza en muchas regiones (UNEP, 2010).

El incremento inicial en rendimientos que trajo la agricultura industrial ha parado o se ha revertido (Bartra, 2008). La producción de granos básicos, a principios de la década de 1960, crecía anualmente, en promedio, 10%, pero entre 1990 y 2007 decrecieron en una media anual de 1% (Bartra, 2008). La agricultura industrial está socavando rápidamente la capacidad mundial de producción futura de alimentos, ya que contribuye en gran medida a la crisis ecológica global que estamos sufriendo. Aporta cerca de 25%-30% de las emisiones de gases de efecto invernadero (Altieri y Nicholls, 2012), causantes del cambio climático. Si se consideran todos los eslabones del sistema global alimentario, incluida la deforestación por agricultura y procesamiento, embalaje y transporte, y el daño ecológico se elevaría, pues en conjunto emiten 40% del total de gases de efecto invernadero (The Development Fund, 2011).

Las principales causas de la deforestación en el mundo se asocian con la expansión de plantaciones de soya, agrocombustibles y ganadería, especialmente en el trópico húmedo, donde entre 2000 y 2010 cada año alrededor de 13 millones de hectáreas de bosques fueron convertidos a otros usos. Esto equivale a la pérdida de un área del tamaño de Grecia cada año durante 10 años (FAO, 2010, cit. en The Development Fund, 2011). Otras estimaciones reducen casi a la mitad esa pérdida: la cadena agroindustrial tala 7.5 millones de hectáreas de bosque cada año (ETC group, 2017), pero aun así es considerable. Hay que destacar que son los países industrializados del norte los que consumen más carne y energía, 120 kg carne por persona por año en EEUU, vs. 43 kg en promedio mundial y 5 kg en la

India.⁵¹ Para México se reportan 68.4 kg/persona/año.⁵² El consumo final tiene repercusiones en la deforestación o, dicho de otra manera, la disponibilidad de carne y de productos lácteos crea su mercado y más demanda; de esta manera se genera un círculo vicioso.

La ineficiencia de la agricultura industrial, si se toma en cuenta el uso de la tierra, el alto empleo de energías fósiles y de agua, habla por sí mismo:

La cadena agroindustrial utiliza más del 75% de la tierra agrícola del mundo y en el proceso destruye anualmente 75 mil millones de toneladas de capa arable (...). Además, (...) es responsable del consumo de al menos el 90% de los combustibles fósiles que se usan en la agricultura (y sus correspondientes emisiones de gases de efecto invernadero), así como al menos 80% del agua dulce (ETC group, 2017, 17).

Los costos externalizados de la producción-consumo industrial de alimentos son altos: daños al agua, a los suelos, al aire, a la fauna silvestre, a la biodiversidad y la salud humana, resistencias a pesticidas por patógenos, insectos y malezas, así como resistencias a antibióticos se suman en pérdidas multimillonarias y que se podrían evitar si se cultivara la tierra con métodos agroecológicos (Altieri y Nicholls, 2012). Por cada dólar que se paga por un alimento industrializado se deben pagar otros dos en daños ambientales y a la salud (ETC group, 2017).

3.2 El discurso del desarrollo sustentable y de la conservación

Desde los años sesenta, y con más énfasis desde los primeros años setenta, la degradación ambiental ha sido discutida por la comunidad científica, por un pequeño pero creciente sector de la sociedad civil mundial, y por algunas instituciones (por ejemplo, el Programa de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente, creado en 1972), con explicaciones variadas de las causas de la crisis y con énfasis distintos. A pesar de movimientos ambientales en diferentes partes del mundo, y de la preocupación en algunos sectores de la sociedad y de la academia,

⁵¹ Datos de The Development Fund, 2011.

⁵² Según el Consejo Mexicano de la Carne, 2017.

no es hasta 1987, con el Informe Brundtland⁵³ que se abre una discusión mundial sobre el tema. Resultado de dicho informe era la propuesta del desarrollo sustentable, así como las conferencias internacionales sobre el tema ambiental como la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, 1992, y las cumbres que tratan sobre el cambio climático y la biodiversidad (las COP).⁵⁴

3.2.1 Desarrollo sustentable

Durante gran parte de las décadas de 1970 y 1980 en los círculos académicos y políticos del norte global había una discusión acerca de las causas de la devastación ecológica en los países del sur, partiendo de la premisa de que son los pobres los que se ven obligados a destruir la naturaleza para sobrevivir y que esta naturaleza degradada los vuelve aún más pobres. En partes, el informe Brundtland de 1987 retoma esta idea, pero con la aclaración importante de que la degradación ambiental es consecuencia tanto de la pobreza como de la industrialización, y que para ambas situaciones se debería buscar un nuevo camino. La idea de que el desarrollo económico y social tendría que ser de alguna manera compatible con la preservación del medio ambiente cobró importancia. La estrategia del desarrollo sustentable fue concebida como la panacea para romper el ciclo vicioso subdesarrollo/pobreza-destrucción del medio ambiente, ya que es “aquel capaz de satisfacer las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades” (Brundtland, 1987). De esta manera, se trataba de alcanzar una justicia intrageneracional (entre pobres y ricos, entre las diferentes personas de una misma generación), así como la justicia intergeneracional, tomando en cuenta las generaciones venideras.

⁵³ Este informe, titulado “Our Common Future” (Nuestro Futuro Común), fue presentado en 1987 por la Comisión Mundial Para el Medio Ambiente y el Desarrollo de la ONU, encabezada por la primera ministra de Noruega, la doctora Gro Harlem Brundtland.

⁵⁴ Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) y la Conferencia de las Partes sobre el Protocolo de Kyoto (CMP), así como la Conferencia de las Partes del Convenio sobre Diversidad Biológica (CDB).

La Declaración de Río de 1992 sobre Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable, en la que se concretó esta idea, fue ratificada por 178 países, entre ellos México.

Con el plan de acción, resultado de la conferencia de Río, la llamada Agenda 21, se enunciaron medidas concretas de cómo llegar al desarrollo sustentable, con base en el equilibrio de tres esferas: economía, medio ambiente y sociedad/cultura. Con esa definición se pretende llegar a un desarrollo que garantice economías funcionales y al servicio de la sociedad, con un medio ambiente sano que permita la reproducción de las culturas y de las economías.

Cuando se sumaron las declaraciones finales de la mencionada conferencia a las de la Conferencia Internacional de Mujeres en Pekín, en 1995, se incluyeron referencias explícitas al desarrollo sustentable con equidad de género (Vázquez, 2003) y se hizo un reconocimiento explícito del error cometido en el pasado al ignorar la existencia de las mujeres en procesos de desarrollo o al haberlas instrumentalizado para operar con éxito en programas de cuidado del medio ambiente o en proyectos de desarrollo. Otra de las estrategias que se fortalecen a raíz de las discusiones acerca de la destrucción ambiental consiste en controlar el nacimiento de los pobres y fortalecer las políticas de población en lugar de modificar formas de producción y emprender una redistribución del ingreso. Desde 1994, en la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de El Cairo, la visión oficial busca vincular población y desarrollo con políticas de salud reproductiva.

En las versiones más difundidas y aceptadas del Desarrollo Sustentable (con excepción del enfoque de *Deep Sustainability*) no se cuestiona a fondo el modo industrial-capitalista de producir y consumir (incluyendo sus modos de acumulación), tampoco las relaciones desiguales de género, generaciones, etnias o clases, ni las inequidades estructurales globales en nuestro sistema económico y político, lo cual limita radicalmente su alcance. Voces críticas sostienen que mientras no se cambia el “modo imperial de vida” (Brand y Wissen, 2013), un desarrollo realmente sostenible o sustentable será imposible y que la preocupación por los bosques, la biodiversidad y el cambio climático son maneras ocultas de cambiar de estrategia para la acumulación del capital (Durand, 2014b).

Asimismo, es importante tener en cuenta que son las grandes instituciones y los grandes organismos, tanto privados como públicos, los que proveen muchos recursos para programas ambientales y de ese modo logran influir en las políticas públicas de protección o conservación ambiental. Brand y Wissen (2013) anotan críticamente que las instituciones que surgieron después de la conferencia de Río de 1992, nacieron con la impronta de las relaciones de fuerzas de la globalización neoliberal.

3.2.2 Conservación

Al tiempo en que se desarrolla el discurso ambientalista de organismos internacionales y bilaterales se amplía y profundiza el modo ambientalmente destructivo de producir y de consumir y se sostiene el poder de las corporaciones que manejan las cadenas alimentarias y otras cadenas de producción industrial, contenido relativamente por movimientos ambientalistas, agroecológicos y campesinos. En este contexto de destrucción avanzada del entorno natural destacan las reservas y las áreas naturales protegidas como reductos de la biodiversidad. En una de ellas, la Reserva de la Biosfera Selva El Ocote, se ubica la comunidad Emiliano Zapata en la que realizamos nuestro estudio.

En la Conferencia Internacional sobre Reservas de la Biosfera de 1995, siguiendo el discurso del desarrollo sustentable, se definió la función de desarrollo como equiparable a la de conservación. A medida que gana importancia el cambio climático (como fenómeno real y como discurso) se empieza a presentar a las áreas naturales protegidas como la solución natural ante el cambio climático y ante la pérdida de la biodiversidad.

Desde los años de 1990 hasta la fecha se ha avanzado mucho y muy rápidamente en la creación de áreas naturales protegidas a escala global (en 2016 había 669 reservas de la biosfera en el mundo), mientras que por otro lado no hay una reducción del uso de recursos naturales para la producción y el consumo,⁵⁵ ni tampoco hay cambios sustanciales en la

⁵⁵ Y más consumo aún, porque después de 1990 los países del exbloque soviético entraron al consumo capitalista mundial y la economía china despegó desde aproximadamente 1995 (Brand y Wissen, 2013).

agricultura hacia la agroecología o hacia la agricultura campesina, aunque el efecto destructor de la agricultura industrial está ampliamente demostrado (ETC group, 2017, Altieri y Nicholls, 2012, The Development Fund, 2011). Si bien hay ciertos apoyos para la agricultura ecológica e intentos de respaldar formas tradicionales de agricultura, éstos siguen siendo marginales frente al poder enorme del complejo agroindustrial y su influencia en la política.⁵⁶

La creación de reservas en muchos casos perjudica a campesinos, campesinas e indígenas, quienes viven mayormente en dichos espacios y que son los grupos más vulnerables de la población, afectados por la desigualdad de siglos y por las políticas neoliberales de destrucción de la agricultura campesina (Legorreta y Márquez, 2012). Al decretar reservas sobre los espacios que tradicionalmente han usado, estas poblaciones ven fuertemente limitado su derecho a utilizar y manejar los recursos naturales del lugar.

Las áreas protegidas o reservas no son algo propio de nuestra época. Desde inicios del siglo XX se han creado reservas en Estados Unidos y en otros países. Mientras que las primeras siguieron un esquema de conservación basado en un control centralizado y autoritario del territorio, reubicando a la población fuera de las reservas, en décadas recientes se crearon nuevos enfoques en la materia, tratando de generar soluciones que combinen la conservación con el desarrollo local (Paré y Fuentes, 2007). La creación de las reservas de la biosfera (REBI) a nivel mundial se ubica en esta vertiente. Las REBI tienen como objetivo conciliar la conservación con el desarrollo sustentable; en ellas por decreto cohabitan seres humanos con otros seres vivos, y oficialmente se persigue tanto la conservación como el fortalecimiento y bienestar de las economías y las poblaciones locales y regionales.

⁵⁶ Es este complejo el que influye fuertemente en las políticas agroalimentarias en la mayoría de los países y regiones. El grupo ETC estima que “la cadena agroindustrial recibe fondos públicos y privados que alcanzan la cifra de 50 000 millones de dólares anualmente. Existe poca información sobre los fondos destinados a apoyar la investigación conducida por campesinos o para la agroecología, pero se estima que representa menos del 1% de la que se destina a la investigación y desarrollo agroindustrial” (ETC group, 2017, 18).

3.3 Políticas ambientales y de conservación en México

México es un país megadiverso. Es el cuarto país con más número de especies de flora y fauna en el mundo. Pero también presenta un grave deterioro ambiental: se estima que aproximadamente 83% de las selvas tropicales húmedas y 74% de las selvas secas se han perdido y que 42% de suelos tienen algún grado de erosión. 127 especies están extintas en el territorio mexicano y casi 2 500 se catalogan bajo algún grado de amenaza (CONABIO, 2006; Sarukhán, et al. 2009, cit. en Durand, 2014a).

Así es que la preservación de la biodiversidad, de los ecosistemas y hábitats naturales de animales y plantas es una tarea importante que recibe mucho apoyo por la comunidad científica y con la cual la mayoría de los ciudadanos y ciudadanas estamos de acuerdo. Sin embargo, el discurso dominante de la conservación tiende a “simplificar nuestra visión, y pasamos por alto la necesidad de revisar y reconsiderar las respuestas que solemos dar a cuestiones” complejas (Durand, 2014a). Coincido plenamente con Leticia Durand y Víctor Toledo (2005) quienes invitan a preguntar: ¿Qué conservar? ¿Cómo? ¿Para quién conservar?, y señalan que la conservación de la biodiversidad y la mitigación del cambio climático a través de ANP no es la única manera como se pueden responder estas preguntas.

Además, me parece ineludible mencionar que México también tiene graves problemas ambientales fuera de las ANP, como por ejemplo:

- la contaminación de aguas superficiales y subterráneas;
- la sobreexplotación de los acuíferos;
- la contaminación del aire;
- la basura no degradable y tóxica;
- la exposición a químicos peligrosos;
- el envenenamiento por hormonas y medicamentos y a través de la comida;
- la erosión de tierras agrícolas;
- la amenaza de los transgénicos;
- la sobrepesca y destrucción de ecosistemas marinos;
- la destrucción de cerros enteros por minería u otros megaproyectos;

- y una larga lista de etcéteras...

Es decir, que las ANP no pueden ser el centro de la resolución de los problemas ambientales. Sin embargo, la política ambiental mexicana se ha vuelto casi exclusivamente política de conservación (Legorreta y Márquez, 2012; García-Frapolli, 2012) y los demás problemas ambientales sólo se atienden cuando hay alguna contingencia o cuando existe un movimiento social de resistencia fuerte que denuncia la devastación o los riesgos. Desafortunadamente, para la mayoría de los temas ambientales hasta la fecha no hay una política pública de prevención o de regulación importante en su alcance y profundidad.

En los sexenios de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) y Ernesto Zedillo (1994-2000) se prestó una atención sin precedentes a la temática de la conservación ambiental. Al mismo tiempo, a finales de la década de los ochenta, y más claramente a partir de los noventa, México se inserta en el modelo neoliberal, lo cual implicó grandes cambios en la legislación agraria: reforma del artículo 27 para dinamizar el mercado y la privatización de tierras del sector social (ejidos y comunidades), compra de tierras por empresas, y también por algunas ONG ambientalistas.

Leticia Durand vincula la nueva estrategia ambiental a la neoliberalización de México, ya que entre 1988 y 2000 la política ambiental tradicional regulatoria del Estado fue parcialmente transformada con instrumentos de mercado y esquemas de autorregulación y cumplimiento voluntario (por ejemplo, las áreas destinadas voluntariamente a la conservación). Se diversifican las estrategias de conservación, sobre todo aquellas ligadas a nuevos mercados e incentivos económicos como el Pago por Servicios Ambientales PSA (programa que también tuvo la comunidad Emiliano Zapata entre 2010-2015), ecoturismo (que se intenta promover en algunas partes de la REBISO), aprovechamiento comercial de la vida silvestre y esquemas de certificación para la producción sustentable u orgánica (en Zapata se participó en la certificación orgánica del café).

Sin embargo, este proceso no resultó en una transformación rápida y total de las comunidades campesinas mexicanas; tampoco hubo sólo resistencia y protesta: “las comunidades

reciben, cuestionan, se adaptan y resisten las políticas neoliberales en un proceso de ‘ajuste creativo’” (Durand, 2014b, 195).

En el caso de la REBISO que aquí nos ocupa, presenciamos una mezcla entre esquemas tradicionales de normas y prohibiciones por un lado, y por el otro lado incentivos mal logrados para conservar, sobre todo en forma de proyectos productivos.

3.3.1 Áreas naturales protegidas

México sigue el mandato de conservación de la biodiversidad y formalmente se suscribe a una estrategia equilibrada y socialmente comprometida entre desarrollo y conservación que viene de instituciones multinacionales como el programa *Man and Biosphere* (MAB) de la UNESCO, convenciones marco como la Agenda 21, la convención sobre protección de la biodiversidad, etcétera. En 1992 se crearon para este fin la CONABIO, el INE (Instituto Nacional de Ecología) y la PROFEPA, y en 1994 la SEMARNAP⁵⁷ (Cano Castellanos, 2019) como instituciones encargadas de las políticas públicas ambientales.

Pero en los hechos la estrategia no es tan equilibrada entre conservación y desarrollo. Se le da prioridad a ecosistemas y especies; las actividades de manejo sustentable de los recursos naturales están en segundo lugar. Se atienden aspectos de conservación que le interesan al gobierno, en función de compromisos y presiones internacionales, sin considerar los aspectos de mayor interés para la población local, y menos aún para grupos marginalizados de esta población local como mujeres o jóvenes. Eso explica por qué predominan orientaciones autoritarias que dan prioridad a medidas prohibitivas y restrictivas, en vez de buscar realmente una inclusión y participación (Legorreta y Márquez, 2012).

En México, como en gran parte del mundo, las ANP son la herramienta principal de la política pública para la conservación de la biodiversidad *in situ*. A diferencia de otros países latinoamericanos, donde la mayor parte de la tierra pertenece a grandes terratenientes o

⁵⁷ En la creación de la SEMARNAP en 1994 se decidió juntar INE, PROFEPA y CONABIO bajo el techo de esta secretaría. Desde 2000 se vuelve SEMARNAT y deja atrás la “perspectiva productivista frente a los entornos, para adoptar una postura de sustentabilidad frente a la biodiversidad” (Cano Castellanos, 2017, 273).

al Estado, aquí, como efecto de la reforma agraria, alrededor de 80% de los bosques y las selvas están en manos de ejidos y comunidades (Durand, 2014a), así que se decidió realizar la conservación a través de las poblaciones que allí habitan.

En 1998, México recibió una donación de 16.48 millones de dólares del GEF (Global Environmental Fund), a través del Banco Mundial, y una segunda donación, de 31.1 millones de dólares, en 2002; en total fueron 47.6 millones de dólares para financiar el funcionamiento de un grupo selecto de ANP. Luego hubo aportaciones del gobierno mexicano y el dinero fue trasladado al Fondo de áreas naturales protegidas, a cargo del Fondo Mexicano para la Conservación de la Naturaleza (FMCN), institución privada (Durand, 2014b). Sumando las donaciones al FMCN que realizan importantes empresas nacionales e internacionales como Ford Motor Company, TV Azteca, Coca Cola y otras, en 2012, el FMNC contaba con una dotación patrimonial de 104 millones de dólares, siendo el mayor fondo ambiental de América Latina y el Caribe (Durand, 2014b). El hecho que donaciones grandes al y del gobierno terminan en manos privadas es poco conocido y me parece un hecho escandaloso. Pensando que con este dinero se ejecuta una política “pública” todavía pone más en entredicho el concepto de “política pública”, ya que realmente no hay ninguna participación, control o injerencia ciudadana.

Los intereses generados por la inversión de este capital son utilizados para financiar la operación básica de las ANP. Para su gestión y administración, la Comisión Nacional de áreas naturales protegidas (CONANP), dependiente de la SEMARNAT, establece una dirección en cada una de las reservas con presencia de los funcionarios de estas direcciones en el ámbito rural respectivo (Legorreta y Márquez, 2012).

Las 182 ANP existentes en México ocupan 90 839 521.55 ha, o sea, 908 395.21 km², incluyendo las reservas marítimas (www.conanp.gob.mx). De ellas 44 son Reservas de la Biosfera (con el 69% de la superficie total de las ANP), 67 son Parques Nacionales y 40 son Áreas de Protección de Flora y Fauna, más otras tres modalidades de ANP. Además existen áreas privadas certificadas de conservación, cuya extensión sobrepasa las 60 000 hectáreas.

La expansión de las áreas naturales protegidas se produce justamente con el arribo de la política neoliberal: 83% de las 42 REBIS existentes hasta 2013 fueron establecidas entre 1990 y 2010 (Durand, 2014b).

La gran mayoría de las áreas protegidas federales, al momento de ser declaradas como tales, tenían habitantes y propietarios formales o informales. A partir de esta situación hubo dos “soluciones”: expropiar los terrenos y reubicar a la gente voluntaria o involuntariamente a cambio del otorgamiento o la promesa de una compensación,⁵⁸ o permitir que continuaran habitando en ellas con una serie de restricciones (Muñoz y Guevara, 1997). Esta última estrategia se siguió en el caso de la REBISO, y aunque esta estrategia parece menos drástica, tiene efectos sobre las comunidades y poblaciones aledañas que ven amenazadas sus estrategias de subsistencia e incluso sus vínculos simbólicos y afectivos con el lugar (Romero y Vallejo, 2017).

El decreto del ANP muchas veces ocurre sin consulta o sin información a los habitantes. Una vez decretada una ANP, el Estado, por medio de las autoridades ambientales, impone restricciones sobre el manejo de los recursos naturales; por ejemplo, es posible que ya no se les permita pescar, cazar, desmontar, pastorear animales, sembrar o recolectar leña para venta. Todas las ANP tienen una zona núcleo y una de amortiguamiento que puede ser a su vez subzonificada. Según la zonificación están permitidas o prohibidas ciertas actividades, lo cual limita el uso del territorio por parte de los habitantes.

El artículo 48 de la Ley General de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente (LGEEPA) aclara las limitaciones que se imponen al aprovechamiento de los recursos naturales para la población local:

En las zonas núcleo de las reservas de la biosfera sólo podrá autorizarse la ejecución de actividades de preservación de los ecosistemas y sus elementos, y educación ambiental, mientras que se prohibirá la realización de aprovechamientos que alteren los ecosistemas.” (LGEEPA, 2015, 37)

⁵⁸ Esta estrategia se siguió para comunidades en la Zona Núcleo de la Reserva de la Biosfera Montes Azules en Chiapas, en la primera década del nuevo siglo, con muchos conflictos hasta hoy no resueltos.

Por su parte, en las zonas de amortiguamiento de las reservas de la biosfera sólo podrán realizarse actividades productivas emprendidas por las comunidades que ahí habiten al momento de la expedición de la declaratoria respectiva o con su participación, que sean estrictamente compatibles con los objetivos, criterios y programas de aprovechamiento sustentable, en los términos del decreto respectivo y del programa de manejo que se formule y expida, considerando las previsiones de los programas de ordenamiento ecológico que resulten aplicables (LGEEPA, 2015, 38).

Una vez decretada la ANP se elaboran (en lo ideal) planes de manejo que regulan el uso y manejo del área completa. Sin embargo, no todas las ANP cuentan con un plan de manejo y, en caso que haya, éste no se actualiza cada cinco años como debería ser. El plan de manejo de la REBISO, por ejemplo, no ha sido actualizado desde el año 2001.

Investigaciones sobre áreas naturales protegidas critican que

La Ley General de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente se implementa exclusivamente a partir de criterios técnicos y ecológicos, sin atender las dinámicas económicas, sociales, culturales y políticas de la población local, es decir, sin generar el llamado desarrollo sustentable (Romero y Vallejo, 2017, 13),

al que supuestamente se suscribe la política ambiental del gobierno mexicano.

3.3.2 Participación y exclusión en las reservas

La exclusión de los y las habitantes de las ANP se manifiesta sobre todo en la no inclusión en el decreto y en los planes de manejo, lo cual resulta en una limitación para el uso de su territorio. De esta manera, esta política pública no cumple con el mandato de inclusión de la ciudadanía, por lo menos no de la directamente afectada. Las poblaciones que viven dentro de las reservas, muchas de ellas altamente dependientes del acceso a los recursos naturales del lugar, ya que no tienen otra fuente de ingreso, de repente ven restringida su actividad agrícola, la ganadera, la pesca, la cacería, así como la colecta de leña y la recolección de plantas alimenticias y medicinales, etcétera, sin que hayan sido consultados o a veces ni siquiera informados sobre este cambio de régimen.

Muchas reservas están sobrepuestas en ejidos y comunidades agrarias cuyas dotaciones son previas al decreto de la ANP, expresión de un conflicto entre el derecho agrario y el derecho ambiental, con el efecto de poca seguridad para los habitantes y tensiones constantes. En el caso de Chiapas, la colonización de la selva y la extensión de la frontera agrícola se promovieron en las décadas de 1970 y 1980, pero un par de lustros después se decidió decretar áreas naturales protegidas sobre estos mismos espacios. Ejemplo de estas son, entre otras, la REBI Montes Azules, la REBI El Triunfo, y la REBI Selva El Ocote.

Camacho-Bernal y Trench (2019) exponen las dos diferentes lógicas subyacentes a esta contradicción. La etapa del reparto agrario en México correspondía a la visión del Estado-nación desarrollista moderno, con la idea de territorio vasto con recursos ilimitados que se podía “nacionalizar” –explotar y controlar–, para facilitar la participación en el comercio internacional, mientras que en la coyuntura provocada por la crisis ambiental y el surgimiento del paradigma de la sustentabilidad se reconfiguró la naturaleza como un bien escaso y en crisis.

Es así como el reparto agrario, propio del Estado mexicano que se implementó desde 1917 a 1992, se redimensiona en su encuentro con políticas de conservación propias del paradigma del desarrollo sustentable, en un marco visiblemente supranacional (Camacho-Bernal y Trench, 2019, 49).

Si bien me parece muy revelador este análisis, quiero remarcar que, paradójicamente, en Chiapas (debido al reparto agrario tardío en grandes partes del territorio) estas dos etapas o paradigmas no están temporalmente tan distanciados como ocurre en otros estados de la República. En Chiapas, a finales de los ochenta y durante los años noventa todavía había muchas solicitudes de reparto agrario, y casi en paralelo a esta misma etapa se establecen o amplían las ANP que van en sentido contrario, por lo menos desde el punto de vista agrario.

Para contrarrestar los efectos negativos de las restricciones, la autoridad ambiental, en este caso la CONANP, establece una cartera de proyectos ejecutables en las áreas naturales protegidas, supuestamente con un enfoque de sustentabilidad, y, por lo menos en papel, a

partir de un esquema de participación social y de un enfoque de equidad de género. Entre estos proyectos figuran Pago por Servicios Ambientales, proyectos productivos agrícolas o artesanales, fomento al ecoturismo, certificación de productos forestales no maderables, apoyo a la comercialización de productos orgánicos, educación ambiental, reforestación, barreras cortafuegos y otros. Si bien se incluyen buenas propuestas con enfoques agroecológicos y de mejoramiento de la calidad de vida de las poblaciones (por ejemplo, ganadería agrosilvopastoril, estufas ahorradoras de leña, barreras vivas), muchos estudios de campo demuestran el poco éxito de estos proyectos por no tomar en cuenta condiciones locales, desigualdades inter-comunitarias y de género, falta de seguimiento, dificultad en el acceso a mercados, etcétera (Brunel, 2008; Cano, 2017; Romero y Vallejo, 2017; Zamora, 2017).

México no solamente es un país megadiverso, sino también “megadesigual”, lo cual imposibilita una participación democrática en condiciones iguales. Mucho se ha escrito sobre la participación como nuevo enfoque en la cooperación para el desarrollo, en las políticas públicas y en la conservación del medio ambiente (Vázquez, 2003; Legorreta y Márquez, 2012). En caso de las ANP, varias autoras critican que el enfoque de participación da cierta legitimidad a la conservación, pero en realidad es impositivo, ya que no se superan ni tratan las desigualdades de poder entre los pobladores de las comunidades y el Estado, casi no hay participación de mujeres de las poblaciones afectadas (o si la hay, no tienen un poder de decisión en los gremios) y muchas veces la participación es sólo formal,⁵⁹ pero no de fondo. Tampoco se abordan integralmente intereses y necesidades de hombres y mujeres sobre el medio ambiente y el manejo de los recursos.

Durand, Figueroa y Trench (2012) describen minuciosamente cuán superficiales y fallidos son los intentos de procurar una participación de los habitantes en la planeación y ejecución de los proyectos relacionados con las áreas naturales protegidas, aun en los casos en que existe un consejo asesor con inclusión de ONG, academia y población local. En su artículo

⁵⁹ Por ejemplo, pasar lista de asistencia en una reunión sobre un proyecto elaborado para que la asamblea lo avale.

sobre la participación en la REBI Montes Azules en la Selva Lacandona concluyen que, a pesar de ciertos avances en la voluntad de diálogo, hace falta mucho para llegar a una inclusión plena y efectiva que suponga un diálogo en igualdad de condiciones y la facultad de influir en las decisiones finales.

3.4 Resumiendo

Ante la grave crisis de la relación de los humanos con su ambiente natural se están buscando diferentes caminos. Aunada a dinámicas económicas y a políticas que han favorecido el control de pocas empresas sobre la producción agrícola y alimentaria, la crisis ambiental afecta de manera directa la producción de alimentos. La agricultura industrial no es capaz de garantizar una alimentación para la población mundial y está destruyendo las bases materiales de su producción. En condiciones precarias y desiguales, la agricultura campesina sigue alimentando a la mayoría de la población mundial, pero esta forma de agricultura, y la alimentación de la humanidad, están en peligro debido al agotamiento y la contaminación de los recursos naturales, la pérdida de la biodiversidad y el cambio climático.

Instituciones internacionales y los gobiernos de la mayoría de los países han reconocido la crisis ambiental y, por lo menos en el discurso, adoptado la estrategia del desarrollo sustentable que pretende conciliar el desarrollo con la protección del medio ambiente. En México, dicha estrategia se sigue sobre todo con la conservación de las áreas naturales protegidas, pero se desatienden otros problemas ambientales, y los costos de la conservación de la biodiversidad y del mantenimiento de las funciones ecosistémicas se ponen sobre los hombros de unos pocos que conforman las poblaciones de las ANP. De esta manera, el gobierno opera una política de conservación “barata”, sobre la base de decretos y restricciones, y el costo lo asume la población local (Legorreta y Márquez, 2012).

Debido a que las poblaciones campesinas e indígenas que viven dentro de las ANP dependen fuertemente de los recursos naturales, al restringirles el acceso y uso de su territorio

sin información, consulta o planeación conjunta sobre cómo conservar y producir, se ocasionan tensiones entre la conservación y la producción campesina y el aprovechamiento de los recursos naturales. Las propuestas para conciliar la agricultura o silvicultura con la conservación⁶⁰ no son muy exitosas ni muy difundidas, ni dentro ni fuera de las ANP, lo cual obedece a muchos factores, entre ellos, a una falta de voluntad política, a la actuación impositiva de las autoridades ambientales, a la falta de un seguimiento adecuado y de un enfoque incluyente.

Las contradicciones entre la legislación agraria y la de conservación significan otro impedimento a una estrategia consensuada. Despojan a las comunidades y ejidos de territorios que estas consideran suyos, o se imponen límites a su usufructo por medio de una política de prohibiciones e incentivos. Aunque actualmente es bien sabido que el éxito de los esquemas de conservación depende de la inclusión de las necesidades y los intereses de la población local, en muchas ocasiones esta inclusión no sucede, ocurre a medias o refuerza viejos esquemas de favoritismos y exclusiones. Entre las más excluidas de los excluidos se encuentran las mujeres y la población juvenil, cuyo aislamiento resulta aún mayor por no tener acceso a mecanismos de participación formales.

Legorreta y Márquez (2017, 289) señalan el círculo vicioso de la política de conservación: por un lado, el Estado, omiso, no cumple con el mandato de impulsar el desarrollo sustentable, o lo hace en forma muy limitada, y al restringir a la población el acceso a recursos económicos agrava su condición de pobreza y desigualdad; y por otro lado, los habitantes a menudo hacen un uso irracional de los recursos naturales y, en un momento de descuido de las autoridades, los explotan al máximo. Todo eso crea más desconfianza y distanciamiento entre la población y las autoridades, las cuales reaccionan con más prohibiciones o sanciones. Al final, las relaciones se vuelven más tensas y se logra muy poco en materia de conservación o sobre bases muy frágiles.

⁶⁰ Por ejemplo, la ganadería silvopastoril, el aprovechamiento forestal sustentable y la producción agroecológica.

Capítulo 4: Contexto histórico regional y presentación de la comunidad Emiliano Zapata I

4.1 El ejido desde su fundación hasta el presente

Igual que muchas otras comunidades campesinas del sureste de México, Emiliano Zapata es un ejido de colonos que migraron a la selva en busca de tierras propias para vivir de la agricultura familiar/campesina, con una vinculación marginal al mercado. Zapata se encuentra en el municipio de Ocozocoautla de Espinoza (denominado comúnmente Coita), región Centro de Chiapas, categorizado como un municipio con alta marginación. La comunidad está a 40 km de la cabecera municipal y a 65 km de la capital del estado, Tuxtla Gutiérrez. El próximo poblado grande está a aproximadamente 45 minutos en automóvil. Desde 2012 cuenta con un camino con huellas de concreto que facilitan el acceso a la comunidad, y desde 2015, la comunidad autogestionó un transporte público, una “Urvan” que emprende ahora cada mañana un recorrido a la cabecera municipal Coita, que es el principal lugar para mercado, tiendas grandes, clínica de salud, escuelas y trámites.

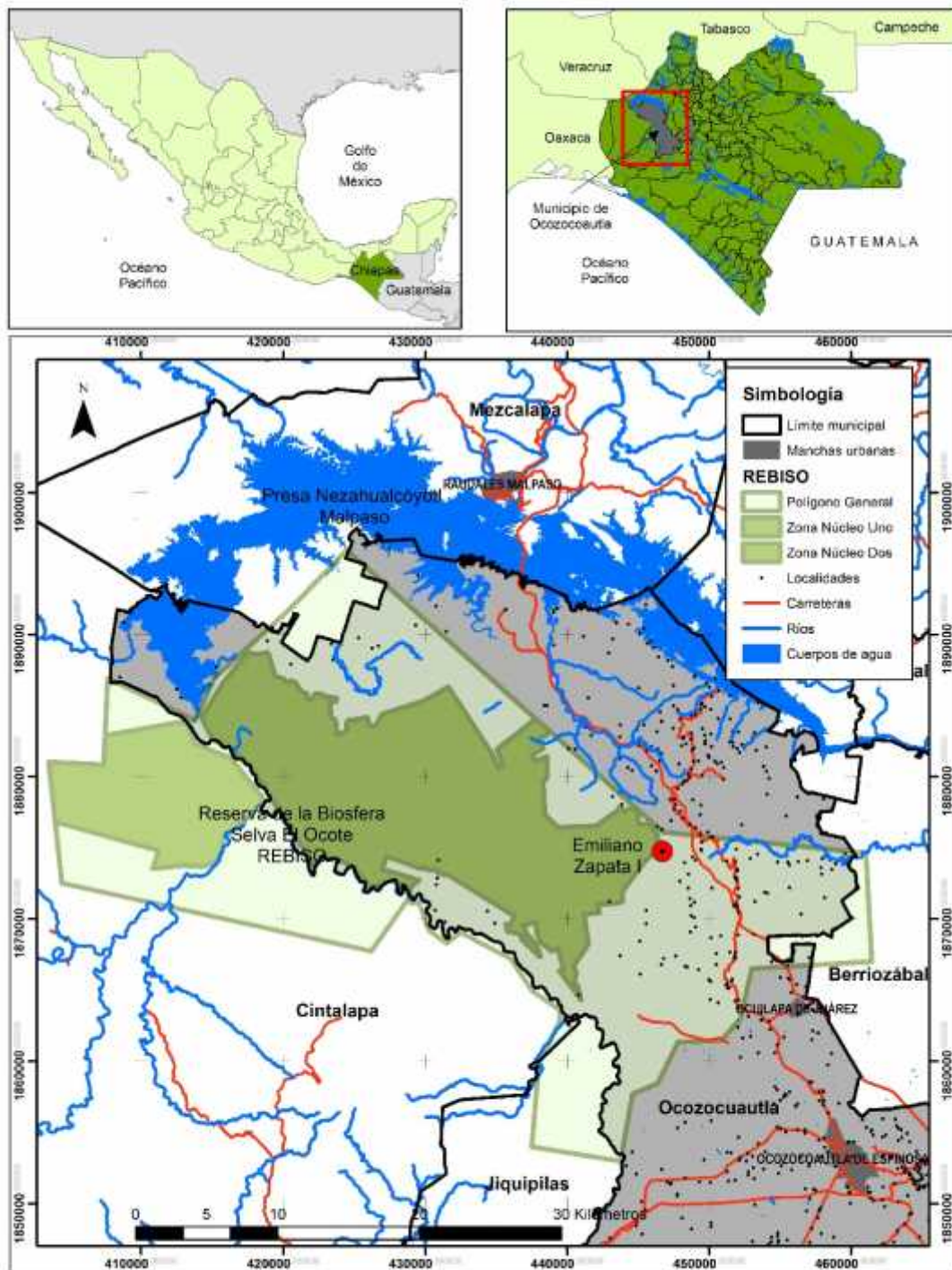
Con una altitud de 800 metros sobre el nivel del mar, el clima es tropical-subhúmedo con lluvias en verano. A la región donde se ubica Zapata llega humedad y precipitaciones del Golfo de México, lo que ocasiona un clima relativamente húmedo y mucha vegetación verde durante todo el año, hecho que los habitantes resaltan en muchas ocasiones. Este microclima favorable, junto con la ubicación cerca de la zona núcleo de la reserva, también posibilita la diversidad de cultivos y la recolección silvestre.

El ejido Zapata fue fundado por migrantes tsotsiles de Osumacinta, cuyos padres y madres provenían de Soyaló, en los Altos de Chiapas, de donde se fueron en los años de 1950 o 1960 a Osumacinta en busca de tierras que pudieran trabajar como posesionarios. Pero la construcción de la presa Chicoasén entre 1976 y 1980 ocasionó que algunas de las tierras de cultivo que ocuparon quedaran bajo el agua y que hubiera más presión sobre la tierra. Además, por no tener tierras propias en Osumacinta, y en un contexto de lucha por el recurso, algunas familias jóvenes emigraron a finales de la década de 1980 otra vez en busca de tierras agrícolas y con la esperanza de poder fundar un ejido.

En una lucha tardía por la tierra –como en muchas regiones de Chiapas donde la lucha agraria fuerte empezó en las décadas de 1970 o 1980, ya que los finqueros y terratenientes pudieron mantener su poder económico y político durante mucho tiempo–, las primeras cuatro familias emigraron en 1985 de Chicoasen y consiguieron un terreno de pequeña superficie en la zona norte del municipio de Ocozocoautla, donde han venido trabajando campesinos mestizos desde 1960, originarios de dicho municipio. Los nuevos pobladores se agruparon con los originarios para gestionar y poder legalizar las tierras como un ejido en 1986, año en que le dieron el nombre de General Emiliano Zapata. En los meses subsiguientes se fueron agrupando más familias, también originarias de Osumacinta, parientes de las familias fundadoras, y se empezó la gestión del ejido.

Seis años después, en 1992, la comunidad buscó otro lugar para asentarse, porque donde se encontraba no había condiciones para otras familias futuras, y además se encontraba a gran distancia de la carretera. Desde entonces se cambiaron a un lugar más hacia el este, a sólo cinco km de la carretera principal, y es donde actualmente se encuentra la comunidad.

Figura 1. Mapa de ubicación de la comunidad de estudio



Fuente: LAIGE-ECOSUR (Emmanuel Valencia Barrera).

La gente de Zapata logró recibir la dotación del ejido todavía en 1994,⁶¹ en un contexto turbulento que coincidió con la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Figura 2. Vista desde Zapata hacia la Zona Núcleo de la reserva en el fondo



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Actualmente el poblado tiene 188 habitantes con 33 hogares (39 familias, ya que seis familias jóvenes todavía viven con sus padres), la mayoría con relaciones de parentesco. La población es relativamente joven, sólo hay nueve personas ancianas (mayores de 65 años), mientras que 65 % de la población (actualmente 124 personas) tienen menos de 30 años, de los cuales aproximadamente la mitad, o sea alrededor de 60 individuos, se encuentran entre 15 y 30 años. De estas personas, designadas como jóvenes (por lo menos cuando se habla español), se esperan ciertas actividades, comportamientos, actitudes (diferente de lo que se espera de los niños y las niñas o de los adultos).

⁶¹ El 22 junio de 1994 quedó legalmente constituido el ejido Gral. Emiliano Zapata I, con sus respectivas autoridades ejidales o comisariado ejidal (presidente, secretario y tesorero), y consejo de vigilancia. En ese mismo año se construyó la casa ejidal (Pérez, 2015).

En muchas comunidades rurales chiapanecas es común que las personas formen familias a relativamente temprana edad, es decir, “se juntan” o se casan, o se embarazan y a partir de este hecho viven juntos y son considerados marido y mujer, aunque no estén formalmente casados. Aunque aún se acostumbra considerar adultas a aquellas personas que se casan y que asumen la responsabilidad de los hijos o las hijas, la diferenciación entre niño y adulto actualmente ya no es tan clara. En Zapata empieza a haber una autoadscripción como “joven” más allá del estado civil o de la situación de dependencia o independencia económica. Más bien se define en razón de la edad (aproximadamente entre 13 y 29 años), la situación económica en que se vive (dependiente de los padres, aunque muchas veces se aporten ingresos), la educación (si se sigue estudiando definitivamente se considera parte de la juventud) y, en el caso de los varones, además, la tenencia o no de la tierra (muy pocos jóvenes tienen tierras propias) y la participación en toma de decisiones dentro de la comunidad. Los jóvenes, por ejemplo, no tienen derecho de voto en la asamblea comunitaria. Entonces, en esta categoría amorfa de “juventud” encontramos tanto a adolescentes de secundaria como a adultos jóvenes que ya tienen hijos o hijas, pero que siguen viviendo con los padres, como a parejas recién formadas que viven aparte y trabajan por su cuenta, pero no tienen tierras propias, o a personas que acaban de terminar sus estudios universitarios y regresan a la comunidad, y a los “jóvenes ausentes” que migraron temporalmente pero que forman parte de este grupo diverso.

La mitad de la población son mujeres. En promedio, las mujeres en edad reproductiva tienen 4.8 hijos nacidos vivos⁶² (Pérez, 2015), lo cual supera el promedio chiapaneco de 2.9 hijos. Sin embargo, la fecundidad está bajando: mientras que en las generaciones de las abuelas y madres, fundadoras de la comunidad, era común tener 8-12 hijos, entre las jóvenes y adultas jóvenes ahora la norma es de tres a cuatro hijos⁶³.

Se preservan algunas tradiciones y elementos de la cultura tsotsil, sobre todo la fiesta de la Santa Cruz, la fiesta patronal y la fuerte organización comunitaria. La mayoría de la gente

⁶² Todos los datos vienen de un censo que fue elaborado en 2013 por Benjamín Pérez, habitante del lugar.

⁶³ También sube la edad de los primeros embarazos. Si bien hay actualmente muchachas de 16 años que ya tienen descendencia, tampoco es raro encontrar a algunas de 25 años que no se han casado, sobre todo aquellas que han estudiado hasta nivel medio superior o superior.

de Zapata se reconoce como indígena tsotsil, y mantiene vínculos de parentesco y amistad con personas de su lugar de origen, es decir, Osumacinta y Soyaló. Ya no se usa la vestimenta tradicional del lugar de origen, no hay parteras tradicionales y sólo un curandero (que en caso de emergencia funge como partero), pero los rezos y oraciones se realizan en español y tsotil. El 85% de la población habla tsotsil y español, y 15 % sólo español.

A pesar de la población tan joven, existe relativamente poca migración internacional, si bien hay algo de migración temporal nacional, sobre todo de hombres y mujeres jóvenes, ya sea para trabajar fuera o para estudiar.

Los pobladores son en su mayoría católicos, y sólo una familia extensa es adventista. A diferencia de muchas otras comunidades chiapanecas, en Zapata no se han dado conflictos por asuntos religiosos entre los dos grupos. Es notable la ausencia del alcoholismo en la comunidad, que tiene que ver probablemente con una prohibición de la venta de alcohol en la comunidad hace algunos años por parte de líderes locales de la iglesia católica (los adventistas de por sí no toman alcohol). La iglesia católica juega un papel fundamental en la vida comunitaria; las principales fiestas se celebran en su templo y alrededor del calendario religioso, por tanto hay muchas actividades relacionadas con la fe.

En Zapata y los poblados de alrededor es común que haya parentesco por matrimonio y amistad entre las familias de los migrantes tsotsiles y familias rancheras originarias de la región, y una “aculturación” mutua, a tal grado que los hijos de estos matrimonios “mixtos” (o sea, la segunda generación) hablan tsotsil igual que sus compañeritos y compañeritas de la comunidad. Ya no usan traje típico ni se distinguen en apariencia física de las personas mestizas de la región.

En cuanto a la organización campesina regional, en los años de la fundación del ejido, Zapata se unió con otros siete ejidos de la zona noreste del municipio de Ocozocoautla para formar la Unión de Ejidos Álvaro Obregón. Conformaron, junto con otras tres uniones de ejidos del mismo municipio y de municipios vecinos, la Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC) Tzo’bolotic, con sede en Ocozocoautla, que a su vez administraba los Fondos Regionales de

Solidaridad y tenía un padrón de 100 ejidos (REBISO, 2001). Como tal era una organización fuerte en la región, con mucha capacidad de negociación frente a gobierno para “bajar proyectos”; realizó comercialización conjunta (por ejemplo de maíz) y manejaba mucho dinero. También Zapata se benefició inicialmente de algunos proyectos a través de la ARIC (apicultura y ganadería), que fueron implementados a solicitud de la comunidad. Sin embargo, en un contexto de rupturas de las organizaciones campesinas y de cambios en la función de las organizaciones (el abandono de la política de precios de garantía y de apoyos estatales a la producción campesina ocasionó problemas financieros y el quiebre de muchas organizaciones) y de enriquecimiento ilícito de muchos líderes de organizaciones, también la ARIC Tzo’bolotic se vino abajo.

La ARIC sacaba millones de dinero del gobierno. Muchos dirigentes aprovecharon y se hicieron ricos. Los licenciados empezaron a fundar organizaciones, bajaron recursos y le daban una migaja a la gente. Se volvió una organización para bajar proyectos millonarios, no más, y no le quedó nada al final cuando se disolvió (Alejandro Pérez, ejidatario de Zapata, testimonio, octubre de 2019).

Karina Sánchez, en el contexto de un estudio sobre las organizaciones cafetaleras chiapanecas, llega a la misma conclusión:

Las rupturas de la ARIC, a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa, propiciaron condiciones para que algunos grupos se desprendieran de esta experiencia colectiva porque las diferencias surgieron no sólo por razones ideológicas, sino que también los hechos de corrupción en los que incurrieron sus líderes crearon un ambiente de desconfianza (Sánchez, 2015, 85).

La disolución de la ARIC y al mismo tiempo la casi ruptura (por corrupción e ineficiencia) de la Unión de Ejidos Álvaro Obregón⁶⁴ dejaron a las comunidades de la región noreste del municipio de Coita en una situación más vulnerable e individualizada frente a los vaivenes del mercado nacional y global y frente a los programas de los gobiernos en turno.

⁶⁴ Diferente a otros ejidos, quienes abandonaron la organización, los comisariados en turno de Zapata siempre permanecieron fieles a la idea que hay que buscar una organización inter-comunitaria regional y como tales permanecieron en la Unión de Ejidos, pero no fue hasta el año 2016, con fuerte apoyo voluntario de un joven de Zapata, que esta Unión logró arreglar asuntos legales pendientes y un cambio en la directiva. Ahora poco a poco está volviendo a la presencia pública en el municipio de Coita y está sirviendo de enlace y punto de información y gestión para muchos ejidos en la región.

4.2 No todos por igual: la asamblea ejidal

El órgano supremo para la toma de decisiones de interés de la comunidad es la asamblea general comunitaria, llamada asamblea ejidal, que es prácticamente un espacio de hombres. Se conforma de 59 personas (mayores de edad; cuando un varón cumple 18 años, automáticamente pasa a formar parte de la asamblea), de las cuales 24 son ejidatarios y dos ejidatarias (viudas, una de un migrante desaparecido y otra de un ejidatario joven, recién fallecido). La situación es parecida a la de otros ejidos: los ejidatarios (fundadores de la comunidad) son de edad avanzada (entre 50 y 70 años), las ejidatarias tienen 30 y 45 años, respectivamente. Las restantes 33 personas son los llamados *avecindados* o *pobladores*. En Zapata se entiende por “*avecindado*” o *poblador* todo aquel hombre mayor de edad que no es ejidatario, independientemente si tiene solares/lotes o no en la comunidad o tierras en posesión o no. En lo que sigue uso el término “*avecindado*” en este sentido.⁶⁵ Estos hombres, si bien tienen la obligación de asistir a la asamblea y participar en trabajos comunitarios (o pagar multa en su defecto), no tienen derecho a votar en la asamblea o a ejercer un cargo con mayor responsabilidad dentro de la estructura del ejido. Los *avecindados* en el caso de Zapata son los hijos y nietos varones de ejidatarios, mayores de 18 años, que viven en la comunidad. Las mujeres (con excepción de las dos ejidatarias) no participan en las asambleas, ni tienen alguna representante que lo haga, y están por ende excluidas de este espacio público que constituye una parte importante del ejercicio de la ciudadanía en Zapata.

⁶⁵ A diferencia de esta concepción, la nueva Ley Agraria de 1992 entiende por “*avecindados*” aquellas personas que poseen solares o lotes en el ejido, pero no tierras parceladas, y no tienen derecho a las tierras de uso común. Además, esta ley establece la categoría de “*posesionario*” como alguien que tiene derechos sobre tierras parceladas, pero no solares o lotes. Este caso no se da en Zapata. En Zapata se usa el término “*posesionario*” más bien para nombrar a aquel que ha ocupado y trabaja una parcela, pero no que tiene papeles legales para ella.

Figura 3. Imagen de la casa ejidal



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Los ejidatarios ostentan y monopolizan el control sobre las decisiones en la asamblea, ya que aparte de su autoridad moral (por la edad, por las gestiones que hicieron al fundar el ejido y por todos los trabajos realizados en años pasados) tienen voz y voto, mientras que los avecindados, a pesar de constituir 58% del pleno de la asamblea, no cuentan con voto y pocos hacen uso de la voz (y las mujeres ni siquiera están presentes en la asamblea). El tema del envejecimiento de las personas con derechos agrarios, acompañado por una mayoría de personas avecindadas, no es exclusivo de Zapata. Actualmente en México en cuatro de cada seis núcleos agrarios los avecindados y sus familias son mayoría mientras que los ejidatarios/as o comuneros/as constituyen la minoría (Chapela, Menéndez y Robles, 2015).

El hecho de no ser ejidatario o ejidataria significa no poder decidir en la asamblea sobre cuestiones prácticas y organizativas, sobre la celebración de fiestas, sobre infraestructura como el alumbrado público, la repartición del agua, el transporte, la carretera, los trabajos comunitarios y sobre el uso y destino de programas y proyectos que llegan a la comunidad.

Algunas mujeres en Zapata se quejan de esta situación: “No sabemos sobre los proyectos que tienen los hombres, porque ellos no nos platican”. “No nos toman en cuenta, creo que piensan que no valemos las mujeres o que no trabajamos” (mujeres de Zapata, testimonios, en Pérez, 2015).

Cuando hay la oferta de algún proyecto, por ejemplo, de la CONANP, que ha apoyado a la comunidad con muchos proyectos productivos, o de otras instancias gubernamentales o de alguna ONG, los hombres adultos mayores deciden, sin necesariamente tomar en cuenta el interés de las señoras y de los y las jóvenes, al menos que ellos y ellas hayan negociado o expresado su interés en el espacio privado, o que el “jefe de familia” vea por los intereses de jóvenes y mujeres. “Quiere un mayor acuerdo”, sugiere Rafael Díaz, un joven padre de familia de la comunidad.

Por ejemplo, los ejidatarios que sí tienen más documentos que nosotros, nos podrían echar la mano bajando algún proyecto para nosotros que no tenemos. Porque ellos sí pueden, si se pusieran de acuerdo y nos bajarán algún proyecto sí pueden; han bajado, pero sólo para ellos. (Rafael Díaz, entrevista, abril de 2017).

Visto de fuera se puede concluir que en lo que respecta al espacio público de la asamblea ejidal, en Zapata hay diferentes clases de “ciudadanos”, siendo los hombres mayores los que ostentan más poder, los hombres jóvenes en segundo grado, y las mujeres (independientemente de su edad) no aparecen o sólo figuran marginalmente. Sin embargo, habría que tomar en cuenta las dinámicas de negociación al interior de las familias que ocurren en el espacio privado.

En el plano organizativo los hombres jóvenes siguen insistiendo en que se les tome en cuenta en la asamblea comunitaria. A principios del 2018 lograron una victoria: en contra de la tradición en la comunidad, según la cual votaban exclusivamente los 26 ejidatarios, pidieron que se les permitiera participar por primera vez en la elección del nuevo comisariado ejidal, argumentando que, por un lado, de ellos también se espera la participación y la asistencia en los trabajos comunitarios y, por otro lado, que el comisariado ejidal representa a toda la comunidad y no únicamente a los ejidatarios. Después de una larga discusión entre los señores mayores, quienes inicialmente se opusieron a este cambio, los jóvenes

lograron su cometido y se pudo elegir al nuevo presidente, tesorero y secretario del ejido entre todos los hombres. Aún falta la participación de las mujeres en este tipo de elecciones y en las asambleas, aunque esto probablemente tardará todavía algún tiempo.

4.3 Ubicación dentro de la Reserva de la Biosfera Selva El Ocote

Zapata se ubica en la Reserva de la Biosfera Selva El Ocote (REBISO), en la zona de amortiguamiento. Esta reserva abarca un área de 101 000 hectáreas de selva tropical húmeda. Viven ahí alrededor de 17 000 personas en 64 comunidades que corresponden a tres municipios: Cintalapa, Ocozocoautla y Jiquipilas; 72% de esos habitantes son indígenas tsotsiles; el resto son indígenas zoques y habitantes mestizos (Zamora, 2017).⁶⁶

La mayoría de las personas que viven dentro de las ANP se hallan en situación de pobreza y dependen fuertemente de los recursos naturales, ya que realizan actividades agrícolas y forestales, y otras prácticas “menos” visibles pero cotidianas como la recolección de hierbas curativas, hongos, leña, actividades de caza y pesca (Romero y Vallejo, 2017). Esto aplica también para el caso de la REBISO.

El área donde ahora se encuentra la reserva había sido poblada desde tiempos ancestrales por pueblos zoques, de ascendencia probablemente olmeca. En tiempos recientes, entre 1968 y 1994, se inició la inmigración en El Ocote, sobre todo por personas originarias de los Altos de Chiapas, de donde decidieron salir en busca de tierras para trabajar y habitar. Aparte de los “ranchos” ya existentes, que son pequeñas propiedades, la mayoría de las localidades son ejidos donde las personas siguen viviendo predominantemente de la agricultura y en años más recientes de la ganadería.

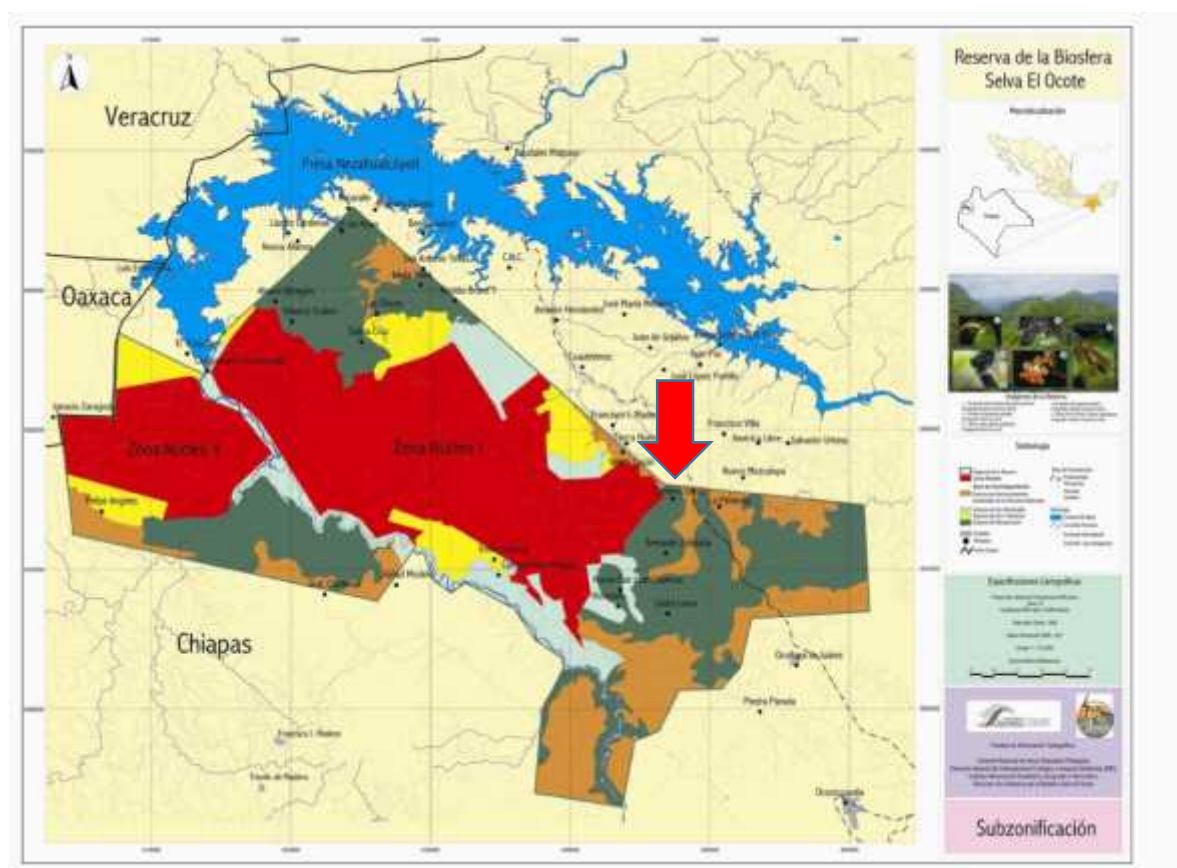
Ya en 1972, un decreto estatal había declarado 10 000 ha como Área Natural y Típica del Estado de Chiapas, tipo ecológico bosque lluvioso alto. En 1982 se declararon 48 000 ha de

⁶⁶ En Chiapas hay 18 ANP federales, así como 20 estatales y municipales, y áreas de conservación voluntaria (Cano, 2019). Mientras que aproximadamente 13% del territorio nacional se ubica en alguna ANP, en el caso del territorio chiapaneco corresponde a 17%, un porcentaje relativamente mayor (cálculo propio con base en los datos proporcionados por Cano, 2019).

la reserva actual como Zona de Protección Forestal y Fáunica Selva el Ocote (Zamora, 2017). En 1998, “un año atípico con 10 meses de sequía y mucho calor, alrededor de 20 000 ha de bosque se quemaron” (Roman Pérez, subdirector de la REBISO, entrevista, marzo de 2017), lo cual correspondía casi a la mitad de la superficie bajo protección. Sin ninguna consulta a las comunidades afectadas, en 2000 se recategorizó y amplió la zona de protección (Hernández, 2001) con el efecto de que Emiliano Zapata, así como muchas otras comunidades, quedara dentro del polígono de la reserva (véase figura 1).

Actualmente la REBISO comprende dos zonas núcleo que ocupan 40 000 ha de la reserva, así como una zona de amortiguamiento (véase figura 4). La Zona Núcleo I se encuentra muy cerca del ejido Emiliano Zapata. Aquí oficialmente sólo están permitidas actividades de investigación científica y tecnológica, así como de educación superior, mientras que en la zona de amortiguamiento están permitidas diferentes actividades, dependiendo de la subzona en cuestión. Según el Plan de Manejo de la reserva de 2001 – que no ha sido revisado ni actualizado, a pesar de que eso se debería hacer cada cinco años–, Zapata, a pesar de haber logrado su dotación agraria desde antes de la declaración de la reserva, se encuentra en zona de amortiguamiento, subzona de recuperación. Allí, a diferencia de otras subzonas como la de aprovechamiento sustentable de los recursos naturales, sólo están permitidas plantaciones dendroenergéticas (de árboles para leña), actividades de restauración de cauces, cuencas y áreas productivas e investigación científica y tecnológica (SEMARNAT/CONANP, 2001). En la realidad estas prescripciones no se acatan, la gente de Zapata trabaja en la producción agropecuaria en y alrededor de su comunidad; muchos habitantes ni siquiera saben que están en una subzona de amortiguamiento y desconocen por completo el programa de manejo de la REBISO. Lo único que sabe la gente es que “allá adentro, en la reserva” (refiriéndose a la zona núcleo) no se ve con buenos ojos que sigan sembrando o metiendo el ganado, ya que ha habido sobrevuelos de revisión. Además, hay presencia de la CONANP en la comunidad a través de proyectos en los que se repite el discurso de dejar la reserva, y de vez en cuando hay amenazas de desalojos para aquellos que no dejen de trabajar en la zona núcleo.

Figura 4. Mapa de la subzonificación de la REBISO



Fuente: SEMARNAT-CONANP, 2001: Programa de Manejo de la REBISO (la flecha roja, añadida por la autora, señala hacia Emiliano Zapata).

Zapata no es el único caso en el que hay un desencuentro entre la norma oficial y las prácticas de uso (Romero y Vallejo, 2017) ni es el único caso en que los derechos agrarios chocan con la política de conservación. Camacho-Bernal y Trench (2019) reportan muchas contradicciones entre la jurisdicción agraria y la de la conservación. A pesar de no haber tenido ninguna posibilidad de participar en el decreto de la reserva o en el programa de manejo, sus habitantes campesinos, al llevar a cabo actividades productivas agrícolas, se encuentran en una situación “extralegal” impuesta por los reglamentos de conservación que entran en contradicción directa con el derecho agrario. En Zapata, así como en la REBISO en general, este conflicto no ha llevado todavía a desalojos forzados o represalias violentas, pero la tensión y contradicción están presentes. Se expresan por medio de un estira y afloja entre

fuerzas contrarias: por un lado los campesinos con derechos agrarios y la necesidad de resolver la alimentación y la reproducción, y por otro lado la instancia gubernamental, la subdirección de la REBISO/CONANP, que trata de ejecutar la política mexicana de conservación ambiental ofreciendo proyectos productivos y alternando entre presencia amigable y amenazas.

4.4 El acceso a la tierra

La posesión de la tierra es una condición fundamental para el trabajo del campesino. “Es a partir de tierras que, en general, tienen el atributo de ser insuficientes en calidad y extensión, que la familia campesina deberá organizar el trabajo y la producción agrícola” (Salles, 1984, 115). También en Zapata las tierras son insuficientes en calidad por encontrarse en cerros muy pedregosos, con rocas cársticas y suelos no muy profundos, típicos de la selva. De esta manera, las tierras que han recibido las personas de Zapata, resultado de la lucha agraria, son insuficientes, por lo cual la comunidad realiza actividades en tres polígonos o áreas:

1. El ejido, denominado El Caracol consta de un espacio de 297 ha para 26 ejidatarios, lo que da en promedio 11.42 hectáreas por persona con derechos agrarios, parecido al promedio chiapaneco de 11.2 hectáreas en caso de los hombres (Reyes, 2006, 22). Todos los solicitantes obtuvieron la misma cantidad de terreno. Sin embargo, por la baja calidad de las tierras, y por encontrarse en áreas de difícil acceso (cerriles y montañas),

Zapata de las 297 ha tiene para uso agropecuario como el 20% nada más. No llega ni a 80 ha de tierras para uso agropecuario. El terreno que tienen de dotación realmente no les sirve; les sirve lo que ya compraron o van comprando (Román Pérez, subdirector de la CONANP, entrevista, marzo de 2017).

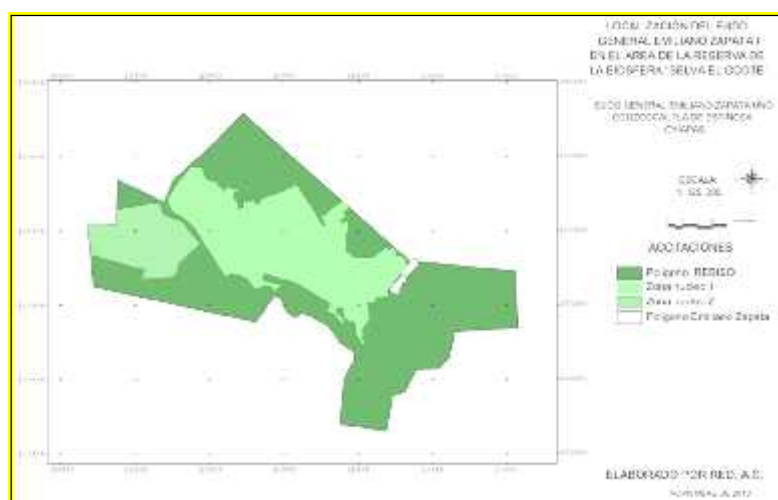
Se usan en promedio de dos a tres hectáreas por ejidatario para la producción de este polígono. En el ejido no hay áreas de cultivo comunes, las tierras se trabajan de forma individual/por unidad doméstica.

2. El segundo polígono (que era propiedad de un rancharo rico de la región) es el área denominada localmente como San Francisco, de 80.75 ha; corresponde al área del asentamiento urbano y campos y acahuales alrededor. Aquí también se encuentra una parcela escolar de 3.5 ha que se trabaja entre el colectivo de los padres (varones) de familia, para generar ingresos para la escuela, con cultivo de frijol para venta. Las tierras de San Francisco fueron parceladas por acuerdos internos de la comunidad. Desde hace varios años se está gestionando su legalización. Ahora algunos ejidatarios insisten en la importancia de distribuir más justamente estas tierras, incluyendo también a las mujeres y los hijos.

Cuando solicitamos el ejido, no pensamos en poner también el nombre de las mujeres y de los hijos. Pero si ahora logramos que nos den el San Francisco, entonces hay que ponerlo a nombre de las señoras y de los hijos de una vez, para que también puedan acceder a los programas (Don Alejandro Pérez, testimonio, junio de 2018).

En la figura 5 que muestra la ubicación de las tierras de Zapata con relación a la reserva se aprecian dos polígonos blancos que representan a San Francisco (más al norte), donde también se encuentra el asentamiento urbano y, junto a éste el ejido El Caracol (más al sur).⁶⁷

Figura 5. Localización de los polígonos de Zapata en la REBISO



Fuente: CONANP-REBISO, 2011.

⁶⁷ Los polígonos dibujados en los mapas que siguen tienen ciertos errores y no corresponden a la escala real, ya que San Francisco sólo consta de 80.75 ha y El Caracol de 297 ha, pero en el mapa aparecen casi de igual tamaño. Sin embargo, ante la imposibilidad de encontrar mapas más exactos, utilizo estos que provienen de un estudio elaborado en 2010 y 2011 para la CONANP.

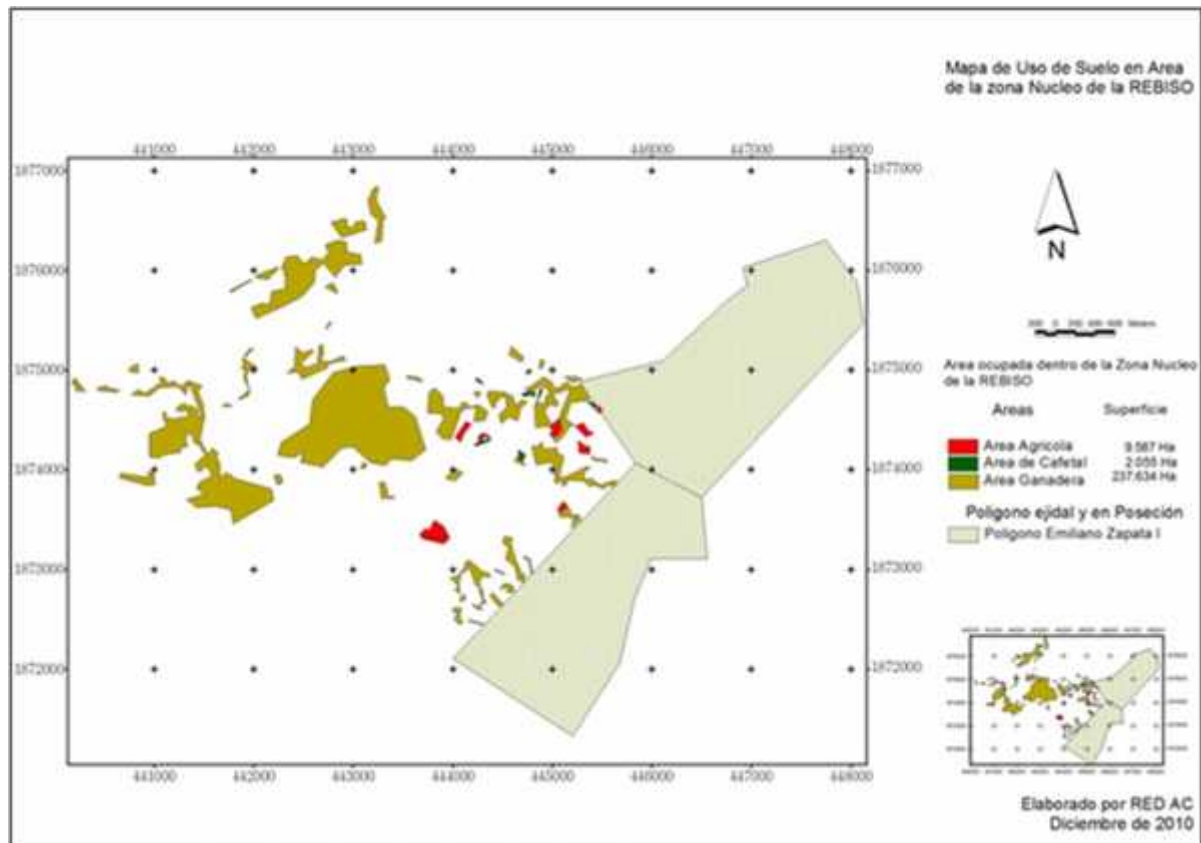
3. La comunidad tiene en posesión aproximadamente 900 hectáreas en la zona núcleo de la REBISO que es un área que originalmente se había solicitada como ejido pero que no fue otorgado por ineficiencia y corrupción de un abogado del RAN, según los ejidatarios. Después de la ampliación de la reserva en 2000, esta área fue declarada Zona Núcleo I, sin tomar en cuenta que ya hay campesinos trabajando allí. De estas 900 ha, aproximadamente 300 están siendo ocupadas para actividades ganaderas o agrícolas. El posesionarse de tierras nacionales o baldíos es una práctica común en Chiapas, sobre todo en un contexto de creciente demanda de tierra y crecimiento poblacional, aunque esta práctica no está ausente de conflictos y problemas (Reyes, 2006). Según acuerdos tácitos con la Comisión de Áreas Naturales Protegidas (CONANP) se les permite trabajar allí con la condición de que no talen más árboles ni abran nuevos “trabajaderos” (expresión local para campos que están continuamente bajo cultivo) y con la idea de la CONANP de que la comunidad deje paulatinamente esta área.

Por ley esta zona está destinada estrictamente a la protección y conservación de los ecosistemas y su biodiversidad, no permitiéndose ninguna actividad antrópica dentro de ella. Ante esta situación, es de mucho interés para la CONANP, que el grupo campesino abandone de manera pacífica y paulatinamente el predio (CONANP-REBISO, 2011, 6).

Esta idea no es necesariamente compartida por los habitantes y es motivo de una tensión constante. “Lo que pasa es que nosotros tenemos ocupada una parte aquí adentro de lo que es parte de la reserva, ahí es que trabajamos más, ya tiene tiempo que estamos trabajando ahí” (Armando González, entrevista, octubre de 2016). Otro entrevistado comenta que “esta parte allá adentro ya lo han trabajado antes del 88 otra gente, no nosotros. Ellos se fueron y nos lo dejaron a nosotros.” (Alejandro Pérez, entrevista, noviembre de 2016). Y finalmente alegan que si la CONANP los sacara de allí, vendría otro grupo campesino a ocupar ese espacio. Así que suponen que le conviene más a la CONANP que la gente de Zapata esté allá adentro y que la relación se lleve bien y tranquila.

En la figura 6 se muestran las áreas ocupadas para uso agrícola y ganadero en la Zona Núcleo I por los productores de Zapata. Hay que advertir que las áreas son aproximadas, ya que el uso va cambiando según las necesidades o posibilidades de trabajar allí, y según la presión que ejerce la CONANP para que se desocupe este espacio.

Figura 6. Uso de suelo en la Zona Núcleo I de la REBISO

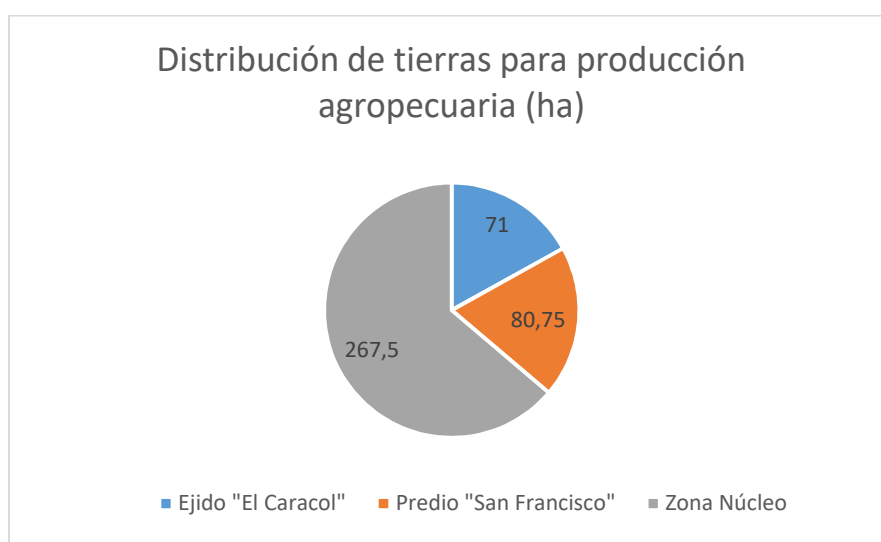


Fuente: CONANP-REBISO, 2011.

Estos tres polígonos hacen un total de aproximadamente 1 300 hectáreas, de las cuales, según datos de un estudio realizado por mandato de la CONANP, se utilizan sólo 419 ha, ya que las demás son de muy difícil acceso (cerriles) o cuentan con suelos no aptos para agricultura ni pastoreo. Según esta estimación (que se basa en preguntas a los ejidatarios), se utilizan para la producción aproximadamente 71 ha de la dotación (ejido El Caracol), 80.75

ha de San Francisco y 267.5 ha del área que tienen en posesión en la zona núcleo. La superficie utilizada en total corresponde en 63.8% a la Zona Núcleo, en 16.93% al ejido El Caracol y en 19.26% al polígono de San Francisco (CONANP-REBISO, 2011).

Figura 7. Distribución de tierras para uso agropecuario de Emiliano Zapata



Fuente: Elaboración propia con datos de CONANP-REBISO, 2011.

Recientemente, varias familias lograron comprar tierras de comunidades vecinas o de los pocos ejidatarios que vendieron parte de sus parcelas dentro de la comunidad. Suponemos que la cantidad de hectáreas compradas de fuera supera ya por mucho las tierras en uso de la dotación del ejido, pero por cuestiones de posible envidia o por tratarse de transacciones que no están completamente dentro del marco legal, no se habla abiertamente de estas compras. Se compra sobre todo para la ganadería que es muy demandante en espacios (aproximadamente una ha/cabeza de ganado bovino). La gente de Zapata ve bien poder comprar tierras, tanto a pequeños propietarios en las rancherías aledañas como tierras que antes eran propiedad social de un ejido cercano (el ejido Armando Zebadúa), como también tierras irregulares que están en terrenos nacionales pero que han sido posesionados por años por otras personas. Por ejemplo, una familia extensa en la cual seis hermanos adultos (y varios de sus hijos) trabajan en conjunto un hato de ganado, compró alrededor de 130

ha en los últimos años, entre propiedades de un rancho, tierras de un ejido vecino y tierras en posesión en la Zona Núcleo.

En el transcurso de la primera década del siglo XXI, Zapata participó en el PROCEDE (Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares), como resultado del cual fueron certificados los solares y el área urbana, más no los trabajadores (parcelas de trabajo). Éstos, por decisión de la comunidad, quedaron como una unidad y así el control permaneció en manos del ejido (dominio moderado). De esta manera ninguna parcela puede ser vendida o rentada fuera de la comunidad. Es interesante que la gente de Zapata, si bien compra tierras de otros lados, no permite que se vendan sus propias tierras, lo cual habla de un aprecio muy fuerte por la tierra y una visión de la asamblea y de las autoridades en turno, quienes apuestan por la agricultura y la ganadería hacia el futuro. Además, esta decisión fortalece a la asamblea ejidal y protege a los hijos/hijas y esposas de los ejidatarios, ya que en caso de fallecimiento, la tierra automáticamente pasa a poder de los familiares. De esta manera, la gente de Zapata, igual que en muchas comunidades agrarias, esquivo los posibles efectos negativos de la nueva ley agraria de 1992 (división de la comunidad, llegada de empresarios de fuera, venta de tierras para desarrollo inmobiliario, pérdida del patrimonio para la familia...) y sigue manteniendo control sobre el área dotada.

La decisión de no vender, pero sí comprar tierras, es central para garantizar la producción actual y futura de alimentos y es un elemento muy fuerte a favor de la búsqueda de la soberanía, ya que la gente de Zapata intenta mantener el control sobre la tierra.

En Zapata la tierra está en manos de los hombres, tanto en su calidad de ejidatarios como posesionarios o como pequeños propietarios. El acceso a tierra para jóvenes es muy difícil y para mujeres casi imposible. En teoría, el mecanismo por excelencia para acceder a la tierra es la herencia, si se trata del hijo menor; eso es una práctica tradicional en las comunidades rurales, y así se piensa hacer también en Zapata. Sin embargo, para los ejidatarios grandes no es conveniente entregar la herencia en vida a los jóvenes, ya que se pone en riesgo la propia unidad productiva del padre. Como en el resto de México, la falta de segu-

ridad social o de pensiones para los campesinos no deja otra opción que seguir manteniendo el control sobre la tierra hasta una edad muy avanzada o hasta la muerte. En México se recibe la herencia o sucesión de las tierras en torno a los 50 años, y la edad promedio de los ejidatarios es de 60 años (Warman, 2003). En Zapata es probable que los primeros “jóvenes” podrán heredar dentro de un par de lustros (cuando tendrán alrededor de 45-55 años y ya no serán tan jóvenes), cuando fallezcan o se retiren definitivamente los fundadores de la comunidad, que ahora tienen alrededor de 50-70 años. Estos a su vez recibieron la tierra como resultado del reparto agrario cuando tenían alrededor de 25-45 años, y la tenían en posesión y la trabajaban por cuenta propia desde los 18-38 años, cuando recién fundaron la comunidad. Al parecer el fin del reparto agrario refuerza el adultocentrismo y las ventajas que tiene la generación mayor sobre la más joven.

A las mujeres por lo general no se les hereda por el sistema patrilocal (cuando se junta o se casa la mujer vivirá con el esposo y trabajará para la unidad doméstica de él y su familia). Ante la imposibilidad de dividir las pocas tierras fértiles en varias partes, se le da preferencia a un hijo para heredar. Se sostiene que las hijas se casarán con alguien que habrá de tener tierras o un oficio y con ello las podrá mantener, aunque en caso de separación o viudez obviamente esta idea llega a sus límites, así como para las mujeres que no se casen. Además es dudable que las mujeres jóvenes de hoy quieran seguir viviendo en la dependencia económica total del esposo. La idea de dejar la herencia solamente para los hijos varones es compartida incluso por algunas mujeres, aunque ahora hay familias que dicen que también las hijas deberían heredar, pero no se ha dado el caso.⁶⁸

De lo anteriormente expuesto se ve que el acceso a la tierra para los jóvenes es extremadamente difícil (y para las jóvenes casi imposible), debido al fin del reparto agrario, a las res-

⁶⁸ Me impresionó mucho el relato de una señora de Zapata que me contó su propia historia de injusticia, donde a los hermanos varones les ha tocado tierra, pero a ella nada, ni siquiera una vaca. Cuando finalmente reclamó, recibió 2 500 pesos, con lo cual se compró una becerra. Esta experiencia la lleva a ella a abogar en su propia familia por que las hijas también tengan que heredar.

tricciones por encontrarse dentro de una reserva natural así como por las condiciones naturales: las tierras accidentadas y de mala calidad impiden utilizar toda la extensión para el cultivo. Ante esta situación, los jóvenes que deciden quedarse inventan estrategias novedosas como cultivar productos agrícolas que necesitan poca extensión (por ejemplo, chayote) y tienen buen precio (chile); se organizan para encontrar mercados para sus productos y turnarse a la venta o bien, combinan la migración temporal con la agricultura. Otros trabajan la ganadería junto con sus padres y tíos, esperando algún día convertirse en dueños de las tierras.

4.5 En síntesis

Emiliano Zapata, un ejido de creación relativamente reciente (finales de la década de 1980, legalización en 1994), es una comunidad de migrantes tsotsiles que, como muchas otras, en búsqueda de “una tierra para sembrar sueños”,⁶⁹ se asentaron en tierras nacionales consideradas baldías. Por el posterior decreto del ANP Reserva de la Biosfera Selva el Ocote en 2000, las tierras que han sido posesionadas por los campesinos de Zapata, y por cuales habían iniciado trámites agrarios, quedaron bajo la jurisdicción de la CONANP, pero debido a que la dotación del ejido es pequeña (297 ha) se siguen utilizando para la siembra de milpa y para la ganadería. Además, se están utilizando tierras cercanas a la zona urbana, sobre todo para milpa, acahuales, producción de solares y producción en pequeña escala, y se están comprando tierras de otros ejidos y de pequeños propietarios. El ejido tiene “dominio moderado” sobre sus parcelas, lo cual, por decisión propia, imposibilita la venta o renta de las parcelas fuera de la comunidad y garantiza una cierta continuidad para la agricultura. Además, varios productores de Zapata están adquiriendo tierras de otras comunidades y rancherías cercanas. El acceso a la tierra es desigual: muy difícil para jóvenes y casi imposible para las mujeres, lo cual también significa una discriminación en el acceso a programas productivos para los que hay que comprobar la tenencia de la tierra. Zapata forma parte de

⁶⁹ Como en el título del libro de Jan de Vos, 2002: Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la Selva Lacandona, 1950-2000.

la Unión de Ejidos Álvaro Obregón, pero desde las rupturas de las grandes organizaciones campesinas en los años de 1990, esta organización ya no juega ningún papel en cuanto a la producción y comercialización agrícola ni en cuanto a proyectos productivos.

En Zapata hay una ausencia relativa de conflictos grandes y violentos (comunes en muchas otras comunidades chiapanecas) y una convivencia relativamente armónica entre mestizos e indígenas y entre las diferentes religiones. La toma de decisiones en la asamblea, espacio político importante en la comunidad, se caracteriza por la exclusión de las mujeres y una gerontocracia, aunque esta última empieza a ser cuestionado por los varones jóvenes.

Capítulo 5. Estrategias de producción y reproducción campesina en Zapata

En los siguientes apartados se analizan las estrategias de producción y reproducción en Zapata, de las cuales algunas tienen relación directa y otras relación indirecta con la alimentación. Se muestran todas las actividades necesarias para la reproducción de la vida campesina llevadas a cabo en Zapata a lo largo de un año; además se hace un breve recuento de los programas de transferencia monetaria que contribuyen al ingreso. Posteriormente se ven más nítidamente los diferentes procesos productivos que se realizan en Zapata para poder mostrar la situación productiva general. A este subcapítulo le sigue un apartado sobre problemas ambientales y productivos, para finalizar con un recuento y una reflexión sobre los proyectos productivos que ha habido en Zapata y su influencia en el sistema productivo y la alimentación.

5.1 Trabajos a lo largo del año en Zapata

En México, en el ámbito rural la importancia de las actividades económicas no agrícolas se ha acentuado, a grado tal que para ciertas regiones se habla de una ruralidad sin agricultura.⁷⁰ A diferencia de esta tendencia, en Zapata la agricultura sigue siendo el eje económico en torno al cual se articulan las unidades familiares, se organizan los trabajos y se resuelve, por lo menos parcialmente, la alimentación.

Los tiempos para las demás labores se fijan a partir del trabajo agrícola o se realizan trabajos paralelos compatibles, por ejemplo, atender en una tiendita, comercializar productos, trabajos de carpintería o de construcción ocasionalmente; sin embargo, son los diversos trabajos agrícolas los que tienen prioridad. El trabajo reproductivo propiamente es incesante y se tiene que realizar continuamente, ya que siempre se necesita comer, atender a los niños, lavar la ropa, limpiar la casa, alistar agua para bañarse, etcétera.

⁷⁰ Véase, por ejemplo, el título del libro de Appendini y Torres-Mazuera (2008), *¿Ruralidad sin agricultura?*

Para dar cuenta de las estrategias, a continuación se muestran dos cuadros que describen los trabajos productivos y reproductivos que se ejecutan en Emiliano Zapata a lo largo de un año. El cuadro 5 corresponde a las actividades de todas las familias, y el cuadro 6 a aquellas actividades en que participan sólo algunas familias. Estos cuadros se elaboraron desde las entrevistas y encuestas, así como en conversaciones entre la autora y los jóvenes coinvestigadores.

En los cuadros se distingue entre actividades ejecutadas por hombres (azul), por mujeres (morado) y por ambos o en forma indistinta (verde).⁷¹

En el cuadro 5 se destaca la gran variedad de trabajos productivos y reproductivos, muchos de ellos relacionados con la alimentación, así como el hecho de que durante todo el año hay actividades productivas. Cuando muchas veces en México, en los terrenos de temporal y ante la carencia de recursos como el riego sólo es posible una siembra –lo cual trae consigo que el tiempo hasta la siguiente siembra se vuelve de relativa “desocupación” (o se utiliza para trabajos de jornaleo o de artesanía)–, en Zapata se tiene una diversidad de trabajos agropecuarios que atender entre una siembra de maíz y otra: ganado, chayote, café, frijol de dos siembras y otros cultivos. En muchas entrevistas y pláticas la gente de Zapata afirma:

Aquí todo el año hay trabajo y hay algo de ingresos. No es como en otras comunidades, cuando se acaba la cosecha del maíz o del café ya no hay nada. Aquí siempre hay algo, casi siempre puedes sembrar y cosechar algo (testimonios en taller, junio de 2018).

Apenas algunas de las actividades mencionadas pueden ser cuantificadas en términos monetarios. Del conjunto de las actividades (y de los pagos de transferencia) se genera el ingreso global indivisible; este monto determina para la familia campesina la pauta de consumo en diferentes renglones (Salles, 1984, siguiendo la idea de Chayanov del ingreso global). En el caso de Zapata es muy visible que el trabajo no sujeto a la valoración económica

⁷¹ No se diferenció por edad, ya que dependiendo de las edades y respectivas responsabilidades, por lo general se van integrando paulatinamente a niñas y niños, varones y muchachas jóvenes en los trabajos de los adultos.

persiste al lado del que sí lo es, lo que genera cierta continuidad entre trabajos reproductivos (p. ej., conseguir leña, tortear), producción para autoconsumo (atender a las gallinas, el maíz, el frijol y las verduras) y producción para el mercado (excedentes de maíz y frijol; café, ganado, chayotes, chiles). Es por esta razón que en los cuadros que se presentan no se distinguen trabajos que generan un valor tangible (monetario o en especie) y otros que no lo producen, dado que hay toda una gama amplia de actividades que contribuyen al valor generado por todos los integrantes de la familia. Por ejemplo, ¿cómo se tendría que valorar el trabajo de niñas, niños y mujeres cuando llevan la comida a los hombres en la parcela?; ¿cómo valorar el trabajo cotidiano de la elaboración de las tortillas o cuando un integrante de la familia trae leña?

Sorprende la gran cantidad de trabajos productivos que son ejecutados por hombres y mujeres en conjunto o en los que hay participación mixta, mientras que en el discurso cotidiano se habla de la “ayuda” de las mujeres, no de “trabajo” propiamente. Muchas de las actividades que son realizadas exclusivamente por hombres suelen ocurrir lejos de la comunidad, a media hora hasta a dos horas caminando, o son trabajos que requieren mucha fuerza física, por lo que las mujeres no están presentes. Estos trabajos, por ser tan pesados, se concluyen a determinada hora y merecen un buen descanso. En los trabajos reproductivos cotidianos que requieren presencia en el hogar no están presentes los hombres. La única participación de éstos es la de conseguir leña para la cocina. Sin embargo, el trabajo doméstico parece no terminar nunca, las mujeres son las primeras en levantarse para hacer el fuego y las últimas en acostarse; su trabajo es físicamente más ligero, pero con una simultaneidad de tareas intermitentes que hacen del trabajo doméstico algo muy pesado y extenuante, como muestran estos testimonios: “Nosotras nunca descansamos, ni siquiera el domingo [...] Y cuando hay niños pequeños, todo lo hacemos con el niño en la espalda [...] Siempre hacemos muchas cosas a la vez, los hombres no” (testimonios de charla grupal, febrero de 2016).⁷²

⁷² La responsabilidad única de las mujeres para los trabajos reproductivos no está exenta de tensiones. En una charla grupal sobre el proyecto de investigación donde se tocó el tema de la división sexual del trabajo

La compartición y complementariedad de los trabajos de hombres y mujeres en Zapata desafortunadamente no están reflejados en el poder y en el estatus que tienen las mujeres en los espacios públicos de la comunidad (como la participación dentro de la asamblea ejidal), o bien, en algunos casos tampoco dentro de la familia (por ejemplo, en cuanto a herencia o acceso a recursos). Pero las señoras (y algunos señores) están muy conscientes de la importancia de su labor, ya que sin ellas no funcionaría nada en la casa campesina, como se ve a primera vista y como lo demuestran muchas conversaciones que hemos podido presenciar.

imperante un hombre alrededor de 50 años insistió: “Los jóvenes pueden cambiar, pero nosotros ya no, ya somos grandes”, a lo cual le respondió su propia madre, de 70 años: “El esposo de la maestra (refiriéndose a mi marido) sí cocina y lava los trastes, lo hemos visto.”

Cuadro 5. Actividades de las familias campesinas en Zapata a lo largo del año

ACTIVIDADES GENERALES	Meses									
	E	F	M	A	M	J	J	A	S	O
Maíz temporada	cosecha			prep terreno	siembra		limpia		cosecha Elotes	
Maíz tornamil						cosecha				
Frijol temporada					siembra		limpia	cosecha		
frijol tornamil	siembra, limpia			cosecha				(siembra)		(cosecha)
Calabaza					siembra					cosecha
Chile	fumigación y fertilización		cosecha			cosecha		cosecha		
Chayote	cosecha	siembra, cosecha			cosecha continua durante todo el año					
Tomate	fumigación	cosecha	cosecha							
Café	Cosecha, despulpe, secado		limpia					limpia		
Ganado vacuno	limpia potrero, vacunación, cuidado continuo (agua, sal, salud), reproducción del ganado, arreglar cerca,									
Aves de traspatio		gallinas empollan		cuidado de pollitos		cuidados continuos de gallinas, guajolotes, pollos,				
Plantas de traspatio	dependiendo del espacio, siembra, cuidado y cosecha de hierbas, medicinas, flores, frutas, verduras									
Guineo y plátano	cosecha			siembra		cosecha continua, una vez que está sembrada la p				

ACTIVIDADES GENERALES	Meses										
	E	F	M	A	M	J	J	A	S	O	
Hierbas silvestres en la milpa o chilar									cosecha		
Recolección chapaya/tzitzun			cosecha								
Cítricos: lima, mandarina	cosecha							cosecha			
naranja										cosecha	
limón	cosecha continua, durante todo el año										
Comercialización chapaya			venta en mayor o menor cantidad								
Comercialización hierbas y verduras varias	dependiendo del traspatio y de la cantidad de recolección, más para autoconsumo o para venta										venta a largo plazo
Tumbar y traer leña	continuamente, durante todo el año										
Cortar y almacenar leña	continuamente, durante todo el año										
Preparación de alimentos	continuamente, durante todo el año										
Limpieza del hogar y lavado de ropa	continuamente, durante todo el año										
Cuidado de niños, niñas, enfermos	continuamente, durante todo el año										

Fuente: Elaboración propia

Cuadro 6. Actividades llevadas a cabo por algunas familias en Zapata durante el año

ACTIVIDADES DE ALGUNAS FAMILIAS	Meses									
	E	F	M	A	M	J	J	A	S	O
Tiendita de abarrotes o papelería	continuamente, durante todo el año									
Servicio de transporte	continuamente, durante todo el año									
Jornaleo en construcción		si y cuando hay programas de construcción								
Trabajo en carpintería propia	continuamente, durante todo el año, con menos intensidad cuando hay mucho trabajo agrícola									
Elaboración de pan, tamales u otros alimentos para venta local	Continuamente, durante todo el año, más entre oct.-nov.									
Venta de maíz		Venta por menudeo a comunidades vecinas								
Venta de frijol									Venta por menud a comunidades ve nas	

Fuente: Elaboración propia

Leyenda:

mayoritariamente o exclusivamente hombres

mayoritariamente o exclusivamente mujeres

hombres y/o mujeres

En el cuadro 6 se enumeran aquellas actividades generadoras de ingreso que sólo algunas personas o unidades domésticas llevan a cabo, pero que forman parte importante de las estrategias de estas familias. Aquí se aprecia que hay una clara división de géneros para los respectivos trabajos y una separación de espacios. Mientras que los hombres realizan generalmente actividades fuera del hogar, las mujeres asumen aquellas actividades generadoras de ingreso, compatibles con los trabajos en el hogar. El hecho que los trabajos reproductivos y productivos sucedan en el mismo ámbito y a veces (casi) al mismo tiempo, invisibiliza su condición de productora agropecuaria y las excluye del acceso a bienes, servicios y beneficios económicos (Papuccio de Vidal, 2014).

Por último, están las actividades de los migrantes, originarios de Zapata, que éstos realizan fuera de la comunidad. Por lo general se trata de jóvenes que migran temporalmente. Varios hombres jóvenes “buscan trabajo” en el ejército, donde algunos han servido un par de años antes de regresar a la comunidad, o bien trabajan como obreros en Tijuana, Baja California. Ante la falta de oportunidades de empleo en la región, el ejército y las fábricas del norte aparecen también como opción. Algunas mujeres jóvenes trabajan como empleadas domésticas, en tiendas o restaurantes en otros municipios, y también se dan casos de que migran para estudiar. Cuando la persona regresa después de un tiempo, los salarios percibidos sirven de apoyo para la reproducción de la unidad doméstica, por ejemplo, hay familias que han comprado tierras o ganado vacuno con el dinero de la migración. En otros casos los jóvenes migrantes que tienen mucho tiempo fuera de la comunidad (o que ya están casados) ya no aportan de sus ingresos a su familia de origen.

La gente de Zapata enfatiza que se tiene relativamente poca migración, lo cual se asocia con las muchas posibilidades de trabajar la tierra. “Aquí la gente casi no sale a ganar. Bueno, depende de los papás también si un joven sale a ganar a fuera o no” (Artemio Pérez, testimonio, junio de 2018). En el caso de que haya un migrante en la familia, éste siempre se menciona y se le sigue considerando como parte de la unidad doméstica. Si es varón, sigue teniendo la obligación de contribuir a la comunidad —en caso de ausencia, debe pagar una

multa—. Si bien es cierto que “aquí todo se da”, el limitado acceso a la tierra para los jóvenes sí constituye una limitante fuerte o por lo menos lo será en un futuro no tan lejano y puede influir para que aumente en forma significativa el número de jóvenes que se ven forzados a migrar. La FAO estima que en México en 2050 habrá 12 millones de personas con 20 años o más viviendo en el medio rural y sin acceso a la tierra (FAO, 2012, cit. en Chapela, Menéndez y Robles, 2015, 239); este panorama probablemente obligará también a la gente de Zapata, en un futuro no tan lejano, a buscar otras estrategias fuera de la agricultura.

5.2 Ingresos de programas de transferencias

En el análisis expuesto arriba nos enfocamos a las actividades que realizan las familias de Zapata, pero no profundizamos en el aspecto de los ingresos que generan las actividades productivas agrícolas. Esto será tratado en los apartados que siguen. Sin embargo, en Zapata, igual que en muchas otras comunidades campesinas mexicanas, los ingresos provenientes de las actividades productivas se complementan con los que provienen de programas gubernamentales, en especie y en transferencias monetarias. En el subcapítulo sobre la alimentación se explicarán con mayor detalle los efectos de los programas gubernamentales en la alimentación, pero hay que mencionar aquí la procedencia y el monto aproximado de estos ingresos.

Entre los años de 2015-2018 (tiempo de trabajo de campo), las personas de Zapata recibieron transferencias monetarias de varios programas, algunos provenientes de la política agrícola-productiva (Procampo, PROGAN), algunos de la política social (Prospera, Amanecer y 70 y Más), y algunos de la política de conservación (Pago por Servicios Ambientales). Aparte hubo ingresos en especie, por ejemplo, entrega de urea, de vez en cuando semillas, pesticidas, láminas, mallas para pollos, así como alimentos provenientes del programa Desayunos Escolares del DIF, de Prospera y de PAL-Sin Hambre.

Los montos indicados abajo son aproximados que se basan en varias fuentes: entrevistas y testimonios, así como el estudio ya mencionado que fue elaborado por la CONANP (CONANP-REBISO, 2011). Variaban por persona (en el caso de Prospera, ya que se toma en cuenta el número de hijos que asisten a la escuela), y cambiaban en el transcurso de los años. Hay programas que sólo se ejecutaron en determinados años y después terminaron (por ej. PSA); en algunos casos hubo dificultades o retrasos en la entrega de los apoyos, por ejemplo, Procampo/Proagro Productivo. También hay casos de familias que dejaron de recibir cierto apoyo sin que se hayan enterado de las razones, o que cambiaron de un programa a otro, por ejemplo, de Amanecer a 70 y Mas, ambos para adultos mayores, el primero del gobierno de Chiapas, con un monto ligeramente mayor, pero con duración corta, y el segundo del gobierno federal; también hubo un cambio de PAL-Sin Hambre a Prospera.

Hay familias en la comunidad que consideran que estos programas son importantes, porque les han ayudado a que sus hijos sigan estudiando, para poder hacer alguna inversión productiva o para el consumo final, mientras que otras personas perciben que es muy poco, muy inestable y que no se puede confiar en el apoyo para resolver la reproducción de la vida: “Lo recibimos, pero si nos lo quitaran, no pasaría nada. Tampoco sólo nos esperamos sólo en esto, no.” (Orbelina Pérez, entrevista, marzo de 2017).

Parecido a lo que señala Hernández Alarcón con respecto a las políticas alimentarias y nutricionales: que son “programas o campañas aisladas que a veces son solo iniciativas y su duración e impacto dependen del azar y la conveniencia política” (Hernández Alarcón, 2011, 39), podemos constatar para los programas de transferencia monetaria que llegan a Zapata que son poco estables y poco confiables; esto contribuye a que lo perciban como dádiva (“el gobierno nos da”), pero no como ejercicio de un derecho a recibir estos programas que forman parte de las políticas agroalimentarias.

Cuadro 7. Programas de transferencia monetaria en Zapata entre 2015-2018

Programa	Personas beneficiarias	Monto aprox. anual por beneficiario/a	Monto aprox. mensual por beneficiaria/o
<i>Proagro Productivo (antes PROCAMPO)</i>	26 ejidatarios	\$ 3 900	\$325
<i>PROGAN</i>	18 ganaderos (ejidatarios)	\$ 3 000	\$250
<i>PROSPERA (antes Oportunidades), PAL-Sin Hambré</i>	30 mujeres, madres de familia	\$4 620	\$385
<i>70 y Más o AMANECER</i>	4 personas adultas mayores	\$ 6 600	\$550
<i>Pago por Servicios Ambientales (2010-2015)</i>	26 ejidatarios	\$ 4 799.00	\$400

Fuente: Elaboración propia a partir de entrevistas y con información de CONANP-REBISO, 2011

A los programas de apoyo para los cuales se tiene que comprobar la tenencia de la tierra (Progan, Proagro Productivo, Fomento Café, Pago por Servicios Ambientales) tienen acceso solamente los ejidatarios; para el caso pueden utilizar la dotación que recibieron en 1994.

Appendini y De Luca, quienes explican el auge de los programas sociales como una sustitución de la política de fomento al desarrollo, reportan para las comunidades que estudiaron en el centro del país un monto mayor de recursos proveniente de programas sociales en comparación con los de índole productiva (Appendini y De Luca, 2006). En el caso de Zapata esto no es tan evidente, y depende de la estructura productiva y de la tenencia formal de la tierra de la UDC respectiva, por ejemplo, si recibe Proagro Productiva más Progan o sólo uno de los programas.

Sin embargo, la cobertura de Prospera es mayor que la de los programas productivos, ya que se recibe el primero independiente de la tenencia formal de la tierra. De esta manera, queda incorporado un mayor número de familias, y de ese modo se cumple uno de los propósitos de dicho programa. Dado el número mayor de avecindados y avecindadas en Zapata (familias jóvenes sin tenencia formal de la tierra), y el número creciente de adultos mayores, es probable que los ingresos provenientes de programas sociales superen pronto por mucho aquellos de apoyo a la producción.

Hay estudios que demuestran y deploran la creación de dependencia a través de los programas de transferencias condicionadas.

los pobres tanto de las ciudades como del medio rural están insertos en dinámicas de dependencia hacia las transferencias condicionadas que no han logrado romper el círculo de la pobreza. Tras 28 años de programas asistenciales, en el campo mexicano se ha generado una cultura de la dádiva que ha trastocado las prácticas productivas de comunidades enteras (Acuña, 2015, 251).

Afortunadamente, para Zapata no podemos confirmar (todavía) esta aseveración de la dependencia de las transferencias; si bien hay una cierta percepción o cultura de la dádiva en algunas personas (“Ya nos acostumbramos a recibir el dinero de Oportunidades cada 2 meses, ya lo estamos esperando”), el apoyo de estos programas NO ha trastocado las prácticas productivas. Las estrategias familiares de vida más bien se siguen enfocando en una diversidad de trabajos agrícolas y complementan los ingresos provenientes de la agricultura con otras fuentes de ingreso, trabajos eventuales, migración temporal y la recepción de programas gubernamentales de transferencias monetarias.

5.3 Producción agrícola: autosuficiencia o dependencia alimentaria

Como se expuso arriba, **todas** las familias en Zapata, excepto una señora grande que vive sola, y una pareja que se dedica al comercio de verduras, se dedican a la agricultura. Cultivan, sobre todo, maíz, frijol, calabaza, chile blanco, chayote, tomate, frutas, verduras y café.

Todos los cultivos mencionados anteriormente se ocupan para el autoconsumo, y se vende lo que sobra en comunidades vecinas, en el mercado de Coita y en otros poblados cercanos. El precio bajo (o volátil) de los productos es una constante que dificulta una comercialización exitosa; aun así se apuesta al autoconsumo y a la venta de excedentes.

Además, se desarrolla desde el año 2000 con creciente importancia la actividad ganadera extensiva (de ganado vacuno), tanto a pequeña como a mediana escala. Para muchas familias, la ganadería ha sustituido a la cafecultura como estrategia principal generadora de ingresos, ya que los cafetales se destruyeron casi por completo en el 2013 y 2014 por la plaga de la roya, además de que ya en años anteriores el precio bajo del café era un problema que hizo poco rentable su cultivo.

El sistema de la milpa como policultivo se ha ido modificando con el tiempo; algunas familias siembran maíz y frijol por separado (con diferentes variedades de calabaza en la milpa de maíz), y otras los siembran juntos. Al tumbar acahuales o partes de selva por primera vez se utiliza el sistema roza-tumba-quema; entre un ciclo de producción y otro, en el mismo terreno, algunos productores no queman, sino meten el ganado para eliminar los restos de las plantas de maíz, mientras que otros queman, cuidando siempre que el fuego no se salga de control. No hay tractores ni arado con animales de tracción, todo el trabajo es manual: se emplean machete, barreta, azadón y otras herramientas sencillas. Es común la aplicación de fertilizantes, herbicidas (y en menor medida insecticidas y fungicidas), tanto en la milpa como en los otros cultivos, especialmente en tomate, chile, y en menor medida en el chayote, los frutales y los cafetales. Cuatro familias entrevistadas aprendieron hace aproximadamente 10 años a generar y aplicar abono orgánico (lombricomposta) y repelentes agroecológicos, pero estos sólo se aplicaban en determinados cultivos, por ejemplo, en las plantas de café y algunas hortalizas, y no en la milpa, ya que las milpas se encuentran lejos de donde se produce el abono o repelente y requieren grandes cantidades. Desafortunadamente la mayoría ha dejado de utilizar estas técnicas agroecológicas porque demandan mucha inversión de trabajo.

Aproximadamente la mitad de las familias tiene animales de carga, llamadas “bestias”; otras se conforman con pedir prestado un caballo o una mula de otra familia para transportar su cosecha.

Por lo general no se deja descansar las parcelas, lo cual impone una presión fuerte sobre la fertilidad de los suelos, aunque sí se practica cierta rotación de cultivos (dos años maíz, un año frijol, o maíz-frijol en el mismo año). La falta de descanso de las parcelas está relacionada con la poca disponibilidad de superficies para sembrar, agudizada por las prohibiciones de la CONANP de meterse en la zona núcleo.

Para conocer mejor la situación de dependencia o autosuficiencia y entender las estrategias familiares de vida en cuanto a alimentos básicos, realizamos encuestas sobre la producción de maíz y frijol⁷³ cuyos resultados se exponen en los siguientes apartados.

5.3.1 Importancia del maíz para la autosuficiencia alimentaria

Sorprendentemente para todos, incluyendo los productores de Zapata, con quienes compartimos los resultados en un taller, a nivel de la comunidad entera, Zapata es más que autosuficiente en maíz, a pesar de la deficiente calidad de las tierras.

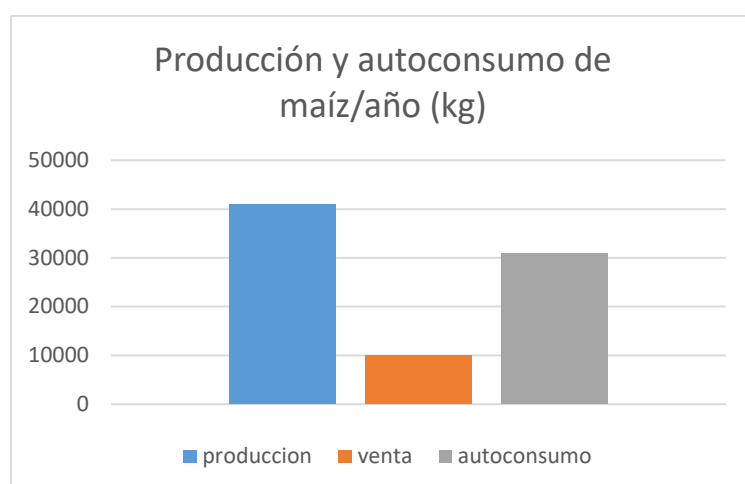
Los ejidatarios de edad avanzada subrayan que cuando llegaron a la región, el maíz se daba mejor, había menos plagas y los suelos estaban menos gastados. Aun así, según la encuesta, en 2016 las 26 familias encuestadas cosecharon 41 toneladas del producto: en promedio 1.57 ton por familia, cultivadas en 0.97 ha. El rendimiento medio es de 1 666 kg/ha, con grandes diferencias que van desde 550 kg/ha hasta 4 400 kg/ha.

⁷³ Entre cinco personas (la autora y cuatro jóvenes de la comunidad: Benjamín, Angélica, Sergio y Aurelia) levantamos a principios del 2018 encuestas a 26 de las 31 familias productoras sobre el cultivo de maíz y frijol (Anexo 3, encuesta). En las encuestas se preguntó por el tamaño de la familia, la superficie sembrada y la cantidad cosechada en el ciclo productivo 2016-2017, ya que la cosecha del 2017-2018 no estaba levantada todavía cuando iniciamos la encuesta. Además se preguntó por las variedades de maíz sembradas y se pidió una comparación con variedades, superficies y montos de hace 10 años, tanto de maíz como de frijol. Los datos reportados más adelante se refieren a las 26 familias encuestadas.

De las 26 familias, 16 producen suficiente y 10 tienen que comprar maíz.⁷⁴ Debido al porcentaje relativamente alto de familias que lo adquieren (38%), todo parecía indicar que Zapata como comunidad no sería autosuficiente en maíz, pero los números muestran lo contrario: de la cosecha de casi 41 toneladas de 2016, se vendieron 9.9 ton, y quedaron 31 para el autoconsumo. Los ingresos por esa venta se usan para el consumo final o para invertir en la producción (compra de insumos, abasto de la tiendita).

El maíz que sale de Zapata se vende al menudeo en las comunidades y ranchos cercanos que no producen suficiente porque se dedican más a la ganadería o bien porque tienen otras fuentes de ingreso.

Figura 8. Producción, venta y autoconsumo de maíz en Zapata, ciclo 2016/2017



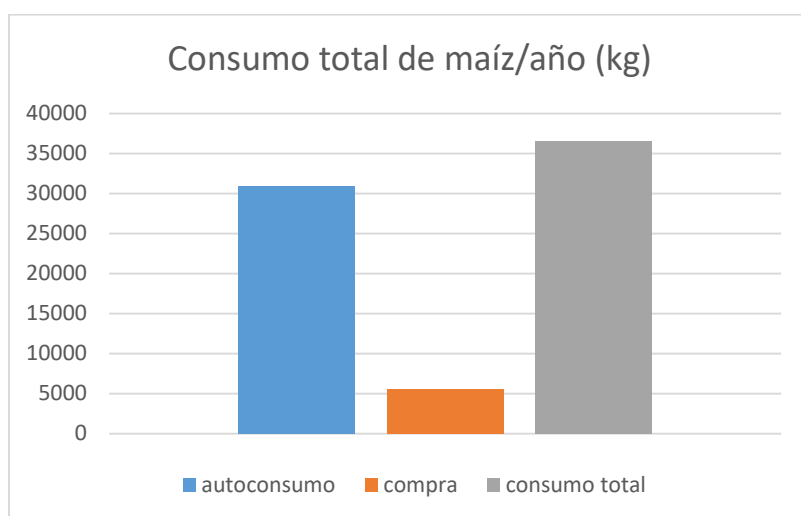
Fuente: Elaboración propia con datos de las encuestas

Además, se compraron 5.6 toneladas provenientes de diferentes lados: algunas familias compraron maíz de DICONSA o en el mercado en Coita o de familiares en otros municipios. En total se consumieron en el ciclo 2016-2017 aproximadamente 36.56 ton de maíz en las familias de Zapata, eso equivale a un promedio de 1 517 kg/familia. Elsa Guzmán encontró

⁷⁴ La cantidad de compra varía considerablemente: de un bulto (50 kg) al año para quienes les faltó un poquito para llegar a la próxima cosecha, hasta una tonelada para aquellos que casi no cosecharon o que son de familia numerosa.

en comunidades campesinas de Morelos un consumo de maíz promedio de 1 ton. al año para una familia de cinco integrantes (comunicación personal, septiembre de 2018). El consumo de maíz es algo mayor en Zapata, ya que se utiliza también para el pozol, bebida cotidiana a base de maíz, y porque no hay tanto acceso a pan, arroz y otros carbohidratos. Aparte, los animales domésticos, las aves de traspatio, y a veces hasta los perros y gatos se alimentan de la masa de maíz o de la tortilla.

Figura 9. Consumo total de maíz por año en Zapata



Fuente: Elaboración propia con datos de las encuestas

Restando el consumo total (36.56 ton) de la producción (40.91 ton, figura 8), llegamos a 4.35 toneladas de excedente, o sea, a pesar de los suelos no aptos para cultivo de maíz, ¡Zapata produce más maíz del que necesita para su autoconsumo!

El precio del maíz varía considerablemente, dependiendo de dónde y en qué momento se venda (de 2 500 a 4 500 pesos/ton). Los productores están muy conscientes de que el maíz no es muy rentable si sólo se considera en términos económicos: “El maíz es barato para vender, pero caro para producir. Sólo te pagan de 3-4.50 pesos/kilo, pero uno invierte mucho trabajo” (don Guadalupe González, encuesta, mayo de 2018).

Los productores están muy conscientes del efecto de los bajos precios ante la competencia desleal ocasionada por la apertura comercial.

El precio del maíz es tan bajo. No es negocio. Si Estados Unidos está mandando maíz a 4 pesos puesto acá, no conviene para nosotros sembrar para vender. Así que la gente prefiere comprar y no sembrar tanto porque no vale la pena. Aquí estamos en la zona norte de Coita, no es muy bueno para maíz, pero en la parte del sur sí se podría sembrar muy bien, pero casi no vale la pena tampoco. Lo vi en el año noventa, se vendía en la bodega en Coita. Había más producción, pero ahora bajó la producción, ya ni siquiera hay bodega (Alejandro Pérez, testimonio, taller, junio de 2018).

¿Cuál es el valor monetario aproximado del maíz producido en Zapata? Calculado con un precio promedio de 3 500 pesos/ton, el valor de la producción del maíz de las 26 familias encuestadas en conjunto ascendía a 143 000 pesos; de esa cantidad, solamente el valor del maíz para autoconsumo ascendería a 108 500 pesos.

Los participantes del taller de devolución estaban positivamente sorprendidos y orgullosos del relativo “éxito” productivo de Zapata, a pesar de que 2016 no fue un año bueno para la agricultura por falta de lluvia. Además, se presentaron en tiempos recientes muchos problemas con las plagas y enfermedades del maíz. Coinciden una joven agrónoma de la comunidad, Angélica, y uno de los más ancianos, don Manuel, en que es necesario recuperar la fertilidad de los suelos y que la falta de descanso de las parcelas es un problema fuerte:

Al principio, cuando llegaban, la fertilidad de los suelos era alta, todo se producía, todo se daba bien; ahora, por ejemplo, el maíz, se da, pero menos, y la gente ya no quiere producir, es mucha inversión si se produce (Angélica Anahí Pérez, entrevista, diciembre de 2017).

Antes no le echaba nada, así nada más la fuerza del terreno. Porque donde ya se trabajó mucho no cría bien la milpa y ya no da bien, cría, pero muy chiquito y ya nada. Donde es terreno nuevo se da todavía la siembra, sí, porque no está trabajado (don Manuel González, entrevista, noviembre de 2017).

Figura 10. Milpa en tiempo de elotes



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Don Manuel explica que antes dejaban descansar la tierra y rotaban los cultivos (sistema roza-tumba-quema, un sistema que, bien manejado, inicia y termina con bosque). Ahora, que están en la REBISO, la CONANP asume el control sobre el aprovechamiento: "Como estamos en parque nacional, ya no dan permiso para tumbar el monte" (Manuel González, entrevista, noviembre de 2017), y de esa manera ya no se pueden descansar otras parcelas. Esto ocasiona que la presión sobre la tierra que tienen sea más alta y se pierda más rápidamente la fertilidad, obligando a utilizar más fertilizante y con una incidencia mayor de plagas. Un círculo vicioso del cual es difícil escapar.

La responsabilidad primordial para el cultivo de la milpa y sus cultivos “parientes” la tienen los hombres que realizan la siembra, la fertilización, la limpia, la fumigación (en caso); el trabajo de las mujeres en estos cultivos durante el año es ocasional. Sin embargo, la dobla del maíz y la cosecha se realiza entre toda la familia, hombres, mujeres y niños en caso de que estén disponibles. Las señoras grandes reportan que antes ellas llegaban más a las milpas para trabajar, por ejemplo, en la limpieza, pero desde que se aplica “el líquido” (herbicidas) ya no participan en esta labor. En cuanto al almacenaje, guardar y desgranar el maíz, es otra vez tarea de las mujeres y de los niños.

En Zapata se siembran maíces criollos y mejorados. Tanto el maíz para autoconsumo como el maíz para venta provienen de ambos tipos. Las variedades más sembradas en Zapata son “criollas”, o sea, locales, y aquellas con procesos de “acriollamiento”. El proceso de acriollamiento es muy común y difundido entre los campesinos del sureste mexicano (Bellon et al., 2005), y consiste en que los maíces híbridos se mezclaron con maíces locales y en las siguientes generaciones muestran rasgos tanto del maíz criollo como del maíz híbrido, pero sin los rendimientos altos y estables del último.

El maíz más difundido es el Tacsá,⁷⁵ con granos blancos, algo aplastados, olotes cilíndricos y plantas que crecen relativamente bajo. Éste es un maíz que muestra rasgos de “acriollamiento”, es decir, es una mezcla adaptada a la región entre un maíz nativo, probablemente un Tuxpeño,⁷⁶ y maíces mejorados. El segundo más mencionado es el Totomoxtle morado, un maíz de la raza Tuxpeño, de grano predominantemente blanco, con olote y hoja morada, así como plantas altas. Algunos productores siembran además el Olotillo, de olote delgado y largo, y de maduración tardía.

⁷⁵ Reportan las personas grandes que cuando llegaron al nuevo lugar para colonizarlo, empezaron a utilizar la semilla que trajeron de sus tierras de Chicoasén, pero no dio. Alguien que ya había cultivado en el nuevo lugar les dio una semilla de un maíz blanco, llamado Tacsá, y cuando vieron que daba bien se la apropiaron (testimonio de don Félix Pérez).

⁷⁶ Información de Hugo Perales, investigador de ECOSUR, especialista en razas de maíz.

Estos tres maíces, llamados indistintamente “maíz criollo” por los campesinos, ya que no vienen de la bolsa, sino de semillas guardadas, son cultivados por 65% de las personas encuestadas, a pesar del rendimiento relativamente bajo: en promedio 1.24 ton/ha, con grandes variaciones, siendo el mínimo 550 kg/ha y el máximo 2000 kg/ha.

El 23% de las familias (seis casos) siembran sólo maíz mejorado (Dekalb 390 y Pioneer) cuya semilla se tiene que comprar cada año en las veterinarias a un precio de aproximadamente 1 800-2 000 pesos por bolsa de 20 kg. Los productores están conscientes de los elevados costos de producción en el caso de los maíces mejorados, ya que no sólo hay que comprar la semilla sino se requiere un paquete tecnológico para su óptimo desarrollo. Sin embargo, como miran sólo el rendimiento y no calculan costos de producción, piensan que el maíz mejorado es una buena opción. En los productores que empezaron a probar con el maíz mejorado, la decisión de sembrar estas variedades muchas veces dependió de que el gobierno o alguna organización regalara un costal de maíz híbrido, además de un costal de fertilizante y unas botellas de “líquido” (herbicida). Eso es, dado los precios altos de los insumos, una excelente estrategia para ganar la lealtad de los campesinos y se usa con frecuencia en tiempos electorales; así ocurrió en Zapata y en el municipio de Ocozocoautla, como pudimos constatar en eventos políticos.

Se empezó a sembrar maíz mejorado apenas hace un par de años. Su rendimiento es considerablemente más alto: en promedio 2.6 ton/ha, o sea, aproximadamente lo doble del rendimiento del maíz criollo, pero también aquí las variaciones van desde los 1 375 kg/ha hasta los 4 400 kg/ha.

El 12% de los encuestados (tres casos) siembra tanto maíz criollo como mejorado. Éste se siembra para asegurar un buen rendimiento o simplemente para experimentar; el criollo, por su parte, se siembra para no perder la semilla, por el gusto de las diferentes variedades y para asegurarse contra malos tiempos y variaciones climáticas. El maíz criollo da una seguridad contra la inestabilidad del mercado de insumos y contra la dependencia de insumos caros, y para garantizar el alimento básico; forma así parte de una estrategia integral de garantizar la reproducción campesina.

Figura 11. Maíz Tacsá recién cosechado en una casa



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Hay conocimientos e intereses diferenciados por género en cuanto al maíz: las señoras enfatizan el uso distinto de los maíces. Algunos híbridos son muy ricos para elotes; el Totomoxtle morado es mejor para tamales dulces; el Tacsá se almacena muy bien y es preferible para tortear. También hay maíces que tienen un sabor rico pero se pudren rápido, así que hay que consumirlos primero. En general, les interesa mantener su diversidad para usos culinarios. Los hombres, en cambio, quienes en muchos casos deciden cuál maíz se siembra, y que realizan la mayoría del trabajo del cultivo, toman más en cuenta el rendimiento y los diferentes requerimientos de las plantas. Por ejemplo, el Totomoxtle morado necesita suelos fértiles, que no se hayan trabajado mucho, mientras que el Tacsá no es tan exigente en cuanto a fertilidad de suelos; asimismo, el maíz mejorado tiene buen rendimiento, pero requiere fertilizante sintético, el cual no siempre está disponible.

La mayoría de los productores (23 casos) tiene una sola cosecha de maíz al año (milpa de año), otros dejan descansar la tierra por medio año y luego dejan pastorear allí el ganado, o siembran frijol en tornamil. Una minoría (tres casos) siembran dos ciclos de maíz en un año, aprovechando las lluvias de noviembre.

En cuanto a programas de apoyo productivo se recibe el Proagro Productivo (antes PRO-CAMPO), así como la urea que entrega el gobierno de Chiapas. En promedio, los ejidatarios reciben el subsidio monetario para 2-3 hectáreas de maíz. La cantidad apoyada no tiene mucha relación con la cantidad realmente sembrada, a pesar de la obligación (vigente desde 2014) de comprobar el destino de los recursos. Muchos ejidatarios tienen inscritas en el programa de Proagro Productivo más hectáreas de las que realmente cultivan con maíz y frijol. Por otro lado, los avecindados también siembran maíz y frijol, pero no tienen acceso a este programa por no contar con la documentación necesaria.

Es común que la entrega de Proagro Productivo o de la urea (fertilizante) prometida se atrase y los campesinos no sepan si lo seguirán recibiendo o no. Suele ocurrir que se vean en la necesidad de realizar protestas masivas ante las instancias del gobierno estatal para que les llegue el apoyo:

Como hace dos años, muchos productores que no les ha salido el apoyo, se vinieron pues, entonces hicieron un plantón en la ASERCA en Tuxtla, de ahí lo depositaron todavía, allí salió. Pero este año hasta ahorita no ha salido, quien sabe si va a salir todavía. Va a querer otro plantón porque ya se acostumbraron así con plantón nada más (Armando González, entrevista, octubre de 2016).

Además, los productores se quejan de que para recibir algún apoyo hay que “hacer mucho papeleo”. Algunos cuestionan hasta la lógica misma que está detrás de los programas:

Para mí, los programas de gobierno es (sic) muy raquítico, no sé hasta dónde quiere llegar el gobierno haciendo estas reformas (refiriéndose a la reforma del artículo 27 y la implementación del Procampo). Y digo, ¿por qué no hacen reforma de lo que ellos reciben, de lo que ellos se quedan compensados cuando pasan como presidente de la república?... porque a los campesinos que ya están jodidos los acaban de amolar. Ahora lo más triste es que el gobierno, donde le conviene apoya, y donde no, pues no lo hace...porque el precio del café, del maíz, del frijol no sube y eso es el trabajo de los campesinos (Artemio Pérez, entrevista, octubre de 2016).

A mi juicio, don Artemio expresa muy bien la lógica de las políticas públicas que está detrás de programas puntuales como Procampo, cuando dice: “el gobierno, donde le conviene apoya y donde no, pues no”, y cuando resalta la centralidad del trabajo de los campesinos, subrayando que a este trabajo de producir en realidad no se le apoya desde que se acabaron los precios de garantía.

La recepción de los subsidios productivos en Zapata definitivamente no es la razón para seguir sembrando maíz, pero tampoco lo desalienta. La milpa siempre ha tenido gran importancia para asegurar la alimentación de los mexicanos. En circunstancias adversas como las actuales, de encarecimiento de los alimentos, la milpa y su producción significa una especie de “seguro de vida” para campesinos y campesinas de México. Las pequeñas unidades de producción rural, en su mayoría productores de maíz y frijol (entre otros cultivos) generan 39% de la producción agropecuaria nacional, a pesar de sus condiciones precarias y aun después de 30 años de políticas orientadas a desplazar la agricultura campesina o familiar (Chapela, Menéndez y Robles, 2015).

Al igual que miles de otros campesinos mexicanos, a pesar de las condiciones difíciles, la gente de Zapata sigue cultivando su milpa. Una parte de la explicación para este hecho reside en que la reestructuración y desregulación neoliberal de los ochenta y el TLCAN de 1994 no afectaron tanto a la agricultura de subsistencia de maíz dado que la venta es marginal, y que los campesinos pobres chiapanecos no contaron nunca con mucho apoyo para su producción de milpa. Ya en un estudio de 1995, Villafuerte pronostica para los maiceros chiapanecos un panorama de cambio fuerte, al observar niveles de producción y productividad a la baja para los maiceros que se orientan fundamentalmente para el mercado (Villafuerte y García, 1995). El mismo estudio dice:

Sin embargo, en el caso de los pequeños productores indígenas de Chiapas que no producen para el mercado o lo hacen en una mínima parte sólo para satisfacer sus necesidades, seguirán produciendo maíz aun en las condiciones de una economía abierta (Villafuerte y García, 1995, 184)

Al preguntar a un funcionario de la CONANP sobre el papel de la milpa en Zapata, respondió lo siguiente:

La milpa tiene su propio espacio. La milpa es más que milpa, no es nada más grano y tortilla, es más que eso. Es parte fundamental y la gente tiene sus superficies para milpa. Y va a hacer milpa como lo dijimos, para autoconsumo y planificando lo del manejo de la parcela, el barbecho como le llamamos nosotros. Dos periodos de milpa al año, luego se cansa mi tierra, que 3 o 4 años y voy a la otra parcela que tengo. Eso va a ser el rol de la milpa. Lo van a seguir de la misma manera (Román Pérez, entrevista, marzo de 2017).

A lo largo de los años no ha habido cambios significativos en la cantidad de maíz sembrado. Las personas entrevistadas no recordaron bien cuánto sembraron y cosecharon en los primeros años de su llegada, pero la mayoría consideró que ha sido “más o menos lo mismo, sólo que ahora ya no se cosecha tanto o se le tiene que echar más fertilizante”. Estimamos que el cultivo sigue siendo más o menos igual que al principio en razón de su importancia en la alimentación local y por la relevancia cultural que tiene la milpa. En Zapata se dice: “aunque aquí de sembrar maíz no puedes vivir, siempre tendrás para comer.”

5.3.2 Frijol: A pesar de la plaga, alcanza hasta para vender

El otro cultivo importante para autoconsumo en Zapata es el frijol, sobre todo el negro y, en menor cantidad, el bayo y el rojo. El frijol, junto con el maíz y la calabaza, constituyen la base de la dieta mesoamericana. Los aminoácidos del frijol en combinación con los del maíz forman proteínas completas y, junto con las calabazas, el chile y las verduras de la milpa proveen al cuerpo de todo lo necesario para llevar una vida sana (Almaguer et al., s/f). El gusto por el frijol sigue muy vivo en Zapata: todas las familias tienen su propia semilla y la guardan año con año. La mayoría (16 familias) siembra dos veces, y 10 familias lo siembran

sólo una vez. El frijol de temporada se siembra en mayo-junio en frijolares aparte del maíz, o en conjunto con el maíz, mientras que la segunda siembra siempre se realiza en tornamil, o sea, después de haber doblado las plantas de maíz para que se sequen las mazorcas.

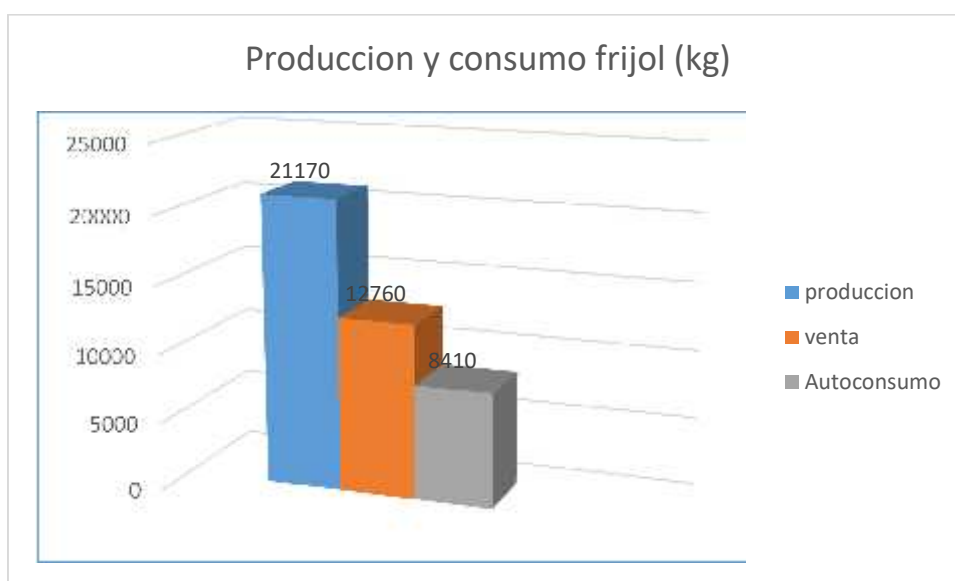
A pesar de una enfermedad del frijol, en 2016, 24 familias lo producían en suficiente cantidad y sólo dos familias lo tenían que comprar. Estas 24 familias también vendieron una parte de su cosecha, con ingresos importantes.

En promedio, las familias cultivan algo más de una media hectárea (0.62 ha) de frijol. La cosecha fuerte es en agosto-septiembre. Cada familia produce en promedio 670 kg.⁷⁷ La segunda cosecha (tornamil) es entre marzo y abril. Quienes cultivan en esta época, levantan sólo un tercio de lo que se da en la primera cosecha. Sin embargo, el frijol de esta segunda cosecha es muy apreciado por no pudrirse rápido y por ser buena semilla para la siguiente siembra.

En total, en Zapata se cosecharon 21 170 kg de frijol (17 430 kg en la primera, 3 740 en la segunda cosecha), de los cuales se vendieron 12 760 Kg, o sea, aproximadamente 231 bultos, más de la mitad de la producción. La cantidad de frijol que se quedó para autoconsumo es de 8 410 kg. En promedio, cada familia consume 323 kg de frijol/año, un monto considerable.

⁷⁷ Los montos cosechados van desde 55 kg hasta 2 250 kg, porque hay productores que sembraron muy poco y además fueron afectados por la plaga del frijol. El rendimiento promedio en Zapata es de 1 111 kg/ha, pero este dato no es muy confiable, ya que, dependiendo del suelo, se pueden sembrar más o menos matas de frijol.

Figura 12: Producción, venta y autoconsumo de frijol 2016/2017



Fuente: Elaboración propia con datos de la encuesta

El valor total de la producción de frijol en Zapata asciende a 423 400 pesos. La gente de la localidad está consciente de que es un ingreso importante para las familias. Cuando se necesita algo de dinero, se vende un poco de frijol, en el mercado de Coita, en comunidades vecinas o con familiares que viven en los alrededores. El precio de venta en 2016 era aproximadamente de 20 pesos por kilo (se vende más barato a familiares, y más caro a extraños o en época de escasez) lo que da aproximadamente 255 200 pesos de ingresos al año para Zapata, aproximadamente 10 633 pesos al año en promedio para las familias que lo venden.

En el cultivo de la leguminosa trabajan hombres y mujeres. Los primeros en la siembra, la limpia, la aplicación de agroquímicos en caso de ser necesario, y las últimas, junto con los hombres, niños y niñas, en la cosecha, el “arrancar el frijol”. Finalmente las actividades pos-cosecha que se realizan en casa, secar, “soplar” y limpiar este grano, son trabajo de las mujeres.

Desde 2016 hay presencia de una enfermedad del frijol cuyo origen desconocen los productores. Origina que se las hojas se pongan amarillas y que la planta muera antes de que se

logren las vainas. Aparte hay otras plagas como el “lorito”, un insecto que se come las hojas, y hay que calcular cuidadosamente el momento exacto para la cosecha, antes de los huracanes de octubre o las primeras lluvias de mayo. La enfermedad nueva preocupa mucho a los productores; algunos intentaron controlarla con pesticidas caros, pero sin logros claros hasta ahora.

En entrevistas, todos coinciden en que antes se daban mejor el maíz y frijol, que las condiciones climáticas eran más favorables y que no había tantas plagas. Tanto el exceso de lluvia en ciertos años, como las sequías prolongadas son un problema:

Bajó el rendimiento por el agua que ya no cae, por eso ya no sembramos mucho. Antes daba de 20 kg de frijol 1 500 kg de cosecha, y en tornamil de 50 kg daba 600 kg. Vendía frijol en toneladas. Ahora siembro 20 kg y cosecho sólo 800 o 1 000 kg (José Delfino Díaz, entrevista, mayo de 2018).

Además, la baja fertilidad y la incidencia alta de plagas “requieren” (según la gente), ante la falta de conocimiento sobre alternativas, la aplicación de agroquímicos, lo que la gente percibe como preocupante, pero no sabe ninguna alternativa.⁷⁸

El cultivo del frijol, aparte del maíz, es una estrategia de vida importante para las familias de Zapata; el trabajo familiar invertido en estos dos cultivos es muestra de ello. Ambos productos garantizan la alimentación de las familias, y proporcionan un ingreso continuo si se guarda en casa y se vende poco a poco, o un ingreso fuerte en caso de venderse de una sola vez. Ser autosuficientes en estos dos cultivos básicos ayuda a las familias a independizarse de los vaivenes de los precios en el mercado de los alimentos y a acercarse más a la soberanía alimentaria comunitaria, entendiéndola como autonomía relativa. Sin embargo, el

⁷⁸ Muchos productores pidieron asesoría para entender y poder controlar la plaga y me preguntaron a mí (¡una politóloga alemana!) por consejos técnicos sobre la plaga... Tristemente, la CONANP u otras dependencias como la SAGARPA brillan por su ausencia en este problema y sólo aparecen cuando tienen un interés específico en la comunidad.

problema de las plagas y la dependencia de los agroquímicos para combatirlas son una sombra en este panorama (véase 5.4)

5.3.3 De chile, chayote y otras verduras para el mercado

Debido a la falta de terrenos, un grupo de jóvenes hace aproximadamente nueve años empezó a buscar una producción que requiriera poco espacio. Así empezaron a sembrar chayote para venta al mayoreo, ya que éste no necesita mucho espacio ni riego. Poco después, más jóvenes entraron al cultivo del chayote, y para no competir entre ellos, se turnan para vender el chayote en un pueblo a aproximadamente una hora en automóvil (Malpaso), donde tienen un mercado seguro, pero con precios muy variables entre cinco y diez pesos/kg. También en el chayote hay presencia de plagas y si éstas no se logran controlar, se fumiga, pero el problema no es tan grave como en el frijol. La ventaja es que, una vez sembrado el chayote, se puede cosechar todo el año. Además no es un cultivo tan intenso en cuidados y se deja combinar perfectamente con otras actividades. El cultivo del chayote no ha recibido ningún apoyo y se sostiene solo. En el caso de los jóvenes casados, las esposas ayudan en el cultivo y la cosecha del chayote, y de esa manera se vuelve una actividad familiar.

Figura 13. Huerto de chayote con plátanos y acahual



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Por iniciativa de la CONANP, entre 2011-2015, un grupo de cinco personas cultivaba tomate y chile de manera intensiva. La dependencia gubernamental ofreció a la comunidad un proyecto con la finalidad de generar una alternativa redituable a la ganadería y un ingreso estable para cinco personas de Zapata, siguiendo con su política de ofrecer apoyos compensatorios si las comunidades abandonan la zona núcleo. Proveyó a cinco productores jóvenes de capacitación y equipo técnico (riego por goteo, agroquímicos, plántulas) y acompañamiento continuo de un técnico de la subdirección de la REBISO. Originalmente planeado como un proyecto de hortalizas en policultivo, en 2012 se cambió a un sistema en monocultivo. Después de cinco años de inversión, el proyecto, financiado por PROCODES, se acabó y la producción cayó por completo, ya que era imposible seguir cultivando sin una inversión fuerte en agroquímicos, y el precio del tomate era demasiado volátil: de \$400 en momentos de escasez hasta \$70 por reja de tomate en tiempos de sobreoferta. De manera autocrítica, un funcionario de la CONANP comenta: “Creo que la parte de mercado es difícil, como no lo sabemos, es el cuello de botella” (Román Pérez, entrevista, marzo de 2016).

En el análisis económico, este proyecto fue un fracaso total: por un lado hay 949 000 pesos, o sea casi un millón de pesos, invertidos en cinco años,⁷⁹ en contra de una recuperación por venta de tomate e (inicialmente) chile de aproximadamente 380 000 pesos. En ningún momento se había informado a los participantes en el proyecto del monto de la inversión (Pérez, 201, 77), lo cual nos habla del carácter poco transparente y poco eficiente de esta acción de la política pública de conservación. Don Alex Pérez analiza los costos ecológicos de dicho proyecto: “Ese suelo donde lo trabajaron, me lo dejaron completamente contaminado. Le digo, para el tomate había que estar y fumigar en la mañana, en la tarde, en la mañana, en la tarde, todo el tiempo” (testimonio, taller, junio de 2018).

Lo realmente paradójico es que en aras de la conservación, es decir, de cuidar la vegetación y la biodiversidad en la zona núcleo, se lleva a cabo una contaminación sin precedentes en un predio en la zona de amortiguamiento, subzona de recuperación, donde, como vimos arriba, según la propia normativa de la CONANP, ni siquiera estaría permitido cultivar.

Después del fracaso del proyecto, algunas familias seguían sembrando de vez en cuando tomate, pero en pequeñas cantidades, para autoconsumo y venta. También hay familias que se dedican al cultivo del chile blanco, ya que no requiere tanto cuidado ni tantos agroquímicos. El chile, que es un producto estacional, pero que da durante varios meses, tiene buen precio en el mercado de Coita a donde se lleva al mayoreo (230 pesos por cubeta de 18 litros) y algunas señoras lo procesan, elaborando chile en escabeche,⁸⁰ lo cual genera otros pequeños ingresos.

En teoría, en Zapata se podrían cultivar muchas otras verduras, tanto de clima frío como templado: cebolla, rábano, zanahoria, calabacita, pepino, melón y otras. Ha habido varios intentos por parte de actores externos (CONANP y una ONG) para establecer el cultivo de hortalizas en camas colectivas, pero éstos no han tenido éxito. En 2012 se promovió un

⁷⁹ 867 000 pesos provenientes del Programa de Conservación Para el Desarrollo Sostenible (PROCOCODES), más 82 000 pesos del Programa de Empleo Temporal (PET), un total de 949 000 pesos.

⁸⁰ Este trabajo ha sido impulsado originalmente por Blanca González y después acompañado por mí, asumiendo la comercialización del chile. Hay gran potencial en este producto; las señoras del “grupo de chile” podrían elaborar y vender más si quisieran, pero por diferentes razones no ha escalado todavía el proceso.

proyecto de hortalizas para las mujeres, pero fue abandonado poco después. Las familias, especialmente las señoras, prefieren cultivar algo de verdura en sus traspatios, u obtenerlas de la recolección, o bien realizar siembras comerciales de algunos productos como chile, chayote y tomate para generar ingresos.

El relativo éxito del cultivo y la comercialización de chayote y chile, sin ningún apoyo por parte de algún proyecto o programa, y autogestionado por los hombres jóvenes, está en contraste con los proyectos de cultivo de tomate y hortalizas que fracasaron debido a la falta de interés y a la falta de mercado.

Hay que entender la apuesta por los cultivos comerciales como estrategias familiares de vida. En su momento tenían la función de diversificar y abrir nuevas fuentes de ingreso. Dada la falta de espacio para jóvenes, y la situación coyuntural del proyecto de PROCODES (impulsado por la CONANP), se aprovecharon estas posibilidades. Parecían una opción razonable para generar un ingreso y mejorar las condiciones de vida. Sin embargo, en la ruta de la soberanía alimentaria, solamente el proyecto de chayote y el de chile ofrecían expectativas para que los jóvenes productores hicieran uso de su derecho a producir y vender los alimentos, así como de modelos de producción autodeterminados, mientras que en el del tomate intensivo prevalecía una relación de dependencia con el exterior.

5.3.4 Café, al principio importante, ahora marginal

En los tiempos de fundación de Zapata, el café era la fuente más importante de ingresos: “Cosechábamos mucho café, de allí nomás agarramos para nuestro gasto” (Benita Pérez, entrevista, septiembre de 2017).

Cuando recién llegaron, los nuevos “colonos” aprovecharon los cafetales abandonados de los rancheros mestizos de la región, y sembraron más café bajo sombra. Según las personas mayores, hasta finales de los años ochenta, el cultivo del café era una actividad muy pro-

ductiva y rentable, ya que las condiciones climáticas eran favorables y los precios eran buenos.⁸¹ Pero a partir de la década de 1990 sobrevino un periodo de fluctuación extrema de los precios (que llegaron a ser muy bajos especialmente entre 2000 y 2008), con una mayor incidencia de diferentes plagas, especialmente una enfermedad de las raíces del café ocasionada por nemátodos y, recientemente, con el problema de la roya. Desde 2013, los cafetales están fuertemente afectados por la roya, enfermedad ocasionada por el hongo fitoparásito *Hemileia vastatrix*, que causó un impresionante descenso de la producción del café en todo el estado de Chiapas y gran parte de Centroamérica. La propagación rápida de esta enfermedad está relacionada con el cambio climático global (Libert-Amico y Paz-Pellat, 2018).⁸²

Por los problemas con plagas y enfermedades, así como por el precio inestable del café, en los albores del siglo XXI, los productores de Zapata empezaron a copiar esquemas de la actividad ganadera que habían visto en las rancherías colindantes. Algunas familias abandonaron por completo sus cafetales y se orientaron exclusivamente a la ganadería (y al cultivo de maíz, frijol, hortalizas); otras mantienen sus cafetales, y resembraron en los últimos tres años con variedades resistentes a los nemátodos y a la roya que fueron otorgados por diferentes programas⁸³, aunque estas variedades requieren más luz, lo que implica tumar algunos árboles de sombra que proveen de alimentos, leña, y tienen una importante función ecológica en cuanto al ciclo hídrico y la biodiversidad. Hasta la fecha no ha habido cosechas importantes del nuevo café, aunque las nuevas plantas ya producen suficiente para el autoconsumo y se espera poder recuperar algo de la cafecultura en Zapata.

⁸¹ En 1989 se rompió el acuerdo internacional del café, lo cual ocasionó que los precios bajaran.

⁸² La roya no se presentaba por encima de los 800 metros de altura sobre el nivel del mar hasta 2008, cuando se registró un brote muy agresivo en Perú y Colombia que acabó con plantaciones por encima de dicha altitud. Esta epidemia se abrió camino por Centroamérica hasta llegar, en 2012, a Chiapas (<http://www.unamglobal.unam.mx/?p=48384>, consultado 9/4/2019).

⁸³ Con fondos de Procafé e Impulso productivo al Café, ambos programas de la SAGARPA, fueron financiados un semillero y vivero en Ocuilapa, un poblado cercano, de los cuales se les entregó plantas resistentes a la roya a los productores de Zapata.

Mientras que en años anteriores se trabajaban entre dos y tres hectáreas de cafetal, ahora las familias tienen sembradas en promedio entre media y una hectárea, ya que se desanimaron por la roya. Hay varias plantitas entregadas por las dependencias gubernamentales que todavía no están sembradas –la gente se mantiene expectante porque no tiene la certeza de que valga la pena invertirle otra vez tanto trabajo a los cafetales. En tiempos normales, una hectárea de cafetal en Zapata produce una media de 20 quintales (20 costales de 58 kg de café pergamino). Dependiendo del tamaño de la familia, se consume aproximadamente un costal de café al año por familia; el resto es para la venta. Generalmente se vende a los intermediarios de la región a precios muy variables, dependiendo del precio mundial del café y de la fecha de venta.

Muchos cafetales están lejos por encontrarse en la zona núcleo de la reserva, a dos horas o dos horas y media de camino pedestre. Por tratarse de una actividad compatible con la conservación, la CONANP no se opone a la cafecultura, y la ve con buenos ojos: “El café es más compatible, porque crece bajo cobertura. Permite diversidad de flora y fauna, genera microclimas y demás, conservación de suelos, disminuye drásticamente incendios forestales” (Ramón Pérez, subdirector de la REBISO, entrevista, marzo de 2016).

La CONANP apoyaba los esfuerzos de los productores por medio de la Red de Productores Orgánicos de la Reserva de Biosfera Selva El Ocote, a la cual pertenecen varios productores de la REBISO, entre ellos un grupo de 10 hombres de Zapata en el que participan varios jóvenes (no ejidatarios)⁸⁴. Me parece que el apoyo a la Red de Productores Orgánicos ha sido una de las pocas estrategias de la CONANP que responden a una necesidad real de la gente y al mismo tiempo se encaminan hacia prácticas más sustentables.

⁸⁴ Los integrantes de esta red, fundada en 2010, cultivaban café bajo reglamentos establecidos con apoyo de la CONANP y de la asociación civil Aires del Cambio; para fines de exportación, lograron la certificación orgánica. Sin embargo, solamente durante 2013 pudieron comercializar juntos su café: se vendió a la empresa AMSA a \$37/kg. La CONANP financió además, para Zapata, una bodega de café, así como una máquina tostadora y un molino, aparatos caros que nunca se han utilizado porque nunca se llegó a la comercialización de café procesado. La maquinaria probablemente ya no sirva, así lo estiman el vicedirector de la CONANP y los ejidatarios de Zapata; la bodega se usa ahora para guardar cemento.

El café, bien manejado, supone un trabajo intenso, sobre todo si se pretende llevar producirlo de manera agroecológica u orgánica. Las labores de cultivo (siembra y rejuvenecimiento del cafetal, deshierbe, regulación de la sombra, control de plagas, podas, fertilización) corren a cargo de los señores, aunque algunas señoras reportan haber asistido con frecuencia al cafetal junto con sus esposos:

Llegaba yo a sembrar café, y cuando era tiempo de cortar el café, todos los días llegaba yo, así venimos trabajando juntos. Me gustaba mucho cortar el café. Cuándo es el segundo corte, que se madura mucho café, ¡cómo me gustaba cortar café!, ya no quería regresar a la casa, siempre regresamos bien tarde, ya de noche llegábamos a la casa (Benita Pérez, entrevista, septiembre de 2017).

En la cosecha que se realiza entre noviembre y enero, meses que de por sí son intensos en trabajo, toda la familia tiene que ayudar: mujeres, hombres, niñas y niños. Los trabajos de poscosecha (despulpe, secado) se practican en la casa, sobre todo bajo el mando de las señoras.

Actualmente, el café sigue siendo parte de las estrategias familiares de vida, pero está lejos de tener la importancia (en términos de trabajo y de ingresos) que solía tener desde la fundación de la comunidad hasta los primeros años del nuevo siglo. De haber sido la principal fuente de ingreso, ahora sólo alcanza para el autoconsumo, y su futuro es incierto. En cuanto a soberanía alimentaria, el café tiene un papel interesante. Si bien no es un producto básico, se obtiene bajo un modelo de producción autodeterminado. Se tenía control sobre la producción, manteniendo una alta biodiversidad y una producción diversificada de que, además de café, provee de alimentos y leña. Si se lograra retomar la producción de café bajo sombra y comercializarlo en condiciones justas y dignas, se cumpliría con el derecho de producir y vender un cultivo de excelente calidad, de mucha transcendencia y ya algo de “tradición” en Chiapas.

Al parecer, los apoyos para el café provenientes de las políticas públicas (Fomento de la Red de Cafeticultores orgánicos y financiamiento de invernaderos para nuevas plantas de café,

resistentes a la roya) han sido acertados para cumplir tanto con el mandato de la conservación como con el del desarrollo. Sin embargo, habría que lograr buenos mercados internos para el café mexicano, y no sólo enfocarse en aquellos productores que apuestan a la certificación orgánica (que es importante para un mercado de exportación), ya que esto puede ocasionar que los demás “se queden atrás”.

5.3.5 La expansión paulatina de la ganadería

La zona norte del municipio de Ocozocoautla, región donde se encuentra también Zapata, tiene vocación ganadera desde ya hace varias décadas. Allí poco a poco se han sustituido los cultivos básicos por la ganadería y muchas áreas de selva se han convertido en potreros.

En Zapata hubo un fuerte crecimiento (aunque tardío, comparado con los poblados circundantes) de la ganadería bovina desde inicios del siglo XXI hasta la fecha. La poca fertilidad de las tierras (y el escaso manejo para mejorarla), el bajo precio de los cultivos agrícolas, el problema con las plagas y enfermedades del café y lo laborioso de la agricultura en las condiciones que tiene Zapata hacen de la ganadería una estrategia de vida atractiva para generar un ingreso seguro, debido a la gran demanda y el buen precio de la carne: en 2017 se pagaron 42 pesos por kilogramo de carne en pie para animales jóvenes de hasta 200 kg y algo menos para animales más grandes. Una vaca joven fácilmente puede valer entre 14 000 y 18 000 pesos.

De las 26 familias extensas encuestadas, en 17 algún miembro se dedica a la ganadería bovina. La mayoría tiene animales propios (entre 5-20) y algunos trabajan con el sistema “perdido”, que es tomar en préstamo una becerro, cuidarla y criarla hasta que quede preñada y, al nacer la cría, quedarse con ella y regresar la vaca al dueño original.⁸⁵

⁸⁵ Esta modalidad supone trabajo muy intenso, pero a algunos productores de Zapata les conviene, porque así no tienen que comprar los animales, sólo invierten su mano de obra en cuidarlos en la fase sensible y difícil de la cría, mientras que el dueño del becerro, por lo general un ranchero rico de un pueblo cercano, puede aprovecharse de la mano de obra barata y de los terrenos de los campesinos de Zapata, sin tener que lidiar con las prohibiciones o posibles sanciones de la CONANP.

Estimamos que la gente de Zapata maneja en total una cantidad (estacionalmente variable) de 200-300 animales. Un estudio realizado para la CONANP (CONANP-REBISO, 2011) reporta 331 cabezas de ganado bovino en 308 ha de potrero (promedio de 1.07 animales/ha). Aparte se tienen alrededor de 60 bestias (mulas y caballos) que también pastorean en los terrenos de Zapata, pero por lo general más cercanas al asentamiento urbano.

No obstante la duda sobre los números exactos de cabezas de ganado, es seguro que la ganadería se está extendiendo, y que hasta ahora ha justificado las compras de terrenos para su desarrollo. Algunas familias tumban acahuales o terrenos boscosos para convertirlos en pastizales, o convierten las milpas, después de un par de años de trabajo (cuando presentan rendimientos a la baja), en potreros. Se podría suponer que hay una sustitución de la milpa por la ganadería, pero según los datos de campo que tenemos, ése no es el caso. En la mayoría de las familias, la cantidad de milpa sembrada se mantiene más o menos igual que hace 10 o 20 años (aunque con rendimientos a la baja); a su vez se abren nuevos terrenos para la ganadería. Esta tendencia seguirá probablemente mientras se puedan comprar terrenos. Cuando eso ya no sea posible, la expansión de la ganadería llegará a su fin, tal vez las milpas se convertirán en potreros (aunque esto atenta contra la tradición milenaria de la milpa y contra el aspecto milpa = “seguro de vida”), o bien se cambiará a un sistema de ganadería menos demandante de espacio.

La mayoría de la actividad ganadera se realiza en terrenos que pertenecen a la Zona Núcleo I de la Reserva, así como en los terrenos comprados alrededor de Zapata. Según estimaciones de la CONANP, de las 267.5 ha que Zapata tiene en uso dentro de la reserva, se dedican 237.6 ha a la ganadería. En comparación, las áreas ocupadas para ganadería en el ejido El Caracol (42.97 ha) y en el predio San Francisco (52 ha), son mucho menores. En esta estimación faltan los terrenos que personas de Zapata han comprado de otras comunidades y rancherías aledañas, cuya extensión no conocemos con exactitud pero suponemos que es mayor que la dotación del ejido.

En Zapata se manejan razas criollas, aptas para carne y leche (cruzas de cebú con ganado suizo), aunque casi no se practica la ordeña por la lejanía de los potreros. Para garantizar

una mezcla genética adecuada, se intercambian sementales o se compran becerros con vecinos de otras rancherías y comunidades de la región. El ganado se alimenta exclusivamente del pastoreo libre en pastos nativos de la región. Pocos productores siembran pastos especiales. No se les da gallinaza (excremento de gallinas), melaza, granos, alimentos procesados ni otros componentes del forraje, como en otras partes de Chiapas, lo cual resulta en una buena calidad de la carne, pero un tiempo relativamente largo de crianza. Desafortunadamente, la buena calidad no se refleja en un precio mayor o en el acceso a un mercado especial. Las personas de Zapata están conscientes de la buena calidad de su carne, mientras que tienen duda sobre la calidad y la procedencia de la que se ofrece en las carnicerías del pueblo de Coita.

El ganado que se cría en Zapata es para la venta, pero también se consume en las fiestas. Para matar una vaca se suelen juntar varias familias, que cooperan para cubrir los gastos involucrados y ayudan en el sacrificio del animal; después se reparte la carne para el consumo en las casas o para una fiesta comunitaria.

El ejido cuenta con una báscula ganadera que facilita la venta a un precio justo. Esta báscula fue gestionada en 2012 por un grupo de ganaderos y financiada con fondos de PESA (Programa Estratégico de Seguridad Alimentaria, un programa federal, con fondos procedentes de la FAO).

El ganado no se maneja de manera muy sistemática ni se practica un control estricto para la venta en el momento del peso óptimo del animal; se vende cuando hay necesidad. Los campesinos de Zapata no conocen el destino final de sus becerros y vaquillas, ya que los venden a intermediarios que se encargan de sacar los becerros a diferentes estados del país, con destinatarios a desarrolladores, engordadores, empacadoras de carne y distribuidores.

Figura 14. Becerras - Ganadería vacuna en los alrededores de Zapata



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

La ganadería supone ciertos riesgos como enfermedades repentinas o accidentes; por ser una actividad relativamente nueva, no todos los productores tienen experiencia en el manejo de las enfermedades, en garantizar una nutrición óptima del hato y en la asistencia adecuada de los partos. En consecuencia, se requiere una vigilancia cotidiana del ganado. Este trabajo es exclusivamente tarea de los hombres, lo realizan los varones adultos de todas las edades, con excepción de los señores muy grandes. Se tienen que caminar largas distancias cada día para vigilar al ganado, llevar sal, asegurar que tenga agua, vacunar, tratar contra garrapatas, asistir en los alumbramientos, arreglar cercos y demás labores; es una tarea que lleva por lo general todo el día y que es imprescindible realizarla durante todo el año. Para poderse dedicar también a otras actividades, la gente de Zapata se organiza en grupos de familias extensas para cuidar el ganado de todos. De esta manera a cada quien le toca hacerlo una o dos veces a la semana, mientras que los demás días se puede dedicar a la milpa y los demás trabajos. Este manejo conjunto es un ejemplo de las estrategias de trabajo que prevalecen en Zapata: no individual, no comunitario o en colectivos grandes

(como lo suelen promover algunas ONG y como lo demandan algunos proyectos de instancias gubernamentales), sino colectivo, en grupos de familias extensas, con lazos de parentesco, algunas de las cuales comparten la misma unidad doméstica, y otras no, pero se conocen bien y se tienen confianza.

Este arreglo es un ejemplo de cómo las estrategias familiares de vida determinan la forma de trabajar de grupos más amplios de personas para poder aprovechar el tiempo y mantener la diversidad de trabajos y cultivos.

Ya que son los señores quienes trabajan la ganadería y se ocupan de las ventas, por lo general también son los que deciden el destino de este ingreso, al menos que haya sido deliberado por toda la familia. Los ingresos de la ganadería se utilizan para invertir en la producción (comprar más tierra o animales, vacunas, arreglar cercas, comprar fertilizante o herbicidas), para algún gasto grande (enfermedad, accidente, construcción de casa, arreglo de un vehículo) o para la educación de los hijos y las hijas. Hay una paradoja interesante en este punto: desde la perspectiva del subdirector de la REBISO, una solución posible al dilema del crecimiento demográfico y la escasez de tierras es que los jóvenes estudien para poder salir de la comunidad y de esta manera no requerir tierra en Zapata:

Nos preocupa mucho el simple hecho del permanente crecimiento demográfico. El sistema va a llegar a un momento que ya no lo va a resistir. Aquí se tienen que tomar algunas medidas diferentes. Darles opciones de estudio a las nuevas generaciones, para que la orientación a la necesidad laboral no sea la tierra, porque eso es lo que menos hay en el ejido. No hay tierras, hay que buscar otra forma de trabajo para las generaciones que vienen (IRomán Pérez, subdirector de la REBISO, entrevista, marzo de 2017).

Sin embargo, en el caso de los y las cuatro jóvenes que hasta ahora han terminado la educación superior, encontramos que sus familias tienen ganado y que han usado los ingresos para financiar los estudios de los hijos y las hijas y pagar las graduaciones. Parece entonces que tener ganado es hasta ahora una condición para la movilidad social y para poder “dejar de ser campesino”.

En años anteriores, diferentes instancias gubernamentales apoyaron la ganadería y fomentaron su expansión: la CDI había financiado proyectos de construcción de tanques y bebederos y la SAGARPA apoyó con el aretado del ganado para tener un control sobre los animales para los cuales se paga un subsidio anual de 300 pesos por cabeza de ganado mayor a través del PROGAN.

En este programa se da el caso contrario del Proagro Productivo: mientras que los productores de Zapata registran más hectáreas para Proagro que los cultivados con maíz o frijol, en el PROGAN hay un subregistro: se recibe el apoyo por ejemplo para cuatro animales, mientras que en verdad se manejan 10 o más. Los animales de los productores sin papel para comprobar la tenencia legal de la tierra no están registrados, ya que para ellos no se puede recibir ningún subsidio. Este subregistro hace imposible determinar cifras oficiales sobre la cantidad de ganado manejado realmente en la región. Otro aspecto importante es que ocurre algo parecido a lo que sucede con Proagro Productivo y con los proyectos de la CONANP: otra vez son los ejidatarios, o sea los señores grandes, quienes pueden solicitar el apoyo, mientras que los avecindados, la mayoría de ellos jóvenes, realizan sus actividades productivas sin contar con ningún respaldo.

Por el impacto negativo en la cobertura forestal de la reserva, la CONANP intenta disminuir la superficie destinada a la ganadería y la recuperación de las tierras degradadas dentro de la zona núcleo, y ocasiona que los campesinos de Zapata abandonen esta área. En el estudio encargado por la CONANP se lee:

Ante la poca superficie disponible para esta actividad (94.967 ha) en los otros dos polígonos [refiriéndose a San Francisco y El Caracol], es indispensable ejecutar todas las acciones necesarias para promover el cambio de la ganadería extensiva actual hacia una intensiva, con enfoque agroecológico y de cadenas de valor, inclusive la reducción y mejora substancial del hato actual, instalación de infraestructura, tecnologías apropiadas y por supuesto asistencia técnica constante (CONANP-REBISO, 2011, 1).

Con esta idea, entre 2010-2014 se ejecutó un proyecto de la CONANP para 18 ganaderos (todos ellos ejidatarios, aunque hay avecindados ganaderos que, por carecer de la documentación necesaria, no pudieron participar en el programa), con la intención de impulsar

la ganadería semiestabulada con sistemas silvo-pastoriles. Igual que en el proyecto del tomate, éste contó con financiamiento del Programa de Conservación para el Desarrollo Sostenible (PROCODES) y tuvo un costo de 1 115 466 pesos. Pero, por varias razones, también fracasó. Entre otras razones, por la exigencia de la CONANP de trabajar con colectivos grandes, mientras que los productores querían soluciones por familias o por grupos de familias; además había falta de capacitación y seguimiento técnico, por ejemplo, no se llegó a concluir la fase de siembra y manejo de árboles forrajeros. Nunca se utilizaron los “módulos ganaderos”, ni las maquinas cortadoras de pasto que se entregaron a los productores; no se llegó a la siembra de pastos mejorados, ni a la fase de capacitación sobre ganadería silvo-pastoril, un sistema que sería muy adecuado para las condiciones naturales de la REBISO y podría conciliar el desarrollo con la conservación, como lo pretenden, por lo menos en el discurso, las políticas de conservación mexicanas. Lo que quedó de la inversión de más de un millón de pesos son las láminas para los módulos silvo-pastoriles, algunas de los cuales se utilizaron para techar las cocinas campesinas, algunos pisos de cemento, bebederos subutilizados y maquinas cortadoras de pasto que ya no sirven o fueron vendidas.

Según los entrevistados, las dos razones principales por las que el proyecto no funcionó son, por un lado, que los beneficiarios no querían trabajar en pocos colectivos grandes, manejando de manera conjunta su ganado, sino que querían quedarse en varios grupos de familias extensas. De esta manera las galeras grandes previstas se convirtieron en “galeritas” de muy poca utilidad. Por otro lado, se les hacía más fácil dejar los animales sueltos en los potreros que tenerlos en un establo y mantenerlos a diario, lo que implicaría cultivar, transportar y cortar pasto, un trabajo que demanda mucho tiempo y por el cual tendrían que dejar de realizar las demás actividades. El solo enfoque en la ganadería con manejo intensivo entra en contradicción con la estrategia prevaleciente en Zapata de seguir con la diversidad de actividades y cultivos que garantiza un cierto ingreso continuo y, sobre todo, la provisión de alimentos. Al parecer, los funcionarios no entienden la distribución de tiempos que requiere la diversidad de cultivos; un fracaso más deido a la inflexibilidad o incapacidad de la instancia de conservación encargada.

Otro aspecto interesante de este caso en particular es cómo las políticas públicas entran en contradicciones. Por un lado, el apoyo a la ganadería por parte de CDI, Progan, SAGARPA, y por el otro lado, los proyectos de PROCODES (con un gasto multimillonario, si se calculan los varios proyectos juntos), que tratan de desalentar la ganadería o por lo menos de cambiar la forma de trabajarla.

El aumento de la ganadería tiene repercusiones en el uso del suelo, las cuales son muy problemáticas desde el punto de vista de la conservación ecológica. Las áreas con cobertura forestal se convierten en potreros; se disminuyen las corrientes de agua, se empobrece la biodiversidad en estos espacios y se degrada el suelo. Sin embargo, para las familias ganaderas de Zapata, los efectos ecológicos negativos (todavía) no son visibles —están rodeadas de selva— y valoran más la seguridad de ingresos que representa la ganadería que los intereses de una conservación, que no parece beneficiarles.

En el caso de Zapata, el ingreso se utiliza no sólo para aumentar la ganadería (comprar más tierras), sino para garantizar que se pueda seguir con otros cultivos, por ejemplo, volver a experimentar con el café o financiar los estudios de los hijos, además de mantener cierta organización familiar-comunitaria. La ganadería, bien manejada a escala familiar o de familias extensas, podría ayudar a hacer efectivo el derecho de producir y vender, el derecho a la alimentación (con el autoconsumo moderado de carne de buena calidad, o de productos lácteos), y, si se mantiene una buena calidad de suelos y se recupera la biodiversidad, el derecho a modelos de producción autodeterminados sustentables. En este momento todo está en la balanza.

5.3.6 Biodiversidad aprovechada y manejada —producción y recolección del solar, milpa, cafetal y de la selva

Una particularidad de Zapata, en comparación con otras comunidades de la región nororiente del municipio de Ocozocoautla, es el cultivo y la recolección de una gran variedad de

hierbas, verduras, hongos, frutas silvestres, plantas medicinales y ornamentales, lo cual sólo es posible encontrar en ambientes relativamente sanos, poco perturbados y biodiversos. “Lo que siembra uno está bendito. En otras comunidades no se ve tanta fruta, no se ve tanta verdura.”, dice Salvador Pérez Corzo (entrevista, junio de 2018), y el subdirector de la RE-BISO vincula esta “bendición” con la ubicación de la reserva:

La diferencia es que en Zapata también tienen su milpa, su frijolar, sus árboles frutales... hay chayote, hay verduras, hay hierba mora, cortan el tzizun (chapaya), lo que a fuera no hay, todo lo que siembran es posible cosechar todavía en el sitio. ¿Porque? Yo insisto mucho en la cuestión del ambiente donde viven. Como no está tan transformado, es posible generar muchos microclimas, entonces cuando hay un periodo prolongado de sequía, el mismo sistema aguanta, no perecen las plantas pues (Román Pérez, entrevista, marzo de 2017).

Crece en y cerca de las milpas o en la selva los cafetales y los acahuals, no sólo los cultivos principales de maíz, frijol y café, sino muchas plantas más, por ejemplo, los frutales. Mujeres y hombres, dependiendo de quien esté cerca o tenga tiempo, siembran y recogen allí guineo (plátano de mesa), plátano, cítricos, papaya, machetón, aguacate y otras frutas.

De las especies de recolección silvestre destaca el tzizun/chapaya (*Astrocaryum mexicanum*), y en menor medida la pacaya (*Chamaedorea sp.*), inflorescencias comestibles de especies de palmas que se consumen en la comunidad y se venden en gran cantidad a pueblos cercanos y lejanos (p. ej., en Simojovel) donde este alimento, sobre todo alrededor de Semana Santa, es muy cotizado. Es posible que una sola persona corte alrededor de 100 a 200 inflorescencias en un día y las venda aproximadamente hasta a dos pesos por pieza, lo cual da un ingreso diario considerable (mejor que cualquier trabajo de jornaleo), aunque solamente se puede cosechar un par de semanas al año, es decir, entre finales de marzo y de abril; aparte, hay una ganancia de aproximadamente un peso por pieza para los comerciantes de Zapata, quienes lo venden en cantidades de centenas o miles a otras partes. Sin embargo, la falta de manejo y sobreexplotación de esta palma puede ser un problema en el futuro, ya que en algunas áreas no se dejan suficientes frutos para que den semillas. Sería necesario un esfuerzo de los habitantes para empezar con la reproducción y el manejo de

estas plantas para así garantizar una producción a futuro, proyecto que ya ha sido propuesto a la CONANP pero que no ha contado con apoyo financiero, ni ha sido emprendido por los propios habitantes de Zapata a pesar de que es una planta que utilizan activamente. Probablemente no se intentará un manejo más sustentable de esta planta hasta que se haga más notoria su disminución.

Cada familia produce en el traspatio aves (gallinas, guajolotes, patos) y en algunos casos conejos, manejados por las mujeres. La producción de animales de traspatio se destina enteramente al autoconsumo; los huevos y la carne son una fuente importante de proteínas. Y aunque hubo varios proyectos de impulso a la producción de traspatio que fracasaron o se llevaron a cabo a medias, a pesar de enfermedades recurrentes entre los pollos, los traspacios están vivos, fértiles, diversos y las familias producen una gran variedad de productos allí.

En los solares o traspacios se cultivan además hierbas y verduras, árboles frutales, flores y plantas medicinales. Si bien en las faenas del solar ayuda toda la familia, y formalmente la casa y el solar no están a nombre de la mujer, son las mujeres quienes toman las decisiones sobre su manejo, quienes invierten más trabajo y quienes así garantizan una alimentación más completa, variada y sana, además de fortalecer los mercados locales. En Zapata durante todo el año es posible cosechar y vender algo del traspatio, o de las milpas y cafetales cercanos. Son sobre todo las señoras quienes comercializan los productos del traspatio y áreas aledañas:

“Las mujeres de Zapata son las que llevan más productos al pueblo [Coita]. Ahora todos los días está llena la urvan con mujeres que van a Coita a vender algo. Ya las están esperando los compradores porque saben que siempre traen cosas buenas” (Orbelina Pérez Díaz, mayo de 2018).

Con el ingreso por las ventas las mujeres adquieren otros productos alimenticios en el mercado o en las tiendas del pueblo, o sea, lo invierten para la subsistencia de la familia. Es un

fenómeno conocido que las mujeres destinen sus ingresos al consumo del día a día, a diferencia de los varones que lo hacen en gastos más “importantes”, como destaca Massa (2010, 129):

Los ingresos de varones y mujeres tienen diversos destinos en el interior de la unidad doméstica, respondiendo a una confluencia de complementariedad en los gastos y estereotipos de género. Lo cierto es que en las unidades domésticas donde las mujeres tienen ingresos propios y un monto asegurado, hay mayor variedad de rubros de bienes de consumo a los que se accede, notorio sobre todo en los alimentos (Massa, 210, 129).

Esto se refleja en Zapata: “Nosotras salimos varias veces a la semana para vender en Coita lo que encontramos en el cafetal y en las parcelas: hierbamora, chipilín, lima, naranja, y cuando hay plátano y mandarina. Con eso obtengo para comprar mis cositas en el pueblo, lo que se necesita para comer, pues”, relata Doña Flor Corzo (entrevista, septiembre de 2016), y otra señora explica el destino de los ingresos: “Busco mi dinero. Lo que gana mi esposo es para la educación de mis hijos, lo mío es para mí jabón, azúcar y la comida” (doña Juliana Pérez, testimonio, noviembre de 2017). Dado que para las mujeres, aparte de los programas de transferencia, no hay otras fuentes de ingreso, la venta de los productos de Zapata es una posibilidad para salir de la comunidad y de generar ingresos propios, compatible con sus tareas domésticas y su obligación de ver por la alimentación de la familia.

El siguiente cuadro ofrece un panorama de las especies vegetales comestibles⁸⁶ producidas en el solar/traspatio o huerto familiar (marcado como “traspatio”), en las milpas, en los cafetales, en plantaciones a escala familiar en algún terreno o espacio libre que se tenga (“plantación”), o bien recolectadas en la selva (“selva”), sin pretender ser un listado completo, ya que pueden faltar frutas, verduras y hierbas poco comunes, y además no están incluidas las especies medicinales, de ornato y para leña.

⁸⁶ Aparte de la recolección de plantas silvestres, también en ocasiones se cazan animales, actividad exclusiva de los hombres, siendo los más importantes tepezcuintle y tlacuache, destinados para el autoconsumo.

Cuadro 8. Especies comestibles y su procedencia

Nombre común	Nombre científico	Procedencia
Aguacate	<i>Persea americana</i>	Traspatio y plantaciones
Bledo	<i>Amaranthus spp.</i>	Traspatio
Chayote	<i>Sechium edule</i>	Traspatio y plantaciones
Cilantro	<i>Coriandrum sativum</i>	Traspatio
Coco	<i>Cocos nucifera</i>	Traspatio
Epazote	<i>Chenopodium ambrosioides</i>	Traspatio
Hierba santa/mumu	<i>Piper auritum</i>	Traspatio
Machetón	<i>Inga paterno Harms</i>	Traspatio
Mango	<i>Mangifera indica</i>	Traspatio
Mostaza	<i>Brassica nigra</i>	Traspatio
Nabito	<i>Brassica spp.</i>	Traspatio
Achiote	<i>Bixa orellana</i>	Milpa y traspatio
Camote	<i>Ipomoea batatas</i>	Milpa y traspatio
Chile	<i>Capsicum annum</i>	Milpa y traspatio
Chipilín	<i>Crotalaria longirostrata</i>	Milpa y traspatio
Hierba mora	<i>Solanum nigrum / Solanum americanum</i>	Milpa y traspatio
Caña de azúcar	<i>Saccharum officinarum</i>	Milpa
Tomatito rojo	<i>Solanum lycopersicum</i>	Milpa, cafetal
Tomatillo, tomate de cáscara	<i>Physalis spp</i>	Milpa
Verdolaga	<i>Portulaca oleracea</i>	Milpa

Nombre común	Nombre científico	Procedencia
Guayaba	<i>Psidium guajava</i>	Cafetal
Guineo y plátano	<i>Musa paradisiaca, Musa sp.</i>	Cafetal, plant., milpa
Mandarina	<i>Citrus reticulata</i>	Cafetal, plant., milpa
Pacaya	<i>Chamaedorea sp</i>	Cafetal, Selva
Tzizun/chapaya	<i>Astrocaryum mexicanum</i>	Cafetal, Selva
Anona	<i>Annona sp</i>	Plantaciones
Chicozapote	<i>Manilkara achras</i>	Plantaciones
Lima	<i>Citrus x limetta</i>	Plantaciones
Limón	<i>Citrus x aurantifolia</i>	Plantaciones
Nanche	<i>Byrsonima crassifolia</i>	Plantaciones
Naranja	<i>Citrus x sinensis</i>	Plantaciones
Zapote negro	<i>Diospyros ebanester</i>	Plantaciones
Hongos	<i>Orden: fungi</i>	Selva
Pitaya	<i>Epiphyllum oxypetalum</i>	Selva

Fuente: Elaboración propia

Es considerable el valor que se obtiene del traspatio/solar, de áreas aledañas a la casa y de la recolección, y casi nunca es contabilizado. En la región centro de Chiapas se han encontrado más de 30 especies vegetales en un solar, sumando un total de 70 especies en la región (Isitame, sin fecha). “Cuánto vale todo eso, no lo sabemos, pero es importante para no depender de un solo cultivo”, dice un habitante de Zapata (testimonio, taller, junio de 2018).

En una investigación sobre la diversidad local de verduras silvestres en una comunidad chiapaneca se encontraron 92.3% de las variedades en los huertos familiares. De esta manera, el traspatio, donde por lo general hay nulo uso de agroquímicos, queda entonces como garante de la agrobiodiversidad y también de una alimentación variada y saludable (Solís-Becerra y Estrada-Lugo, 2014).

Hay que remarcar que las amplias actividades alrededor del solar y la recolección ocurren sin ayuda (o impedimento) de ninguna instancia gubernamental; aparte de proyectos fallidos de la CONANP de establecer huertos comunitarios, las políticas agroalimentarias no se han metido al solar ni a la recolección silvestre.

En un intento por clasificar la gran variedad de alimentos producidos por las familias de Zapata, los participantes en un taller sugirieron separarlos en productos de temporada (los que se dan en una cierta época) y productos de todo el año.

Los de temporada más importantes son: maíz, frijol, tzizun/chapay, pacaya, café, calabazas, cítricos (naranja, limón, mandarina). Aparte, los de todo el año son, por su importancia: ganado, chayote, tomate, chile, hierbamora, chipilín, plátano, guineo (plátano de mesa), lima y aves de traspatio.

Figura 15. Solar biodiverso



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Por lo general se tiene conocimiento o se puede estimar el valor de los cultivos de temporada (y del ganado), los cuales en su mayoría son trabajados y cuidados por los hombres, o, si se trata de comercialización a escala grande, vendidos por ellos. La venta de una gran cantidad de tzitzun, por ejemplo, de café (en tiempos de buena cosecha) de un becerro o una vaca, puede significar ingresos inmediatos de 5 000 a 20 000 pesos.

Los productos de “todo el año” (con excepción del ganado), sin embargo, muchas veces son producidos y cuidados por las mujeres. Ellas los siembran, cuidan y cosechan, sea para el consumo en la familia o para la venta. Sin embargo, ya que al llevarlo a casa se consume, y al llevarlo al mercado se intercambia por otros productos (con o sin intermediación de dinero), no se contabiliza cuánto ingreso genera esta cosecha continua.

En eso se confirma la observación de que en las estrategias familiares de vida de Zapata hay un continuo entre autoconsumo y producción para el mercado; ambos contribuyen a satisfacer las necesidades y mejorar las condiciones de la vida. Especialmente en el caso de las mujeres no hay una distinción clara entre trabajos reproductivos y productivos. Ambos son

necesarios para la reproducción de la familia campesina y son fundamentales para su alimentación; y para mejorar este último renglón y lograr una mayor diversidad suelen utilizarse los ingresos provenientes de las operaciones comerciales mencionadas.

La variedad de todos los cultivos y plantas recolectadas descritas arriba contribuye para fortalecer la búsqueda y el eventual logro de la soberanía alimentaria en todos los aspectos que pueden ser controlados por la comunidad: se cumple con el derecho de producir y vender y a una alimentación sana, nutritiva y culturalmente apropiada, y el derecho a modelos de producción autodeterminados, con nula o muy poca dependencia del exterior. Llama la atención que la mayoría de estos cultivos son manejados por mujeres o bien por mujeres y hombres en conjunto.

5.4 Problemas ambientales y productivos: plagas, enfermedades y cambios del clima

Así como hay datos positivos en cuanto a la producción, siendo la gran (agro)biodiversidad y la relativa autosuficiencia en maíz y frijol fortalezas de Zapata, también hay preocupaciones, debilidades y problemas que afectan la producción actual y futura de alimentos.

En Zapata ha habido una mayor incidencia de plagas, no sólo para maíz, frijol y café como lo expusimos arriba, sino en todos los cultivos: los cítricos están siendo afectados por un pulgón; guineo y plátano tienen una enfermedad por la cual no madura el fruto; los chayotes sufren por insectos y hongos, y hasta los pollos en los traspatios se enferman mucho más seguido que hace unos años. Al parecer hay más plagas y enfermedades diferentes que antes y atacan con más fuerza. Las personas mencionan el aumento de plagas con tanta frecuencia, sobre todo en comparación con los años de la fundación de la comunidad, que se nota la preocupación.

Hay dos estrategias principales ante el aumento de plagas: la primera es la aplicación de agroquímicos como insecticidas y fungicidas (aparte de los herbicidas que se usan para controlar “el monte”, o “la maleza”) con poco conocimiento sobre su efectividad y uso correcto; ante plagas desconocidas se experimenta con diferentes productos de la veterinaria, que

además de caros son peligrosos, muchas veces altamente tóxicos. “Ahora ha cambiado mucho el tiempo, antes no era así, ahora cuando siembras algo, siempre hay que fumigarlo porque si no, no da. Aunque no me guste, yo utilizo mucho mata plaga, si no hago eso, no me da lo que siembro”, relata Rafael Díaz (entrevista, abril de 2017).

Son los hombres quienes aplican estos productos y las mujeres quienes lavan la ropa de trabajo. Nadie se cuida, por ejemplo, usando guantes, cubreboca, ropa especial, ni tampoco se separa la ropa contaminada de la ropa “normal”. A pesar de que hubo un fallecimiento reciente de un joven por cáncer, no se vincula el posible peligro de los agroquímicos con esta enfermedad. Un estudio hecho en Chiapas demuestra que la poca información y baja percepción de riesgo sobre los agroquímicos es un mal común, tanto entre extensionistas y personal profesional (médicos) como entre campesinos y jornaleros (Ríos-González et al., 2013). Además, como se mencionó antes, en eventos políticos o como parte de programas, con frecuencia se regalan agroquímicos, sobre todo urea y herbicidas, y se genera dependencia de estas sustancias.

La otra estrategia ante la incidencia de las plagas es de abandonar un cierto cultivo cuando empieza a presentar problemas –por ejemplo, se dejó de cuidar los cafetales cuando empezó la roya; se evita cultivar frijol si la plaga es muy fuerte, y ya no se cosechan tantos cítricos como antes porque se piensa que los frutos son invendibles si presentan manchas negras.

Me preocupa que la producción vaya disminuyendo. Pero también es complicado cosechar: hay que tener las condiciones y ya se ha aprovechado demasiado la tierra, han aprovechado en su momento. Ahora ya tienen que echar agroquímico que tienen que comprar, entonces prefieren ya no. Muchos ya no quieren sembrar porque no da. Lo que quiere es el cuidado de los suelos, la recuperación de los suelos (Angélica Anahí Pérez, entrevista, diciembre de 2017).

Otro problema central, vinculado a la incidencia de plagas que Angélica menciona, es la deficiente salud de los suelos que han sido trabajados desde la fundación de la comunidad hasta el presente, casi sin descansos y sin un manejo adecuado. Por falta de espacio para la

milpa no se deja descansar la tierra. De esta manera, y ante la falta de alternativas agroecológicas, la aplicación de fertilizantes sintéticos se volvió una necesidad: “Hay que echarle urea a la milpa, sino ya no da” (Armando González, entrevista, octubre de 2016).

Surge la sospecha de que pueda resultar contraproducente a la larga la prohibición de la CONANP de sembrar milpa en la zona núcleo, en términos de contaminación de la reserva, ya que al disponer de poco espacio, los campesinos de las comunidades usan más fertilizante, y, como se desequilibra la salud de los ecosistemas, a la larga también recurrirán más a los plaguicidas.

Varias personas comparten la percepción de un círculo vicioso: se echan agroquímicos, vienen plagas, se necesitan más agroquímicos para combatir éstas y así sigue...

—¿Por qué cree usted que vinieron esas plagas y enfermedades?

—Según dicen es que desde que empezaron a usar líquidos los hombres para fumigar el monte. Así es que dicen, pues, a lo mejor allí empezó esas plagas (sic!). Porque anteriormente limpiaban la siembra con puro machete, azadón. Empezó a salir líquido para matar monte, y ahora ya puro de eso usan (Benita Pérez, entrevista, septiembre de 2017)

Un efecto directo del aumento de pesticidas, sobre todo de los herbicidas, es la disminución de la cantidad de hierbas y verduras silvestres en la milpa. Si bien éstas se consiguen todavía y forman parte importante de la dieta de Zapata y del ingreso de las mujeres, como vimos arriba, si no se cuida la aplicación de herbicidas, estas plantas desaparecerán o tendrán que limitarse a los huertos familiares en los traspatios. Muchas personas mayores coinciden en que antes había más “verduras” en la milpa, refiriéndose a quelites, epazote, tomatito, chile, etcétera. Así que en aras de facilitar la producción de maíz en la milpa, aplicando herbicidas en vez de trabajo manual, se corre el peligro de perder otras cosechas importantes para complementar la dieta, así como los ingresos correspondientes.

Aunado al incremento de plagas se dan irregularidades climáticas que han aumentado en el marco del cambio climático global. En la zona norte de Coita, y en el área de la REBISO, se presentan sequías prolongadas, así como lluvias irregulares y demasiado fuertes, de tal manera que el calendario agrícola tradicional ya no es confiable y las personas ya no saben cuándo sembrar o hacer determinado trabajo de cultivo. Las sequías son especialmente preocupantes por la escasez de agua en la región. En la parte oriental de la REBISO no hay arroyos o depósitos naturales del líquido por el suelo poroso, así que si deja de llover por un tiempo prolongado, corre peligro no solamente la producción agropecuaria sino que se vuelve muy complicada la vida doméstica. Si bien la mayoría de la población de Zapata no tiene una noción clara del cambio climático global, algunas personas sí ven con preocupación la deforestación y la vinculan al microclima local cambiante:

Ahora se ha disminuido el agua por lo que se han talado muchos árboles, donde antes llovía más; me acuerdo que el tiempo de calor antes eran dos meses, la mayoría de los meses eran lluvia, pero el día de hoy han aumentado los meses de calor” (Alejandro Pérez, testimonio, octubre de 2015).

Estas personas ven la necesidad de cuidar los bosques y no talar o talar lo mínimo necesario, por ejemplo, para sacar madera para uso propio o para leña, pero otras personas en la comunidad no comparten esta visión o ven más importantes beneficios económicos a corto plazo.⁸⁷

Hay un dilema entre cultivar en el poco espacio que se tiene y cuidar el bosque, o cultivar en más áreas ante la fertilidad a la baja y las plagas que van en aumento. Un ejidatario de San Joaquín, otro ejido de la REBISO, expresa muy bien esta disyuntiva:

⁸⁷ Las diferentes visiones o perspectivas ambientales quedaron patentes en los conflictos alrededor del Programa Pago por Servicios Ambientales que operó entre 2010-2015 con la prohibición de talar en el área de las 226 hectáreas registradas en el programa. Algunos señores deseaban que se terminara el programa porque querían tumar sus acahuals o “partes buenas” que tenían. La discusión en la asamblea era “Ya una vez terminado el programa lo pueden tirar, pero esperen hasta que termine (información de Benjamín Pérez, febrero de 2019). Más que señalar una poca “conciencia ambiental”, en mi opinión este ejemplo nos muestra el mínimo o nulo efecto que tienen este tipo de programas en términos de motivar una comprensión más profunda de la importancia de la conservación.

Nosotros como dueños de la tierra tenemos la responsabilidad de conservar, pero la falta de recursos nos empuja a cultivar más; sin embargo, si se tumba deja de llover y perdemos muchos cultivos, cada vez hay menos cosechas por la destrucción y por eso conviene conservar; nuestras parcelas son en su mayoría pura montaña, tenemos muy poco terreno para trabajar. Se dice que es el pulmón de Chiapas pero tenemos muy poco para sembrar (entrevista a ejidatario, San Joaquín 2015, cit. en Zamora Lomelí, 2017).

Resumiendo los problemas productivos, hay que resaltar que tienen una estrecha relación con las condiciones del medio ambiente natural. Sobre todo la incidencia fuerte de plagas, combinada con una fertilidad y una salud decrecientes de los suelos y los patrones cambiantes del clima afectan la producción agropecuaria, a tal grado que las mismas personas que pronuncian en un momento con orgullo que “aquí todo se da”, expresan inmediatamente después su preocupación por estos fenómenos relativamente nuevos que pueden poner en peligro la alta biodiversidad, la autosuficiencia alimentaria y la diversidad productiva que tiene Zapata hasta la fecha. Estos fenómenos son amenazas para la soberanía alimentaria a nivel de la comunidad. Las estrategias familiares de vida que se emprenden en este sentido son diversas: algunas familias fumigan más, otras abandonan los cultivos problemáticos y otras más tratan de entender las causas más profundas de los cambios ocurridos. El uso de los agroquímicos ha aumentado considerablemente en los últimos años, según los testimonios. Esto se puede explicar en partes por la incidencia mayor de plagas, pero también en caso de los fertilizantes por la decreciente fertilidad, ya que no se pueden dejar descansar las parcelas. Ciertamente, las donaciones de agroquímicos (urea y herbicidas, sobre todo) han sido una buena estrategia para introducir estas sustancias a la agricultura tradicional de Zapata.

Llama la atención la falta total de las políticas agrícolas o de conservación para ayudar a resolver el problema de las plagas, así como de informar sobre los efectos y posibles acciones de mitigación o adaptación al cambio climático. Si bien hay un discurso a favor de la agroecología, de parte de algunos funcionarios,⁸⁸ no hay ningún apoyo concreto.

5.5 Programas y proyectos productivos: ¿éxito o fracaso?

Desde una perspectiva general, los programas y proyectos de la política pública agroalimentaria que llegan a Zapata se distinguen en dos grandes grupos: aquellos que suelen enfocarse en forma individual a la gente y pasan por alto la asamblea. Entre estos hay programas de índole productiva como Proagro Productivo y Progan, además de apoyos para el cultivo del café, que se dirigen a los hombres, así como programas de índole social para atender la salud y la alimentación que se dirigen a las mujeres y a los adultos mayores. Por otro lado, hay proyectos de infraestructura⁸⁹ y proyectos productivos que muchas veces pasan por la asamblea y, de esta manera, por el filtro de los ejidatarios mayores. Estos por lo general se orientan a la comunidad en general o a colectivos o grupos de trabajo.

Hay que entender el gran número de proyectos productivos que han llegado a Chiapas en el marco de la política de desarrollo puesta en marcha después del levantamiento zapatista, y también en el marco de la política de conservación, en la que se pretende supuestamente conciliar el desarrollo con la conservación. En el caso concreto de la REBISO la acción se traduce en apoyar ciertas actividades productivas para que las comunidades abandonen la zona núcleo y/o hagan un uso cuidadoso de los recursos en la zona de amortiguamiento.

Gracias a la categoría que tiene de ser un ejido que está dentro de la reserva y pegado a la zona núcleo con partes de la superficie dentro de la zona núcleo, Zapata es de los ejidos a los que tenemos especial atención en términos de importancia. La CONANP tendríamos

⁸⁸ Don Artemio relata: “Dice la CONANP que vale más lo orgánico que lo convencional, pero aquí a veces la gente se va más por el dinero y no tanto por la salud. Y lo dejan de trabajar de manera orgánica, porque no te pagan más, por eso mucha gente dejó de hacerlo” (Artemio Pérez, testimonio, junio de 2018).

⁸⁹ Ejemplo de ellos son la casa ejidal, la huella de concreto, la cancha de basketbol y, recientemente, un tanque de almacenamiento grande de agua.

(sic!) que estar muy pendiente de lo que se hace en el ejido porque es de mucho interés para la institución (entrevista a Román Pérez, subdirector de la REBISO, marzo de 2017).

5.5.1 Proyectos ejecutados en Zapata

En los primeros años desde la fundación de la comunidad ha habido proyectos productivos por parte de la ARIC (Asociación Rural de Interés Común, una organización de organizaciones y ejidos campesinos), en este caso la ARIC Tzobolotic, provenientes de fondos gubernamentales, y en 2012 llegó una ONG de Puebla para realizar actividades con las mujeres. De los proyectos de financiamiento público, algunos tuvieron financiamiento mixto (a través de CDI, CBM, PESA). Claramente, la mayoría de los proyectos, en cantidad y en montos, fue ejecutada por la CONANP; la institución manejaba los siguientes programas a través de los cuales impulsaba proyectos en las zonas prioritarias de la reserva:

- Programa de Empleo Temporal (PET),
- Programa de Conservación del Maíz Criollo (PROMAC),
- Programa de Conservación para el Desarrollo Sostenible (PROCOCODES).⁹⁰

Durante siete años (2008-2015) de actividad intensiva de proyectos fuertes hubo una inversión total de 2 212 541 pesos provenientes de estos tres programas (Pérez, 2015), lo cual hace de la CONANP un actor con peso en la comunidad y con una cierta capacidad de influir en esquemas de producción (aunque, como hasta el propio subdirector de la REBISO admite, ningún proyecto realmente sigue funcionando). Los tres proyectos fuertes apoyados con estos fondos fueron la cafecultura orgánica, la ganadería silvopastoril y el cultivo de tomate.

Como se aprecia en el cuadro 9, entre los años 1994 y 2018 se ejecutó una cantidad grande de proyectos en Zapata:

⁹⁰ Este último también formaba parte de los programas del gobierno federal que apoyaban en su tiempo en la instrumentación de la Cruzada Nacional contra el Hambre (a partir de 2013 hasta su desaparición paulatina en la región entre 2015-2017).

Cuadro 9. Proyectos ejecutados en Zapata

Tipo de proyecto	Año	Descripción/estado actual	Institución que financió proyecto	Población objetivo
Apicultura	1995-1996	Instalación de colmenas de abejas; ejidatarios trabajaron en tres grupos, algunos dejaron el trabajo pronto, otros siguieron y lograron una cosecha de miel. Después por problema de plagas (hormigas) se dejó el proyecto. Se pagó parcialmente el fondo revolvente con la venta de cajas de colmenas.	ARIC	26 ejidatarios hombres
Ganado	2000	Con fondo revolvente de la ARIC se compraron dos vacas por productor. Se ha aumentado y se sigue actualmente con la ganadería	ARIC	20 ejidatarios hombres
Estufas ahorradoras de leña tipo Lorena (lodo y arena)	2002-2003	Construcción de estufas prueba, no funcionaron, fueron derrumbadas.	¿?	2 familias
Estufas ahorradoras con ladrillo	2005	Construcción de estufas para cada hogar, algunos funcionaron bien y siguen hasta hoy, otras fueron derrumbadas por no ser muy funcionales o porque no gustaron	CONANP	Todas las familias/hogares
Impulso de una red de cafecultores orgánicos y	2005-2010	Capacitación en podas y mantenimiento del cafetal con técnicas agroecológicas. Buenos logros hasta incidencia de la roya (aprox. 2012-2017) que destruyó casi por completo la producción de café. Red inactiva a la fecha	CONANP	10 hombres (ejidatarios y avecindados)
Bodega de café con tostadora y molino	2005-2010	Construcción y equipamiento de una bodega para la comercialización conjunta de café orgánico. Maquinaria que nunca se utilizó, probablemente obsoleta ahora.		
Conejos	2008	Impulso a la cría de conejos en los traspatios. Donación de jaulas, capacitación, promesa de buen mercado. Se organizaron en grupos de cuatro personas; 24 jaulas por grupo. Muy pronto sobreproducción: Conejos se reprodujeron demasiado y no hubo mercado para ellos. Proyecto abandonado.	CDI/CO-NANP	30 mujeres y 13 hombres

Tipo de proyecto	Año	Descripción/estado actual	Institución que financió proyecto	Población objetivo
Lombricomposta	2008	Establecimiento de camas de lombricompostas con estiércol de conejos para uso en cafetales y en milpa. Capacitación de los productores en la elaboración; sólo una persona sigue actualmente a pequeña escala.	CONANP	30 mujeres y 13 hombres
Aves de traspatio: mallas, bebederos	2008	Se otorgaron mallas y bebederos para impulsar la cría de gallinas ponedoras de granja en colectivo. Las mujeres siguen de manera individual; problemas con enfermedades de los pollos.	CDI/CO-NANP	Mujeres (ya no se sabe el número exacto)
Estufa ahorradora de leña tipo Rocket (llamado estufa de tina)	2008	Curso de elaboración de “estufas de tina” para los hombres, repartición de una estufa por hogar; un señor se capacitó y sigue elaborando y vendiendo estas estufas	CONANP	Todas las familias
Ganadería silvopastoril y	2010-2014	Instalación de módulos individuales pequeños, donación de picadoras de pasto, se sembraron algunos árboles forrajeros y pasto cubano. Faltó seguimiento a árboles. Módulos sin uso. Picadoras subutilizadas.	CONANP	18 hombres ganaderos (ejidatarios y avicindados)
Construcción de tanques y bebederos para ganado	2010-2014	Donación de materiales para tanques de almacenamiento y bebederos para ganado. La mayoría sigue funcionando y en uso.	CDI/CO-NANP	
Huerto comunitario y estufas sin humo	2012	Capacitación en cultivo de hortalizas en grupo, elaboración de comidas locales; proyecto abandonado. Construcción de estufas sin humo: fueron tirados porque gastaron mucha leña sin calentar adecuadamente.	ONG de Puebla	Todas las mujeres
Báscula ganadera	2012	Se compró e instaló/construyó una báscula para la venta de ganado. Sigue funcionando y en uso continuo.	PESA/CBM	18 hombres ganaderos
Cultivo intensivo de tomates	2011-2015	Instalación y equipamiento para cultivo intensivo de tomates (al inicio con chiles). La falta de agua era una limitante. Se trabajó mientras que la CONANP pagaba los agroquímicos; cuando cesó el financiamiento, se terminó el proyecto por el bajo precio en el mercado.	CONANP	5 hombres (ejidatarios y avicindados)

Fuente: Elaboración propia

Es asombroso que ningún proyecto trate de resolver el problema que se tiene con la baja fertilidad y la incidencia fuerte de las plagas, ni tampoco existe alguno que ayude a los productores a encaminarse hacia el reemplazo o un uso más cuidadoso de los agroquímicos (excepciones de esta regla son tal vez el proyecto de la lombricomposta y el apoyo a la cafecultura orgánica).

5.5.2 Interfaces, simulación y apropiación selectiva de proyectos y programas

Se ha demostrado que las intervenciones gubernamentales (y de otros actores) nunca llegan exactamente como fueron planeados a las comunidades y a los grupos beneficiarios (Long, 2001; Acuña, 2015), sino que hay acomodados, simulaciones, negación, disputas, discursos diferentes, etcétera: Las respuestas sociales “se confrontan con lo planificado en los escritorios de los funcionarios” (Acuña, 2015, 257). Para captar estos procesos de disputa, forcejeos, interpretaciones y prácticas diferenciadas, Norman Long propone el concepto de “interfaces”, las cuales para el sociólogo del desarrollo “ocurren en los puntos donde se cruzan diferentes, y a menudo conflictivos, mundos de vida o campos sociales” (Long, 2007, 136), en situaciones sociales en las que se confrontan puntos de vista y formas de conocimiento. El autor nos explica que el análisis de interfaz ayuda a deconstruir el concepto de intervención planeada para verla como un proceso continuado, socialmente construido y negociado, y no sólo la ejecución de un plan específico de acción (Long, 2007, 147).

Hay un contraste entre los planteamientos iniciales y la realidad de los programas. La inconformidad de la gente puede expresarse en “prácticas de aplazamiento, acomodo, negociación, apropiación selectiva, distanciamiento o ausentismo” (Arce y Long, 2001, 3; cit. en Acuña, 2015, 258), y también en un rotundo rechazo de los programas, como en el caso de las comunidades zapatistas.

En el ejido Emiliano Zapata I, como vimos, los programas y proyectos gubernamentales son una parte de las estrategias familiares de vida; sin embargo, las personas no son inamovibles ante éstos y no son receptoras pasivas. Exigen el pago de determinados programas, modifican la recepción de los programas y hacen lo que ellas y ellos necesitan y quieren con

estos programas y proyectos, sin poner en peligro su recepción. Hay prácticas de aceptación y apropiación selectiva, de simulación, de inconformidad y críticas, y una interesante transformación de lo colectivo y lo individual, diferente a lo que designa la política pública cuando proyectos diseñados para un colectivo (p. ej., la ganadería silvopastoril) están siendo individualizados, y apoyos individuales (p. ej., Prospera) están siendo colectivizados.

Me contaron algo muy curioso: un proyecto para mujeres exigía manejar pollos de manera conjunta en un mismo espacio. Las señoras no quieren esto, porque saben que las gallinas se enferman más si están juntas, pero aceptaron el proyecto, sabiendo que de alguna manera iban a esquivar las reglas y hacer lo que más les convenía. Entonces marcaron las gallinas de cada mujer con hilos diferentes en las plumas, instalaron el gallinero común, llevando las gallinas allí y después de haberse tomado la foto y hecho las comprobaciones correspondientes, se llevaron los pollos a sus casas cada una, quedándose con algo de los materiales proporcionados (mallas, bebederos, etcétera). Así, todos quedaron contentos, los ejecutores del proyecto porque se había cumplido con las metas propuestas y las señoras porque tuvieron sus pollos y algunos insumos para poder mejorar sus propios gallineros de traspatios.

Otra forma de simulación consiste en hacer como si se acataran “las reglas” cuando en realidad se hace otra cosa. La CONANP, por ejemplo, ejecuta los proyectos productivos en Zapata a cambio de que los productores abandonen la zona núcleo; sin embargo, esto no ocurre, o no en la medida en que fue acordado; pero tampoco la CONANP cumplió bien con su rol; así lo admitió el funcionario en una autoevaluación crítica:

Nosotros le hemos apostado e hicimos un acuerdo hace aproximadamente ocho años, con la comunidad, de que si nosotros hacíamos financiamientos de proyectos donde se pudiera hacer un uso intensivo de la tierra en menos superficie, e impactaba en el beneficio económico de la gente, o sea mayor producción a menos superficie, y se mejoraban las condiciones económicas, entonces también pedíamos que la comunidad paulatinamente nos fueran abandonando las tierras que tienen en posesión en la zona núcleo. Eso es un acuerdo que hemos tenido con el ejido. Solamente que eso no se ha cumplido. Los recursos que nosotros hemos dado, yo siento que han sido bastante limitados, por la misma naturaleza de la institución. [...] Una cuestión bastante complicada y compleja. Siento que

de la parte institucional no hemos podido atender lo que planteamos (Román Pérez, entrevista, marzo de 2017).

Según este testimonio, ambos, la instancia normativa de la conservación y los campesinos, simulan que las reglas se acatan, pero en realidad ambas partes incumplen su compromiso o promesa.

Un claro ejemplo para el fracaso de la exigencia de la “colectivización a la ultranza” es el siguiente: la CONANP exigía para el proyecto de la ganadería silvopastoril trabajar en colectivos grandes y hacer dos o tres galeras grandes y trabajar el ganado en conjunto. Los productores se resistían a eso, ya que, como vimos en el capítulo 3 el ganado se maneja en grupos de familias extensas, pero no toda la comunidad. “Todos querían una galera, entonces en vez de hacer una galera de 100 láminas, se les dio 10 láminas a cada uno”, cuenta el funcionario de la CONANP. Estas galeras pequeñas resultaron poco prácticas; algunos productores las tienen abandonadas, esperando poderlos usar en el futuro, y otros prefirieron utilizar las láminas para techar sus cocinas o salas. De esta manera, el proyecto supuestamente colectivo ganadero derivó en apoyos individuales que en algunos casos ni siquiera fueron utilizados para la ganadería.

Pero no solo se individualizan o se dividen los proyectos que están diseñados para colectivos, sino que también ocurre lo contrario. En los programas de transferencias condicionadas (Prospera) con lógica individual, cada beneficiaria recibe cierta cantidad, dependiendo del número de hijos en edad escolar. Se supone que el dinero se utiliza para mejorar la alimentación, la salud y la educación de los hijos; cada señora tiene que ver por sí misma y por su familia. Sin embargo, las señoras de Zapata colectivizan una parte de estos ingresos. En los pagos de Prospera, cada una aporta una cantidad de 100 pesos a un fondo común, y en caso de emergencia (enfermedad grave, muerte de un familiar, accidente y demás) se ayuda con dinero de este fondo a aquella señora que tuvo la desgracia.

Estas estrategias son interesantes, ya que a través del uso diferente de los programas, las personas resuelven varias necesidades, o por lo menos aligeran la carga que significa la falta

de servicios financieros, la falta de seguridad social, y se contraponen la individualización y atomización que suponen los programas sociales.

Un punto que llama la atención es que son las mujeres quienes “colectivizan” parcialmente un programa que les llega –para varias de ellas el apoyo significa el único ingreso monetario–, mientras que entre los hombres no se ha observado lo mismo. El aspecto de “colectividad” en caso de los hombres consiste en trabajar en conjunto en ciertas actividades comunitarias (arreglo de caminos, parcela escolar, etcétera), pero no compartir los recursos financieros.

5.5.3 Sesgo de género y de generaciones en los proyectos

Los proyectos productivos reflejan un sesgo de género. Primero destaca que la cantidad de proyectos para mujeres es mucho menor que la de los hombres. Para las mujeres se “dieron” proyectos enfocados a mejorar la salud y nutrición familiar, compatibles con su rol social; para los hombres, proyectos pensados en estimular una producción a mayor escala o en mejorar la producción (también compatibles con su rol social, el de proveer de ingresos monetarios a la familia). Como fue denunciado en tantos otros casos, los proyectos para las mujeres son pequeños, de traspaso, y no tienen la intención de generar ingresos propios de las mujeres, o sólo ingresos marginales. “La mayoría de iniciativas de generación propuestas a las mujeres del campo, las siguen conduciendo a actividades marginales, poco remuneradas o, en el mejor de los casos, a emprender pequeños emprendimientos” (Papuccio de Vidal, 2014, 224).

De los proyectos grandes en inversión en los que se esperaba un impacto fuerte en el desarrollo agrícola y en la conservación, por ejemplo, el de ganadería, café o tomates, ninguno era para mujeres. Con excepción del de conejos, no se llevaron a cabo proyectos mixtos en los que se pudieran incluir hombres y mujeres, como si las mujeres tuvieran que ver sólo marginalmente con la producción, con la conservación o el uso de los recursos naturales. Se refleja la invisibilización de las mujeres en su rol como productoras, tan común en muchos proyectos de desarrollo.

Hasta ahora las mujeres de Zapata han aceptado los pequeños proyectos que se les han ofrecido, pero ninguno ha funcionado realmente, ya que no se toma en cuenta el interés, la necesidad ni la sobrecarga y multiactividad de las mujeres. Por ejemplo, el proyecto de hortalizas comunitarias “traído” por una ONG pasa por alto el hecho de que las mujeres ya están cultivando y recolectando una gran cantidad de plantas comestibles de diferentes sitios, aparte de sus múltiples tareas domésticas y del trabajo ocasional en la producción fuerte como frijol, maíz, café. Probablemente se explica el poco éxito de los proyectos por lo menos parcialmente con estos factores. Muy al contrario de lo que se establece en los reglamentos y planes de manejo de la SEMARNAT/CONANP sobre la atención integral y la generación de oportunidades de manera equitativa para mujeres y hombres, hay una nula participación en el diseño, la toma de decisiones, la ejecución o el control de recursos, ya que los proyectos “llegan” de fuera y no corresponden necesariamente al interés y a la realidad cotidiana de las señoras.

Los proyectos para hombres si bien funcionan un rato (mientras que se siga financiando o dando asistencia técnica), a mediano plazo también dejan de funcionar, o se usa la infraestructura dada (láminas, galeras) para un trabajo individual o diferente al que se intentaba inicialmente. Una excepción de esto son los tanques y bebederos, así como la báscula ganadera, que se siguen utilizando “correctamente”, lo cual va de acuerdo con la creciente vocación ganadera de los productores de Zapata, pero en contra de la idea de la conservación ambiental sin ganado (o con ganadería muy limitada), como la que tiene la CONANP.

Llama la atención el hecho de que no haya proyectos productivos concebidos especialmente para jóvenes, si bien se sabe de la gran cantidad de jóvenes que radican en el ejido y de los problemas de acceso a la tierra que tienen (ya ni hablar de las mujeres jóvenes que para la CONANP no parecen existir como sujetos). Si bien, en algunos de los proyectos participaron varones jóvenes (el de tomate y el del café orgánico), los proyectos productivos de mayor escala y con mayor inversión son para los ejidatarios. Al hacer un análisis de tres de los proyectos importantes en los últimos años (galeras para ganado, bodega de café,

cultivo de tomates), se evidencia que de los 25 hombres beneficiados con estos, 20 son ejidatarios (de los cuales ocho estaban en más de un proyecto) y cinco son avecindados (Pérez, 2015). Rafael Díaz, un avecindado de la comunidad, comenta al respecto:

Si, de proyectos he escuchado hablar, pero yo como poblador (avecindado) no he recibido ninguno porque no tengo buenos documentos, lo que significa que es más para los ejidatarios que si tienen buenos papeles. A nosotros los pobladores nunca nos ha llegado algún proyecto, siempre es de nuestro esfuerzo, ni el presidente [municipal] nos ha apoyado (Rafael Díaz, entrevista, abril de 2017).

Es obvio que esto genera conflictos en el seno de la comunidad. “Al que tiene mucho, se le da; al que no tiene nada o tiene poco, no se le apoya con nada”, denuncia una mujer joven de Zapata al respecto. O, en palabras de Benjamín: “El punto aquí no es sólo que las políticas públicas generan dependencia con sus programas, sino ¿a quién se los da? ¿A los que más lo necesitan o a los que cuentan con más papeles?” (Pérez 2015, 40).

Como el primer interlocutor de la CONANP es la asamblea comunitaria en la cual los hombres ejidatarios ostentan más poder, ellos pueden gestionar o aceptar los proyectos que crean más convenientes. La CONANP y otras instancias gubernamentales al parecer ignoran esta desigualdad o no la consideran relevante, de otra manera no se puede explicar la aplicación tan discriminatoria que hacen de los recursos.

5.5.4 Causas del fracaso de los proyectos

Arriba ya nos referimos al sesgo de género y de generaciones que tienen los proyectos, ya que no incluyen de manera equitativa y suficiente a las mujeres y a los y las jóvenes. También este sesgo contribuye a una falta de apropiación de los proyectos por parte de toda la familia, ya que los intereses particulares de mujeres y jóvenes (quienes muchas veces trabajan otros aspectos productivos) no quedan reflejados y no se garantiza una continuidad transgeneracional.

Pero, aparte de la falta de inclusión de mujeres y jóvenes, ¿por qué no funcionan los proyectos? “Los alcances de los programas son limitados precisamente porque incurren reiteradamente en negar, minimizar o despreciar las particularidades socioculturales ‘del lugar’”, analiza Olivia Acuña (2015, 259). Es decir, “los proyectos son bien intencionados, pero si no coinciden con las condiciones reales, no funcionan” (Angélica Anahí Pérez, entrevista, diciembre de 2017). En algunos casos falta un acceso continuo al mercado (por ejemplo, en los proyectos de conejos y tomates), o las condiciones ambientales no son las adecuadas. En otros proyectos el problema es, según la gente de Zapata, que no se toma en cuenta la forma del trabajo campesino, donde se apuesta por la diversidad de fuentes de ingreso y actividades, mientras que, por ejemplo, el ganado estabulado o el monocultivo de tomates requieren muchísimo atención y tiempo, y obligan al productor a sólo dedicarse a esta actividad.

En los proyectos de conservación y desarrollo son comunes la falta de seguimiento a los proyectos, así como discrepancia de intereses entre diferentes grupos en la comunidad y problemas de comunicación; así lo demuestran muchos estudios (Brunel, 2008; Zamora Lomelí, 2017; Romero Luna y Vallejo Román, 2017). Lo mismo ocurre en Zapata:

Todo lo que tiene la CONANP son estrategias para la conservación, para que la gente ya no tale tanto. Pero que se llevara a cabo como tal, que no quedara sólo como un proyecto y la gente le sacan provecho económico. Eso es lo que he visto, que queda más como un proyecto. Las estrategias según van dirigidas hacia la conservación y todo eso, pero no se aplican bien las estrategias (Angélica Pérez Díaz, entrevista, noviembre de 2016).

Si bien se da un acompañamiento técnico inicial (p. ej., para instalar sistemas de riego, enseñar ciertas técnicas de cultivo), éste se termina pronto y no se da acompañamiento para la parte de la comercialización, que se convierte muchas veces en el cuello de botella para los proyectos productivos. La CONANP, si bien ve este problema, lo justifica con que en el fondo no es una dependencia de desarrollo, sino que tiene su función más en “la parte normativa” (Román Pérez, entrevista, 2017). Sin embargo, el problema es que, después del desmantelamiento de las instituciones de fomento productivo y de extensionismo a lo largo

de los años ochenta y noventa, ahora NO HAY una dependencia de desarrollo que se encargue de esta parte. Así, se sigue percibiendo el efecto del ajuste neoliberal a las instituciones del Estado y probablemente continuará presente muchos más años, a pesar del cambio de gobierno reciente.

Se sabe de antemano que los proyectos tienen una duración limitada, por ejemplo, los de la CONANP por normativa pueden durar un máximo de cinco años. Después de este lapso, no hay seguimiento ni acompañamiento, aunque no se hayan resuelto dificultades o problemas ocurridos en el lapso de la ejecución, sean de índole técnica, de apropiación, de comercialización, etcétera. El resultado es el abandono del proyecto.

En general, no sólo en el caso de la CONANP, sino también en el caso de organizaciones civiles que han llegado a Zapata a “ofrecer proyectos” impera una visión arrogante de la participación social que consiste en presentar el proyecto en asamblea o pedir las firmas de autorización a las autoridades comunales. Así, la comunidad no puede apropiarse del proyecto o comprometerse a su ejecución; de esta manera, están destinados a fracasar una y otra vez.

Además, como constatan algunos críticos, en los proyectos de conservación se atienden aspectos que le interesan al gobierno en función de compromisos y presiones internacionales, sin considerar los aspectos de mayor interés para la población local (Legorreta y Márquez, 2012) y sin considerar alternativas productivas consistentes que parten desde la realidad de la gente, como, por ejemplo, sistemas agrosilvopastoriles, milpa agroecológica, asistencia técnica contra plagas recientes, comercialización de hierbas y hortalizas que ya se producen o recolectan.

Al desatender estos aspectos sumamente importantes, los proyectos no logran impulsar mejoras de vida o el desarrollo de actividades productivas en la comunidad, ni los objetivos de la conservación (en este caso, que se salgan de la zona núcleo) o una mayor concientización sobre la importancia del cuidado ambiental.

Y para culminar, no hay una evaluación de los proyectos ni de los programas con participación de la gente, como sería el ideal del ciclo de las políticas públicas (agenda, análisis, decisión, implementación, evaluación, diseño), ya que se vuelven a implementar cada vez nuevos proyectos y vuelven a fallar.

El patrón seguido hasta ahora en cuanto a proyectos ha sido que la gente le entre a un proyecto ofrecido –algunos productores hasta se emocionan y hacen cierta inversión, en tiempo y en algunos casos también financiera–, pero luego otra vez no funciona. Eso desgasta la poquita confianza que queda en las instituciones gubernamentales.

Long cita a la antropóloga Monique Nuijten, quien habla de la “maquina generadora de esperanzas” mexicana:

Una peculiaridad de la burocracia mexicana es precisamente su habilidad, en ciertos puntos y en ciertas circunstancias, de superar el escepticismo de la gente, y, de hecho, incitarla a fantasear otra vez sobre proyectos nuevos y recomenzar un ciclo interminable de altas expectativas seguido por la desilusión y la risa irónica (Nuijten, Monique, 1998, 347, cit. en Long, 2007, 168).

Pero hay un límite al esfuerzo que la gente está dispuesta a dedicar a actividades con una certeza baja de que funcionen y puedan encajar en sus demás estrategias familiares de vida. Si se repite la historia del fallo, es comprensible el abandono de los proyectos y el regreso a estrategias más promisorias en cuanto a ingresos, como la ganadería extensiva, el cultivo del chayote, la comercialización de chapaya recolectada de la selva, entre otras.

5.6 Tendencias, resistencias y amenazas para la producción alimentaria buena y diversa en Zapata

A pesar del contexto crítico para la agricultura campesina, se observa que en el ejido Emiliano Zapata I hay una multiplicidad de resistencias o estrategias de adaptación que no son identificadas como tales: resistencias en la forma de organizarse, agrarias, tecnológicas, de cultura alimentaria, de manejo ambiental. Una de estas resistencias es palpable cuando se levanta la cosecha –fruto del trabajo de hombres, mujeres y jóvenes–, o cuando se celebra

una fiesta comunitaria; otras resistencias son fruto de la organización comunitaria y de las decisiones agrarias; unas más se saborean en la mesa y el paladar, gracias a la actividad femenina de preparar los alimentos (véase cap. 6). En este sentido, y de acuerdo con McMichael (2019), podemos identificar a Zapata como una de las muchas comunidades que están

desarrollando estrategias de adaptación con perspectiva de soberanía alimentaria, independientemente de su denominación. A veces pasan desapercibidas, pero muchas de estas iniciativas buscan lograr prácticas resilientes, no exentas de contradicción [...]; son semillas cuyo fruto será imprevisible (McMichael, 2017, 60).

En los siguientes apartados ahondaremos en los factores que contribuyen a la buena producción alimentaria, pero también en amenazas y contradicciones que enfrenta la comunidad en este aspecto. Hay factores del contexto fortuitos (como por ejemplo la cercanía a la Zona Núcleo; el microclima favorable), pero otros factores que son determinados por las acciones de las personas ante este contexto. Propongo en el siguiente apartado entender las estrategias que emprende la gente de Zapata para mantener su cultivo de alimentos y la reproducción de las familias campesinas como resistencias (no sin tensiones, ni contradicciones) ante un modelo hostil a la agricultura campesina. (Las resistencias y amenazas propiamente relacionadas al consumo alimentaria, por su parte, se desglosarán al final del sexto capítulo.)

5.6.1 Factores de la producción buena y diversa en Zapata

En Zapata hay producción de alimentos por manos campesinas: autosuficiencia en productos básicos y en algunos secundarios y periféricos, así como una producción diversa y continua; o sea: todo el año hay producción o recolección, todo el año hay cosechas e ingresos. La continuidad y la diversidad productiva y alimentaria se explican por varios factores interrelacionados, entre los más importantes se hallan los siguientes:

Para los ejidatarios y sus familias, así como para familias vecindadas de Zapata, la tierra tiene un valor fundamental: su relativamente reciente lucha por la tierra, el arribo a la selva y la colonización campesina están muy presentes en el discurso de la comunidad, es una memoria compartida que fortalece y reafirma la identidad campesina. Por decisión de la

comunidad, y a contrapelo de la intención de la contrarreforma agraria de 1992, en la certificación de parcelas ejidales se logró “dominio moderado”, lo cual impide vender o rentar la tierra a personas externas a la comunidad. Se garantiza de esta manera el acceso a la tierra para las familias de las siguientes generaciones (por lo menos para un heredero o heredera por ejidatario); se conserva el papel de la asamblea ejidal como máxima instancia de toma de decisiones y se reafirma el sentido de la propiedad agraria: la tierra es para cultivarla, no para lucrar con ella.

Otro factor importante es que las familias campesinas de Zapata mantienen sus semillas propias, y tienen acceso a parcelas, potreros, cafetales y monte, y, mientras la CONANP no cambie su postura de relativa tolerancia para el acceso y uso productivo de la zona núcleo, se utilizan también estos espacios para ampliar la disponibilidad de recursos y de alimentos.

La revolución verde ha llegado débilmente a la agricultura campesina de esta comunidad; sólo algunos productores han adoptado el uso de semillas híbridas, fertilizantes sintéticos y pesticidas, pero se mantiene en gran medida el policultivo, la rotación de cultivos y el uso de semillas propias. El fin de la producción sigue siendo la satisfacción de necesidades familiares mediante el autoconsumo y la venta de excedentes, incluso en productos como el café y el ganado. Destinado casi en su totalidad al mercado, el sentido de este intercambio es la subsistencia de las familias.

La cercanía de la zona núcleo y la ubicación dentro de una ANP tienen efectos contradictorios y muestran muchas aristas: por el lado positivo, la cobertura forestal, la prohibición de la tala en dicha zona y la restricción en las zonas de amortiguamiento, han ayudado a mantener un microclima benéfico y la biodiversidad, lo cual a su vez aporta recursos aliment-

cios. Las condiciones ambientalmente favorables posibilitan una producción variada y continua durante todo el año.⁹¹ Esa diversidad y continuidad productiva se refuerza con la ampliación de la frontera agrícola mediante compra de terrenos de fuera de la comunidad, lo que permite ampliar la agricultura y la ganadería sin comprometer la propia milpa y otros cultivos.

Se observa que en Zapata, la diversidad de actividades productivas y de la dieta también se asocian con que la producción que proporciona el ingreso monetario más fuerte (ganado, maíz y frijol), manejada por los hombres, se complementa con cultivos menores, manejados sobre todo por mujeres y jóvenes en espacios pequeños, donde producen chayote, chile, productos del traspatio, o recolección de alimentos silvestres, lo cual también permite un aprovechamiento de los recursos del monte.

A ello se suma la compra-venta de excedentes en circuitos cercanos como los mercados de comunidades vecinas o de la propia comunidad, con lo cual se fortalecen los intercambios complementarios de productos regionales y se generan ingresos para adquirir alimentos que no producen estas comunidades. Los intercambios mercantiles son restringidos, pues hay una especie de distancia “óptima” de la comunidad en relación con las urbes en las que se hallan grandes supermercados, tortillerías de Maseca, tiendas de autoservicio o establecimientos de comida rápida; a la vez que Ocozocoautla, el pueblo más grande de los alrededores, está suficientemente cerca como para acceder al mercado y a las tiendas, tanto para comprar como para vender.⁹²

Otro factor que explica la producción y alimentación relativamente buena en Emiliano Zapata es la baja densidad poblacional en la región norte de Coita, igual que en el municipio en general (43 habitantes/km², en comparación, por ejemplo, con localidades de los Altos

⁹¹ Por otro lado la vigilancia de la CONANP y la amenaza de desalojos de la zona núcleo limita el manejo de los recursos naturales por parte de los campesinos de Zapata.

⁹² Lejos de una idea romántica del confinamiento de las comunidades rurales, me parece importante la buena infraestructura de caminos y transporte público y el derecho que tienen las personas de moverse a otros lugares. Sin embargo, no cabe duda de que la cercanía a grandes centros poblacionales ha traído a menudo efectos muy nocivos para los poblados más pequeños como presión inmobiliaria o de la industria, inundación de mercancía chatarra y basura, desplazamiento de la alimentación tradicional por comida industrializada, etcétera. En este sentido, creo que a Zapata le ha ayudado la relativa lejanía, sin que esta signifique un aislamiento o una vida como en el pasado.

de Chiapas como Chamula: 225 habitantes/km²). Esta densidad demográfica permite un uso no tan intensivo de la tierra al tiempo en que es posible vivir de la agricultura, y complementar el ingreso agrícola con ingresos de otras actividades.

Si bien la población del ejido recibe diferentes programas sociales y subsidios productivos, en este ejido no podemos hablar de la “cultura de la dádiva”, una dinámica de dependencia con respecto a transferencias monetarias que alteran las prácticas productivas de comunidades enteras (Acuña, 2015, 251), ya que las personas de Zapata mantienen una diversidad de cultivos y se resisten a sólo depender de las transferencias gubernamentales.

Un último elemento que considero relevante es la ausencia de conflictos sociales fuertes dentro de la comunidad, lo cual permite acuerdos razonables para el bienestar colectivo y para el uso de los bienes comunes. En Zapata no hay conflictos violentos por partidos políticos o religiones, tampoco hay injerencia del crimen organizado o de paramilitares, tan comunes en los mundos rurales de México. Todos estos factores contribuyen a que se pueda seguir cultivando la tierra y que se apueste a que en el futuro sea así.

5.6.2 Amenazas y tensiones para la buena producción alimentaria

La situación relativamente alentadora en cuanto a la buena producción y el bien comer de la comunidad no está exenta de tensiones y riesgos de un desequilibrio alimentario cuyos síntomas ya se observan.

El desequilibrio ecológico ronda a Zapata: dado que todavía hay bosque primario con una cobertura densa, las familias ejidatarias y vecindadas no perciben la tala de árboles como un peligro, más bien impera la idea de ampliar la frontera ganadera a costa del bosque. Esta falta de conciencia (o de voluntad para entender) sobre los impactos ambientales de la deforestación pone en peligro la cobertura forestal, no sólo en la zona núcleo, donde hay una vigilancia más estricta, sino en acahuales y partes del monte cercanas a la comunidad. Las políticas de conservación de la CONANP, a pesar de su inversión multimillonaria, no han promovido la toma de conciencia sobre la conservación y el uso racional del bosque, ni han

fomentado esquemas de gestión comunitaria. Como en muchos programas impuestos desde arriba, el bosque se “conserva” con prohibición o sanciones, pero cuando éstas se levantan, se practica un aprovechamiento irracional del bosque (Legorreta y Márquez, 2012).

Otro foco de preocupación tiene que ver con la ganadería extensiva, porque contribuye a la degradación de suelos y a la pérdida de biodiversidad. Debido a la crisis de la cafecultura, la venta de ganado hoy es la única fuente de ingresos seguros para muchas familias. Por tanto, hay una tensión entre la necesidad de recursos monetarios de subsistencia y la biodiversidad.

También el crecimiento demográfico de la comunidad puede romper el precario equilibrio, pues de 12 familias fundadoras a finales de la década de 1980 se ha pasado a alrededor de 40 familias, con una amplia población joven (más de 60% tienen menos de 30 años). Este crecimiento ocasiona una mayor presión sobre la tierra, el agua y el bosque. Si se pretende vivir de la agricultura y si continúa la expansión de la ganadería, si no se crean estrategias de subsistencia que conjuguen una diversidad de actividades e ingresos al tiempo en que se cuida el ambiente y los bienes naturales, el futuro es sombrío. Don Manuel, uno de los ancianos de la comunidad reflexiona:

No sé cómo le podemos hacer, porque aquí ya no hay más tierra, ya no hay para solicitar más, ya hay mucha gente que está ocupando el terreno. Por eso ya no hay más a dónde ir. Ni aquí adentro [la Zona Núcleo], ya no dan lugar que entre gente a trabajar, por eso ya no hay a donde ir (Manuel González, entrevista, noviembre de 2017).

Para quienes ahora viven su infancia, el futuro se asemeja al pasado de los abuelos fundadores que en su juventud tuvieron que migrar por falta de tierras de cultivo. La migración masiva es un fantasma cada vez más cercano a Zapata. Vivir de la agricultura campesina es complicado, más aún si no se tiene seguridad en el acceso a la tierra. En este sentido, la juventud actual está en desventaja en comparación con sus padres y abuelos, que tuvieron acceso a tierras ejidales y a mejores condiciones productivas.

El aumento de plagas y enfermedades en los cultivos y la decreciente fertilidad de los suelos coinciden, en el tiempo, con la aplicación de agroquímicos (alrededor del año 2000). No lo puedo comprobar retroactivamente, pero los testimonios indican que la disponibilidad monetaria de las transferencias gubernamentales ha elevado el consumo de agroquímicos y con ello crecieron las plagas y empezó a disminuir la fertilidad del suelo, pues a mediano y largo plazo los agroquímicos desequilibran la salud de los suelos y la resistencia de las plantas. Ante la aparición de plagas nuevas, los productores están experimentando con diferentes pesticidas, algunos altamente tóxicos, sin haber recibido ninguna instrucción de protección o cuidados por parte de las empresas que los venden y sin que haya una regulación o prohibición adecuada del Estado mexicano con respecto a los pesticidas altamente peligrosos.

Ante la baja fertilidad de los suelos agrícolas, los campesinos de Zapata están en el dilema entre cultivar en el poco espacio que tienen o tumbiar bosque para abrir nuevas áreas cultivables, pero las políticas de conservación de la CONANP restringen estas acciones locales, por lo menos en lo que respecta a la zona núcleo. Hay un efecto paradójico de las políticas de conservación: por un lado se mantiene la biodiversidad en la reserva, por otro, como no se pueden dejar descansar las parcelas por falta de espacio, hay un uso intensivo y continuo que las desgasta y merma su fertilidad. Para contrarrestar la reducción de la fertilidad se están usando fertilizantes en mayor cantidad y, finalmente, las parcelas agrícolas se convierten en potreros.

Otro problema ambiental se asocia con el cambio climático global: sequías prolongadas, irregularidad en las lluvias y temperaturas extremas desestabilizan el calendario agrícola tradicional y disminuyen la presencia de verduras silvestres, hongos y otros recursos alimenticios. La incidencia fuerte de la roya en los cafetales, asociada al cambio climático, acabó con una fuente importante de ingreso que es compatible con la conservación, ya que la cafecultura bajo sombra mantiene la cobertura forestal.

Como vimos en los capítulos 2 y 3, las políticas agrícolas, alimentarias y de conservación en general, y los programas y proyectos que corresponden a dichas políticas, juegan un rol poco favorable para la economía campesina y la soberanía alimentaria; al contrario, la debilitan constantemente. Se implementan proyectos productivos inadecuados a las condiciones y necesidades del lugar, ya que no toman en cuenta las estrategias familiares de vida. La conclusión de Angélica, una de las coinvestigadoras, agrónoma de formación, es que “Zapata no ha aprovechado los proyectos que llegaron”. Como están diseñados sin participación de la gente, no corresponden a necesidades y deseos de la comunidad y se implementan sin asistencia o seguimiento adecuado, todo conduce a la falla; pero también cuenta la larga historia de asistencialismo que asfixia la iniciativa propia y la creatividad de la gente. Si bien los proyectos fallidos no han logrado imponer cambios productivos de duración, tampoco han fortalecido la autogestión ni han provocado una proyección propia, independiente del gobierno. Al interior de la comunidad hay diferentes posturas acerca de la utilidad de los proyectos productivos y de la forma como se deben aprovechar. De esta manera, en Zapata se vive la tensión entre mantener el modelo propio o aceptar los proyectos productivos que vienen de fuera.

Varios de los programas y proyectos, en vez de fortalecer un manejo sustentable del medio ambiente, contribuyen a la contaminación o el deterioro ambiental (por ejemplo el proyecto de tomate en monocultivo con un alto empleo de pesticidas). Además, los proyectos y programas agudizan desigualdades y exclusiones al interior de la comunidad, reproduciendo la tradicional división sexual del trabajo, la sobrecarga de trabajo de las mujeres, y la exclusión de las y los jóvenes de los recursos productivos. Se dirigen a los hombres estereotipando sus funciones como productores o proveedores y a las mujeres en su rol reproductivo y nutricio. Para ellas, en el mejor de los casos, hay proyectos productivos compatibles con su social femenino sin considerar la alta participación de las mujeres en tareas productivas, ni la necesidad de que los hombres se involucren en las tareas reproductivas para aligerar la larga y pesada jornada de las mujeres. En resumen, no atienden desigualdades estructurales sino que contribuyen a su continuidad.

A estas desigualdades reforzadas por programas gubernamentales, se suma el hecho de que en la comunidad, por costumbre y cultura propia, las mujeres y los jóvenes tienen acceso restringido o marginal a la tenencia de la tierra (también reforzado con legislaciones sexistas). Al igual que en muchos ejidos y comunidades agrarias, en Zapata, la mayoría de los sujetos agrarios son hombres de edad avanzada; esto implica una desigualdad de derechos agrarios que conduce a otras desigualdades de género y generacionales, pues las mujeres y la población joven prácticamente están excluidas de la toma de decisiones en la asamblea ejidal, y tienen escaso o nulo acceso a recursos productivos y programas institucionales. Algunos jóvenes varones están luchando por ser tomados en cuenta en la asamblea, las mujeres (todavía) no han entrado a esta batalla.

En lo referente al mercado, hay que remarcar que la gente de Zapata, igual que la mayoría de la población campesina chiapaneca, accede a los diferentes mercados (regional, estatal, nacional y eventualmente internacional, por ejemplo en el caso del café) en condiciones de suma desventaja. En el mercado municipal de Coita o en Malpaso, los productos se tienen que vender muy barato y muchas veces los compradores regatean el precio a las vendedoras de las comunidades. Los productos con destino estatal, nacional o internacional son acaparados por intermediarios, los llamados coyotes, quienes imponen precios, por ejemplo para ganado o café. El maíz y el frijol se venden por el precio internacional, punitivamente bajo para los campesinos mexicanos. El único intercambio que ha resultado regularmente equitativo para los productores de Zapata es el que establecen con comunidades cercanas, a donde venden productos frescos y de buena calidad a precios aceptables y sin que los intermediarios se queden con las ganancias.

Otro factor negativo es el debilitamiento de la organización campesina regional⁹³ desde del inicio del nuevo siglo. Este ha ocasionado que las comunidades y familias estén más expues-

⁹³ Disolución de la ARIC Tzo'bolotic y debilitamiento de la Unión de Ejidos General Álvaro Obregón.

tas o dependientes de “lo que va a llegar” y que no puedan diseñar y cogestionar los proyectos de manera informada, organizada e independiente de las modas de los programas en turno. Sin una organización fuerte, las personas y comunidades son más vulnerables e indefensas ante el mercado y las imposiciones o injusticias de las políticas públicas.

Capítulo 6. Comida y alimentación en el ejido Zapata

El cambio de una dieta con alimentos “naturales” elaborados en casa por productos industrializados con muchos carbohidratos y grasas que empezó en las urbes, siguió en las regiones rurales del norte y centro y llegó hasta las regiones rurales del sur y sureste ha sido documentado en numerosos estudios (p. ej., Vizcarra, 2012; Meléndez y Cañez, 2012). Esta transformación todavía no está tan avanzada en Zapata. La gente mantiene su cultivo de milpa y una gran variedad de otros productos de autoconsumo, ya sean de producción agropecuaria o recolectados. Sin embargo, desde hace aproximadamente 15 años, también en esta comunidad inició el cambio de consumo hacia alimentos de fuera y donados por programas gubernamentales.

Antes de entrar en detalle sobre el cambio alimentario en Zapata, es preciso aclarar algunas cuestiones generales de la alimentación en esta comunidad campesina chiapaneca.

6.1 Tecnología y cultura alimentaria

La cocina es una parte importante del trabajo reproductivo, ya que la alimentación de la familia garantiza la vida y reproducción de la fuerza de trabajo. Preparar los alimentos y cuidar de una buena salud y nutrición de la familia es tarea casi exclusiva de las mujeres.

Las señoras cocinan con leña, en fogones abiertos o fogones ahorradores “de tina”,⁹⁴ en muchos casos sin que se expulse el humo de la cocina, lo cual les ocasiona enfermedades respiratorias y oftalmológicas. Pocas familias tienen estufa de gas y éstas se utilizan poco, ya que se tiene que comprar tanto la estufa como el gas, mientras que de la leña se dispone gratis. Algunas familias tienen horno de microondas, pero no se utiliza para cocinar, sino para calentar algo cuando se ha apagado el fogón. Al contrario de la hipótesis de Meléndez y Aboites (2015), quienes dicen que la introducción de la estufa de gas y del horno de microondas ha llevado a cambios drásticos en la alimentación, la observación en Zapata es

⁹⁴ Localmente se llama “estufas de tina” a unas pequeñas estufas abiertas que están hechas dentro de una pequeña tina de metal con ladrillos acomodados para generar una buena cámara de combustión tipo *rocket*.

que esta tecnología tiene poca influencia en la manera de alimentarse. La mayoría de las familias disponen de refrigeradores y las señoras suelen utilizar molinos eléctricos para el nixtamal (hay varios en la comunidad en los que se puede moler por un precio modesto); además, tienen prensas sencillas de madera para elaborar tortillas a mano; algunas familias disponen de licuadoras y otros enseres domésticos.

Muchos alimentos se preparan cocidos, por ejemplo los frijoles, los caldos, las sopas, las verduras. Hay poco consumo de verduras crudas, nada horneado, poca comida asada –solo en días de fiesta– y tradicionalmente pocos alimentos fritos, aunque eso empieza a cambiar por la presencia y el acceso fácil a aceites vegetales baratos (antes se usaba manteca). Siguen preparándose alimentos tradicionales como tamales, mole, atoles y pozol de cacao; estos tienen una gran importancia como parte de los rituales y en días de fiesta. Con excepción de los tamales y los moles, la preparación de recetas es relativamente sencilla y con poca variación en la manera de guisarlas. En 2010, una nutrióloga que trabajó con la comunidad recabó recetas tradicionales elaboradas con plantas comestibles no cultivadas e hizo nuevas propuestas para guisar estos mismos alimentos. Resultado de ello es un librito de cocina (Caballero Roque, 2010) que fue repartido a las señoras participantes. Sin embargo, se utilizan poco estas nuevas propuestas y se sigue cocinando de manera más tradicional (hirviendo las verduras), ya que eso implica menos trabajo. Un factor importante es el tiempo y lo laborioso de la preparación de recetas, diferentes a caldos o verduras y frijoles hervidos, sobre todo en el caso de familias muy numerosas.

Las comidas se suelen tomar en grupo; si no se puede toda la familia, por lo menos algunas de sus integrantes se reúnen a comer. Si hay mucha gente, son los niños y los hombres los que comen primero, y después las mujeres, pues ellas sirven y se encargan de calentar las tortillas. El primer alimento se toma en la madrugada o después de levantarse, entre las cinco y las siete de la mañana. Consiste por lo general en café con azúcar, pan dulce, galletas o tortilla. Después se van los hombres a trabajar y los niños a la escuela, mientras que las mujeres empiezan a tortear (hacer tortilla) y preparar el desayuno y la comida, o realizan otros trabajos.

Figura 16. Un desayuno típico



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

El desayuno se toma alrededor de las 10:00-12:00 horas, y consiste en frijol, huevos con verdura o chorizo, verdura cocida, por ejemplo, chayote, siempre acompañado con abundante tortilla, y muy de vez en cuando se incluye carne. Nuevos ingredientes para el desayuno son atún, arroz con leche, lentejas y sopa de pasta. También a esta hora (o un poco antes) se acostumbra tomar el pozol, dulce o con sal y chile, o bien se toma refresco, o aguas preparadas.⁹⁵ La comida se suele tomar tarde, dependiendo de los horarios de trabajo y de escuela entre las tres y las cinco de la tarde. Es el alimento fuerte con el que concluye el trabajo pesado de los hombres, si bien, para las mujeres todavía faltan varias horas de trabajo antes de concluir su jornada. En la comida casi siempre hay frijoles y tortilla, y, dependiendo del día, de la disponibilidad de ingredientes, de tiempos y gustos, se incluye verdura, hierbas, caldo, sopa de pasta, lentejas, arroz, pollo, carne, pescado y otros guisos, por lo

⁹⁵ El pozol es una bebida que da mucha fuerza, es muy nutritiva, y fácil de transportar (por ejemplo, para ir al campo, se lleva una bola de masa, una botella de agua y una jícara; con eso se prepara esta bebida de manera fresca).

general acompañados de chiles con sal y limón y agua fresca preparada con frutas, o bien refresco. La cena finalmente se suele tomar muy ligero, alrededor de las ocho o nueve de la noche y consiste en café o té, quesadillas, tortilla con frijol, verdura cocida, pan dulce, galletas, tamales de elote, calabaza o yuca en dulce, o sobrantes de la comida y a los niños se les da normalmente leche, frutas, galletas, dulces y casi no se consumen tentempiés o bocadillos entre comidas.

La comida tiene un papel muy importante en la vida cotidiana; hay una gran hospitalidad y la costumbre de compartir alimentos o por lo menos bebidas a todas las personas visitantes. Especialmente importante se vuelve la comida en días de fiesta. El rol absolutamente central de las mujeres en la alimentación se vuelve visible para la población en general y sale del espacio doméstico en los días de fiesta. Los hombres se encargan de matar a la vaca, varones y muchachas jóvenes reparten el refresco, pero todo lo demás (café, chayote, atole agrio, pozol de cacao, tamales, barbacoa, caldo, chanfaina⁹⁶ etcétera) está a cargo de las mujeres, que se organizan de manera colectiva para resolver todo eso; también son quienes reparten la comida y sirven a los invitados y a los locales. Los días de fiesta se ofrecen alimentos rituales y de lujo (atole agrio, tamales, carne de res, pozol de cacao); con excepción del refresco que se sirve, hay un énfasis en los productos locales o de la región.

⁹⁶ Todos estos alimentos se sirvieron recientemente en la fiesta de San Andrés, santo patrono de la comunidad.

Figura 17: Comiendo en día de fiesta



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

En los siguientes apartados haré una descripción general de la alimentación de Zapata y de las tendencias de cambio observadas y reportadas. Por supuesto, puede haber ciertas variaciones de familia a familia, ya que los gustos, preferencias, conocimientos, información y habilidades son diferentes. Además, depende de la composición familiar (niños pequeños, puros adultos mayores, migrantes que regresan por ratos, etcétera). Toda la información fue recabada mediante pláticas informales, observación participante y entrevistas en las cuales se preguntó entre otros sobre la comida actual (¿qué se comió ayer y hoy?, preferencias, gustos) y sobre la alimentación de antes (ver guión de entrevista, Anexo 2).

Se pueden ubicar a grandes rasgos dos periodos en cuanto a la alimentación en Zapata:⁹⁷

1. Los primeros años del asentamiento, básicamente desde la década de 1990 hasta poco después de 2000.
2. Los últimos 15-20 años, aproximadamente desde inicios del nuevo siglo hasta nuestros días.

6.2 Alimentación tradicional: los primeros años en Zapata

Para descifrar los sistemas alimentarios en las diferentes culturas, por complejos que sean, el antropólogo de la alimentación Igor de Garine (1998) propone desglosar los alimentos en básicos, secundarios y periféricos y observar las dimensiones geográfica y diacrónica. Esta categorización cobra mucho sentido en el caso de Zapata y la usaré en lo que sigue para describir el sistema alimentario tradicional⁹⁸ y mostrar el inicio del cambio a un sistema moderno.

El alimento básico es el “pan de cada día”, que provee de la mayoría de calorías, el “cultural superfood” (Jelliffe, 1967, citado en De Garine, 1998, 20), que recibe la mayoría de la atención, afectividad y carga simbólica. En Mesoamérica, tierra de hombres y mujeres de maíz, no queda duda de cuál grano tiene este lugar preponderante.

⁹⁷ Identifico una dieta inicial, previa a la colonización de Zapata. Todos coinciden en que haber llegado al lugar actual les ayudó muchísimo para mejorar su alimentación, porque en el lugar de donde venían (Chicoasen) solo había maíz y a veces frijol. Por tratarse de un clima más caluroso y más seco, no había café ni frutas ni verduras. Haber llegado a tierras fértiles (aunque desconocidas) y luego poderse hacer de tierras propias debe haber sido una bendición que se recuerda con mucha alegría: “Aquí como hay cosecha, comemos lo que hay, si quieres comerte una naranja, lima, algo así, aquí hay pues, aquí se cosecha, si pasa el tiempo pues, se puede comer hierbamora, alguna verdurita, solo tengo que ir a traerlo pues, sí, porque allá de donde venimos no hubo nada de eso” (Gregoria Díaz, entrevista, noviembre de 2016).

⁹⁸ El concepto de tradición es relativo; el dinamismo es fundamental y facilita la permanencia a lo largo del tiempo, pero aun así podemos hablar de comidas y cocinas tradicionales, sobre todo en contraposición a los cambios repentinos y fundamentales que han ocurrido en la experiencia de comer y cocinar en las últimas dos o tres décadas.

Alimentos secundarios son aquellos que se consumen frecuentemente y/o de manera estacional, pero que no reciben tanta atención y afecto como el alimento básico. En el caso de Zapata ese papel lo cumplen el frijol, el chile y los demás productos de la milpa (calabaza, ejotes, verduras silvestres que crecen ahí), así como otras verduras locales recolectadas. También los huevos de gallina se consumen con frecuencia, así como frutas locales como guineo, plátano, naranja, limón, y el café como bebida cotidiana.

Los alimentos periféricos, finalmente, son aquellos que se consumen en ocasiones especiales, en fiestas, días de mercado o ceremonias. En Zapata se consume carne de res, pollo, pescado, productos lácteos y pan de trigo, así como alimentos sólo disponibles por estaciones como la chapaya, las hormigas, los hongos y algunos animales de caza.

La dimensión geográfica se refiere a que el sistema se ubica en un medio ambiente regional y que se depende en mayor parte de sus recursos locales: en Zapata se tiene una amplia variedad de alimentos por el microclima benéfico, por estar cerca de la selva, y por la gran (agro)biodiversidad.

La dimensión diacrónica se refiere que la alimentación depende del clima y de las variaciones estacionales; no todo está disponible todo el tiempo, por ejemplo, el tzizun (chapaya) sólo se da alrededor de la Semana Santa, los elotes sólo se pueden cosechar un par de semanas al año y las hormigas salen cuando empieza la lluvia. Por ello hay momentos de abundancia y de escasez de ciertos productos.

La dieta en la primera etapa después de la colonización (finales de 1980/principios de 1990 hasta aproximadamente el año 2000) corresponde a lo descrito arriba como sistema tradicional con una fuerte dependencia de los recursos del lugar, con estacionalidad, y con alimentos básicos, secundarios y periféricos. Todas las personas coinciden en que en esta primera etapa, después de haber llegado, tenían comida buena y saludable, “no como ahora, que uno ya no sabe si es bueno lo que uno come o no”. (Candelaria Pérez, entrevista, agosto de 2016). Reportan que comían tortilla de maíz, mucho pozol, frijol, verduras, muchas de

ellas silvestres, y de vez en cuando huevo, pollo de rancho, carne de animales silvestres como pájaros, tepezcuintle, armadillo, tejón, mapache, tlacuache, en cierta temporada insectos –sobre todo hormigas, consideradas una delicia–, frutas y café. Muy de vez en cuando había carne de res, y ocasionalmente se comía pan, ya que en la comunidad no había horno para prepararlo y había que conseguirlo fuera. Casi no se compraba aceite, pero había manteca de algunos cerdos propios. Tampoco había tiendas; se compraba muy poco de fuera, básicamente sal, azúcar, pan; todo lo demás era de su producción o intercambiado con personas de la misma comunidad, por un lado, porque no contaban con mucho dinero, pero además porque no había vías de acceso, así que los viajes al pueblo (Coita) eran largos y cansados. Las mujeres casi no salían, y los hombres que salían, por ejemplo, a vender café o a realizar algún trámite, no compraban muchas cosas. También escuchamos relatos sobre la escasez de alimentos, especialmente en caso de familias con muchos hijos pequeños, en las que solía ocurrir que no alcanzara la comida para todos y se pasaba hambre por ratos o se comía menos de lo deseado. No se desperdiciaba ningún alimento, y se dependía más fuertemente que hoy de la recolección y de la caza para completar la dieta.⁹⁹

Las estrategias familiares de vida giraban claramente alrededor de la satisfacción de las necesidades básicas de la alimentación y la reproducción familiar; el grado de monetarización de la economía doméstica era muy bajo.

6.3 Alimentación actual en Zapata: de 2000 hasta la fecha

En algún periodo, alrededor del año 2000, este sistema alimentario tradicional empezó a cambiar al monetarizarse más la economía y mejorar los accesos al pueblo y a los mercados. Se siguen consumiendo los alimentos de producción propia, pero la diferencia es que ahora hay muchos otros alimentos comprados o recibidos de programas gubernamentales. Esto

⁹⁹ Aunque no tengo datos o información clara sobre desnutrición de la población de Zapata en este primer periodo después de la llegada a la selva, llama la atención la cantidad de niños y bebés muertos que hay en cada familia, como se puede constatar en una visita al panteón el día de Todos Santos. Supongo que eso se debe no sólo a la falta de atención médica, sino también a un estado nutricional deficiente de las madres, que además tenían muchos embarazos en tiempos muy poco espaciados.

significa más variedad en la alimentación, pero también implica dudas y preocupaciones sobre si es sano y bueno lo que se come.

Figura 18. Mesa al terminar la comida de un domingo



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Según de Garine (1998, 24), es en los alimentos secundarios y periféricos donde es más fácil introducir cambios en los hábitos de consumo, cambios que se podrían aprovechar para la

educación alimentaria; pero me parece que en ese plano también ocurren los cambios hacia hábitos menos saludables y de mayor dependencia del ingreso monetario. Es en los alimentos secundarios, y sobre todo en los periféricos, donde podemos observar el mayor cambio alimentario en Zapata.

Para dar razón de la variedad y procedencia de los alimentos y bebidas actuales, los clasifico en tres categorías según la vía de acceso:¹⁰⁰

- a) Producidos, colectados e intercambiados localmente (alimentos locales)
- b) Comprados en tienditas, en el mercado o en otras localidades (alimentos comprados fuera)
- c) Recibidos en donación de programas gubernamentales (alimentos donados por programas)

6.3.1 Alimentos locales

En forma parecida a lo que sucede en el sistema tradicional, el consumo de los productos de la milpa se mantiene muy alto. En Zapata, actualmente el promedio por familia de maíz es de 1 406 kg/año, calculando un promedio de tamaño de familias de 5.7 integrantes, lo cual nos da 246 kg/persona. Aun si se considera que también los animales domésticos comen este grano, sigue siendo un consumo relativamente alto, si se compara con otras comunidades rurales¹⁰¹ o con el consumo de tortilla en promedio nacional que en 2016 era de 110 kg/cápita (El Vigia, 2017). En todas las casas se elabora a diario la tortilla nixtamalizada y se bate pozol, además de los muchos otros alimentos elaborados a partir del maíz como tamales, atoles, atole agrio, caldos espesos, tostadas y elotes. Ocasionalmente, para ahorrar tiempo, se utiliza harina de Maseca, o se compran tortillas de la tortillería de la cabecera

¹⁰⁰ Igor de Garine (1998) propone distinguir los alimentos en: alimentos de autoconsumo, alimentos externos, comidas caseras y alimentos consumidos fuera de comidas, pero esta distinción no me parece muy útil para mi propósito. Decidí diferenciar entre producidos localmente, comprados y recibidos en donación. Le debo esta idea a mi compañera y amiga Claudia Camacho, quien utiliza una clasificación parecida en su tesis doctoral.

¹⁰¹ Elsa Guzmán reporta un consumo promedio de 1 000 kg/familia de cinco integrantes al año en comunidades rurales de Morelos (comunicación personal, septiembre de 2018), Ivonne Vizcarra Bordi (2012) reporta para comunidades rurales del Estado de México un consumo rápidamente decreciente de tortilla de maíz.

municipal o de la moto repartidora de tortillas, pero esto sigue siendo la excepción; la regla es la preparación y el consumo diario de la tortilla nixtamalizada, elaborada a mano, la cual gusta más y tiene mejores cualidades nutricionales que la tortilla de harina de maíz. Si alguna familia celebra una fiesta, o en caso de celebraciones de la comunidad, las mujeres se apoyan mutuamente en la pesada tarea de tortear: cada señora se lleva una cubeta llena de nixtamal a su casa y la entrega horas después con las tortillas hechas, lo cual reparte el trabajo de elaborar el alimento básico a muchas manos y a muchos fogones.

El frijol se come todos los días: en promedio, las familias (de 5.7 integrantes) consumen 323 kg/año, un volumen considerable, además de muchas verduras, sean silvestres, producidas en la comunidad o compradas. En esto Zapata se diferencia de la tendencia nacional. Según la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición, solo 60%-70% reportan comer a diario leguminosas, y 20%-40% verduras¹⁰² (ENSANUT MC, 2016).

En Zapata se consume habitualmente huevo y, con menos frecuencia, pollo, carne y frutas. En todo lo anterior, y referente a los alimentos de autoconsumo, la dieta actual se parece a la tradicional, con la diferencia de que ahora se incluyen más alimentos que se obtienen fuera de la milpa, por ejemplo, las verduras cultivadas (chile, chayote, tomate). Se come más pollo y huevos, y en algunas ocasiones carne de res, ya que en cada fiesta se mata una vaca o un torete, mientras que antes la ganadería no estaba muy desarrollada.

Dentro de la comunidad, algunas personas venden o intercambian algo de su cosecha. Ocasionalmente se tiene leche y queso, pero por lo general los productos lácteos no vienen de la comunidad sino de otras cercanas o de las tiendas de la cabecera municipal.

Las verduras y los hongos colectados, que antes formaban parte importante de la dieta, ya no se valoran igual que antes, sobre todo por los jóvenes, y no están siendo consumidos con tanta frecuencia, debido a un cambio en los gustos, pero también porque empiezan a escasear algunos de estos recursos. La limitación de incursionar en la reserva, los cambios

¹⁰² Los porcentajes varían según la edad de los encuestados, siendo los niños los que menos consumen estos alimentos

ambientales y productivos como el uso de herbicidas, la sobreexplotación y el avance de la ganadería hacen más difícil encontrar insectos, hongos, hierbas y frutos silvestres, y restringen la caza de animales silvestres.

Es importante remarcar que el hecho de tener más terreno no necesariamente lleva a una mejor alimentación. De algunas entrevistas queda claro que antes, cuando las familias de Zapata tenían poco terreno y se trabajaba con machete, cosechaban hierbitas y tomatitos en el cafetal y en el campo. Ahora, que tienen más terreno, ya no lo pueden trabajar todo manualmente y utilizan, en el potrero y en la milpa, herbicidas que matan los tomatitos y las hierbas silvestres. Disponer de más terreno puede brindar más ingreso (si es que se logra la cosecha o criar y vender el ganado) pero no necesariamente una mejor alimentación o más sana.

La pérdida de verduras silvestres en milpas, potreros y caminos por el uso de herbicidas podría llevar a una pérdida de cultura alimentaria y de una fuente importante de minerales y vitaminas. Sin embargo, casi todo lo que se encuentra en las milpas se puede cultivar en el traspatio, como se mencionó arriba y como fue demostrado en un estudio sobre huertos familiares en Chiapas (Solís-Becerra y Estrada-Lugo, 2014); de esta manera, el traspatio o huerto familiar, en la mayoría atendida por mujeres, queda como cierta garantía para una alimentación variada.

Cuadro 10. Alimentos producidos, colectados e intercambiados localmente

Alimento básico		Frecuencia de consumo
	Maíz	cotidiano
Alimentos se-cundarios	Frijol	cotidiano
	Chile	cotidiano
	Calabaza y pepita de calabaza	En la temporada
	Verduras silvestres	Varias veces a la semana

	Verduras cultivadas (chayote, tomate, rábanos)	Varias veces a la semana
	Hierbas colectadas o cultivadas	Varias veces a la semana
	Huevo de pollo	Varias veces a la semana
	Café	Cotidiano
	Frutas básicas: cítricos, plátanos	Varias veces a la semana
Alimentos periféricos	Carne de pollo de rancho	1 vez/sem.
	Carne de res	Ocasionalmente, en fiestas
	Tzitzún (chapaya)	Cuando es temporada
	Otras frutas	Cuando es temporada
	Hongos	Cuando es temporada
	Leche o queso producido localmente	Ocasionalmente

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas y observación directa

6.3.2 Alimentos comprados fuera

En la comunidad hay tres tienditas que venden sobre todo refresco, frituras, dulces, galletas y algunos productos de necesidad diaria, como papel de baño, sal, azúcar, arroz, aceite, jabón. En la tienda de DICONSA que existía hasta 2016 se vendía, además, el maíz de DICONSA, que algunas familias compraban, mientras que a otras no les gustó tanto su calidad y prefirieron adquirirlo en otras comunidades o regiones de Chiapas.

Las tienditas ciertamente han facilitado el acceso a otros alimentos (más allá de lo autoproducido) como lo constata el siguiente testimonio:

En cambio ahorita si nos antoja comer sopa o soya, ya hay tienditas aquí cerca, si tenemos dinerito, lo compramos, eso es el cambio que hemos tenido. A veces, pues, mis hijos, a veces se les antoja comer galleta con su café. Entonces van a ir a comprar. Anteriormente, no conocíamos las cosas, porque nosotros no salíamos al pueblo (Benita Pérez, entrevista, septiembre de 2017).

Son los niños y las niñas quienes más frecuentemente compran en las tienditas en la comunidad, aunque en cantidades muy pequeñas, ya que no se les da mucho “gasto”. Es notoria

la preferencia de los niños, las niñas y los jóvenes por refrescos, frituras, dulces, en comparación con los adultos, que los consumen relativamente poco.

En esto Zapata se parece a la tendencia nacional, aunque probablemente en menores niveles todavía, ya que el “gasto” es mínimo (uno a tres pesos por día aprox.) y estos productos por lo general no se encuentran en la casa. En varios estudios en México se constata un alto consumo de estos alimentos no recomendables en la población en general, pero más aún en niños y niñas (ENSANUT MC, 2016). Pérez-Salgado et al. (2010) han demostrado que niños, niñas y adolescentes son desde hace un par de años los destinatarios preferidos de los comerciales en la televisión mexicana,¹⁰³ por ser un grupo importante de consumidores.

Una a dos veces por mes llega una tienda móvil con algunos productos básicos y pan dulce, así como varias veces a la semana una moto repartidora de tortillas que viene de una tortilladora de otra comunidad. Para los demás productos se viaja a la cabecera municipal donde se encuentra el mercado, así como supermercados y tiendas de abarrotes. Allí se compra pan, arroz, galletas, pasta, sal, condimentos, refrescos, verdura que no se consigue en la comunidad, aceite, azúcar, pollo, huevos y carne¹⁰⁴. Dependiendo de sus ingresos y gustos, algunas familias también compran otros productos industrializados como mayonesa, pan Bimbo (altamente industrializado), jamón, chorizo, bebidas azucaradas, refresco en polvo, dulces, yogurt, nescafé, “chucherías” (Sabritas, frituras, etcétera). El alto consumo de azúcar en algunas familias (sobre todo con café y aguas frescas), además del azúcar escondido en bebidas preparadas, panes y galletas, es preocupante, ya que es una sustancia adictiva; sin embargo, el consumo no es igual de alto en todos los hogares.

¹⁰³ No sólo se encontró un lapso mayor de exposición a publicidad en tiempos de programación infantil que durante el programa general (25.8% vs. 15.4%), sino que los alimentos anunciados en programas infantiles tienen mayor contenido de calorías, grasa y carbohidratos (Pérez-Gil et al., 2010).

¹⁰⁴ Si bien se compra y consume la carne de la producción propia de Zapata, también se adquiere de vez en cuando carne de res en las carnicerías o en el mercado de Coita. No estoy segura de si la ganadería tuvo un impacto en el consumo de carne de res en general, en el sentido de que la gente se empezó a acostumbrar a comer carne más seguido que antes, o si el consumo aumentado tiene que ver con la disponibilidad de dinero.

Las señoras entrevistadas calculan gastar semanalmente entre 200 y 500 pesos en las compras en Coita (Ocozocoautla), aparte de las pequeñas compras dentro de la comunidad.

Hay indicios de que la alimentación de las familias mejora y se hace más variada cuando las mujeres tienen ingresos propios (FAO, 2016).¹⁰⁵ Este también es el caso en Zapata, pero no siempre es más sana, también se puede diversificar el consumo de productos industrializados o poco saludables. Especialmente el día de pago de los programas sociales como Prospera, 70 y más (adultos mayores), o Procampo, la gente de las comunidades de la zona norte de Coita se surten de muchos alimentos en el “pueblo”. Dependiendo de la familia, se compra más o menos saludable y variado. Además, debido a que el programa llega sólo cada dos meses, se tiende a comprar alimentos que se pueden guardar durante mucho tiempo, y no tantos productos frescos.

La siguiente cita deja en claro que la recepción de las transferencias influye en los patrones de consumo y que las encargadas del programa alientan el consumo en las tiendas. Doña Candelaria y doña Lucía cuentan:

Ahora ya compro algo para mis hijos como yogur, frutas, cuando recibo el apoyo, es lo que compro primero. Antes se consumían más verduras, lo que se encontraba aquí en la comunidad. Sólo compraba algo cuando nos salía algún dinero con el trabajo; antes no comíamos pan, ahora ya siempre piden galletas o pan para tomar café. Cuando recibo apoyo tengo que comprar, es lo que nos dice la licenciada, no es para guardar el dinero si no es para que le compren algo que comer a sus hijos (Candelaria Pérez Pérez, testimonio, 2015).

Ahora veo que la alimentación de mis hijos es más nutritiva porque ya les compro más cosas con que alimentarlos, antes comíamos sólo lo que se producía aquí como verduras [...] nos dicen que si nosotros no cumplimos nos quitan el apoyo, ya no es lo mismo que antes, y también que compremos la leche para nuestros hijos, nos dicen que es para eso que nos dan el apoyo, igual allá donde llegamos a recibir el apoyo tenemos que comprar la despensa (Lucía Hernández Morales, testimonio, 2015).

¹⁰⁵ Según la FAO, las mujeres reinvierten hasta 90% de sus ganancias en sus hogares, dinero que se destina a nutrición, alimentos, atención médica, escuela y actividades generadoras de ingresos (FAO, 2016).

Como hay familias que invierten mucho dinero en alimentos poco recomendables, también hay otras que utilizan los ingresos de los programas de manera óptima (desde un punto de vista nutricional o de economía familiar).

Escuchamos relatos sobre funcionarios de Prospera que menosprecian o ignoran el valor de la producción propia que tienen las familias campesinas, y que al instar a las beneficiarias a comprar alimentos en vez de consumir lo propio demuestran una ignorancia total sobre la producción campesina. “Nos dicen que si nos ven otra vez comprando chanclas o ropa nos van a quitar el programa. Quieren que compremos frutas y verduras. Pero ¿por qué, si lo tenemos en la casa?”, dice una señora de Zapata. Otra queja es que los funcionarios exhortan a las mujeres y a los adultos mayores receptores de programas a que compren en la tienda de DICONSA. “La inconformidad que tengo es que está caro, me sale más barato comprar en otro lado ese paquete que nos dan por 200 pesos, pero lo tengo que comprar” (Fausta Pérez, entrevista, 2015).

Aunque no están muy conformes con las exigencias del programa, ante las amenazas de perder el apoyo, la mayoría de las señoras “obedecen”. El trato infantilizante hacia las mujeres receptoras de programas sociales es, desde mi perspectiva, inaceptable e indignante; se les prescribe dónde y qué comprar con dinero público al que tienen derecho y se les trata como si fueran menores de edad cuando ellas son las personas que se han encargado de la alimentación de sus familias durante toda la vida.

La dimensión geográfica y diacrónica de los alimentos comprados está presente en el caso de los alimentos frescos de la región, por ejemplo, el pescado de la represa cercana, el queso, algunas verduras o frutas que se adquieren en el mercado, pero obviamente está ausente en el caso de alimentos empacados o industrializados. Este aspecto empieza a dejar ver ciertos cambios hacia un sistema alimentario moderno. Además, en el caso de los productos comprados, naturalmente, la operación depende mucho del ingreso disponible y se

puede dar una cierta estratificación o diferenciación según el ingreso, aunque en Zapata no es muy visible.

Se ha demostrado en otros estudios que cuando hay necesidad de comprar lo que antes se cultivaba, fácilmente se da un cambio en el patrón alimenticio hacia más productos industrializados (Vizcarra, 2012) por ser más accesibles y por el precio relativamente bajo de algunos productos como sopas instantáneas o pan blanco, en comparación con alimentos de calidad como la buena tortilla y el frijol. Los “carbohidratos vacíos” (pan blanco, sopas, alimentos fuertemente azucarados, bebidas endulzadas, frituras) son especialmente peligrosos en este sentido y responsables de la epidemia de obesidad y diabetes en México, con presencia simultánea de deficiencias nutricionales. Afortunadamente, la tendencia de sustituir la tortilla por pan blanco industrializado, o el frijol por sopas de pasta reportada en otros estudios en comunidades rurales (Bertrán, 2005; Vizcarra, 2012) no se observa en Zapata. El hecho de que el maíz y el frijol se produzcan para el autoconsumo y que no se tengan que comprar (o en el caso del maíz, sólo marginalmente), ha limitado la presencia de los “carbohidratos vacíos” que engordan pero no nutren.

Si bien hay presencia de alimentos comprados poco recomendables en la comunidad, tampoco es un cambio en una sola dirección: hay “recambios” posibles. Una familia cuenta que hace aproximadamente 5-10 años consumían más refresco y sopas instantáneas. Conforme se dieron cuenta y aprendieron (por las hijas que salían a estudiar) que eso no es bueno, dejaron de consumir estos productos y volvieron a las verduras recolectadas y al limón y la mandarina para hacer aguas frescas. También el alto precio de los refrescos, del azúcar y de otros alimentos periféricos es un impedimento para su consumo cotidiano, y se limita en muchas unidades domésticas al consumo dominguero o para ofrecerle a las visitas.

Cuadro 11. Alimentos comprados en tiendas y mercados

		Frecuencia de consumo
Alimento básico	Maíz (en caso de las familias que no tienen suficiente para autoconsumo)	Cotidiano
	Maseca	Ocasionalmente (aprox. 1 vez/mes)
	Tortilla de Maseca	Ocasionalmente (aprox. 1 vez/mes)
Alimentos secundarios	Pasta para sopa	Varias veces a la sem.
	Arroz	Varias veces a la sem.
	Pan dulce de trigo, galletas	Varias veces a la sem.
	Huevos de granja	Varias veces a la sem.
	Verduras que no hay en la comunidad (papa, zanahoria, repollo, tomate, chile, cebolla)	Varias veces a la semana
	Carne de pollo de granja	1 – 2 veces/sem.
	Pan Bimbo (un pan de caja industrializado)	Ocasionalmente
	Soya texturizada	Depende de la familia,
	Lentejas	Ocasionalmente (1 vez/mes)
Alimentos periféricos	Condimentos: Sal, vinagre, especias, Knorr Suiza	Depende de la familia
	Azúcar	Cotidiano
	Queso, yogurt, leche en polvo	Varias veces a la semana
	Frituras (Sabritas, totis, palomitas)	Varias veces a la semana
	Polvos para preparar agua	Frecuentemente, esp. en niños y niñas
	Dulces industrializados	Frecuentemente, esp. en niños y niñas
	Aceite vegetal	Varias veces a la semana
	Otras Frutas	Ocasionalmente
	Avena	Ocasionalmente
	Atún y sardinas enlatadas	Ocasionalmente

Pescado fresco	Ocasionalmente
Carne de res	Ocasionalmente
Chorizo, salchichas	Ocasionalmente
Sopas instantáneas	Ocasionalmente
Harina de trigo para preparar dulces o repostería	Ocasionalmente
Refrescos embotellados	Depende de la familia
Polvo para preparar chocolate	Ocasionalmente en niñ@s
Salsas compradas, chiles en lata	Depende de la familia
Leche en polvo	Frecuentemente en niños y niñas pequeñas
Café soluble	Ocasionalmente, cuando no hay café propio
Mayonesa	Ocasionalmente

Fuente: Elaboración propia

6.3.3 Alimentos donados por programas

Especial mención merecen los alimentos recibidos en donación por programas gubernamentales. Hay que entender que la premisa de los programas de combate a la pobreza o al hambre es alcanzar la “seguridad alimentaria”, la idea que justifica el acceso a los alimentos y no a la producción. En la visión oficial de proveer despensas, papillas, insumos para comedores comunitarios, desayunos escolares, esto queda de manifiesto (Acuña, 2015).

Aunque los alimentos recibidos como donación no son tantos en relación con aquellos producidos en la comunidad o los comprados fuera, están teniendo un efecto en los hábitos de consumo, en la educación de los paladares, especialmente de los niños y las niñas, y marcan una idea de lo que es, según las enfermeras y “licenciadas” de los programas, una alimentación sana y balanceada: papillas para niños, lentejas, atún, sardinas, soya texturizada, atoles en polvo, verduras deshidratadas y otros productos que antes no se consumían o no se conocían en la comunidad. Todos estos entran en la cocina de las casas y se mezclan con los productos de autoconsumo y los comprados.

Los programas de alimentos se dirigen sobre todo a las mujeres, en su calidad de madres y amas de casa, y cuando son para los niños, se responsabiliza a las mamás por su preparación. No hay ningún intento de aligerar la carga de trabajo de las señoras a través de estos programas, ni de distribuir de manera más igual este trabajo reproductivo involucrando, por ejemplo, a los hombres.

La presencia de alimentos donados por programas gubernamentales es común en muchas comunidades urbanas y rurales, consideradas “pobres”. Según la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT MC, 2016), en las comunidades receptoras de Prospera hay simultáneamente presencia de programas de ayuda alimentaria como Pensión para Adultos Mayores (48.8%), Desayunos escolares (25.8%), Escuelas de Tiempo completo (16.4%) y el programa de Abasto Social de Leche LICONSA (11.3%). Llama la atención la nula coordinación entre los programas. Así, puede haber duplicidad de programas en una sola comunidad, mientras en otras no llega nada o muy poco, como lo confirmó un funcionario del DIF municipal de Coita en una entrevista.

Hay que entender la decisión de las familias, especialmente de las mujeres, de aceptar las donaciones de alimentos como parte de sus estrategias familiares de vida, pues son una ayuda que puede complementar lo autoproducido o comprado, especialmente en tiempos de escasez de ciertos productos o de dinero. Sin embargo, los programas de donación de alimentos rompen con la lógica de la economía campesina que funciona como una unidad de producción y consumo. De esta manera, las personas receptoras, no importa si son gente del campo o de la ciudad, quedan como meros consumidores.

Durante el tiempo de trabajo de campo, en Zapata se entregaban y consumían productos alimenticios donados por los siguientes programas:

- Desayunos escolares del DIF
- Prospera, componente de nutrición para infantes y mujeres embarazadas (PROSP)
- Cruzada Nacional Contra el Hambre en su componente del PAL-Sin Hambre (Programa de Apoyo Alimentario), entre 2013-2017 (PAL-Sin Hambre)

- Canasta Básica de Corazón a Corazón¹⁰⁶ (por ratos) (Canasta Básica)

Cuadro 12. Alimentos recibidos en donación de programas

Producto	Programa de procedencia
Maíz	PAL-Sin Hambre
Harina de maíz	DIF, Canasta Básica
Café soluble	PAL-Sin Hambre, Canasta Básica
Frijol negro	PAL-Sin Hambre y DIF
Aceite vegetal	DIF, PAL-Sin Hambre, Canasta Básica
Arroz	DIF, Canasta Básica
Atún	PAL-Sin Hambre y DIF
Avena	PAL-Sin Hambre y DIF
Cholocates en polvo	PAL-Sin Hambre, Canasta Básica
Huevo	PAL-Sin Hambre (Antes había huevo en polvo del DIF, pero se eliminó)
Leche en polvo	PROSP, DIF
Leche reconstituida en tetrapak	DIF
Lentejas	PAL- Sin Hambre y DIF
Papillas para bebés y niños	PROSP
Pasta integral ("sopa")	DIF
Polvo para atoles (maicena con saborizantes)	PROSP, DIF, Canasta Básica
Sardinas en salsa de tomate	DIF
Soya texturizada	Antes había del DIF, pero actualmente no
Verduras deshidratadas	DIF

Fuente: Elaboración propia

¹⁰⁶ Una minidespensa del gobierno de Chiapas en la gestión de Manuel Velasco Suárez (2012-2018) con claros tintes electorales y de clientelismo, que no era un programa duradero.

Más aún que en los alimentos comprados, en aquellos recibidos en donaciones de programas gubernamentales está totalmente ausente la dimensión geográfica y diacrónica, lo cual muestra una falta de atención total al aspecto cultural de la alimentación. En estos programas se entregan los mismos alimentos en Sonora que en Chiapas, en la costa que en la sierra, en época de lluvia o en época de secas. La maestra de preescolar de Zapata señala al respecto:

Lo más correcto sería hacer un diagnóstico en cada región de qué es lo que es lo más adecuado en cada región, de acuerdo también a sus culturas. Porque verduras por ejemplo como zanahoria, chayote, papa, no hay necesidad de mandarlo, no estamos en el desierto, aquí se cosecha todo tipo de legumbres. Se ha visto, pues, un programa, no muy acorde a lo que se necesita en las comunidades (maestra Lucía Luna, entrevista, junio de 2017).

Los alimentos vienen de un puñado de grandes empresas de la industria alimenticia que tuvieron un convenio con DICONSA o con el DIF para elaborarlos y distribuirlos, pero no de la tierra o de un lugar específico. Estas empresas han sido claramente beneficiadas por las políticas públicas de “apoyo alimentario”. Acuña (2015) señala al respecto que, siguiendo un “modelo agroalimentario que excluye a los pequeños agricultores y refuerza mecanismos de producción, industrialización y distribución de las corporaciones agroalimentarias”, los sujetos del abasto de estos programas de la política alimentaria son las empresas privadas, que de esta manera “amplían sus espacios de acción” (Acuña, 2015, 253).

También deja de tener sentido la categoría de alimento básico, secundario y periférico, propuesta por Igor de Garine para caracterizar los sistemas de alimentación tradicionales, ya que el maíz pierde su rol central y muchos alimentos son intercambiables por otros. Cuando se entregan, se consumen; cuando se acaban, se regresa a lo producido localmente y a lo comprado afuera. Sin embargo, queda el efecto de formar el gusto, y el peligro de crear dependencia y hábitos.

Un aspecto que nunca es mencionado en los trabajos acerca de programas de donaciones alimentarias es que estos alimentos industrializados no sólo son altamente procesados y modificados, y que fomentan el gusto por lo artificial y no por lo natural, sino que además

son una puerta de entrada clandestina a transgénicos a nuestro país y a nuestros estómagos. Con excepción de las sardinas, el frijol, las lentejas, las verduras y el maíz mexicanos – si es que realmente provienen del país– una gran cantidad de los productos contienen (muy probablemente) transgénicos, por ejemplo, el arroz importado, las leches, chocomilk, atoles, papillas con lecitina de soya, los aceites comestibles de canola, maíz y soya, y hasta el atún contiene soya. Es preocupante porque casi toda la soya en el mundo es transgénica. Los consumidores no reciben información acerca del contenido “real” de las despensas y no tienen ninguna posibilidad de elegir entre un producto con organismos genéticamente modificados o no. Dadas las múltiples dudas sobre los efectos en la salud humana (López-Revilla y Martínez-Debat, 2013), es un experimento a gran escala que se está emprendiendo con la población más pobre del país.

En lo que sigue se describen de manera más detallada los tres programas de donación de alimentos DIF, PAL- Sin Hambre y Prospera. (Se omite el programa Canasta Básica de Corazón a Corazón, porque en Zapata su entrega fue demasiado irregular como para poder llamarlo “programa alimentario”; sólo llegaba algunas veces).

Desayunos Escolares del DIF

“Desayunos Escolares” es un programa federal de asistencia social que se implementó en 1959 y “creció rápidamente a principios de la década de 1960, quizá como reacción ante las simpatías que despertó la Revolución cubana” (Meléndez y Aboites, 2015, 89). La meta es cubrir la población escolar en localidades de marginación.¹⁰⁷ Si bien los fondos vienen del DIF federal, el programa se ejecuta a través del DIF estatal, lo cual en Chiapas, en el transcurso de la administración de Velasco Suárez (2012-2018), significaba mal manejo y desvío de fondos, así como poca o nula transparencia.

¹⁰⁷ Desconozco el grado de cumplimiento de esta meta, pero en las escuelas rurales y urbanas de barrios populares el programa es sumamente presente, aunque la entrega de las despensas en los últimos años ha sido irregular.

Los desayunos escolares consisten en alimentos empacados o procesados que deben preparar las madres de familia (para alumnos/as en edad preescolar y primaria), turnándose para elaborar un desayuno caliente cada día. Las cajas tienen que ser recogidas por las vocales cada dos meses en la cabecera municipal, donde llegan al DIF municipal. Las señoras y la maestra reportan que llega poco producto, no alcanza para los dos meses previstos, sino máximo para tres o cuatro semanas, y el funcionario del DIF municipal admite que el DIF estatal ha omitido varias entregas durante el año escolar 2016-2017 sin que se sepa la razón. De esta manera, a veces hay desayunos escolares para niños y niñas de Zapata (y trabajo extra para las madres al prepararlo), y a veces no.

Según el funcionario municipal del DIF, los ingredientes para los desayunos escolares son “productos de muy excelente calidad que a todos los niños los nutren [...] Entonces viene muy equilibrado lo que se le da a los niños” (Alexander de Jesús Orduñez, entrevista, junio de 2017), pero las personas de Zapata no lo ven así.

Desde hace un tiempo, irónicamente, en el contexto de la entrega de alimentos industrializados, ya no se manda sal ni azúcar, para supuestamente combatir la obesidad infantil y la presión arterial alta. De esta manera, las madres tienen que completar los desayunos con azúcar, sal, tomate, cebolla o lo que haga falta, traídos de sus casas o comprados por un fondo común que tienen en la escuela.

Figura 19. Desayunos escolares del DIF: preescolares con su maestra



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Las mamás cocineras del programa en Zapata hacen maravillas con el poco producto que llega e intentan prepararlo de manera rica y estirando el alimento para que alcance para varias semanas. Este esfuerzo de ninguna manera es valorado, el trabajo invertido no se retribuye y se toma como “natural” que ellas se encarguen de cocinar para los niños de toda la escuela cuando es su turno, y se saca provecho de su rol socialmente adscrito como responsables de la alimentación y los cuidados. Pero al mismo tiempo se les da poco espacio

de maniobra y de autonomía en este trabajo, ya que no se les permite decidir sobre qué y con qué ingredientes cocinar.

Muchos de los productos donados son innecesarios en Zapata, por ejemplo, el frijol o la Maseca/maíz, pues en la comunidad se tiene mejor maíz y frijol. Otros no gustan o son culturalmente inapropiados, por ejemplo, la pasta integral, el huevo en polvo,¹⁰⁸ o las verduras deshidratadas que realmente saben muy feo, como pude constatar en un autoexperimento y como también opina la maestra de preescolar de Zapata:

Los chícharos no se cocieron, las papas y las zanahorias no se cocieron, eran bien duros, los cocí todo el santo día pero no se ablandaron, al final dije, pues lo usamos como canicas. Dios mío, el gobierno ¿iqué piensa que somos?! Este tipo de alimentos son realmente un gasto que no funciona, es como echar a la basura el dinero (Lucía Luna, maestra de preescolar de Zapata, entrevista, junio de 2017).

Las madres sugirieron que mejor mandaran algo que realmente sirva, como azúcar, cebolla, chocolate o chocomilk y otros productos que no se consiguen en la comunidad; la maestra elaboró un oficio para entregarlo al DIF estatal, pero nunca recibió respuesta.

A la pregunta de por qué se mandan productos que no gustan como la pasta integral o las verduras deshidratadas, y qué se supone que las señoras deben hacer con eso, el funcionario responde: “Las madres se las tienen que ingeniar para que todos los niños lo coman” (Alexander de Jesús Orduñez, entrevista, junio de 2017). Una interesante interpretación de la corresponsabilidad: las empresas de la industria alimentaria producen y venden alimentos que no gustan, el gobierno los compra y los reparte para los niños y las niñas, y las madres, el penúltimo eslabón en la cadena, “se las tienen que ingeniar”.

Las opiniones acerca de los desayunos escolares en la comunidad son mixtas: hay madres que sugieren ya no recibirlo, porque en Zapata no se necesita. “Aquí tenemos buena co-

¹⁰⁸ Afortunadamente se dejó de suministrar hace un tiempo. Acuña (2015) reporta protestas de mujeres de la sierra norte de Puebla justamente contra este huevo en polvo.

mida, mejor se lo manden a otras comunidades más necesitadas”, fue el argumento de algunas, pero otras insisten: “Si lo dan, hay que recibirlo, es regalado del gobierno, no nos cuesta nada.” Una madre viuda lo percibe como una ayuda importante: “Lo que también me ha apoyado mucho son los desayunos escolares que reciben mis hijos del kínder y de primaria, ahí voy ajustando la alimentación de mis hijos, es una gran ayuda para mí” (Fausta Pérez, testimonio, 2015).

A la pregunta sobre si habría una diferencia en la alimentación de los niños sin este programa, la maestra se expresa de manera ambigua: “No puedo yo presumir que este tipo de apoyo que manda el programa sea suficiente, es muy poco, sólo para decir que no quede en ceros el programa” (maestra Lucía Luna, entrevista, junio de 2017).

A pesar de no ser suficiente y de tratarse de algunos alimentos poco deseados, con excepción de las verduras deshidratadas (que se les da a los pollos), se termina comiendo en las casas lo que sobra de la cocina escolar o lo que no se puede elaborar allí: se reparte la harina de Maseca para que las madres hagan tortillas en su casa, y se reparte lo que sobra. Los niños se acostumbran así desde pequeños a la comida industrializada en sus hogares.

Figura 20. Alimentos del DIF



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Cruzada Nacional Contra el Hambre

La Cruzada Nacional Contra El Hambre era un programa gubernamental en el sexenio de Enrique Peña Nieto que fue anunciado con gran bombo y platillos en 2012, pero ni siquiera duró para ver el fin del sexenio; entre otros, con fondos de este programa se orquestó el fraude inmenso de la llamada “Estafa maestra”.

Entre 2013 y 2017, seis mujeres en Zapata recibieron “Tarjeta de apoyo alimentario SIN HAMBRE” (PAL-Sin Hambre), el componente de ayuda en especie de este programa. El apoyo consistió en una tarjeta a la cual se cargaba el valor de 1 276 pesos cada dos meses y que había que gastarse en ese mismo momento en la tienda de DICONSA. Según testimonios de personas de Zapata, al inicio del programa se les dio mucho producto por los 1 276 pesos. Se podía comprar maíz de DICONSA, cajas de aceite y otros productos que se consideraron útiles.

Daban de todo y era mucho, pero con el tiempo fue cambiando y subiendo el precio de cada cosa. Al final ya solo daban nescafé, frijol, chocolate, sopa, como seis o siete productos nada más y ya no se podía escoger, ya nos daban sólo lo que ellos querían (Berlaín y Victoria Díaz Pérez, entrevista, febrero de 2018).

Otras mujeres cuentan:

Nos dan cajas de frijol, de nescafé, ¿para qué lo queremos? Aquí estamos cosechando frijol y café. Normalmente no consumimos nescafé.

Dan mucho atún, sardina, pero no lo dan a precio justo, lo dan a precio elevadísimo. A modo de que ya no rinde el dinero de la tarjeta. “Eso es lo que te vas a llevar”, nos dicen. La tienda está surtida, pero no podemos llevar lo que queremos, ya está la lista lo que tenemos que llevar. Por eso yo digo, ¿cuál es el apoyo allí? (Gloria Díaz, testimonio, 2015).

La estrategia de las señoras “beneficiadas” consistía en buscar en la comunidad a quien pudieran revender los productos. Lo daban a un precio un poco más barato que en las tiendas normales y de esa manera “recuperaron” algo de dinero y pudieron comprarse cosas que realmente necesitaban, aunque ya no sacaron el valor total de la despesa.¹⁰⁹

En este programa, aún más que en el caso de la entrega de dinero de Prospera, había una infantilización y un “tutelaje” de las mujeres beneficiarias. Cuando se terminó PAL-Sin Hambre y las seis mujeres pudieron pasar a ser beneficiarias de Prospera, lo percibieron como una mejoría, porque “por lo menos es dinero y nosotras podemos decidir qué necesitamos comprar” (Gloria Díaz, testimonio, 2017).

Alimentos de Prospera

Prospera, programa de Inclusión Social, es el más difundido de los de asistencia social en los hogares mexicanos en situación de pobreza, como explicamos arriba. Tiene un componente de salud nutricional para infantes y mujeres embarazadas con el suministro de papillas para bebés.

En el tiempo de trabajo de campo había mujeres que recibieron suplementos alimenticios para bebés y niños menores de tres años con bajo peso por parte del componente salud del programa Prospera. Por lo general es bien visto este programa; se aceptan las papillas y se les dan los alimentos extra a los niños. El programa en ningún momento desalienta la lactancia materna, al contrario, anima a las mujeres a seguir con la lactancia a libre demanda, pero a empezar con comida sólida a partir de los seis meses, lo cual de por sí se hace.¹¹⁰ Hay estudios que asocian el descenso de la desnutrición aguda en niños y niñas, entre otros, con

¹⁰⁹ La venta de los alimentos donados es una práctica común. Los mercados de Chiapas están llenos de diferentes productos recibidos en programas alimentarios, aunque su leyenda dice muy visiblemente: “Prohibida su venta”. De esta manera, algunos de éstos (industrializados y empaquetados) pueden estar a la venta aun después de su fecha de caducidad, y llegan a muchos hogares y regiones diferentes, no solamente a aquellos para los que eran destinados.

¹¹⁰ Bebés y niños pequeños comen y beben por lo general tempranamente algunos alimentos de los adultos: caldito de pollo, frijol, tortilla remojada, café con azúcar, plátanos asados, chayote, tamales.

programas como los suplementos alimenticios para bebés (ENSANUT, 2006, cit. en Hernández Alarcón, 2011), y hay otros que lo ponen en duda. En la evaluación más reciente de Prospera no se encontró una diferencia significativa entre la desnutrición de niños cuyas madres son beneficiarias de Prospera y los de quienes no lo son (INSP, 2018), lo cual indica que se puede deber más bien a una mejora del estado nutricional general de madres e infantes, sean o no receptoras de Prospera.

Resumiendo el efecto de los alimentos recibidos en donación en la alimentación de Zapata podemos decir que los programas de alimentos se dirigen sobre todo a las mujeres, son vistos como un complemento bienvenido, sobre todo para personas de muy escasos recursos, pero en Zapata no se depende de ellos. Causa molestia la forma en que se reciben estos alimentos y el trato de algunos funcionarios:

- Los alimentos no llegan completos,
- no llega lo que es deseado,
- no se sabe cuándo y cuánto va a llegar,
- se venden los productos a precios elevados,
- se les dice a las mujeres qué tienen que llevar.

Sin embargo, estas molestias tampoco causan un rechazo a estos programas sino que paulatinamente van formando parte de la cotidianidad y de lo que se considera comida “normal”.

Cuando hace 20 años, nadie quería comer atole en polvo, y no se sabía qué hacer con la soya, ahora estos productos se están integrando a la dieta diaria.¹¹¹ “Todo eso lo que regala el gobierno, las papillas para los niños, los desayunos escolares, las despensas... antes se lo

¹¹¹ Un ejemplo para la paulatina aceptación de estos alimentos es la familia de don Artemio. Al ser preguntado sobre las despensas que manda el gobierno, contesta: “Aquí en la casa todo se consume lo que viene en los paquetes” (don Artemio Pérez, testimonio, junio de 2018) aunque él personalmente está siendo muy crítico de la alimentación industrializada, siendo un curandero y un agricultor con conocimientos agroecológicos quien enfatiza constantemente que lo natural es mejor y hay que comer lo que aquí crece.

dábamos a los pollos, ahora ¿quién lo va a despreciar?” (Blanca Luz González, testimonio, 2016).

El hecho que estos alimentos se integren a la dieta cotidiana se debe seguramente a su gratuidad. Si se tuvieran que comprar, probablemente tardaría mucho más su aceptación (al menos que estuvieran acompañados por campañas de publicidad fuerte o por presión), pero como son gratis, se consumen —“a caballo regalado, no se le ve el colmillo.” También puede haber un efecto de cambio en los gustos, ya que las papilas gustativas cambian de preferencias, sobre todo si los alimentos diferentes se consumen en la infancia o si se trata de alimentos adictivos como el azúcar, el glutamato monosódico, las combinaciones de grasas con azúcares y con sal o la Coca-Cola. Cuando dejan de ser suministrados o subsidiados, se han hecho costumbre y se siguen consumiendo aunque se tengan que comprar.

La venta de alimentos donados (o distribución en el caso de los sobrantes de los desayunos escolares) al interior de la comunidad es señal, por un lado, de que no se requieren estos productos, pero por otro lado, a través de la venta se distribuyen a más hogares donde terminan siendo consumidos. De esta manera, poco a poco va cambiando la alimentación. “Sí, lo consumimos, pero no es mucho”, es una respuesta común cuando se indaga sobre dichos alimentos.

Otro aspecto que nos preocupa (a los jóvenes coinvestigadores y a la autora) es la autopercepción de la gente como campesinos pobres, necesitados de ayuda alimentaria, que se refuerza por los programas asistenciales como Prospera/Oportunidades y programas de donación de alimentos.

La gente se asume como pobres porque el gobierno y la tele les dicen que en las comunidades reciben Oportunidades porque son pobres. También dicen para que los niños tengan una buena alimentación, hay que darles leche y papillas. Lo van repitiendo y lo mentalizan, se lo creen poco a poco (Blanca Luz González, testimonio, febrero de 2016).

Aunque no es el caso de Zapata, en otras comunidades se dejan de producir ciertos alimentos porque los reciben en los programas de ayuda alimentaria: “Ya no cultivamos el frijol porque el gobierno nos lo da”, confió un estudiante de una comunidad de los Altos de Chiapas en 2016.

6.4 Preocupaciones y pesares acerca de la alimentación

Cuando se toca el tema de la alimentación contemporánea, es común escuchar muchas preocupaciones e inseguridades. Mientras que, hablando sobre la alimentación tradicional, son recurrentes los relatos de poca variedad y de relativa escasez (“No teníamos tantas cosas para comer, pero todo era natural”), hoy en día cunde la preocupación sobre si lo que uno come es sano o no. “Nunca lo pensaba cuando me crié. Saber si era más mejor como me crié así o es mejor ahora o... me estoy afectando a mí misma de la salud o estoy afectando a mis hijos, no lo sé” (Candelaria Pérez, entrevista, agosto de 2016).

Muchas personas entrevistadas hablan de los agroquímicos, “el matamonte” (herbicida), y de otros pesticidas y fertilizantes que por un lado ocasionan que se acaben las verduras en el monte, y por otro lado pueden estar presentes en la verdura que se consume. Con el proyecto de tomates en monocultivo (promovido por la CONANP) la gente vio cuántos diferentes venenos se aplican al tomate, y empiezan a dudar también de las verduras que vienen de fuera “No sabemos cómo cultivan las verduras que compramos” o, más general: “Hay muchas enfermedades, y a veces viene de la comida lo que compramos fuera” (Rafael Díaz, entrevista, abril de 2017).

Otro tipo de inquietudes tienen que ver con los productos de origen animal: como se sabe que en otros lados se alimenta al ganado vacuno con gallinaza y hormonas para que suba rápidamente de peso, no se confía mucho en la carne de carnicería. También está la posibilidad de que la carne de res venga de animales enfermos, o recién vacunados, cosa que los ganaderos saben que está prohibido, ya que es dañino para la salud.

A pesar de que se compran, sobre todo para los fines de semana, cuando hay visitas o fiesta, los pollos de granja no gustan mucho y se habla de las hormonas y medicinas que se les da a los pollos; lo mismo sucede con los huevos de granja. Pero ya que la producción de pollos y huevos propios es insuficiente para los gustos de la gente de Zapata, y que es muy difícil y caro encontrar pollos de rancho, se recurre a pollos y huevos de granja comprados.

También están presentes las preocupaciones sobre de la comida industrializada: “He escuchado muchos comentarios por ejemplo que el jamón da cáncer, que el Knorr Tomate da cáncer, pero hasta allí no he encontrado respuestas si sí o no. Yo siempre lo utilizo el Knorr Tomate” (Candelaria Pérez, entrevista, agosto de 2016).

El otro tema son los refrescos (bebidas gaseosas azucaradas). Se sabe que son malos, pero se toman porque a la mayoría de la gente le saben ricos:

En caso de las comunidades es menos que en el pueblo [se refiere a Coita] o en las ciudades, allá se ve la mayoría de las personas con una Coca y Sabritas pero también aquí se toma mucho refresco. Es el primer negocio de venta (Alejandro Pérez, testimonio, cine-debate, agosto de 2016).

Don Alex resume muy bien el dilema entre saber que es malo y seguir consumiendo refresco (bebidas azucaradas) y toca tanto el aspecto de lo adictivo como el de la promoción comercial:

Aquí se toma mucho refresco. Me preocupa por mis hijos. Lo que consume uno, ya no ayuda a la salud, sino la afecta. ¿Por qué se da eso que hay mucho consumo? Porque los empresarios llaman mucho la atención para consumirlo, uno lo compra por lo dulce, lo azucarado, porque es sabroso, no es lo mismo tomar refresco o agua. El agua no tiene sabor, el refresco sí. Pero este consumo trae consecuencias (Alejandro Pérez, testimonio, cine-debate, agosto de 2016).

Hay un caso de diabetes y algunos de sobrepeso (sobre todo de mujeres) en la comunidad; la gente no sabe bien qué ocasiona la diabetes, aunque algunos han escuchado del peligro de las bebidas azucaradas y de los alimentos altamente procesados. El sobrepeso

no se ve como enfermedad; mientras que no hay otros síntomas no se percibe como peligroso. Eso probablemente tiene que ver con que antes era señal de salud y de buena comida tener un par de kilos demás.

Si bien hay conciencia de los cambios alimentarios ocurridos en los últimos 15-20 años, la valoración es de naturaleza doble: por un lado se agradece y aplaude que ahora haya más variedad de alimentos y que se puedan probar cosas diferentes, y por otro lado hay ciertos temores sobre la alimentación actual.

Hay una conciencia de que este cambio está ocurriendo, pero se nota también que en Zapata no está tan avanzado y que “Aquí todavía comemos bien, no como en otros lados”.

Comemos cosas sanas, no comemos tan así como en el pueblo, veo en caso de mis hijas que viven en el pueblo, todo es comprado. En cambio aquí, todo es sano, comemos verduras, pues, son sanos, no tienen químico como en el pueblo, aunque se ve bonita la verdura, pero con puro químico lo crían. Y allá comen pollo, puro de granja, dicen que con pura medicina lo crían rápido, en cambio aquí si comemos pollo que con puro maíz lo vamos criando (Benita Pérez, entrevista, septiembre de 2017).

6.5 La transición alimentaria incipiente

Podemos observar en Zapata in(d)icios de una transición de un sistema alimentario tradicional a uno moderno.

Actualmente en Zapata predominan los alimentos producidos y colectados localmente (con autosuficiencia en maíz, frijol, calabaza y verduras de la milpa), en segundo lugar están aquellos comprados de fuera, y en menor cantidad aquellos donados por algún programa gubernamental.

En la primera categoría se observa una similitud muy grande con la alimentación tradicional de Zapata que tuvo lugar en los primeros años de la fundación de la comunidad hasta aproximadamente la entrada del nuevo milenio. Estos alimentos dependen del ambiente natural y la geografía del lugar, del clima, de las estaciones, del tiempo.

La segunda categoría se volvió de mayor importancia conforme hubo un aumento en ingresos monetarios en la comunidad a inicios del siglo, ya fuera por programas gubernamentales de transferencia monetaria o por percepciones de otra índole, sobre todo por la venta de productos agrícolas. Algunos de los alimentos comprados todavía reflejan la dimensión geográfica-regional y diacrónica, sobre todo aquellos que sirven de complemento a los productos de autoconsumo, ya que en el mercado de Coita no hay todo durante todo el año y de algunos productos se sabe su procedencia local. Sin embargo, estas dos dimensiones pierden sentido en lo que respecta a los alimentos industrializados. Es en los alimentos secundarios y periféricos donde se notan los cambios más grandes, que pueden ser aprovechados tanto para introducir cambios hacia hábitos de consumo más saludables, como también para los menos saludables. La disponibilidad de ingresos para acceder a estos alimentos es un factor clave: cuando no se tiene mucho dinero, generalmente no se compra mucho; cuando hay ingresos por los programas sociales o una venta importante de la cosecha se pueden adquirir más alimentos de los que antes eran considerados de lujo.

Finalmente están los alimentos recibidos en donación, cuyo consumo depende simplemente de que si se entreguen o no, y ya no hay rastro del aspecto geográfico o diacrónico. Su entrega depende de los altibajos y las modas de los respectivos programas, de los funcionarios en turno y del grado de eficiencia o corrupción en las esferas donde se deciden estos programas; no logran sustituir a los alimentos de autoconsumo o a los de compra. Pero introducen nuevos hábitos de consumo, gustos y una idea de cómo debe ser una alimentación adecuada, muy diferente a la idea tradicional del buen comer. En los programas de entrega de ayuda alimentaria se proporciona lo mismo en la ciudad que en un poblado rural; en la tienda de DICONSA o en los desayunos escolares de Iztapalapa se encuentran exactamente los mismos 19 productos “básicos” que en una comunidad indígena en Chiapas, lo cual demuestra una falta total de aprecio por la agricultura campesina y por tradiciones locales de alimentación y gastronomía por parte de estos programas. También muestra la ausencia de políticas regionales o locales, debido probablemente a una falta de

capacidad o voluntad política del gobierno para adecuarse a las condiciones especificadas de las regiones (geográficas, ecológicas, socioeconómicas) y a un centralismo histórico.

Por el cambio paulatino de ingredientes que está ocurriendo es posible una pérdida de conocimientos culinarios de las mujeres, vinculada a las verduras silvestres y los alimentos tradicionales.

Igor de Garine clasifica como modernos aquellos sistemas de alimentación en que pierden importancia los aspectos geográficos o temporales/de estación y las diferencias regionales tienden a disminuir en relación con los aspectos socioeconómicos, o sea, el nivel de ingreso. El dinero se vuelve la variable más importante para determinar a qué alimentos se tiene acceso y a cuáles no.¹¹² Con esta tendencia mercantilizante viene una homogeneización en el consumo de alimentos. Meléndez y Aboites (2015) señalan cómo la expansión de la industria alimentaria profundiza la mercantilización, borra fronteras y debilita tradiciones culinarias, y propicia que la alimentación sea muy similar en todas partes. Galletas Marinela, Coca Cola y Sabritas se ven ahora en todos lados, no importa si es la ciudad o el campo, el norte o el sur, si son comunidades mestizas o indígenas.

Comparando los dos periodos identificados llegamos a la siguiente síntesis.

¹¹² Hay que aclarar que al interior de Zapata, la diferenciación de la alimentación por ingreso no está muy avanzada. En las entrevistas preguntamos a muchas personas sobre su alimentación en las últimas tres comidas y las respuestas fueron bastante similares; también me tocó compartir alimentos en muchas casas y no noté diferencias grandes según el nivel de ingresos. Estas diferencias se notan más bien por el tipo de casa, los muebles, aparatos musicales, presencia de vehículo o no, y no tanto por la alimentación. Sin embargo, si observamos en un plano más grande, comparando la dieta de campesinos chiapanecos con la dieta de estratos sociales con más ingresos y/o más urbanos, por supuesto que hay una gran diferencia, por ejemplo, entre familias de Zapata y las de Tuxtla Gutiérrez o bien entre gente de Zapata y los rancheros ricos de la región.

Cuadro 13. Comparación de la alimentación tradicional y actual en Zapata

	Alimentación tradicional (aprox. 1990- 2000)	Alimentación actual (aprox. 2000 -2018)
Salud y nutrición	Escasez de alimentos y nutrientes en ciertos periodos; probablemente desnutrición aguda y crónica en algunos casos	Suficientes alimentos y nutrientes, no hay desnutrición aguda, presencia de sobrepeso y diabetes en algunos casos
Preferencias y gustos	Gusto por alimentos altos en proteínas (frijol, huevos, carne, insectos, pollo), aprecio por los alimentos variados locales y pan dulce, azúcar	Gusto por alimentos altos en proteínas (frijol, huevos, carne, insectos, pollo), aprecio por alimentos nuevos, sobre todo refresco, galletas, pan dulce, azúcar
Fuente principal de alimentos	Cultivo propio, recolección y caza	Cultivo propio, compra, donación, recolección
Economía de la alimentación	Poca monetarización, dependencia de alimentos locales	Monetarización, aunque se sigue dependiendo de alimentos locales, en muchos casos no comprados
Acceso a mercados para venta	Venta sobre todo de café, lo demás para autoconsumo	Venta de ganado, café, frijol, chile, verduras y hierbas
Aspecto ambiental	Ambiente poco contaminado	Contaminación moderada por agroquímicos y basura (empaques de alimentos industrializados)
Género/División sexual del trabajo	Clara división sexual del trabajo, pero con fuerte multiactividad de mujeres por trabajos también en las parcelas	División sexual del trabajo, menos participación de mujeres en las parcelas

	Alimentación tradicional (aprox. 1990- 2000)	Alimentación actual (aprox. 2000 -2018)
Generaciones/ Inclusión o exclusión de jóvenes	Jóvenes con trabajos agrícolas propias, participación en gestiones del ejido	Algunos jóvenes incluidos en trabajos con sus padres, otros en espacios aparte; poca participación en gestiones y decisiones del ejido
Alimentación de niños y niñas	Igual que de los adultos	Piden (y reciben) más alimentos diferentes: leche, dulces, galletas, refresco, atún, pan, etcétera

Fuente: Elaboración propia con base en trabajo de campo

Los cambios alimentarios incipientes son multicausales. En los diálogos con la gente y en el trabajo de campo en general pudimos detectar las siguientes causas interrelacionadas:

- Cambios ambientales y de productividad: fertilidad de suelos a la baja, aumento de plagas en cítricos, maíz y frijol, roya.
- Utilización de agrotóxicos que causan disminución de la cantidad de hierbas y verduras disponibles y probablemente aumentan incidencia de plagas.
- Cambios en sistemas de producción y comercialización: cierta tendencia hacia una mayor producción para el mercado en vez de autoconsumo; los proyectos productivos promueven esta orientación.
- Más disponibilidad de dinero: ingresos de programas gubernamentales y de actividades productivas.
- Migración, contacto con gente de otros lugares.
- Publicidad, propaganda en televisión y radio, afectando especialmente a niños y niñas.

- Cambio inducido o promovido por programas sociales: se impulsa la compra de productos industrializados, o los regalan.

6.6 Papel de mujeres y hombres y de jóvenes en la alimentación y el cambio alimentario

Mujeres y hombres, jóvenes y grandes juegan papeles diferentes en cuanto al consumo y el cambio alimentario. Mientras que los hombres aportan mediante su trabajo en el campo (o de su ingreso) el maíz, el frijol y otros productos de la milpa (así como de vez en cuando carne de res y otros productos) y su decisión sobre qué cultivar es determinante para proveer a la familia de alimentos básicos o de ingresos, las mujeres aportan los demás alimentos, sea por su producción y recolección, o bien a través de ingresos.

La cocina y todo lo relacionado con el procesamiento y la preparación de alimentos sigue siendo dominio casi exclusivo de las mujeres; en contadas ocasiones hay hombres que “ayudan” (calentar las tortillas o el café, o servir la comida para niños y niñas), pero son ellas quienes toman la decisión principal sobre lo que se come en la familia. La cocina es un espacio donde las mujeres viven una carga de trabajo pesada y distribuida de manera muy desigual. Los hombres, si bien trabajan duro en la mayoría de los casos, tienen horarios más limitados que las mujeres que, aparte de sus actividades de productoras, recolectoras y vendedoras, se dedican muchas horas a las tareas reproductivas. Este esfuerzo no es reconocido como trabajo sino asumido como parte “natural” del ser de las mujeres.

Las mujeres adultas son por lo general las que cuidan, más que otros miembros, la alimentación tradicional y saludable de la familia, y procuran incluir más alimentos del traspatio o de la recolección. Ellas también deciden qué se va a cocinar y comer: “La mamá, siempre es la mamá la que decide qué se va a comer”, dicen muchas personas entrevistadas.

Figura 21: Mujeres sirviendo atol agrio en la fiesta de la comunidad



Fuente: Archivo fotográfico de la autora.

Cuando la señora de la casa no está, o no tiene tiempo de preparar agua de fruta, es más probable que los hijos compren refresco; cuando no hay quien corte ejotes o haga sopa de chipilín, se comen puros huevos con frijoles o chorizo, en vez de incluir la gran variedad de ingredientes que las mujeres manejan.

¿Qué influye en las decisiones de las mujeres sobre la alimentación?

Igore de Garine (1999, 31) enlista los siguientes criterios para la selección de alimentos:

- Disponibilidad de recursos alimenticios y monetarios
- Gusto (sabor, olor, textura)
- Valor nutricional subjetivo
- Prestigio
- Comodidad (tiempo de preparación, etcétera)

La disponibilidad de recursos alimenticios y monetarios es un factor muy importante. Por ejemplo, cuando sube el precio del pollo o de la carne de res, se consumen menos, se regresa a las verduras al vapor y se come más tortilla y frijol, o bien se sustituye la carne con pasta o con soya. Ya se describió arriba el importante rol de las mujeres de Zapata en el manejo del traspatio y en la recolección silvestre, lo cual provee de recursos alimenticios y monetarios en el caso de que estas plantas sean llevadas al mercado. En los últimos años, especialmente desde la crisis alimentaria del 2007/2008, ha habido mucha volatilidad en los precios de los alimentos, y esto exige una continua adaptación en cuanto a acceso, cantidad y calidad de los alimentos. La dimensión macro de las múltiples crisis se conecta con la dimensión micro, que se palpa y se siente en el hogar, en la cocina, en la mesa, en Zapata y en otros lados; las mujeres, por ser las responsables de la alimentación familiar, tienen que resolver de alguna manera el aspecto económico.

No hay duda de que las mujeres, especialmente las madres, tienen un gran poder en la educación de los gustos y paladares y en la preparación de una dieta sana y variada para la familia. En la cocina se puede vivir la creatividad y desarrollar el propio gusto y el de los demás, y se tiene un cierto espacio de maniobra. Las estrategias para la educación del gusto, sin embargo, no son totalmente libres, sino que están restringidas por varios factores, entre ellos las exigencias de otros miembros de la familia. El potencial adictivo de ciertos alimentos nuevos y del azúcar es ciertamente una limitante a la libre decisión y hace que niños y niñas presionen a las madres para que les compren dulces o refrescos.

Otros factores para la decisión son el valor nutricional subjetivo y el prestigio. Allí juegan un rol la “circulación de mercancías, gente e ideas” (de Garine, 1999, 30), las campañas gubernamentales alrededor de la alimentación, el discurso que manejan maestras y maestros, enfermeras, médicos y médicas, comerciales en la televisión y la radio. En estos dos campos hay una lucha por determinar lo que se considera sano y bueno, “chido” o “moderno”. Sobre todo la gente joven y los niños y las niñas son muy “influenciables” por la publicidad.

Finalmente está el aspecto de la comodidad o, dicho de otra manera, las exigencias en términos de esfuerzo y tiempo para la producción, preparación y el consumo de alimentos. Dada la responsabilidad exclusiva de las mujeres para la cocina (y ésta no es su única responsabilidad) en un contexto de multiactividad y jornadas largas y pesadas, es comprensible la decisión de las señoras de suplir de vez en cuando una comida complicada por algo ya preelaborado o más sencillo de preparar, por ejemplo, aguas de sabores en polvo, atún en lata, tortilla de Maseca o sopas instantáneas, aunque en Zapata esto no ocurre muy seguido, pero definitivamente más que antes, cuando estas opciones no existían.

Las estrategias de las mujeres de Zapata para garantizar el sustento y la reproducción transcurren en un ambiente en el que el acceso y la calidad de los alimentos dependen cada vez más de factores externos, por el aumento y la volatilidad de precios, por eventos climáticos extremos e incidencia de plagas, o por lo que los programas alimentarios en turno proporcionan o exigen. Además, se despliegan en un ambiente de desigualdad genérica, donde por un lado se espera de las mujeres que cumplan de manera óptima con su papel,¹¹³ y por otro lado, se restringe su participación en muchas de las decisiones. De esta manera, “el papel nutricional y atento con el otro se cumple en un contexto adverso y difícil” (Espinosa, 2015, 163).

Como señala Hernández Alarcón (2011), las mujeres han sido el centro de atención de los programas de nutrición y alimentación en el país, ya que su intervención es considerada un elemento fundamental de la salud infantil (y del resto de la familia). Constituyen, entonces, el vehículo para llegar a las familias en calidad de representantes y responsables de sus respectivas parentelas. Este rol refleja y refuerza la división del trabajo por género imperante en muchos lugares (no sólo rurales), y desalienta una mayor implicación de los hombres y niños mayores en los trabajos reproductivos, especialmente en los asuntos de la alimentación. A ellas también se les culpa si alguien está enfermo o mal nutrido. Las es-

¹¹³ La exigencia de cumplir con el papel nutricional y de cuidados no sólo viene de los hombres y niños sino que está interiorizado y viene también de las propias mujeres, sus madres, suegras, comadres, hermanas...

trategias familiares de vida entonces están trastocadas por las exigencias de los programas gubernamentales. A la multiactividad y sobrecarga de las mujeres se añaden los trabajos para cumplir con los programas.

Ivonne Vizcarra Bordi señala al respecto:

Las políticas de combate a la pobreza y al hambre continúan ignorando las relaciones de poder que someten a las mujeres a una condición de inferioridad. Por el contrario, generalmente estas políticas creen que para romper el círculo de la pobreza es necesario incorporarlas a los procesos de desarrollo [...] pero sin que descuiden sus roles tradicionales (mismos que las sujetan a una relación de inferioridad), al considerarlas como indispensables para mejorar la situación de pobreza que viven sus familias (Vizcarra Bordi, 2008, 146).

Por su parte, Los y las jóvenes tienen un rol clave en cuanto a información acerca de la alimentación y de posibles cambios. Muchas veces es a ellas y a ellos (junto con niños y niñas) a quienes se dirige la publicidad, quienes salen de la comunidad y regresan a casa con otros conocimientos, otros patrones de consumo y otras ideas acerca de una buena alimentación. Hay jóvenes que han impulsado un re-cambio, el paso de una alimentación no tan saludable u otra más sana. Tendrán el papel de conciliar lo que ven y conocen fuera con lo que hay en la comunidad y de empeñarse en conectar lo mejor de ambos mundos.

6.7 Tendencias, resistencias y amenazas para el consumo alimentario

En un tiempo de transición alimentaria en México y en los mundos rurales, con sus respectivas consecuencias de salud y de dependencia alimentaria, ¿de qué depende que en Zapata la alimentación sea aceptablemente buena y la transición alimentaria lenta? ¿Cuáles estrategias y resistencias –otra vez, resistencias no tan concientes, pero igual de importantes– emplean las personas de Zapata para mantener una alimentación con muchos elementos locales y de la alimentación tradicional? Pero también, ¿Cuáles son los factores de amenaza para el buen comer relativo?

6.7.1 Factores de la alimentación buena y saludable

Hasta hoy la comunidad Emiliano Zapata tiene acceso a una alimentación relativamente buena y variada; por lo general, la comida es accesible (pero no siempre el tipo y cantidad de alimentos que se desea), aunque en tiempos de alza de precios se reduce el consumo de algunos alimentos comprados. La mayoría de las familias de Zapata son autosuficientes en todos los productos básicos y en muchos otros alimentos secundarios, y hasta las familias que no producen suficiente para su autoconsumo siguen básicamente los mismos patrones dietéticos. Los alimentos provienen de la milpa, de las plantaciones de frutales, de sembradíos de verduras, del traspatio, del cafetal y del monte, lo cual da una independencia relativa frente a los vaivenes del mercado. La alta participación de las mujeres en los espacios de producción menor (estos alimentos están siendo llevados a la mesa y complementan los productos que los hombres proporcionan) es un elemento clave para garantizar la diversidad y continuidad de los alimentos a lo largo del año. Los alimentos provenientes del campo son además por lo general frescos y saludables (con la limitante que no se sabe la cantidad y el efecto de los pesticidas en algunos alimentos cultivados), así como variados.

En lo relativo a espacios menos visibles y con frecuencia ignorados en los análisis sobre el tema alimentario, como la cocina y la cultura alimentaria, en Zapata se mantienen conocimientos culinarios ancestrales mediante prácticas femeninas que privilegian comidas caseras elaboradas con insumos locales e inocuos. En las comidas se incluyen pocos alimentos industrializados, gracias al arduo trabajo cotidiano de las mujeres, quienes elaboran tortilla nixtamalizada, prefieren agua de frutas antes que refrescos, guisan alimentos tradicionales y rituales en días de fiesta, etcétera. Este trabajo, no remunerado, y muchas veces no reconocido, es una salvaguarda contra la avalancha de alimentos chatarra y de comida industrializada y poco saludable, salvaguarda que garantiza al mismo tiempo la continuidad de la cultura alimentaria para las siguientes generaciones.

Se ha demostrado que cambios en los sistemas de producción pueden ocasionar modificaciones en la alimentación, pero también se observa la relación inversa: los hábitos alimentarios pueden constituir una barrera protectora ante nuevos productos y nuevos sistemas de producción de alimentos (Bertran, 2005). Esto ocurre en parte en Zapata, donde hasta las familias más dedicadas a la ganadería siembran maíz, por lo menos para tener elotes, y donde la gente abandona proyectos traídos de fuera poco después de su inicio para volver a dedicar al maíz y al frijol, ya que el consumo de éstos es prioritario y fundamental. El gusto por ciertos alimentos está arraigado en una cultura rural campesina e indígena, donde el consumo y la producción aún no se han dissociado del todo.

Juega además un papel la lejanía de supermercados y tiendas grandes, donde se puede comprar cualquier alimento industrializado. En Zapata estos alimentos son más difíciles de conseguir, por ende no se consumen con tanta frecuencia.

La introducción de alimentos industrializados por parte de programas gubernamentales, si bien ha ocasionado que se normalicen la presencia y el consumo de estos productos, no ha desplazado los productos locales por la importancia que se le da al cultivo propio.

6.7.2 Amenazas, riesgos y tensiones para el buen comer

Pero esta transición lenta, y relativamente contenida, no está exenta de contradicciones y de amenazas.

En cuanto a los alimentos locales, se nota que hay menos disponibilidad y consumo de los silvestres. La presencia de agroquímicos, junto con los efectos del cambio climático y problemas de plagas y enfermedades, está disminuyendo de variedad de alimentos locales y silvestres, y los alimentos cultivados con pesticidas, pueden mostrar todavía trazos de estas sustancias, lo cual es un tema de preocupación para muchas personas.

La orientación meramente mercantil de varios de los proyectos de la CONANP atentan de igual manera contra la importancia que tradicionalmente se le ha dado a la producción de autoconsumo.

En el caso de los alimentos comprados fuera hay disponibilidad de algunos saludables, de origen local y regional y culturalmente adecuados y valorados por las familias de la comunidad; pero también los hay poco saludables y menos nutritivos (altos en contenido de azúcares o grasas) que empezaron a consumirse hace relativamente poco; su eventual arraigo en la dieta de esta población podría constituir un riesgo para su salud en un futuro. En el caso de los alimentos de donación de los programas de gobierno todos son industrializados y algunos no gustan, ni son culturalmente apropiados-valorados; aun así, se consumen y van cambiando el gusto y la experiencia de comer, especialmente en las nuevas generaciones.

Los descontentos con los programas sociales de supuesta ayuda alimentaria no se han convertido (todavía) en resistencia abierta para negarse a recibirlos o para exigir otros productos.

Capítulo 7. ¿Hacia donde puede ir Zapata? Escenarios posibles

Zapata tiene la oportunidad de mejorar las condiciones productivas y alimentarias y de escapar de un ciclo vicioso de deterioro ambiental, deterioro de la agricultura y dependencia alimentaria, o puede transitar hacia el mismo rumbo que la mayor parte de las comunidades que hoy han perdido autosuficiencia y soberanía alimentaria, que consumen cada vez más alimentos industrializados, y pierden la dieta campesina.

De acuerdo a Massa (2010) y Salles (1984), en un contexto adverso para el campesinado, las estrategias que emprenden las familias o la comunidad, si bien no pueden superar las crisis, pueden moderarlas; se pueden construir o ampliar posibilidades de resistencia o sucumbir a la crisis. Ni las unidades domésticas, ni las comunidades son entes aislados o autónomos, están inmersas e interactúan en un contexto social, económico, político y natural que condiciona pero no determina su acción.

Para fines de resaltar mejor y de mostrar caminos posibles, presento en lo que sigue dos escenarios, uno positivo y uno negativo, que se hallan en los extremos y que probablemente son escenarios “exagerados”. Dada la complejidad, más aún en un contexto con tanto dinamismo, la realidad puede tomar formas distintas o incluso complementarias como el propio devenir de Zapata ha mostrado; en los caminos hacia el futuro habrá muchas oportunidades, decisiones y disyuntivas que a su vez dependerán de varios factores.

Debo aclarar que estas interpretaciones sobre lo adecuado o inadecuado, deseable o indeseable y sobre posibles caminos hacia el futuro no ha sido reflexionado en su totalidad en conjunto con los co-investigadores ni con otras personas de Zapata; en este sentido reflejan más bien mis valores y no necesariamente la opinión o proyección de la gente de Zapata¹¹⁴.

¹¹⁴ Pretendo hacer eso en un segundo paso con las personas de Zapata, en un taller de devolución y discusión de los resultados de la investigación.

7.1 Pérdida de la autosuficiencia alimentaria y conflictividad creciente

Expongo primero un escenario no deseable que implicaría la pérdida de la relativa autosuficiencia alimentaria y una conflictividad creciente. Para que ello suceda, la “resistencia inconsciente” arraigada en una cultura campesina, sucumbiría ante la tendencia nacional y las promesas y tentaciones del mercado, de los proyectos y programas gubernamentales. Muchas personas de Zapata tienen muy poca información de lo que ocurre más allá de un cierto radio, por ejemplo desconocen los problemas tremendos que existen en otras regiones de Chiapas o en otros estados en cuanto a la producción y el consumo alimentario, como quedó al descubierto en los cine-debates que realizamos en varias ocasiones. Por no poderse reflejar o contrastar con otras realidades, la gente no sabe de todo lo bueno que todavía tienen en Zapata. Si la población de Zapata no toma consciencia, si no “se da cuenta del tesoro que tienen” (Angélica Anahí Pérez, testimonio), es posible que se pierdan los elementos favorables en cuanto a su producción y alimentación.

Las decisiones productivas son clave. La experiencia de otras localidades y regiones demuestra que si la racionalidad campesina de bienestar (no de ganancia) que hasta ahora ha prevalecido cuando se buscan ingresos en especie y monetarios de las familias, se sustituye por una lógica más ligada al consumo mercantil e industrial, o incluso por una lógica de maximizar ganancias a costa de tierras, bienes naturales, consumo de lo propio, salud y calidad de vida; se transitará hacia la pérdida de autosuficiencia alimentaria, de la diversidad de producción y de consumo, y de la salud y bienestar de las personas. Vizcarra muestra con el ejemplo de comunidades que dependen de los ingresos de la migración (mientras que hasta hace poco producían sus propios alimentos) que donde hay una alta dependencia del ingreso monetario, los patrones de consumo cambian. En vez de comprar maíz, frijol, verduras, hierbas, frutas, huevos, etcétera que antes se cultivaban, se compran ahora más alimentos industrializados (Vizcarra, 2012), ya que es más barato comprar tortilla de Maseca que tortilla nixtamalizada o sustituir frijoles por sopas de pasta. Ahora bien, podríamos pensar en otro tipo de mercado donde es posible un intercambio en términos justos y equitati-

vos, donde unos producen lo que a otros les hace falta y se intercambia en términos equitativos, de tal manera que ambas partes puedan acceder a una alimentación buena y saludable, pero la triste realidad es diferente, dado los precios altos de los alimentos en los mercados y los precios bajos que reciben los campesinos y campesinas a la hora de vender. Muchos esfuerzos de familias y cooperativas de productores campesinos pueden dar cuenta de este enorme problema de un acceso justo y equitativo al mercado para los pequeños productores y sus organizaciones. En este sentido propongo que el alto porcentaje de producción para el autoconsumo en los productos básicos y el hecho de una producción continua durante todo el año, han frenado hasta ahora la transición alimentaria y ha garantizado una alimentación relativamente buena y sana. Sin embargo, si se destinara la producción enteramente a la venta (y se tendrían que comprar todos los alimentos), es probable que cambiará el consumo alimenticio hacia una dieta más industrializada y con más comida chatarra, aumentando los casos de diabetes, obesidad, hipertensión, cáncer y otras enfermedades relacionadas con la alimentación.

En cuanto al problema de plagas y enfermedades de los cultivos: si no se buscan soluciones prontas con métodos agroecológicos o sustentables, es posible que se pierdan estos cultivos y su producción a futuro se vuelva inviable. Muy probablemente habrá más problemas de fertilidad decreciente, resistencias de plagas y una inversión cada vez más cara en agroquímicos, aumentando la dependencia de insumos externos y poniendo en peligro la salud de las personas y de la vida no-humana.

A nivel mundial los fenómenos cada vez más fuertes del Cambio Climático Global están afectando la producción de alimentos (FAO, s/f; The Development Fund, 2011). Es probable que también en Emiliano Zapata eventos climáticos extremos y plagas relacionadas al cambio climático aumenten. Si no se buscan estrategias de adaptación al Cambio Climático, como siembra escalonada, barreras cortavientos, captación de agua de lluvia para riego et- cétera, los efectos del Cambio Climático pueden poner en peligro la producción agrícola en Zapata.

Es evidente que la tierra disponible no será suficiente para sostener el crecimiento de la ganadería a un ritmo de una hectárea por cabeza. Si sigue aumentando el ganado en manejo extensivo, las actuales parcelas de cultivo de básicos se convertirán en potreros o se convierten aún más áreas de bosque en pastizales.

Posiblemente la creciente presión sobre la tierra por crecimiento demográfico, efectos del cambio climático, plagas y suelos agotados, resulten en que los campesinos de Zapata incursionen cada vez más en la Zona Núcleo para cultivar allí. El subdirector Román Pérez de la CONANP ve este escenario de la siguiente manera:

—¿Y cómo va a ser la reserva en 20 años?”

—Muy presionada. Quizás hasta con menos superficie. Quizás nos vemos obligados a modificar la superficie de la zona núcleo para entonces, porque este asunto del cambio climático y demás se va a volver más severo. Entonces la gente lo va a sentir. La ausencia prolongada de lluvias, la presencia de nuevas plagas y enfermedades les va a pegar en sus sistemas de producción. Creo que muy crítica, y más con esas cosas. Pero definitivamente presionada (Román Pérez, subdirector de la REBISO, entrevista, marzo de 2017).

Esta incursión a la reserva, aparte de la pérdida de la cobertura forestal y de la biodiversidad que hasta ahora garantizan un microclima benéfico para Zapata, puede ocasionar fuertes conflictos.

Por otra parte, la costumbre de dejar en manos de las mujeres los saberes y responsabilidades alimentarias en el último eslabón del consumo, significa que hay un actor social que debe sacrificarse para que otros coman bien, lo cual se ha sostenido durante siglos, pero las cosas cambian y si no se distribuye el trabajo reproductivo, se perpetuará una desigualdad social y un motivo de conflictos. Además, ante las opciones de comidas “rápidas” y “cómodas” que hay hoy en día, es posible que éstas lleguen también a Zapata; pero si se quiere mantener el consumo de la comida laboriosa, tradicional (tortilla nixtamalizada), rica y saludable, urge una re-distribución más justa de las tareas relacionadas con la cocina.

Y por último, pero no menos importante, si no se logra incluir a todos y todas por igual, especialmente a las generaciones jóvenes, no sólo en los diversos trabajos de la agricultura,

sino también en las responsabilidades para la vida comunitaria y productiva, además de significar una exclusión grave, puede impedir la continuidad de la vida comunitaria y de la agricultura campesina. Las desigualdades estructurales pueden estallar como malestar interno y debilitar a la comunidad si ésta y las familias no adoptan medidas agrarias y prácticas políticas incluyentes que permitan una participación efectiva de mujeres y jóvenes en el acceso a recursos y a decisiones.

7.2 Crecientes grados de autonomía hacia la soberanía alimentaria, inclusión de todas y todos, unión y paz en la comunidad

El segundo escenario es más alentador, pues se visualiza con mayor autonomía y soberanía alimentaria, inclusión de todas y todos, unión y paz en la comunidad. Para que ello sea posible, tendrían que reforzarse estrategias y acciones, así como convicciones y valores que se encaminen hacia la soberanía alimentaria local, a pesar de los problemas de índole ambiental y productiva y las limitaciones de tierra. Es todavía posible mejorar estas estrategias, y transitar hacia prácticas más sustentables y saludables, y de esta manera no sólo mejorar las condiciones de vida de la gente de Zapata, sino también mostrar posibles alternativas a otras comunidades campesinas.

Para preservar la autosuficiencia alimentaria y el buen comer, es clave mantener la alta diversidad productiva y de fuentes de ingreso, procurando una independencia relativa de insumos externos. En este sentido es importante que las familias y la comunidad valoren sus privilegios, sus condiciones, riesgos y sus oportunidades, y que valoren y evalúen críticamente los proyectos que llegan de fuera, incluyendo la posibilidad de rechazar ciertos proyectos. La toma de conciencia no garantiza pero es básica para preservar y potenciar el tesoro que tienen.

Es clave valorizar la gran producción para el autoconsumo que se realiza en Zapata con el aporte de mujeres, hombres y jóvenes. Si se logran combinar el cultivo para autoconsumo

con actividades que generan recursos monetarios (como elaboración de quesos, panes, tostadas, mermeladas, elaboración de artesanía, etcétera), se puede mantener una buena alimentación en la comunidad y al mismo tiempo satisfacer otras necesidades.

De manera parecida, si se logra ampliar la comercialización directa, y se reduce la dependencia con respecto a los intermediarios, podrían generarse mayores ingresos monetarios y mayor autonomía. Se podrían por ejemplo hacer entregas directas de maíz, frijol y café a comunidades y regiones que no tienen, vincularse a otras experiencias de comercialización campesina, buscar mercados de nicho o “justos” etcétera. Sabemos que la comercialización, y además en condiciones justas, es el cuello de botella de muchos procesos productivos, pero también hay ejemplos alentadores y exitosos. Esto, sin embargo, implica una toma de conciencia sobre el problema del mercado y una organización fuerte, y un largo aliento.

Si se manejara el ganado de manera sustentable e integral, como lo demuestran experiencias exitosas de sistemas silvo-pastoriles¹¹⁵ en Chiapas (Cruz-Morales et al., 2011), se podrían alcanzar múltiples resultados: buena producción de leche y carne, debido a una mejor alimentación del ganado; protección de los suelos y la biodiversidad, minimizando el uso de agroquímicos. A pesar de las experiencias fallidas con el proyecto de la CONANP,¹¹⁶ es posible emprender este cambio. Un factor de esperanza en este sentido es la alta participación de jóvenes que trabajan la ganadería junto con sus padres, ya que esta alianza familiar posibilita el aprendizaje de nuevas formas de manejo.

Es posible recuperar la base ecológica de la producción, si se deja paulatinamente de aplicar agroquímicos (o por lo menos se dejan de utilizar los pesticidas más peligrosos y tóxicos y se utilizan de manera mucho más controlada y estricta los restantes), y si se transita a un manejo integrado o un manejo agroecológico. Para eso hay que capacitarse en agroecología e incursionar en prácticas sustentables. En ello ha resultado muy útil la metodología “De

¹¹⁵ Los sistemas silvopastoriles consisten en una combinación de varios componentes productivos para la alimentación del ganado: pastos, arbustos y árboles de los cuales el ganado puede comer las hojas y ciertos frutos. Mejoran la alimentación del ganado y al mismo tiempo fortalecen la biodiversidad, además de los ciclos y actividades biológicas del suelo (Cruz-Morales et al., 2011).

¹¹⁶ Me refiero al proyecto de ganadería supuestamente silvo-pastoril entre 2010 y 2014 (véase cap. 5.5).

Campesino a Campesino”, la participación en escuelas campesinas, la vinculación con otras experiencias de manejo sustentable, y la participación en ferias de semillas, por ejemplo.

Es de suma importancia mantener el maíz criollo como un seguro contra la inestabilidad del mercado de insumos y para no perderla ante la amenaza del cambio climático.

No sólo en Zapata es imprescindible emprender acciones de adaptación al cambio climático como siembra escalonada, experimentación con semillas “criollas” de diferentes zonas climáticas (que tienen mejor adaptabilidad al cambio climático que las semillas híbridas), captación de agua de lluvia y sistemas de riego, plantas sombras, barreras rompe-vientos y demás, para poderse enfrentar a esta amenaza. Igual que en el punto anterior, lo más promisorio es aprender de otras experiencias campesinas.

Para resolver el tema de la creciente presión sobre la tierra, la apuesta de algunas familias y la esperanza de la CONANP, era la educación escolar de hijos e hijas para que no tengan que vivir de la agricultura. En mi opinión se deben buscar y fortalecer maneras de reducir la demanda de espacio y reflexionar sobre el crecimiento demográfico en Zapata, para que las nuevas familias y parejas puedan tomar decisiones informadas y consientes acerca del tema.¹¹⁷

Sólo si se toma conciencia de la importancia y el beneficio de la selva, se podrá garantizar su conservación. Esto ocurre mejor si las comunidades deciden cómo utilizar los recursos del bosque de manera racional y lo defienden contra intereses ajenos, no con esquemas de prohibición o penalización (Otros Mundos/Amigos de la Tierra México, 2015). Se ha visto que estímulos positivos como PSA o REDD no funcionan a largo plazo, causan conflictos intercomunitarios y despojan a las comunidades locales de su derecho de manejar los recursos naturales, asignando el control sobre los bosques a instancias gubernamentales, ONG, mercados lejanos o empresas multinacionales (Durand, 2014). En este sentido la comunidad podría empezar a reflexionar sobre el valor y la utilidad que tiene el bosque/la

¹¹⁷ Se trata de decidir con conciencia individual, de pareja y de colectividad, los asuntos reproductivos. En este momento, estamos lejos todavía de esto, ya que tanto mandatos religiosos como dinámicas patriarcales al interior de las familias, impiden una decisión libre sobre el número de hijos que se desea tener.

selva para ellos, y conocer experiencias de manejo comunitario del bosque. Parte de este manejo debería ser un manejo de la chapaya y pacaya (*Astrocaryum mexicanum* y *Chamaedorea* sp.) para evitar su sobreexplotación y garantizar una producción a futuro, estableciendo viveros para estas plantitas o bien, dejando suficientes inflorescencias para que produzcan semillas.

Es importante mantener y apreciar el consumo alimentario relativamente sano de productos locales que se tiene ahora. Las fiestas donde se ofrecen alimentos y bebidas tradicionales por ejemplo, son una buena vía para difundir el valor de este tipo de alimentación, y los efectos nocivos del refresco y de la comida chatarra.

Se requiere tomar conciencia del valor y la importancia que tiene el trabajo de las mujeres, madres, hijas y abuelas, en la producción y preparación de alimentos, en la alimentación y salud nutricional, en la sostenibilidad de la vida familiar y comunitaria; pero ese reconocimiento también implica una distribución compartida de las tareas y responsabilidades que hasta ahora han recaído en ellas como si fuera su función natural. La compartición, entre mujeres y hombres, entre jóvenes y adultos/as, del trabajo reproductivo y de las oportunidades educativas y laborales remuneradas, es clave no sólo para lograr un buen comer sino para que éste no signifique el sacrificio de ningún grupo, sino el fortalecimiento de la comunidad.

Para garantizar la continuidad de la vida campesina y una buena organización comunitaria, es urgente que jóvenes (mujeres y hombres), junto con personas adultas y mayores, decidan sobre el porvenir de Zapata y sobre las estrategias productivas, los proyectos, trabajos de infraestructura, la legalización del terreno que todavía está en disputa y otros asuntos comunitarios. Para eso hay que crear mecanismos para que las y los jóvenes hagan uso de los terrenos productivos aunque no tengan la tenencia formal de la tierra, y que las mujeres se incluyan en los procesos de toma de decisiones a nivel comunitario y familiar. Si la asamblea ejidal no es el espacio adecuado para la toma de decisiones, o si jóvenes y mujeres no se sienten a gusto allí, hay que buscar otras formas de reunión y deliberación.

En síntesis: Si la comunidad no toma conciencia de su buen comer y de las condiciones que lo hacen posible, si no toma conciencia de los riesgos de perder esa situación privilegiada en un país donde la transición alimentaria ofrece ya un negro panorama, entonces, tarde o temprano, Zapata se asemejará a tantas otras comunidades que ya viven la crisis alimentaria.

Por otro lado, si la comunidad percibe y toma conciencia de su privilegio y de las amenazas, si actúa colectivamente a favor de conservar y mejorar buenas prácticas productivas, la armonía con el ambiente y las buenas prácticas de consumo, además de mayor justicia al interior de la comunidad, Emiliano Zapata puede ser uno de los botones de muestra que ilustran la posibilidad de comer bien, de disfrutar de un ambiente sano y hermoso y socialmente justo, en un mundo dominado por corporaciones y un mercado injusto, y con grandes desigualdades de género y generacionales.

Conclusiones, recomendaciones y reflexiones finales

Conclusiones generales de la investigación

La relación entre políticas públicas, la problemática alimentaria, desigualdad de género y generaciones en una comunidad campesina que además se topa con políticas públicas de conservación ambiental, es naturalmente compleja. Las políticas públicas agroalimentarias “macro” durante varias décadas han tenido efectos perjudiciales para la producción campesina y han promovido una alimentación con dependencia de fuera y de la cadena agroindustrial corporativa con sus respectivas consecuencias en la economía, el ambiente y la salud de la población. Hay lugares en el país que resisten, donde se puede vivir de la agricultura campesina y que mantienen una cultura alimentaria relativamente buena como en el caso del ejido Emiliano Zapata I; el bastión de resistencia familiar y local es clave en la defensa o búsqueda de la soberanía alimentaria, pues en estas escalas se construyen experiencias de soberanías relativas, no sin contradicciones. Algunas de estas contradicciones son las desigualdades de género y generacionales, con una exclusión de mujeres y jóvenes de espacios de toma de decisiones, y una falta de reconocimiento de su importante rol en la producción de alimentos diversos. Las políticas de conservación tan tenido además el efectos de restringirles a los campesinos la autogestión de sus espacios productivos; y de proporcionar una serie de proyectos productivos que no han funcionado.

Si bien los problemas de producción y consumo que enfrentan las personas de Zapata responden (parcialmente) a la compleja realidad de políticas de conservación, agrícolas y sociales, al poder de empresas multinacionales, a un estado autoritario y paternalista, además de condiciones ambientales crecientemente complicadas, encontramos por otro lado un relativo buen comer y una lentitud de la transición alimentaria en Emiliano Zapata, así como múltiples estrategias de resistencia al modelo dominante, resistencia en este caso no tan beligerante, pero con orgullo y una tenacidad de vivir de la agricultura campesina. Hay que resaltar aquí la racionalidad productiva ligada a la subsistencia y al bienestar más que a la ganancia; el intercambio mercantil regional y local, vinculado a la subsistencia; hábitos ali-

mentarios arraigados en una dieta campesina, en la producción milpera y en el autoconsumo; hábitos que ofrecen una “contención alimentaria” ante la avalancha de comida chatarra y alimentos industrializados; hábitos cultivados y recreados con prácticas y saberes de la cocina depositados generacionalmente en las mujeres, además de otros factores favorables como la lejanía relativa de la comunidad con respecto a grandes mercados y su ubicación en un ANP con un microclima favorable.

Siguiendo la idea de Guadalupe Rodríguez (2007) que es necesario revalorizar la agricultura familiar y campesina para la reconstrucción de nuestra soberanía alimentaria nacional a largo plazo, me parece que de estas pequeñas experiencias pueden visibilizar procesos que contribuyen a la búsqueda de la soberanía alimentaria, y se pueden desprender varias lecciones de ella, tanto para repensar las políticas públicas, como para compartir las experiencias con otras comunidades, con mujeres y jóvenes rurales¹¹⁸.

Lecciones en cuanto al papel de políticas públicas¹¹⁹

Las políticas públicas agroalimentarias de los últimos 30 años han contribuido a una transición alimentaria negativa para la salud, el ambiente y la economía, pues tienden a crear dependencia alimentaria, a fortalecer el monocultivo y el uso de agroquímicos, a elevar el costo de la alimentación y a sustituir buenos hábitos de consumo alimentario, por otros que propician desnutrición, malnutrición y obesidad. Lejos de aplicar un enfoque de transversalidad de género, los programas refuerzan desigualdades entre hombres y mujeres, entre jóvenes y personas adultas, con tendencias hacia la exclusión o negación de mujeres y jóvenes rurales.

Al parecer, las políticas públicas agroalimentarias en general y los proyectos y programas de esta política en especial, no entienden ni respetan la lógica de producción y reproducción

¹¹⁸ Las lecciones que aquí esbozo todavía no han sido consultados o co-elaborados con los jóvenes co-investigadores ni con las personas de la comunidad; esto ocurrirá en un segundo paso en los próximos meses.

¹¹⁹ El análisis de las políticas públicas que se hace en la presente investigación, se refiere a los años anteriores al 2019, o sea que no incluye las políticas públicas del gobierno de López Obrador, aunque creo que las reflexiones son relevantes también para esta nueva etapa, para posiblemente poder corregir errores o por lo menos no repetir aquellos del pasado.

campesina, siendo esta ignorancia muchas veces la causa del poco éxito que tienen, ya que proyectos tras proyectos fracasan o no están siendo ejecutados conforme a lo planeado. Hay una incapacidad o resistencia de los gobiernos a conocer las condiciones socioeconómicas y ambientales regionales y de diseñar políticas diferenciadas acorde. Políticas públicas emancipadoras tendrían la tarea de organizar, de manera cuidadosa y no-jerárquica, una forma de alcanzar conocimiento acerca de los problemas, intereses y valores (Brand, 2011, 156) y no presuponer que ya lo conocen y saben todo.

Sin duda, los proyectos y programas agroalimentarios se diseñan y ejecutan en la mayoría de los casos sin la participación de la sociedad (o en contra de sectores de la sociedad civil organizada) y sin la participación de los grupos destinatarios; de esta manera contradicen a un rasgo fundamental de lo que deberían ser “políticas públicas. La marginalización de las comunidades indígenas, así como prácticas clientelares y autoritarismo son impedimentos para hacer efectivo el derecho a la participación política plena de todos los sujetos. En vez de esta participación ciudadana, encontramos una imposición vertical de los proyectos desde las instancias de gobierno que encuentra su correspondencia en la imposición en las comunidades donde muchas veces las autoridades deciden cuales proyectos y programas se aceptan, dejando fuera opiniones o intereses distintos.

Las formas de usar los proyectos y programas por parte de las personas beneficiarias son creativas y no siempre de acuerdo a los lineamientos de las políticas públicas, si bien se adaptan a las necesidades e intereses locales en lo posible. Encontramos estrategias de simulación, aceptación selectiva, colectivización o individualización de los apoyos según una lógica de reproducción familiar y comunitaria. Un error muy común de las instituciones financiadoras es exigir el trabajo en colectivo, debido a una idea romántica de lo comunitario y de las relaciones supuestamente armoniosas en las comunidades indígenas y campesinas, mientras que en la realidad la organización de los trabajos es más bien familiar.

Especialmente para los proyectos productivos se deplora una falta de diagnóstico integral, acompañamiento y seguimiento, tanto en los aspectos socioculturales, ambientales, productivos como de comercialización. En caso de que haya asesoría, muchas veces se queda

en aspectos puramente técnicos y no trasciende de allí. En vez de responder a los problemas de la comunidad, los programas y proyectos han mostrado una sorprendente terquedad al proporcionar elementos extras que no han funcionado, así se repite “un ciclo interminable de altas expectativas seguido por la desilusión” (Nuitjen, cit. en Long, 2007, 168).

En aras de proteger la biodiversidad, las políticas de conservación limitan a los campesinos el uso y manejo de su territorio, cargando de esta manera unilateralmente el peso de la conservación a un grupo de por sí marginalizado. Igual que en las políticas agrícolas y sociales, hay una ausencia total de planeación, ejecución y monitoreo con los sujetos involucrados. El “abandono de la responsabilidad legal del Estado para generar formas sustentables de manejo de los recursos naturales y su sustitución por una política de conservación que prioriza multas e incentivos” (Legorreta y Márquez, 2012, 270) es la expresión del carácter antidemocrático de la política ambiental en las reservas. Las políticas de conservación, con amenazas por un lado, y financiamiento de proyectos por el otro, no han logrado una toma de conciencia masiva sobre el bosque u otros bienes naturales, ni han aumentado capacidades en el manejo sustentable, pero sí ha significado un despilfarro de recursos públicos, dado el fallo de los muchos proyectos financiados. Aunado a eso, la contradicción entre legislación agraria y legislación de conservación es una tensión no resuelta que obstaculiza un manejo consensuado y racional de los recursos naturales en las áreas naturales protegidas.

Pero no sólo en la política de conservación, sino también en la política social, se puede deplorar una falta de visión. El enfoque miope de la política social-alimentaria en la seguridad alimentaria, entendida como la provisión de alimentos, más no su producción, ha aumentado la dependencia alimentaria y no ha contribuido a una mejor alimentación. Si asumimos que hay una responsabilidad política del Estado para desarrollar capacidades y libertades para alimentarse y no sufrir hambre, entonces se tendrían que implementar en las regiones rurales programas o proyectos que resuelvan problemas de la producción, por ejemplo de recuperación de suelos, manejo integral de plagas, tecnologías adaptadas, mitigación y

adaptación al cambio climático, etcétera, además de un fomento y apoyo a la comercialización en condiciones justas, en vez de una provisión unilateral de alimentos o de dinero para adquirirlos.

Lejos de formar parte de un estado de Bienestar, los programas de transferencia siguen siendo “de ayuda”, no derechos sociales y no se sabe si se puede contar con ellos en el futuro. Se perciben desde las comunidades como un dinero que da el gobierno, no como un derecho o un elemento con lo que se puede contar. Aun así, después de 20 años de recepción, hay un cierto efecto de acostumbrarse o de esperar que lleguen otra vez los fondos. También hemos analizado que la recepción continua de proyectos y programas puede causar una cierta inercia en las comunidades campesinas, una costumbre de recibir y no preocuparse por proyectos propios, independiente de la intervención externa. Aquí el reto ciertamente es doble: de parte los funcionarios públicos para diseñar otro tipo de programas, que no propicien el asistencialismo y la dependencia, y de parte de las poblaciones beneficiarias independizarse en lo posible de la ayuda del Estado y de proyectarse de manera autónoma, sin que esto tenga que significar un rechazo total a los financiamientos públicos a los que tienen derecho.

Lecciones para otras comunidades y para organizaciones campesinas¹²⁰

La apuesta de campesinos y campesinas por la producción propia y diversa es una contención al mercado agroalimentario de las corporaciones y el agronegocio. Aunque en las condiciones de temporal y los altos costos de producción, el cultivo de los granos básicos, no es o es poco redituable, debido a la volatilidad de precios en el mercado internacional, en Zapata, la producción para el autoconsumo garantiza el “pan de cada día” y evita la dependencia total si se elevan los precios abruptamente (como ocurrió en 2008). Para eso resulta

¹²⁰ Estas lecciones están pensadas para comunidades que están en condiciones parecidas, sobre todo aquellas comunidades de Sureste que mantienen algo de producción alimentaria y que tienen todavía una dinámica de vida campesina

útil guardar la semilla propia o intercambiar semillas criollas con otros productores y no hacerse dependiente (únicamente) de semillas compradas.

En el ejido Zapata resalta la alta diversidad de cultivos como parte de las estrategias familiares de vida. Hombres y mujeres trabajan la tierra (en diferentes espacios: parcela, traspato, monte) y contribuyen a la producción, el autoconsumo y la generación de ingresos monetarios por venta. No sólo en la producción del maíz, frijol, ganado, café, sino también en la producción y recolección “pequeña” pero constante (hierbas, verduras, productos del traspato) que casi no se reconoce ni contabiliza, y que frecuentemente está a cargo de las mujeres, se encuentra un factor importante para la relativa autosuficiencia alimentaria y la diversidad productiva en Zapata. Esta diversidad es un garante contra eventos climáticos extremos o pérdidas de cosecha y contra lo imprevisible que puede ser el mercado.

La lucha agraria, importante en Chiapas todavía en la década de 1990, es un elemento fuerte en la memoria de la gente de Zapata. El orgullo por haber obtenido la tierra sigue siendo un elemento que fortalece la valoración y la defensa de la tierra ante la intención de la contrarreforma agraria. Ante el alto porcentaje de personas jóvenes y avecindados/avecindadas que viven en ejidos y comunidades agrarias¹²¹, es importante transmitir este orgullo a las futuras generaciones y hacerlos partícipes de las decisiones que se toman a nivel de comunidad o ejido para garantizar una transición generacional.

Del análisis de los proyectos productivos concluyo: si logran mejorar capacidades, si no van en detrimento del medio ambiente, y si pueden ser continuados después, los proyectos gubernamentales (o de ONG) pueden ser un complemento interesante para las comunidades o familias campesinas en sus esfuerzos de producir y comercializar, o en otros aspectos de la vida. Si los proyectos, al contrario, llevan a una mayor dependencia (por ejemplo de insumos externos, de un solo mercado), y una posible mayor vulnerabilidad en vez de fortalecer una diversidad de estrategias, no convienen.

¹²¹ En México, alrededor de 7 millones de personas entre 15-29 años viven en localidades menos de 2500 habitantes, muchos de éstos son comunidades agrarias y ejidos.

Para muchas comunidades que oscilan entre modelos propios de producir y vivir, y aceptar los programas y proyectos del gobierno, así también para Emiliano Zapata I, es necesario asumir una postura propia acerca de la relación que se quiere tener con el Estado. Esto seguramente dependerá de experiencias previas que se ha tenido de los cuales desafortunadamente en México y Chiapas muchas son llenas de injusticias y dolor¹²². Además, la desigualdad social lacerante de las comunidades campesinas e indígenas (con respecto a otros sectores de la sociedad), impide muchas veces una participación plena política.

De manera parecida, para las comunidades campesinas en general y especialmente para aquellas ubicadas cerca o dentro de ANP o ambientalmente sensibles, es necesario asumir una postura propia acerca de la conservación y del manejo sustentable de los recursos naturales. Ni acatar los reglamentos de las instancias gubernamentales sólo por miedo a represalias, ni tumbar el monte para generar ganancias a corto plazo son acciones promisorias a futuro. Hay experiencias interesantes de manejo comunitario de bosques y de conservación manejada y determinada por las comunidades campesinas que pueden señalar un posible camino y que valen la pena conocer (Otros Mundos/Amigos de la Tierra, 2015).

A pesar de los vientos contrarios a la organización campesina regional, Zapata ha apostado a los esfuerzos colectivos junto con otros ejidos y organizaciones. Ahora toca recuperar los logros organizativos que se tenían (ARIC, Unión de Ejidos) y/o de transitarlos hacia nuevos espacios o formas organizativas. Las comunidades son más fuertes si no están solas, la interacción con otras, puede fortalecerlas en asuntos legales, de comercialización, de educación y capacitación, infraestructura, etcétera. Vale la pena para otras comunidades (volver a) caminar los caminos de la organización campesina regional, y buscar formas conjuntas de resolver algunas necesidades y luchar por sus derechos, asegurando la inclusión de todos y todas, grandes, jóvenes, hombres y mujeres.

¹²² Como los desplazamientos forzados, complicidad de policías y ejército con paramilitares, tortura, encarcelamientos injustificados, persecución de luchadores sociales etcétera.

Recomendaciones para (quienes trabajan con) mujeres rurales

Del estudio presente podemos deducir que el trabajo y conocimiento de las mujeres en la alimentación, tanto en su aspecto de producción diversa como en el aspecto de la preparación, es clave. Aunque ya se ha dicho muchas veces, es imprescindible visibilizar el trabajo de las mujeres y su aporte al buen comer y a la soberanía alimentaria en el plano micro: la cocina, la familia, la comunidad. En el caso de comunidades campesinas como Zapata, se disfruta este aporte en los alimentos de cada día y sin él no sería posible la continuidad de la vida.

La vivencia de las mujeres en Zapata es ambigua: por un lado están conscientes de la importancia de sus labores reproductivas, por otro lado viven como pesada la carga de trabajo, la multiactividad y los horarios extenuantes. Hay que seguir pensando, junto con las mujeres rurales, cómo se puede transitar del reconocimiento simbólico a una posición diferente en las familias y las comunidades, cómo se pueden compartir los saberes de la cocina y repartir los múltiples trabajos en una familia campesina de tal manera que sea más justa y equitativa y cómo lograr que el acceso a recursos monetarios y productivos sea “parejo”. Las estrategias dependerán de las mujeres rurales y de la situación y condiciones de cada caso. Como personas que trabajamos en comunidades rurales, una primera tarea es ayudar a visibilizar y valorar el aporte de las mujeres y fortalecerlas en sus propuestas organizativas, de mayor autonomía y de exigencia de justicia al interior de las familias y la comunidad.

El espacio de las asambleas ejidales o comunitarias es muchas veces un espacio dominado por hombres, aun así es aconsejable para las compañeras que logren la presencia en estos espacios (o en dado caso, construyan otros espacios de toma de decisiones colectivas), ya que se toman muchas decisiones importantes allí que afectan la vida de todas y todos.

Para generar ingresos propios (sea en especie o en efectivo), el cultivo del traspatio y la recolección, han resultado claves como espacios sobre los que las mujeres tienen control y cierta autonomía. También la comercialización de los cultivos propios es una buena manera de generar ingresos y poder salir de la comunidad.

En el caso de Zapata, si bien no poseer formalmente la tierra, excluye a las mujeres de programas de fomento productivo, me parece el problema no es tanto la tenencia formal, sino el acceso y poder de decisión. Hay propuestas interesantes como la tenencia y usufructo familiar que propone el Centro de Derechos de la Mujer de Chiapas (CDMCH, 2017) que incluyen tanto la tenencia familiar como una función activa en las asambleas ejidales por parte de las mujeres. En este sentido es importante (dar a) conocer estas propuestas y (fortalecer a las mujeres para) exigir la participación en condiciones iguales en la toma de decisiones.

A pesar de que las mujeres rurales tengan cierta presencia en los discursos y programas, (varios de ellos hasta alegan tener “enfoque de género”), continúan excluidas como actrices sociales y sujetos libres. Su “inclusión” en los programas sociales y de alimentación se vincula al refuerzo de sus roles tradicionales. Ivonne Vizcarra (2008) nos invita a reflexionar sobre la contradicción inherente en el caso de las políticas de combate a la pobreza entre el intento de sacar las mujeres de su condición de inferioridad y asignarles justamente roles y tareas que las sujetan a una relación de inferioridad. Expresar y reflexionar esta contradicción es muy importante, pero la percibo casi como un laberinto sin salida. En un contexto donde se tienden a naturalizar los roles (y estigmatizar a aquellas personas que se oponen a estos roles), ¿cómo lograr que las mujeres cuestionemos o nos resistamos a los roles tradicionales sin ser más excluidas o discriminadas en la familia y la comunidad? Sin tener una respuesta contundente a este dilema, creo que la solución es colectiva, ya que difícilmente podrá salir una mujer sola de su rol tradicional, pero si lo reflexionamos y lo intentamos varias, tal vez es posible. Esto a la larga también posibilitará otra posición como actrices sociales y partícipes en la vida pública.

Lecciones para (quienes trabajan con) jóvenes rurales

En Zapata, a pesar de que tienen condiciones más difíciles que las sus padres, madres y abuelos/abuelas, las y los jóvenes que permanecen en la comunidad, producen una variedad de productos e innovan estrategias productivas y comerciales. Sin ellos no habría tanta producción ni tanta diversidad productiva. Es imprescindible reconocer su aporte productivo, al igual que el de las mujeres. Muy al contrario de este reconocimiento, se encuentran con una estructura gerontocrática de la asamblea ejidal y de otros espacios de decisión. A pesar de la discriminación que sufren los y las jóvenes en estos espacios, para ellos y ellas es importante tener presencia ahí, conocer lo que ahí se decide y tratar de alzar la voz y contribuir cuando es posible. Algunos jóvenes hacen uso de este derecho y exigen más y más ser tomados en cuenta.

Los jóvenes encuentran el dilema que están cultivando y produciendo, pero, por falta de la tenencia formal de la tierra, no pueden acceder a apoyos productivos. Además, en el tiempo de estudio, no había políticas para jóvenes rurales; se requiere de políticas que mejoren capacidades, sean de acceso fácil y adaptable a las realidades muy diferentes que tienen jóvenes rurales a lo largo del país. Estas políticas tendrían que incluir de manera equitativa tanto a varones como a mujeres jóvenes del campo.

En un mundo con cambios rápidos los y las jóvenes de las comunidades rurales no pueden simplemente seguir el paso de sus padres y madres. Se enfrentan a situaciones diferentes, tienen más acceso a información, educación y más movilidad. La cultura está cambiando y la juventud rural, tiene un papel importante en la transformación, positiva o negativa en las formas de relación social, en buscar formas innovadoras de producir y de alimentarse y de garantizar la reproducción de la vida rural en general.

La transformación principal que experimentan los jóvenes rurales en cuanto a la ciudadanía es el tránsito de la sociedad autoritaria tradicional a una sociedad donde la respuesta no depende tanto de los adultos de la generación anterior sino que depende de la capacidad de los jóvenes de transformar el aprendizaje obtenido de los adultos para adaptarlo a las nuevas situaciones y al autoaprendizaje. Son los jóvenes rurales los que tienen que

hacer los ajustes en sus modos de vida para lograr acomodarse a las nuevas situaciones (Pacheco, 2016, 177).

Reflexiones finales

El camino de esta investigación para mi ha sido muy gozoso, a pesar de muchas horas frente a la computadora, en el escritorio y en diferentes bibliotecas. Lo que más disfruté y en donde obtuve aprendizajes sumamente significativos, era la investigación en campo, la interacción con las personas de Zapata. Creo que esta tesis puede mostrar la relevancia de hacer investigación junto con los sujetos de las comunidades respectivas para poderse acercar más a su vivencia, sus experiencias, sus conocimientos y perspectivas. Sin embargo, tengo que admitir que la investigación en co-labor intencionada quedó más reducida de lo que me he propuesto en un inicio y que implicó retos especiales que no había considerado: por ej., conciliar los tiempos entre los jóvenes co-investigadores y yo, entre la comunidad y nosotros como grupo; poder comunicar qué es lo que exactamente me interesa del tema alimentario y productivo en Zapata, pero estar suficientemente sensible a lo que a los y las co-investigadores y a las personas de la comunidad les interesa; tratar de que mi presencia e interacción sean útiles para la gente de Zapata pero al mismo tiempo avanzar en la escritura y cumplir con los requisitos formales de una tesis de doctorado etcétera.

A eso se suma que cuatro de los jóvenes colaboradores en el último año de la investigación ya no vivían constantemente en Zapata sino se habían mudado para fines de trabajo o de estudio y que yo estuviera ausente durante un tiempo prolongado para realizar una estancia de investigación en mi natal Alemania. De esta manera, la intención de co-labor que estuvo clara al inicio, si bien arrojó aprendizajes importantes, no me deja del todo satisfecha; además me quedo con la tarea de devolverle a la comunidad hallazgos importantes de la tesis de una manera atractiva y relevante, así como de construir escenarios junto con diferentes grupos de la comunidad. Independiente de eso, la amistad y la relación con las personas de Zapata sigue y ojalá que yo pueda devolver algún día de una manera práctica todos los favores recibidos.

A lo largo de los cuatro años que he trabajado en esta investigación, mis enfoques y mi atención se movieron muchas veces, de mujeres rurales a juventud, de estrategias productivas y de reproducción en la economía campesina a la reforma y contrarreforma agraria, de la transición alimentaria a la conservación y la problemática de las ANP, pero una y otra vez regresaron a la cuestión de las políticas públicas, siendo éste uno de los ejes centrales de este trabajo. Pero por ratos, este lugar prominente de las políticas públicas no me dejó tan satisfecha. Retomando la idea de la crisis sistémica que plantea Armando Bartra (2008; 2010), junto con otros intelectuales, me pregunté varias veces, si no nos estamos quedando cortos enfocándonos solamente (o predominantemente) en las políticas públicas, orquestadas por el estado y organismos multilaterales. Para poder realmente caminar hacia otras formas de procurar una buena alimentación, de relación con la naturaleza, de producción y consumo diferente, y para llegar a una equidad en la diversidad, me parece más y más que el solo enfoque en las políticas públicas no lo puede resolver todo y que necesitamos transformaciones a un nivel mucho más profundo. Esta reflexión también va a propósito del cambio reciente de gobierno, esperado por muchos sectores con ansias, que “suponen que un Estado liderado por un gobierno progresista tiene la capacidad de cambiar prácticas socio-económicas y culturales mediante políticas públicas adecuadas” (Brand, 2011, 145). Pero ahora, un año después del cambio de gobierno, ya quedan desilusionados y enojados...

Me parece interesante retomar la distinción entre transición y transformación que el politólogo Ulrich Brand hace: Mientras que la transición es entendida como un conjunto de estrategias y eventualmente procesos de cambio políticos y sociales orquestados exclusivamente a partir de políticas públicas, el concepto de la transformación, en cambio, no se enfoca sólo en las políticas públicas y sus estructuras, sino que apunta a un cambio social más integral y profundo, en varias esferas de la vida social y con estrategias diversas (Brand, 2011, 146). De esta manera, el autor nos invita a preguntar,

¿Cuáles son los actores e instituciones, las prácticas y estructuras, los problemas y relaciones sociales que deben cambiar? ¿En qué sentido pueden ser cambiadas mediante políticas públicas? ¿Y con qué tipos de políticas públicas? ¿Cuáles otras estrategias serían necesarias para lograrlo? (Brand, 2011, 146).

En el tema que aquí nos ocupa, para lograr una transformación de los patrones de consumo y producción, del comercio de alimentos, de las relaciones entre campo y ciudad y para transformar las diferentes desigualdades y la devastación del campo, ¿cuáles prácticas, estructuras y relaciones deben cambiar? Aparte de una re-orientación de las políticas públicas (que es deseable y necesaria), ¿con qué otras estrategias se debe perseguir esta transformación?

Armando Bartra señala que la crisis sistémica en la cual nos encontramos requiere cambios profundos y radicales:

El fondo de la debacle multidimensional está en el modo de producir y de consumir propio del capitalismo [...] que nos ha llevado a una generalizada crisis de escasez manifiesta en el enrarecimiento de los factores naturales y sociales que hacen posible la vida (Bartra, 2014, 26).

Este análisis es un llamado a un cambio profundo y urgente. Entonces, a mi manera de ver, no basta con exigir el cumplimiento de los derechos, a monitorear las políticas públicas, a incidir en el cambio de leyes (si bien todo eso es importante), sino tenemos que construir realidades y relaciones diferentes, cambiando nuestros modos de producción y consumo (a pesar de los marcos contrarios, y a veces independiente de si éstos cambian o no), y reflexionar seriamente sobre lo que significa el Buen Comer y el Buen Vivir, deliberar sobre qué cambios son posibles y factibles en este momento y cuáles tienen que imaginarse ya pero realizarse más adelante. Pero esta tarea ya no compete solamente a tomadores de decisiones sobre las políticas públicas, a comunidades campesinas, mujeres y jóvenes rurales, sino a todas y todos nosotros y se requiere mucha organización, porque solas y solos o individualizados no se va a lograr.

Espero haber contribuido con esta tesis a las reflexiones en este sentido.

Fuentes consultadas

Acuña Rodarte, Blanca Olivia. 2015. Contradicciones y límites de la política agroalimentaria en México. De la seguridad alimentaria a la Cruzada contra el Hambre. *Argumentos*, UAM-Xochimilco, México, Numero 79, sept- dic. 2015: 241-263.

Aguilar Villanueva, Luis F. 1992. *El Estudio de las Políticas Públicas*. México.

Aguilar, Luis F. 2010. *Política pública*. México.

Almaguer, A. et al., s/f. La dieta de la milpa: modelo de alimentación mesoamericana bio-compatible. Ciudad de México: Secretaría de Salud. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/98453/La_Dieta_de_la_Milpa.pdf, consultado el 10/05/2018

Almeida, Elsa. 2012. Ejidatarias, posesionarias, avecindadas. Mujeres frente a sus derechos de propiedad en tierras ejidales de México. (Informe de investigación publicado en 2009 por la International Land Coalition y el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos) *Estudios Agrarios*, No. 52. 2012: 13-57.

Altieri, Miguel; Nicholls, Clara. 2012. *Agroecología: única esperanza para la soberanía alimentaria y la resiliencia socioecológica*. Artículo preparado para Rio+20. Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología, SOCLA. www.agroeco.org/socla, consultado el 01/04/2019

Appendini, Kirsten y Marcelo de Luca. 2006. *Estrategias rurales en el nuevo contexto agrícola mexicano*, FAO.

Appendini, Kirsten y Gabriela Torres-Mazuera. 2008. *¿Ruralidad sin agricultura? perspectivas multidisciplinares de una realidad fragmentada*. México: El Colegio de México.

Arrelano Gault, David; Blanco, Felipe. 2013. *Políticas públicas y democracia*. Instituto Federal Electoral, México.

Barkin, David; Suarez San Román, Blanca. 1985. *El fin de la autosuficiencia alimentaria*. México.

Bartra, Armando, 1979. El Panorama Agrario en los 70. *Investigación Económica*, UNAM, México, Vol. 38, No. 150 (Oct.-Dic. 1979): 179-235.

Bartra, Armando, 2008. Fin de fiesta. El fantasma del hambre recorre el mundo. *Argumentos*, UAM-Xochimilco, México, vol. 21, núm. 57, mayo-agosto, 2008: 15-31

Bartra, Armando, 2010. "La Gran Crisis. Seis calamidades distintas y una sola crisis verdadera". PIDAASSA México. Carta Informativa Numero 4, Marzo 2010.

Bartra, Armando. 2014. Campesinos del tercer milenio: aproximaciones a una quimera. *Revista ALASRU. Análisis Latinoamericanos del Medio Rural*. Nueva Época No. 10, Octubre 2014: 17-43.

Bellon, Mauricio R., Michelle Adato, Javier Becerill y Dubrovka Mindek. 2006: Poor Farmers' Perceived Benefits from Different Types of Maize Germplasm: The Case of Creolization in Lowland Tropical Mexico. *World Development* Vol. 34, No. 1: 113–129.

Bertran Vilà, Miriam. 2005. *Cambio alimentario e identidad de los indígenas mexicanos*. México.

Bevilaqua Marin, Joel Orlando. 2009. Juventud rural: una invención del capitalismo industrial. *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. XXVII, núm. 80, mayo-agosto, 2009: 619-653

Brand, Ulrich, 2011. El papel del Estado y de las políticas públicas en los procesos de transformación. En Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, 2011, 145-158.

Brand, Ulrich; Wissen, Markus, 2013. Crisis socioecológica y modo de vida imperial. Crisis y continuidad de las relaciones sociedad-naturaleza en el capitalismo. En Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, 2013, 445-470.

Brundtland, Gro Harlem. 1987. *Report of the World Commission on Environment and Development: Our Common Future*. <https://sustainabledevelopment.un.org/content/documents/5987our-common-future.pdf>, consultado el 20/06/2019

Brunel, Marie Claude. 2008. Poner la conservación al servicio de la producción campesina, reto para la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo. *Argumentos*. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, vol. 21, núm. 57, mayo-agosto, 2008: 115-137

Caballero Roque, Adriana. 2010. *Plantas comestibles no cultivadas de la reserva de la biosfera selva El Ocote, Chiapas. Recetario tradicional y nuevas propuestas*. UNICACH, Tuxtla Gutiérrez.

Camacho-Bernal, Teresita y Tim Trench. 2019. De la “tierra para los pobres” a espacios de conservación y disputa: la Selva Lacandona y la Sierra Madre de Chiapas desde la perspectiva de la justicia ambiental. *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. XVII, núm. 2, julio-diciembre de 2019: 48-66.

Cano Castellanos, Ingrete J. 2017. “Hacer ejido” y sentido de comunidad. El devenir en la acción colectiva, el Estado y la conservación ecológica en México. *Revista de Antropología Social* 26(2): 259-280.

Cano Castellanos, Ingrete J. 2019. Capítulo 5. Las ANP federales de Chiapas. En Comisión Nacional de Derechos Humanos. 2019.

Canto Chac, Manuel. 2002. Introducción a las políticas públicas. En Canto Chac, Manuel y Castro Soto, Oscar (coord.), 59-77.

Canto Chac, Manuel y Castro Soto, Oscar (coord.), 2002. *Participación Ciudadana y Políticas Públicas en el Municipio*. México.

Castañeda Zavala, Yolanda; Massieu Trigo, Yolanda Cristina (coord.), 2015. *Crisis alimentaria y sus dilemas tecnológicos y socioambientales. Respuestas de los actores sociales*. AMER, México.

CDMCH. 2017. Tenencia y usufructo familiar de la Tierra. Centro de Derechos de la Mujer de Chiapas, San Cristóbal de Las Casas.

CEDRRSA 2019. *Investigación: Los apoyos directos a la producción de granos básicos, De Procampo a la Producción para el Bienestar*. Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria y Cámara de Diputados, LXIV Legislatura. Marzo 2019, México.

Chapela, Gonzalo; Menéndez, Carlos; Robles Berlanga, Hector. 2015. México: políticas para la agricultura campesina y familiar. Un marco de referencia. En: Sabourin, Eric; Samper, Mario; Sotomayor, Octavio (Coord.) 2015, 209-230.

Comisión Nacional de Derechos Humanos. 2019. *Estudios sobre el Cumplimiento e Impacto de las Recomendaciones Generales, Informes Especiales y Pronunciamientos de la CNDH (2001-2017)*, Tomo IV, Áreas Naturales Protegidas y Derechos Humanos. https://www.researchgate.net/publication/331559941_CAPITULO_5_LAS_ANP_FEDERALES_DE_CHIAPAS/download, consultado 13 de junio de 2019.

CONANP – REBISO. 2011. *Informe final: Elaboración de un Estudio para determinar la factibilidad de Actividades productivas y de conservación que pueden desarrollarse en la Comunidad Emiliano Zapata I, Municipio de Ocozocoautla de Espinosa, Chiapas*. Estudio elaborado por RED A.C., Francisco Guevara Hernández y Jesús Ovando Cruz.

CONABIO. 2006. *Capital natural y bienestar social*. Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, México.

CONEVAL, 2012. *Informe de Pobreza en México 2012*. Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, México.

CONEVAL, 2018. *Informe de Evaluación de la Política de Desarrollo Social 2018*. Resumen Ejecutivo. Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, México.

Cruz-Morales, Juana; Trujillo-Vázquez, Romeo; García-Barrios Luis Enrique; Ruiz-Rodríguez, José Manuel; Jiménez-Trujillo, José Antonio. 2011. *Buenas prácticas para la ganadería sustentable en la Reserva de la Biosfera La Sepultura, Chiapas, México*. Universidad Autónoma Chapingo y El Colegio de la Frontera Sur, Texcoco y San Cristóbal de Las Casas.

Declaración de Nyéléni. 27 de febrero de 2007. Nyéléni, Sélingué, Mali. Disponible en: <https://nyeleni.org/spip.php?article291>, consultado el 9/04/2019

DECA/Equipo Pueblo. 2010. *Las Organizaciones de la Sociedad Civil en el diseño y gestión de las Políticas Públicas. Manual para la impartición del módulo Políticas Públicas*. México.

De Garine, Igor. 1998. Antropología de la alimentación. Entre Naturaleza y Cultura. *Actas del congreso internacional*. Museo Nacional de Antropología, España, 13-34.

De Schutter, Olivier. 2012. *Informe del Relator Especial sobre el derecho a la alimentación*. Naciones Unidas, Asamblea general, 17 de Enero de 2012.

Durand, Leticia; Figueroa, Fernanda; Guzmán, Mauricio (ed.) 2012. *La naturaleza en contexto. Hacia una ecología política mexicana*. Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de San Luis, México.

Durand, Leticia, 2014a. Conservación y exclusión. Un análisis desde el discurso. Conferencia presentada en el 4to Congreso Nacional de Ciencias Sociales, COMECOS, San Cristóbal de Las Casas, Mayo 2014.

Durand, Leticia. 2014b. ¿Todos ganan? Neoliberalismo, naturaleza y conservación en México. *Sociológica*, año 29, número 82, mayo-agosto de 2014: 183-223.

Durston, John, 2009. Juventud Rural en Brasil y México. Reduciendo la Invisibilidad. Ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, agosto-septiembre, 1997, Sao Paulo. Versión electrónica disponible en: <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/6/4646/indice.html>, consultada 20/09/2017

El Vigía. 28 de abril 2017. "Sube Consumo de tortillas" <https://www.elvigia.net/general/2017/4/28/sube-consumo-tortillas-270306.html>, consultado el 16/8/2019

ENSANUT 2012. *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2012*. www.ensanut.insp.mx, consultado el 20/04/2017

ENSANUT MC 2016. *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición de Medio Camino. Informe final de Resultados*. Secretaría de Salud, Instituto Nacional de Salud Pública. México. <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/209093/ENSANUT.pdf>, consultado el 15/07/2019

Espinosa Damián, Gisela y Hernández Castillo, Aída. 2013. Nuevas actrices políticas en el medio rural mexicano: logros y desafíos de las mujeres indígenas y campesinas. En Tanalís Padilla (coord.). 2013. *El campesinado y su persistencia en la actualidad mexicana*, México, FCE, 219-263.

Espinosa Damián, Gisela, 2014. Feminidades rurales emergentes y viejas estrategias gubernamentales. En Vizcarra Bordi, Ivonne (comp.). *La feminización del campo mexicano en el siglo XXI. Localismos, transnacionalismos y protagonismos*. Universidad Autónoma del Estado de México y Plaza y Valdés, México, 47-73.

- Espinosa Damián, Gisela, 2015. Metiendo la cuchara. Mujeres rurales y crisis alimentaria. En: Madera Pacheco, Jesús et al. (coord.). *Estrategias organizativas y de reproducción para el desarrollo local*. Universidad Autónoma de Nayarit. Juan Pablos Editor, México, 161-191.
- Espinosa Damián, Gisela (sin fecha). El último aliento del Estado Benefactor. Documento interno, no publicado.
- Estermann, Josef. 2012. Crisis civilizatoria y Vivir Bien. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, Vol. 11, No. 33: 149-174
- ETC Group. 2017. ¿Quién nos alimentará? *La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial?* www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/quiennosalimentara.png, consultado el 1/4/2019
- EZLN. 1993. Declaración de la Selva Lacandona. <http://enlacezapata.ezln.org.mx/1994/01/01/primera-declaracion-de-la-selva-lacandona>, consultado el 1/4/2019
- FAO. 2011. *El Estado Mundial de la Agricultura y la Alimentación 2010-11. Las Mujeres en la Agricultura: Cerrar la brecha de género en aras del desarrollo*. Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, Roma.
- FAO. 2013. *Panorama de la Seguridad Alimentaria y Nutricional en México 2012*. Coeditado con Sagarpa, Sedesol, INSP.
- FAO. 2016. “Las mujeres son la clave para lograr un mundo sin hambre ni pobreza.” <http://www.fao.org/news/story/es/item/461111/icode/>, consultado el 26/11/2019
- FAO. Sin fecha. “Cambio climático y seguridad alimentaria”. Fact-sheet www.fao.org/climatechange consultado el 13/11/2019
- Federicci, Silvia. 2013. *La revolución feminista inacabada. Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*. Escuela Calpulli, México.
- Fox, Jonathan y Haight, Libby (coord.). 2010. *Subsidios para la desigualdad. Las políticas públicas del maíz en México a partir del libre comercio*. Woodrow Wilson International Center for Scholars, Santa Cruz, California.
- Fritscher Mundt, Magda. 1995. Las políticas del maíz en el salinismo. *Cuadernos agrarios, Nueva época, Neoliberalismo y campo*. México, año 5, núm. 11 y 12: 45-58.
- Fritscher Mundt, Magda. 2000. Los bloques regionales y la agricultura: el TLCAN bajo escrutinio. En: *Sociológica*, año 15, número 44, Sept.-dic 2000: 11-40.
- García-Frapolli, Eduardo. 2012. Exclusión en áreas naturales protegidas: una aproximación desde los programas de manejo. En Durand, Leticia; Figueroa, Fernanda; Guzmán, Mauricio (ed.) 2012, 221-236.

- Gordillo, Gustavo. 2013. *Soberanía y Seguridad Alimentarias (Documento Base para Discusión)*. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). www.fao.org/publications, consultado el 18/05/2019
- Gordillo, Gustavo. 2018. *Análisis de los escenarios y políticas actuales para el campo mexicano*. Fundación Friedrich Ebert (FES) en México.
- Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, 2011. *Más allá del Desarrollo*. Miriam Lang y Dunia Mokrani (comp.), Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala, Quito, Ecuador.
- Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo. 2013. *Alternativas al capitalismo/colonialismo del siglo XXI*, Miriam Lang, Claudia López y Alejandra Santillana (comp.), Fundación Rosa Luxemburg, Oficina de la Región Andina, Quito, Ecuador.
- Guzmán, Elsa. 2014. Alimentación, Soberanía y agricultura campesina. En: Hidalgo, F. Francisco; Houtard, François; Lizárraga A., Pilar (edit.) 2014. *Agriculturas campesinas en Latinoamérica. Propuestas y desafíos*. IAEN, Quito, 217-228.
- Haraway, Donna J. 1991. *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra, Madrid.
- Hernández, Roberto. 2001. "Sistema de acción colectiva. Desencuentro de dos mundos. El caso de la ampliación de la Reserva de la Biosfera Selva El Ocote, México". Tesis de Maestría, ECOSUR, San Cristóbal de Las Casas.
- Hernández Alarcón, Adriana et al. 2011. *Medicina y nutrición. Nutrición comunitaria y clínica*. Facultad de Medicina, UNAM, México.
- Hernández Moreno, María del Carmen; Meléndez Torres, Juana María (coord.) 2012. *Alimentación contemporánea. Un paradigma en crisis y respuestas alternativas*. CIAD y Clave editorial, México.
- Hernández Pérez, Juan Luis. 2016. Reseña: Philip McMichael. Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias (México: Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa, 2015), 260 pp, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 78, num.3, julio-septiembre 2016: 551-554.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia, 1988. *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*. Siglo veintiuno editores, México.
- IMJUVE, 2010. Encuesta Nacional de Juventud 2010. Resultados Generales. https://www.imjuventud.gob.mx/pagina.php?pag_id=137, consultado el 10/07/2018
- INSP (Instituto Nacional de Salud Pública) 2018: *Módulo de PROSPERA en la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT) 2017-2019. Informe de resultados*.

Isitame (sin fecha): *Revalorando los aportes de las mujeres campesinas a la seguridad alimentaria desde sus solares*. Cuaderno metodológico. www.isitame.org, consultado el 10/09/2017

La Barbera, María Caterina. 2010. *Género y diversidad entre mujeres*. <https://e-revistas.uc3m.es/index.php/CK/article/viewFile/565/257>, consultado el 8/7/2017

Lagarde, Marcela. 1996. La perspectiva de género. En: *Género y Feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Ed. horas y HORAS, España, 1996, 13-38.

Lagarde, Marcela. 1997. *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Coordinación General de Estudios de Posgrado, UNAM. México.

Legorreta Díaz, María del Carmen; Márquez Rosano, Conrado. 2012. Democracia, Desigualdad y política ambiental en las reservas de la Biosfera en México. Un enfoque interdisciplinario. En Durand et al. 2012, 269-294.

LGEEPA, 2015. *Ley General del Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente*. Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión. Publicado en el DOF, 09-01-2015.

Libert-Amico, Antoine; Paz-Pellat, Fernando. 2018. Del papel a la acción en la mitigación y adaptación al cambio climático: la roya del cafeto en Chiapas. *Madera y Bosques*, vol. 24, núm. especial, e2401914, Invierno 2018: 1-24.

Long, Norman. 2001. *Sociología del desarrollo: Una perspectiva centrada en el actor*. COLSAN, CIESAS. México.

López-Revilla, Ruben; Martínez Debat, Claudio. 2013. Riesgos potenciales no previstos en los alimentos transgénicos. En Álvarez-Buylla, Elena R.; Piñeyro Nelson, Alma. 2013. *El maíz en peligro ante los transgénicos*. UNAM, UCSS, México.

Madera Pacheco, Jesús et al (coord.) 2015. *Estrategias organizativas y de reproducción para el desarrollo local*. Universidad Autónoma de Nayarit, Juan Pablos Editor, México.

Madera Pacheco, Jesús; Marín García, Jorge Luis; Serrano Flores, María Elena. 2016. *Actores rurales frente al modelo de Desarrollo Neoliberal*. Universidad Autónoma de Nayarit, Tepic.

Massa, Laura. 2010. Estrategias de reproducción social y satisfacción de necesidades. Parte I: controversias conceptuales, polémicas prácticas. *Revista Perspectivas Sociales / Social Perspectives*, primavera/spring 2010, Vol. 12 No. 1: 103-140

Massieu, Yolanda Cristina. 2016. Sustentabilidad, soberanía alimentaria y política pública en México: ¿misión imposible? En Torres, Felipe; del Valle, Ma. del Carmen; Tolentino, Jessica y Martínez Erika (coord.) 2016. *Reflexiones sobre la seguridad alimentaria. Búsqueda y alternativas para el desarrollo de México*. Ed. UNAM-IIIE, México, 177-211.

Mc Michael, Philip. 2014. Historizing food sovereignty. *The Journal of Peasant Studies*, 2014. Vol. 41, No. 6: 933-957. (Una traducción parcial de este artículo es citado como: McMichael, Philip. 2017.)

McMichael, Philip. 2015. *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*. Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa, México, D.F.

Mc Michael, Philip, 2017. Historizar la Soberanía Alimentaria; una perspectiva del régimen alimentario. En: *Soberanía Alimentaria: un diálogo crítico*. Editado por EHNE-Bizkaia, ETXALDE, ICAS, ISS y Hands on the Land for Food Sovereignty. http://www.biodiversidadla.org/Documentos/Soberania_alimentaria_un_dialogo_critico, Consultado el 12/11/2019)

Meléndez Torres, Juana María; Cañez de la Fuente, Gloria María. 2012. Transformación alimentaria en Sonora. Nuevas tendencias en el comportamiento alimentario y nutricional de la población infantil y juvenil, en Hernández y Meléndez 2012, 133-157.

Meléndez Torres, Juana María y Aboites Aguilar, Luis. 2015. Para una historia del cambio en México durante el siglo XX. El arribo del gas y la electricidad a la cocina. *Revista de Historia Iberoamericana*, 10.3232/HIB.2015.V8.N2.04: 76-101.

Meza Castillo, Miguel y Acuña Rodarte, Olivia. 2010. La lucha de los campesinos ante la crisis alimentaria en México. En Concheiro Bórquez, Luciano; León López, Arturo (coord.), *Espacios públicos y estrategias campesinas ante la Crisis en México*, UAM-Xochimilco, 69-98.

Meza Castillo, Miguel. 2013. Especulación financiera y volatilidad en los precios de los alimentos. En Oxfam. 2013, 41-48.

Mier y Terán Giménez-Cacho, Mateo; Giraldo, Omar Felipe; Aldasoro, Miriam; Morales, Helda; Ferguson, Bruce G.; Rosset, Peter; Khadse, Ashlesha; Campos, Carmen. 2019. Escalamiento de la agroecología: impulsores clave y casos emblemáticos. Cuaderno de Trabajo No. 1. <https://www.researchgate.net/publication/333852555>, consultado el 27/11/2019.

Moguel, Julio; Fritscher, Magda; Azpeitia, Hugo. 1990. Auge y Crisis del modelo de autosuficiencia alimentaria. 1970-1982. En: *Historia de la Cuestión Agraria Mexicana. Los tiempos de la crisis (Primera parte) 1970-1982*. Siglo Veintiuno editores, México, 138-196.

Molyneux, Maxine, 2006. Mothers at the Service of the New Poverty Agenda: Progreso/Oportunidades, Mexico's Conditional Transfer Programme. *Social Policy & Administration*, Vol. 40, No. 4, August 2006: 425-449.

Muñoz Piña, C. y Guevara Sanginés, A. 1997. Pobreza y Medio Ambiente, en: G. Martínez, (comp.) 1997. *Pobreza y política social en México*. Lecturas 85, Fondo de Cultura Económica/ ITAM, 165-194.

Núñez Rodríguez, Violeta; Gómez Bonilla, Adriana; Concheiro Bórquez, Luciano. 2013. La tierra en Chiapas en el marco de los "20 años de la rebelión zapatista": La historia, la transformación, la permanencia. *Argumentos*, UAM-Xochimilco, México, vol. 26, no. 73: 37-54.

Otero, Gerardo. 2013: Dieta neoliberal y "comida" chatarra. *Observatorio del Desarrollo, investigación, reflexión y análisis*. Vol. II, No. 6: 4-7.

Otero, Gerardo; Pechlaner, Gabriela. 2014. Dieta neoliberal y desigualdad en los países del TLCAN: ¿convergencia o divergencia alimentaria? *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. IV, Segundo semestre 2014: 67-99.

Otros Mundos Chiapas/Amigos de la Tierra México. 2015. *Gestión Comunitaria de Bosques. Elementos para su defensa y fortalecimiento*. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. www.otrosmundoschiapas.org, consultado el 10/07/2017.

Oxfam México. 2013. *El Derecho a la Alimentación en México. Recomendaciones de la sociedad civil para una política pública efectiva*, México.

Pacheco Ladrón De Guevara, Lourdes C. 1997. La Doble Cotidianidad De Los Huicholes Jóvenes. Aportaciones sobre la Identidad juvenil desde la Etnografía. *Jóvenes 4*. México.

Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes C., 2003. La juventud rural que permanece. Seminario Internacional Virtual "Juventud rural en Centroamérica y México. El Estado de las investigaciones y el desafío futuro", RIJUR y FLACSO, Guatemala.

Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes C., 2016. Emergencias juveniles rurales en México. En Madera Pacheco et al. 2016, 169-182.

Papuccio de Vidal, Silvia. 2014. Mujeres y Alimentación, una aproximación desde la perspectiva ecofeminista. En: Siliprandi, Emma; Zuluaga, Gloria Patricia (coords.). *Género, agroecología y soberanía alimentaria*. Icaria editorial, Barcelona.

Paré, Luisa y Tajín Fuentes. 2007. *Gobernanza ambiental y políticas públicas en Áreas Naturales Protegidas: lecciones desde los Tuxtlas*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.

Pérez Díaz, Benjamín. 2015. "Actores Sociales y la Conservación de los Recursos Naturales. El caso del ejido Emiliano Zapata, ubicado en la Reserva de la Biosfera Selva El Ocote". Tesis para obtener grado de licenciado, CESDER, Zautla, Puebla

Pérez-Salgado, Diana; Rivera-Márquez, José Alberto; Ortiz-Hernández, Luis. 2010. Publicidad de alimentos en la programación de la televisión mexicana: ¿los niños están más expuestos? *Salud Pública de México*, vol. 52, no. 2, marzo-abril de 2010: 119-126.

Quintana Silveyra, Víctor M. 2012. Crisis y Soberanía Alimentaria. *Brújula Ciudadana*, Septiembre 2012. (Texto publicado originalmente como: "Crisis y Soberanía Alimentaria", En "La continuidad de la discusión sobre soberanía alimentaria y economía del sector agropecuario en México", Primer Congreso Internacional de Economía del Sector Agropecuario. México, 2011)

Rappaport, Joanne. 2007. Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. *Revista Colombiana de Antropología*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, Colombia, vol. 43, enero-diciembre: 197-229

Red Mundial por el Derecho a la Alimentación y a la Nutrición. 2019. *Observatorio del derecho a la Alimentación y a la Nutrición, Edición 11, El poder de las mujeres en la lucha por la Soberanía Alimentaria*. FIAN Internacional y Pan Para el Mundo. www.righttofoodandnutrition.org/es/observatorio-main, consultado el 29/10/2019.

RedPAR. 2000. El Progreso, ¿Un Programa para las Mujeres? Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales, folleto.

RedPAR. 2009. *La situación ha empeorado, aumentó el trabajo, comemos menos y menos bueno. Impacto de la crisis alimentaria mundial en las mujeres rurales en México*. Folleto, publicado por la Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales, México

RedPAR, ILSB. 2015. Mujeres rurales en México. Estrategias para el sostenimiento de sus medios de vida. Informe elaborado por la Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales, publicado por el Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir, México.

Reyes Ramos, María Eugenia. 2006. Mujeres y tierra en Chiapas. *El Cotidiano*, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, Distrito Federal, México. vol. 21, núm. 139, septiembre-octubre, 2006: 20-30.

Rios-Gonzalez, Adriana; Jansen, Kees; Sánchez-Pérez Héctor Javier. 2013. Pesticide risk perception. Pesticide risk perceptions and the differences between farmers and extensionists: Towards a knowledge-in-context model. *Environmental Research*, 124: 43–53.

Rodriguez Gómez, Guadalupe. 2007. Imaginar la soberanía alimentaria y las oportunidades del México globalizado. Desacatos, Revista de Antropología Social, CIESAS, México, num. 25, septiembre-octubre 2007: 101-114.

Romero Luna, Montserrat; Vallejo Román, Janett. 2017. Tensiones y conflictos en la construcción de límites en Áreas Naturales Protegidas: entre la conservación y la sobrevivencia. Ponencia presentada en el 11 Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales, 20-23 de junio del 2017, Nayarit.

Rosas Chávez, Nadia Marlene y Rico Rodríguez, Tyanif. 2017. *GenEros, Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*. Número 21, Época 2, Año 24, Marzo - Agosto de 2017: 85-118.

Rosset, Peter y Martínez, María Elena, 2014. Soberanía alimentaria: reclamo mundial del movimiento campesino. *Ecofronteras*, Vol. 18, núm. 51, mayo/agosto 2014: 8-11.

Rubio, Blanca (coord.) 2009. *El Impacto de la Crisis Alimentaria en las mujeres rurales de bajos ingresos en México 2008-2009*. Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales, Cámara de Diputados, LX Legislatura, México.

Sabourin, Eric; Samper, Mario; Sotomayor, Octavio (Coord.). 2015. *Políticas públicas y agriculturas familiares en América Latina y el Caribe. Balance, desafíos y perspectivas*. CEPAL, Santiago de Chile.

Salles, Vania Almeida. 1984. Una discusión sobre las condiciones de la reproducción campesina. *Estudios sociológicos* Vol. 2, No. 4 (Jan. - Apr. 1984): 105-134

Sánchez Juárez, Gladys Karina. 2015. *Los pequeños cafecultores de Chiapas: organización y resistencia frente al mercado*. Colección tesis no. 4. UNICACH, Tuxtla Gutiérrez.

SEMARNAT-CONANP. 2001. *Programa de Manejo de la Reserva de la Biosfera Selva El Ocote*. Ocozocoautla de Espinosa, Chiapas.

Shiva, Vandana. 2000. *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*. Paidós, Madrid.

Shiva, Vandana. 2013. La semilla y la tierra. Biotecnología y la colonización de la regeneración. En: López Castellano, Fernando (ed.) 2013. *Medio Ambiente y Desarrollo. Miradas Feministas desde ambos Hemisferios*, Universidad de Granada y Fundación Ipade. Granada, 265-288.

Siliprandi, Emma; Zuluaga, Gloria Patricia (coords.) 2014. *Género, agroecología y soberanía alimentaria*. Icaria editorial, Barcelona

Solís-Becerra, Celina Guadalupe y Estrada-Lugo, Erin Ingrid. 2014. Prácticas culinarias y (re)conocimiento de la diversidad local de verduras silvestres en el colectivo Mujeres y Maíz de Teopisca, Chiapas, México. *Revista LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. XII, núm. 2, julio-diciembre de 2014: 148-162.

Suárez Carrera, Víctor. 2011. *Políticas públicas para la agricultura mexicana*. Editorial Itaca, México, D.F.

Suárez San Román, Blanca; Zapata Martello, Emma; Ayala Carrillo, Rosario; Cárcamo Toala, Naima; Manjarrez Rosas, Josefina, 2011. *¿...y las mujeres rurales? Avances y desafíos en las políticas públicas*. GIMTRAP, México.

Tarrío García, María; Concheiro Bórquez, Luciano, 2006. Chiapas: los cambios en la tenencia de la tierra. *Argumentos*, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México vol. 19, núm. 51, mayo-agosto, 2006: 31-71.

Tepichin, Ana Maria; Tinat, Karine y Gutiérrez, Luzelena (coords.) 2010. *Relaciones de género*. El Colegio de México.

The Development Fund. 2011. *A Viable Food Future, Part I. Updated and revised version*. Oslo, Norway. https://www.utviklingsfondet.no/files/uf/documents/A_Viable_Food_Future_updated_web.pdf, consultado el 02/04/2019

Toledo, Víctor M. 2005. Repensar la conservación: ¿áreas naturales protegidas o estrategia bioregional? *Gaceta Ecológica*, núm. 77, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, Distrito Federal, México, octubre-diciembre, 2005: 67-83.

Torrado, Susana. 1985. *El enfoque de estrategias familiares de Vida en América Latina. Orientaciones teórico metodológicas*. Cuadernos del CEUR, Buenos Aires, Argentina. Segunda Edición.

UNEP, 2010. *Informe Anual 2010*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

Valenzuela Echeverri, Carlos Eduardo. 2008. Coinvestigación: organizaciones populares y nuevas prácticas de saber. *Nómadas*, núm. 29, octubre, 2008: 112-127.

Valor al Campesino. 2015. Reporte final, octubre 2015. www.valoralcampesino.org, consultado el 03/03/2016

Vázquez García, Verónica, 2003. La gestión ambiental con perspectiva de género. El manejo integrado de ecosistemas y la participación comunitaria. *Gestión y Política Pública*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, II Semestre, Vol. XII, Núm. 2: 291-322.

Villafuerte Solís, Daniel y María del Carmen García Aguilar, 1995. Las sombrías perspectivas para los productores de maíz en Chiapas. *Cuadernos agrarios, Nueva época*. México, año 5, núm. 11 y 12: 179- 194.

Vizcarra Bordi, Ivonne. 2008. Entre las desigualdades de género: un lugar para las mujeres pobres en la seguridad alimentaria y el combate al hambre. *Argumentos*, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México, vol. 21, núm. 57, mayo-agosto, 2008: 141-170.

Vizcarra Bordi, Ivonne. 2012: Inseguridad social y alimentaria: Praxis de la violencia estructural. En: Hernández Moreno, María del Carmen; Meléndez Torres, Juana: *Alimentación contemporánea: un paradigma en crisis y respuestas alternativas*, 105-131.

Vizcarra Bordi, Ivonne (comp.) 2014. *Feminización del campo mexicano en el siglo XXI. Localismos, transnacionalismos y protagonismos*. Universidad Autónoma del Estado de México y Plaza y Valdés, México.

Warman, Arturo, 2003. La reforma agraria mexicana: una visión de largo plazo. *Land reform/réforme agraire/reforma agraria* 2003/2: 84-126.

Zamora Lomelí, Carla Beatriz. 2017. ¿Conservación para la vida? Discontinuidades y rupturas en las políticas para la conservación en áreas naturales protegidas. Conferencia presentada en el 11 Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales, 20-23 de junio del 2017, Nayarit.

Zemelman, Hugo y Valencia, Guadalupe. 1990. Los sujetos sociales, una propuesta de análisis. *Acta Sociológica*, mayo-agosto 1990, vol. III, No. 2, UNAM México: 89-104.

www.gob.mx/PROSPERA, consultado el 30/03/2018

www.conanp.gob.mx, consultado el 28/02/2019

Anexos

Anexo 1: Personas que colaboraron en la investigación

Lista de co-investigadores y co-investigadoras

Nombre	Edad actual	Lugar de residencia al inicio y al final de la investigación	Estudios/Ocupación
Benjamín Pérez Díaz	29	Zapata - Ocozocoautla	Lic. en Planeación para el Desarrollo Rural, actualmente Servidor de la Nación en la Secretaría de Bienestar
Angélica Pérez Díaz	26	Zapata - Tuxtla	Lic. En Agronomía, actualmente estudiante de Maestría
Blanca González Pérez	27	San Cristóbal d.L.C. - igual	Lic. en Planeación para el Desarrollo Rural, actualmente empleada en una ONG
Aurelia González Díaz	26	Zapata – Tuxtla Gutiérrez	Ing. en Biotecnología, actualmente empleada en una fábrica
Sergio González Pérez	28	Zapata - igual	Estudios de prepa, actualmente agricultor y ganadero.

Lista de personas de la comunidad entrevistadas y encuestadas

Nombre	Sexo f/m	Ocupación/cargo	Entrevista	Encuesta
Alejandro Pérez Pérez	m	Agricultor/ comerciante/transportista/catequista	X	X
Andrea Díaz Pérez	f	Ama de casa/jubilada		X
Armando González Pérez	m	Agricultor/ganadero	X	X
Artemio Pérez Hdz.	m	Agricultor/curandero	X	X
Benita Pérez	f	Ama de casa	X	
Berlaín Díaz Pérez	m	Agricultor/exmigrante	X	X
Bulmaro Díaz Pérez	M	Agricultor		X
Candelaria Pérez	f	Ama de casa/comerciante/integrante del grupo de chile	X	
Carmen González Pérez	m	Agricultor/ganadero		X
Fausta Pérez Pérez	f	Ama de casa (viuda)/agricultora/vocal de Prospera	X	X
Félix Pérez Pérez	m	Agricultor jubilado/carpintero	X	X
Fernando Pérez Pérez	m	Agricultor		X

Flor Pérez Corzo	f	Comerciante de verduras	X	
Gregoria Díaz	f	Ama de casa	X	
Gloria Díaz Pérez	f	Ama de casa/integrante del grupo de chile		
Irineo Díaz Hdz.	m	Agricultor/ganadero	X	X
Isaís Díaz Gómez	m	Agricultor		X
Isidra Pérez Pérez	f	Agricultora/comerciante (tienda)		X
José Delfino Díaz Pérez	m	Agricultor/comerciante		X
José Díaz Pérez	m	Agricultor		X
Juliana Díaz	f	Ama de casa/vendedora de verduras	X	
Lucas Díaz Hdz.	m	Agricultor		X
Lucía Hernández	f	Ama de casa/vocal de Prospera	X	
Luis González Pérez	m	Ganadero/carpintero		
Lupe González Pérez	m	Ganadero/Agricultor	X	X
Manuel González	m	Agricultor jubilado	X	
María Pérez Pérez	f	Ama de casa/Ministra de la iglesia/integrante grupo de chile	X	
Mario Díaz Hdz.	m	Comerciante		X
Martha Pérez Corzo	f	Ama de casa/agricultora		X
Martín González Pérez	m	Ganadero/Agricultor/catequista		X
Octavio Díaz Hernández	m	Agricultor		X
Orbelina Perez	f	Ama de casa/catequista	X	
Prisciliano González Pérez	m	Agricultor/ganadero		X
Rafael Díaz Pérez	m	"Chayotero"/ agricultor	X	X
Rosa Verónica Pérez Pérez	f	Agricultora (viuda joven)/Ama de casa		X
Salvador Pérez Corzo	m	Agricultor	X	X
Saúl Pérez Pérez	m	Agricultor		X
Victoria	f	Ama de casa/exmigrante/comité de educación	X	
TOTAL:			20	26

Aparte se recogió el testimonio de numerosas personas de la comunidad en pláticas informales, fiestas, talleres, asambleas.

Lista de personas ajenas a la comunidad entrevistadas

Nombre	Sexo f/m	Ocupación/cargo
Ing. Román Pérez	m	Subdirector de la REBISO
Lic. Alexander de Jesús Orduñez	m	Encargado de Desayunos Escolares, DIF municipal
Mtra. Lucía Luna	f	Maesta de preescolar de Zapata
Mtra. Carmen Hernández	f	Maestra de primaria de Zapata
Lic. María Sánchez	f	Enlace municipal de PROSPERA

Anexo 2: Guion de entrevista

Guion entrevista Zapata

Para: mujeres, hombres, jóvenes

Datos generales:

Nombre: _____ edad _____ sexo _____

Número de miembros de la familia: _____

Cargo en la comunidad: _____

Fecha de la entrevista: _____

Quien entrevistó (Benja, Gerdi): _____

(Explicar para qué esta entrevista, y que no se va a pasar la información a alguien más. Si se llegara a escribir algo, va a ser sin nombre. Pedir permiso para grabar.)

I. Producción

¿Que producen? ¿Desde cuándo? ¿Quién lo trabaja?

Cuántas ha tienes de terreno? (para jóvenes y mujeres: Que posibilidades tienes de acceso a la tierra?)

¿Es suficiente para sostener a tu familia?

¿Para qué es tu producción? (auto-consumo o venta)

¿Cuánto produce de maíz, frijol y otros productos?

¿Cuánto necesita al año para su familia? Tiene una o dos cosechas?

¿De dónde obtiene la semilla? Pq optó por esta semilla?

¿Dónde lo vende, cuanto vende, cuanto obtiene de ingreso de eso? (a la semana o al mes)

¿Ha habido algún programa de apoyo a la producción que ha recibido?

¿Cuál ha sido el cambio en el transcurso que empezaste con tu producción hasta el día de hoy?

¿Aparte del campo, está trabajando en otro lado?

¿Que produce en su traspatio?

¿Que producían antes? Que de eso era para comida y qué era para venta?

I. Cómo se alimentaban antes, qué les gustaba, de dónde venían los alimentos?

¿Que comían cuando Usted era joven/pequeño/a? ¿Qué bebían?

¿Cuáles eran los 5 alimentos que no faltaban en su comida? (una para cada dedo)

II. Alimentación ahora, qué ha cambiado, gustos, preferencias,

¿Cuáles son los 5 alimentos que no deben faltar ahora en su comida? (una cada dedo)

Y si me mencionaría 5 más, ¿cuáles serían?

¿Qué comen ahora por lo general? Por ejemplo, ¿qué comieron ayer y hoy? ¿Y que toman/beben?

¿Cuál es su comida favorita? Que es lo que no le gusta tanto?

¿Cuál es la comida que más le gusta preparar? (en caso de las personas que saben cocinar).

¿Qué es lo que más les gusta a los niños y niñas? ¿Que es lo que menos les gusta? ¿Que es lo que piden (chucherías, dulces, refrescos) cuando están en casa o cuando salen?

¿Qué comen los jóvenes y niños? ¿Lo mismo que Usted? (para entrevistas a jóvenes, preguntar qué comen y beben los adultos y mayores)

¿Sienten que comen mejor o peor que antes? por ej. Cuando Usted era niño/niña, cuando recién llegaron a Zapata (entrevistador: calcular año aproximadamente).

III. Producción y mercado de alimentos

De lo que comen ¿actualmente, qué producen ustedes?

¿En dónde lo producen o lo recolectan? ¿Quién va a trabajarlo? (quien lo produce o lo recolecta)?
¿Quién lo trae a la casa? ¿De donde lo traen?

¿Ahora, de lo que comen, qué cosas compran, donde lo compran?

¿Quién decide lo que se compra? (¿Quién da el dinero?)

(¿Tiene una idea de cuánto gasta más o menos cada semana en la compra de la comida?)

IV. Decisiones sobre la alimentación ¿quién las toma y con base en qué criterios las toma (¿precio, facilidad, gusto... estatus...?)

¿Quién decide en la familia qué se come?

¿Quién consigue la comida y quien la prepara?

V. Alimentación y salud, salud de la tierra y biodiversidad

¿Qué enfermedades hay ahora en la comunidad? ¿Usted cree que tienen algo que ver con lo que come uno?

¿Hay algo que le preocupa en cuanto a la alimentación?

¿Qué enfermedades o plagas hay en los cultivos? ¿Porque cree Usted que aparecieron estas plagas?

¿Hay algo que le preocupa en cuanto a la producción?

¿Qué problemas hay con la producción en Zapata?

¿Y cuáles son sus fortalezas?

¿Hay suficiente tierra para todos?

VI. Programas gubernamentales

¿Qué proyectos han llegado a la comunidad que apoyan la producción y para quienes eran?

¿Cómo lo ve Usted? Que ha funcionado bien, ¿qué no? ¿En qué le han apoyado estos proyectos?

¿Qué programas del gobierno o proyectos reciben en la familia? (esposo, esposa, hijos, nueras, yernos, abuelitos...)

¿En qué le ayuda el apoyo del gobierno (Prospera, Procampo...)? ¿Para qué lo usa?

¿Si no lo tuviera, que haría?

¿Qué es lo que le gusta y qué es lo que no le gusta de los proyectos y apoyos del gobierno?

¿Quién toma las decisiones dentro de la comunidad sobre los proyectos productivos y los apoyos?

(¿Que debería cambiar para que haya una igualdad en cuanto a toma de decisiones en la comunidad entre avecindados y ejidatarios? ¿Y las mujeres?)

VII. Deseos, preocupaciones...

¿Cómo va a ser la producción en el futuro cuando sus hijos sean grandes...?

¿Cómo va a ser la alimentación en el futuro, cuando los niños que ahora son pequeños, serán grandes? ¿Qué van a cultivar, dónde van a cultivar, qué van a comer?

Me ha platicado de muchas cosas. Al principio me platicó de qué comían cuando Usted era niño/a, y al final terminamos con imaginarnos el futuro. Si lo ve todo en conjunto, ¿cuándo cree Usted que comen mejor o cuando comen menos bueno: antes, ahora o en el futuro?

Si piensa Usted en la alimentación en las comunidades campesinas o en Zapata, ¿qué es lo importante en su opinión?

¿Hay algo más que quiere platicar?

Anexo 3: Formato de encuesta sobre producción y consumo de maíz y frijol

Encuesta de producción y consumo de maíz y frijol en Zapata (No.)

Encuestador/a: _____

Fecha: _____

Nombre: _____

Cuántas personas son en la familia: _____

Cuántas hectáreas de **maíz** sembraron en 2016: _____

(o: cuántas kg de maíz sembraron) _____ kg

Cuanto cosecharon: _____ en bultos o kg

Siembran una o dos veces al año el maíz? Una _____ Dos _____

Alcanzó (lo que sembraron en el 2016) para el consumo familiar y de aves?

Si _____ No _____

Vendieron maíz? Si _____ No _____

Cuanto? _____ bultos o kg

Compraron maíz? Si _____ No _____

Cuanto? _____ bultos o kg

Que variedad de semilla sembraron en 2016? _____

Que variedad sembraron en 2017 _____

Cuántas hectáreas de **frijol** sembraron en 2016: _____

(Cuántos kg de frijol sembraron) _____ kg

Cuántas veces al año sembraron frijol en 2016: _____

Cuanto cosecharon en la primera cosecha: _____ bultos

Cuanto cosecharon en la segunda cosecha (si aplica) _____ bultos

Alcanzó (lo que sembraron en el 2016) para el consumo familiar? Si _____ No _____

Vendieron frijol? Si _____ No _____

Cuanto? _____ bultos o kg

Compraron frijol? Si _____ No _____

Cuanto? _____ bultos o kg

Encuesta a: nombre _____ (2a hoja)

Hace 10 años:

Cuántas hectáreas de **maíz** sembraban? _____ ha

Cuanto cosecharon _____ bultos o kg

Alcanzó para el consumo familiar y de aves hace 10 años? Si _____ No _____

Cuanto **frijol** sembraban _____ ha

Cuántas veces sembraban frijol al año: _____ veces

Cuanto cosecharon en la primera cosecha: _____ bultos o kg

Cuanto cosecharon en la segunda cosecha: _____ bultos o kg

Vendían frijol: Si _____ No _____

Compraban frijol: Si _____ No _____

Comentario:
